

MANUEL GUTIÉRREZ TIÓ Y AMADOR FERNÁNDEZ NIETO
(COORDS.)

VIVENCIAS EN TORNO AL COLEGIO MAYOR FRAY LUIS DE LEÓN



AQUILAFUENTE
A



Ediciones Universidad
Salamanca

VIVENCIAS EN TORNO AL COLEGIO MAYOR
FRAY LUIS DE LEÓN

MANUEL GUTIÉRREZ TIÓ Y AMADOR FERNÁNDEZ NIETO
(COORDS.)

VIVENCIAS EN TORNO
AL COLEGIO MAYOR
FRAY LUIS DE LEÓN

Edición a cargo de
Amador FERNÁNDEZ NIETO



Ediciones Universidad
Salamanca

AQUILAFUENTE, 278

©

Ediciones Universidad de Salamanca
y los autores

Motivo de cubierta:
Panorámica del C.M. Fray Luis de León
© Wolfgang Schubert

1ª edición: diciembre, 2019

ISBN: 978-84-1311-175-9

Depósito legal: S. 497-2019

Ediciones Universidad de Salamanca
Plaza San Benito s/n
E-37002 Salamanca (España)
<http://www.eusal.es>
eus@usal.es

Impreso en España-Printed in Spain

Impresión y encuadernación:

Nueva Gráficas S.L.

Teléfono: 923 26 01 11

Salamanca (España)

Todos los derechos reservados.
Ni la totalidad ni parte de este libro
puede reproducirse ni transmitirse sin permiso escrito de
Ediciones Universidad de Salamanca.

Ediciones Universidad de Salamanca es miembro de la UNE
Unión de Editoriales Universitarias Españolas
www.une.es



CEP. Servicio de Bibliotecas

VIVENCIAS en torno al Colegio Mayor Fray Luis de León / Manuel Gutiérrez Tió
y Amador Fernández Nieto (coords.); edición a cargo de Amador Fernández Nieto.
—1a. ed.—Salamanca : Ediciones Universidad de Salamanca, 2019

176 p.—(Aquilafuente ; 278)

1. Estudiantes-España-Salamanca-Biografías.
2. Colegio Mayor Fray Luis de León (Salamanca, España).
I. Gutiérrez Tió, Manuel, editor. II. Fernández Nieto, Amador, editor.

378.094(460.187)(092)

Índice

Presentación.....	11
RICARDO RIVERO ORTEGA Rector Magfco. de la Universidad de Salamanca	
Prólogo.....	13
AMADOR FERNÁNDEZ NIETO Director del Colegio Mayor Fray Luis de León	
Introducción.....	15
MANUEL GUTIÉRREZ TIÓ Presidente de la Asociación de Antiguos Colegiales	
7 de Mayo de 1954. Yo... estuve allí.....	17
PEDRO MURGA ULIBARRI	
Intervención en las XL jornadas nacionales de Colegios Mayores Universitarios (VIII Centenario de la fundación de la USAL) 1 de febrero de 2018. Colegio Arzobispo Fonseca.....	25
FERNANDO LEDESMA BARTRET	
El primer inglés en ser colegial del C. M. Fray Luis de León.....	31
ANTHONY S. DAWSON	
Mis decisivos años de estudiante en Salamanca. La plurisecular Universidad de máximo prestigio y la ciudad de los contrastes.....	35
RAMÓN LÓPEZ VILAS	
Recuerdos de mi Colegio Mayor en Salamanca.....	41
ARISTIDES ROYO SÁNCHEZ	
C. M. Fray Luis de León, desde 1961.....	43
ANTONIO HERNÁNDEZ TEJEDOR	
Relato de mi vida colegial en el Colegio Mayor Fray Luis de León (1962-1967).....	51
JESÚS GARCÍA SÁNCHEZ	
Forjando el carácter.....	55
JOSÉ EUGENIO DE LA FUENTE SÁNCHEZ	
Vivencias.....	59
JOSEFA MOLINA HERNÁNDEZ	

Recordar es vivir dos veces	61
PEDRO-V. CANO-MAÍLLO REY	
Yo viví en el Fray Luis entre 1968 y 1972	77
ANTONIO DE LA TORRE LUQUE	
Mi primer espacio de convivencia universitaria: el Colegio Mayor «Fray Luis de León»	81
ROMÁN ÁLVAREZ RODRÍGUEZ	
Un alemán en el C. M. Fray Luis de León, curso 1970/1971	87
WOLFGANG SCHUBERT	
En otra Salamanca	89
JAIME SILES RUIZ	
Apéndice, a modo de cuento.....	91
JUAN ANTONIO DE LA CRUZ VALLEJO	
Parecía que todo me salía mal.....	97
FRANCISCO JOSÉ CUADRADO SANTOS	
Quinquenio de los sueños 1975/1980.....	103
MIGUEL ÁNGEL RODRÍGUEZ DE CABO	
La tarde de domingo.....	109
JOSÉ RAMÓN ALLUÉ BUIZA	
Si algo en tu vida tiene halo, consérvalo	115
FERNANDO RODRÍGUEZ FERRERAS	
Mis reflexiones sobre el paso por un Mayor.....	119
CARLOS JESÚS ENRÍQUEZ GUTIÉRREZ	
El Fray Luis que viví	121
JUAN DE DIOS JÓDAR PEREÑA	
VIII Centenario de la Universidad de Salamanca (aportación al libro conmemorativo presentado por el C. M. U. «Fray Luis de León»)	125
FRANCISCO JOSÉ GORDILLO PELÁEZ	
Vivir en el CMU Fray Luis de León «Un estímulo para crecer»	131
JUAN A. RIESCO MIRANDA	
Mi vida en el Fray Luis.....	133
PABLO JAVIER BELLOT BERNABÉ	
AMPARO BELLOT BERNABÉ	

<i>Faltan palabras a la lengua para los sentimientos del alma</i> Fray Luis de León.....	135
LELLA MARENGO	
800 años de la USAL.....	137
FRANCISCO JAVIER RIBADULLA TOLOSA	
Lo que queda de entonces.....	141
PATRIZIA SOFFIATI	
Recuerdos que el tiempo no borra.....	143
LAURA CARLUCCI	
El currículum vitae.....	149
LUIS AGUERIA MARTINEZ	
1996-2004 Pequeñas transiciones.....	153
LAURA JAMBRINA ALONSO	
De como aprendí que el tiempo y la distancia son obstáculos que se pueden vencer.....	159
ALEJANDRO MARTÍN LÓPEZ	
La Capea.....	163
PEDRO MURILLO PINILLA	
El recuerdo y la memoria colectiva del CM «Fray Luis de León».....	167
FEDERICO PEDREIRA NORES	
Carta a un Fray Luis.....	171
ANA FERNÁNDEZ PRIETO	

Evocar el Fray Luis

Ricardo RIVERO ORTEGA
Rector Magfco. de la Universidad de Salamanca
Colegial desde 1988

EL COLEGIO MAYOR FRAY LUIS DE LEÓN es una institución en el más profundo significado de tal concepto. Su condición de parte de otra raíz institucional más antigua –la Universidad de Salamanca– es compatible con un reconocimiento propio, por la trayectoria, duración en el tiempo y alcance humano logrado durante su existencia.

La obra que el lector tiene en sus manos lo demuestra. Las contribuciones recogidas en este libro exponen con claridad el valor de la memoria y el compromiso personal. Mujeres y hombres identificados con una experiencia vital de convivencia, la de la Universidad en su más completa expresión: apertura al conocimiento, al aprendizaje y a la comprensión del mundo y las gentes.

Los recuerdos recreados en estas páginas combinan emotividad y realce de la impronta colegial. Sucesivas generaciones ponen de manifiesto la marca indeleble que el paso por el Mayor imprimió en su personalidad. Pocos avatares replican este efecto inolvidable, constante, carácter y orgullo de quienes se sienten siempre del Fray Luis, como lo son de su tierra de nacimiento.

Este valor debe ser preservado, es un patrimonio inmaterial de la Universidad de Salamanca. Un territorio mítico y real que todavía disfrutaban jóvenes de toda España y tantos otros países del mundo. El lugar de encuentro de estudiantes de todas las facultades, que aprenden y se apoyan, solidarizándose en circunstancias irrepetibles.

Poner en negro sobre blanco sus impresiones ha sido una gran idea. Gracias a Manuel Gutiérrez Tío y a Amador Fernández Nieto por la iniciativa, a la asociación de antiguos colegiales, a los autores de los textos y a los lectores, porque sabrán apreciarlos. Al Fray, ¡Vítor!

Frente al Fray Luis, en la Universidad de Salamanca, 29 de octubre de 2019

Memoria colectiva

Amador FERNÁNDEZ NIETO

Director del Colegio Mayor Fray Luis de León

SI TUVIERA QUE DEFINIR EL COLEGIO MAYOR FRAY LUIS DE LEÓN en una sola palabra, esta sería convivencia. Pues es en la convivencia donde enraízan todas las personas que viven y trabajan en este Colegio Mayor, valedor de una gran historia desde su fundación en el año 1954. Muchos han sido los cambios, tanto en el contexto histórico como en el interno del Colegio, pero mantiene su esencia como órgano de formación y convivencia educativa.

Esta parte intangible fue la que me transmitió mi maestro académico y Rector de la Universidad de Salamanca y antiguo Colegial, el Prof. Ricardo Rivero Ortega, de su vivencia en el Fray Luis de León, al que no puedo dejar de agradecer públicamente la confianza que depositó en mí para dirigir este centro.

El marco del VIII Centenario de nuestra Universidad en el que el Colegio Mayor Fray Luis de León cumple sesenta y cuatro años al servicio de la comunidad colegial, hemos querido rendir tributo a la memoria colectiva del Mayor, recopilando los testimonios de varias generaciones en los que se pone de manifiesto que un Colegio Mayor no es solo un espacio físico en el que vivir, es un entramado de relaciones interpersonales, en el que los valores inherentes a la convivencia, tales como el respeto y la tolerancia, adquieren una nueva dimensión, desarrollándose habilidades básicas como la empatía, la asertividad y la proactividad.

Como Director del Mayor debo velar por el cumplimiento de los fines estatutarios, entre los que se encuentran no solo proporcionar alojamiento, sino formar a los colegiales en un espíritu de responsabilidad personal; de entendimiento social de sus tareas; y de perfeccionamiento en vistas a su futura dedicación profesional, sin perder de vista el sentido de convivencia y de solidaridad. Todo ello unido a una formación cultural y en valores. Con esta obra damos cumplimiento a muchos de ellos, poniendo sobre las páginas que tiene el lector el valor intrínseco de décadas de convivencia.

No puedo dejar pasar la ocasión de reconocer, por un lado, a todo el personal que trabaja a diario en el Colegio Mayor, que, mediante un trabajo serio, riguroso y constante, hace que el centro funcione de manera orquestada. Por otro lado, a la

Asociación de Antiguos Colegiales, siempre dispuestos a realizar actividades y participar activamente en la vida colegial.

Sirvo como director de este Mayor a nuestra Universidad y a toda la comunidad colegial, siendo consciente del privilegio que supone, pero sin perder de vista la honestidad y humildad con la que afronto esta posición temporal, bajo las cuatro virtudes cardinales: Justicia, prudencia, templanza y fortaleza.

¡Siempre con la Universidad de Salamanca, siempre con el Fray Luis!

Salamanca, octubre de 2019

Introducción

Manuel GUTIÉRREZ TIÓ
Presidente de la Asociación de Antiguos Colegiales

EL 8 DE MAYO DE 1954 se inauguraba el Colegio Mayor Fray Luis de León y se celebraban los fastos del séptimo Centenario de nuestra Universidad en un contexto histórico, social y universitario muy distinto al actual. Entonces era Ministro de Educación Nacional D. Joaquín Ruiz-Giménez, quien dos años después empezaría a jugar un papel relevante en la historia de nuestro Colegio. Me gustaría recordar, además, al Rector de la Universidad de Salamanca, D. Antonio Tovar Llorente, al Director del Fray Luis, D. Felipe Lucena Conde y otros importantes colegiales, cualificados socios de la Asociación de Antiguos Colegiales, como D. Marcelino López Alcarria (colegial y administrador, al servicio invariablemente del Colegio desde la atalaya siempre joven de sus más de noventa años), a D. Pedro Murga Ulibarri (Director imprescindible de la primera época y hasta hoy, colaborador entusiasta), a los de la primera promoción de 1954, Don Gregorio Pérez Simón (recientemente fallecido), Don Enrique Perera Reyes, Don José Luis Hidalgo Díaz, Don Gregorio Sánchez Larxé, Don José Luis Gómez Ratón, Don Luis Brualla Santos-Funcia, Don Juan José Arteagabeitia Apodaca, Don Anthony Samuel Dawson, Don Luis García Galán, Don Luis Jiménez Díaz, Don Fernando Ledesma Bartret, Don Ramón López Vilas, Don Arístides Royo Sánchez, Don Pedro Sáez Mateos, Don Francisco Salto Maldonado, Don Miguel Serván García, Don Alonso Torres López, Don Luis Gorostiaga Rodríguez y Don Pedro Pérez Iturbe (primer graduado de nuestra historia), D. Luis Brualla Santos-Funcia, D. Paulino Vázquez Albentosa, D.^a Coral Rodríguez Gil-Negrete y una de las primeras mujeres en un universo masculino, la secretaria de Dirección en los primeros sesenta, D.^a Pepita Molina Hernández, activa entre nuestros asociados del presente. No son todos pero sí representan a los que han aportado su experiencia y al conjunto de Antiguos Colegiales que conforman la historia de nuestro Colegio Mayor.

Parfraseando a Fray Luis de León, *Dicebamus hesterna die, Decíamos ayer*, nos encontramos hoy festejando los ochocientos años del Alma máter salmantina, con un Rector inaugurando mandato, el Doctor D. Ricardo Rivero Ortega, que cuenta

entre sus méritos el ser el primer colegial del Fray Luis en ostentar la máxima magistratura de la Universidad.

La Asociación de Antiguos Colegiales en su versión actual nace el 9 de mayo de 2011 por la audacia no exenta de valentía del director de la época, Genís Sastre-gener i Surroca y su colaborador, Pedro Iván Gallego Pata en la jefatura de estudios, alentados ambos por el malogrado Juan Lorenzo Bellot Bernabé y su recuerdo imperecedero. También Laura Jambrina Alonso (que representa a las mujeres en la historia del Colegio, su primera jefa de estudios), Javier Martín Roldán, Francisco José Cuadrado Santos («Torino», el colegial por excelencia), Concha Sánchez Vega (que cuenta en su haber con más de cuarenta años de trabajo para el Colegio, y sus colegiales la contemplan hoy con el mismo respeto que por siempre le hemos tenido nosotros), el Presidente de los Antiguos Colegiales, mi antecesor, que todos tendremos en nuestra memoria, Gregorio Pérez Simón (amigo, hombre cabal y entregado, todo un ejemplo), de aquellos Antiguos Colegiales que fuimos contactados a aquella ilusionante jornada.

Es imposible no reconocer a todos los que nos precedieron, a los que mantuvieron sus datos ordenados y nos transmitieron la información necesaria para iniciar nuestra labor (ejemplos todos de profesionalidad y dedicación, a lo largo de tantos años); destaco aquí al capellán durante tantos años, D. Juan García García (persona decisiva para muchos en sus casi veinticinco años de permanencia en el Colegio, presente en sus vidas como oficiante del matrimonio de tantos).

En la actualidad con más de 320 asociados y datos actualizados de cerca de 1000 antiguos alumnos del Fray Luis, seguimos intentando incrementar las relaciones entre los veteranos colegiales y fomentar la cooperación indispensable con el presente Colegio y sus actuales colegiales, donde destaca la masiva y siempre competente presencia de la mujer, después de décadas de exclusiva presencia masculina.

Somos de todas las generaciones, de toda edad y condición, personal del Colegio (ejemplos todos de profesionalidad y dedicación, a lo largo de tantos años), estudiantes de Cursos Internacionales que venían cada verano y que siguen entre nosotros..., de todo aquel que forma parte de la gran familia del Colegio Mayor Fray Luis de León, de todos aquellos que asisten fervorosamente cada mes de mayo a la clausura de curso y al reencuentro de antiguos colegiales, guiados por las palabras de Cervantes en el Licenciado Vidriera *Salamanca que enbechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado*.

¿Cuál debía ser nuestra aportación al VIII Centenario de la USAL? Las deliberaciones con la Dirección del Colegio, personalizadas en Amador Fernández Nieto, nos llevaron a tratar de conseguir la complicidad de nuestros socios y antiguos colegiales para que narraran sus experiencias vitales en el Colegio y la Universidad de su época.

Hemos invitado a muchos a participar en un proyecto complejo e ilusionante y hoy tenemos el resultado. Agradecemos a todos los participantes su dedicación y apoyo a la iniciativa, aquí encontraréis la visión intimista de personas de todas las generaciones, que esperamos sirvan de conocimiento a todos, de lo que fue y es el Colegio Mayor Fray Luis de León, desde la óptica de sus verdaderos protagonistas.

Salamanca, octubre de 2019

7 de Mayo de 1954. Yo... estuve allí

Pedro MURGA ULIBARRI

*Estudiante presente en la inauguración en 1954
Posteriormente, Subdirector y Director del Mayor*

EL 7 DE MAYO DE 1954 tuve el honor y la satisfacción de estar presente en la inauguración de nuestro Colegio Mayor Fray Luis de León.

Llegué a Salamanca en octubre de 1950 para comenzar los estudios de la Licenciatura de Derecho. En el mes de Junio anterior, me había examinado de la «Reválida» (así se llamaba entonces el examen de Estado al terminar los estudios del Bachillerato).

Frente a la estatua de Fray Luis de León en el Patio de Escuelas Menores, esperé la calificación que fue tan suficientemente satisfactoria como para poder solicitar y obtener una Beca «Alejandro Salazar» que concedía el Sindicato Estudiantil y que al obtenerla y conservarla, me acompañó durante los cursos de la Licenciatura de Derecho.

Mi primera residencia en la ciudad como universitario, fue el Colegio Mayor San Miguel Arcángel que el SEU tenía en Salamanca y donde residí los cinco años de la Licenciatura.

Durante el curso 53-54 supimos los colegiales del San Miguel, que el 7 de mayo de 1954 se inauguraría el Colegio Mayor Fray Luis de León que el SEU iba a tener en Salamanca y que sustituiría al San Miguel, un pequeño edificio de dos plantas situado frente a la estación del ferrocarril, lejos de la Universidad y con una capacidad de treinta plazas aproximadamente.

En ese mes de mayo de 1954 se celebraba el VII Centenario de la Fundación de la Universidad de Salamanca y con tal motivo, se celebraban en la ciudad varios actos, uno de los cuales, era la inauguración del Colegio Mayor Fray Luis de León.

La primera página de la primera Memoria del Colegio Mayor Fray Luis de León correspondiente al curso académico 1954-1955 –primer año de la vida del Colegio– contiene la fotografía de una lápida en la que aparece el siguiente texto: «S. E. el Jefe del Estado, Generalísimo Franco inauguró este Colegio Mayor Fray Luis de León el día 7 de mayo de 1954 en el VII aniversario de la Universidad».

Esta lápida, que durante años permaneció en el Salón de Actos del colegio y que en algún momento fue retirada, volvió a quedar «*suavemente*» repuesta cuando se celebró el 50 aniversario de la Fundación del Colegio recordando tanto la fecha de inauguración como los 50 años de su existencia.

Si reparamos en la fecha de inauguración, el Colegio, se inauguró todavía sin estudiantes, los cuales llegaron al mismo para iniciar el curso académico 54/55 en el mes de septiembre/octubre de 1954.

La Universidad o el SEU (el Colegio pertenecía en aquel momento al Sindicato Estudiantil) o ambas instituciones, habían decidido que un grupo de diez estudiantes de las diferentes Facultades estuvieran presentes en los actos de conmemoración del VII Centenario de la Universidad. Uno de estos como he dicho, fue la inauguración del Colegio Fray Luis.

Al ser elegido como uno de esos diez estudiantes tuve la suerte y el honor de participar con mi presencia, en los actos conmemorativos del VII Centenario.

En Mayo de 1954 terminé el cuarto año de la Licenciatura y en octubre comencé el último curso de la misma. En uno y otro momento, fui colegial del Colegio Mayor San Miguel Arcángel.

A cuantos residíamos en el Colegio Mayor San Miguel Arcángel se nos ofreció el paso al Fray Luis de León para el curso siguiente 54-55. Fui uno de los «sanmiguelés» que decidió concluir la Licenciatura residiendo en el mismo Colegio en el que había empezado.

Un año más tarde, el San Miguel dejó de ser Colegio Mayor.

Que ajeno estaba yo, tanto cuando asistía a la inauguración del Fray Luis como cuando opté por permanecer en el San Miguel, que solo un poco tiempo después habría de ocuparme de la Dirección del Fray Luis después, de haber sido Subdirector del mismo con anterioridad.



Deseo dejar en las líneas siguientes, constancia de alguno de los hechos y situaciones que viví, durante mi estancia en el Fray Luis.

Lo que se nos ha pedido a los antiguos colegiales del Fray Luis, son nuestras impresiones sobre los años en los cuales vivimos en el.

Creo que con algún olvido o con alguna interpretación personal reflejo lo que fue el Fray Luis. Hoy estoy seguro, será distinto pero yo quiero cumplir el encargo que he recibido.



Ignacio de la Concha fue el Director que me incorporó a la Subdirección y al que sustituí como Director cuando se produjo su marcha a la Universidad de Oviedo.

Don Ignacio así simplemente era conocido tanto en la Facultad como en la ciudad, creía en los Colegios Mayores, pensaba que debían ser continuadores de lo que en su día, habían sido los Colegios de Salamanca y Alcalá. Debían llegar a ellos los mejores alumnos, para que terminados los estudios en la Universidad y comenzada su vida profesional, fueran ejemplares y responsablemente servir a la sociedad.

Para ello, junto al rigor en la consecución de la formación que otorgaban las aulas, se pretendió la adquisición de otros conocimientos y vivencias.

Consecuencia de esa concepción, fue la organización y desarrollo de la vida colegial durante su mandato primero, y bajo mi responsabilidad después. A ello me voy a referir de modo inmediato.

I. CAPÍTULO COLEGIAL Y ELECCIÓN DE DECANOS

No figuraba ni en los Estatutos ni en el Reglamento del Colegio, pero fueron creados como reunión de todos los Colegiales tanto para tratar los asuntos generales como para permitir la reunión de los alumnos por Facultades y conocer así la vida con otros compañeros, que viviendo en la ciudad y no en el Colegio suponían posiciones y ambientes distintos.

En el mandato de *Don Ignacio* surgieron los Capítulos Colegiales auténticos e incipientes órganos de ayuda y control, de la adquisición de los hábitos de convivencia en la diferencia de opiniones y actitudes personales y ello, protagonizado por Colegiales que habían sido elegidos por sus propios compañeros.

¿No eran acaso un ejercicio de *democracia* la consulta entre dirigentes y dirigidos, que tan necesaria habría de resultar en el futuro y que eran la forma de dirección de los antiguos Colegios Mayores de las épocas pasadas y gloriosas?

¿No fue la incorporación –por elección de los propios colegiales– los cargos de Decano, la atribución de responsabilidades y la buena ordenación de la convivencia, que habría de ejercerse con la adecuada preparación para unos y en el respetuoso ejercicio también de la misma convivencia por parte de los otros? Los Decanos, fueron partícipes en cierta medida de la corresponsabilidad de la dirección del Colegio.

Hora es ya de decir que mi etapa de dirección estuvo apoyada por unos colegiales-Decanos a los que debo gratitud. Se trata de Fernando Ledesma, Jesús Díez Orallo (†), Luis Gorostiaga y Miguel Lucas. Los dos primeros representando a los colegiales de la Facultad de Derecho y los otros dos a la Facultad de Medicina.

Entre todos, gobernamos el Colegio. Las decisiones eran tomadas por la Dirección, pero siempre tras la consulta, escucha, y el diálogo con las opiniones previas que provenían de todos.

II. CHARLAS DESPUÉS DEL CAFÉ DEL ALMUERZO

Por supuesto de modo informal y con número irregular, siempre tenían lugar charlas en las que asistían colegiales de las distintas Facultades y alguno o varios de los Catedráticos que vivían en el Colegio.

No duraban más de una hora, pero no faltaban ningún día.

Hay que dedicar un recuerdo a las charles-café que, a diario, tenían lugar o en el Salón del Colegio o en el Patio de las Escuelas. Cuántas opiniones y discusiones y cuánta amistad surgieron de ellas. De modo informal naturalmente, uno o más Catedráticos las compartían con alumnos de su Facultad o de otra y hablaban y trataban sobre los problemas del país, la religión, la juventud, el deporte, ... etc., libre y sanamente, con discrepancias y con aversiones, pero todas impregnadas de un gran afán formativo.

Debo añadir que también eran miembros de las mismas, «graduados» como Rafael Aragonés, Manuel Campos, Francisco Cravioto, Juan Francisco García

Moreno, José M.^a Blázquez y Pedro Pérez Iturbe, al que le cabe el honor de ser el primer graduado salido del Colegio Mayor. Pedro hasta su jubilación fue un gran profesional en una gran empresa química de Salamanca.

Igualmente formaban parte de las charlas los colegiales que posteriormente han obtenido la cátedra de Universidad como Ramón López Vilas, Raúl Morodo, Manuel Cuadrado en Derecho o Luis Jiménez Díaz, Agustín Martín Pascual, Indalecio González o Miguel Lucas en Medicina. Creo no olvidarme de ninguno –en esta mi etapa– pero si así fuera le pido perdón.

III. CHARLAS PROFESIONALES

La categoría de los Catedráticos y personas de prestigio que pasaron por el Colegio ayudaron a decidir muchas acciones de futuro.

Catedráticos como Antonio Tovar, Miguel Cruz, Manuel García Blanco, Fernando Lázaro Carreter, Rafael Laínez Alcalá, Joaquín Ruiz Jiménez, Enrique Tierno Galván, Aurelio Menéndez, José Antonio García Trevijano, Fernando Cuadrado, Alfredo Carrato, Luis Sánchez Granjel, Carlos Nogareda, Joaquín Pascual de Teresa y otros muchos pasaron por el Colegio y en bastantes casos, llegaron a influir en las decisiones de futuro profesional de varios colegiales.

El Colegio ofreció múltiples ocasiones para que se pudiera conocer las condiciones y vicisitudes de diferentes profesiones que iban a ser ejercidas a la finalización de los estudios.

IV. LOS ITINERARIOS TURISTICO-CULTURALES

Y, ¿qué decir de los itinerarios turísticos-culturales? Desde Salamanca hacia los pueblos de la propia provincia o hacia las capitales de las ciudades del distrito universitario; los recorridos eran auténticas lecciones de historia y de relación entre las diferentes áreas de conocimiento además de contactos con los sencillos habitantes de los pueblos que se visitaban.

Se trataba de empezar a conocer estudiantes diferentes, hábitos específicos, tradiciones particulares que en definitiva servían para que la convivencia futura de los españoles –empezara repito– a ser mejor entendida y mejor querida superando tragedias y luchas fratricidas que tanto nos habían atormentado en el pasado reciente: Ávila, Alba de Tormes, Ciudad Rodrigo, Aldeadávila, Cáceres, Toro, Zamora, Medina del Campo, Valladolid, Ribadelago fueron algunos lugares visitados con verdadero interés. Hubo más, pero todas con el mismo sello y características.

V. TRES HECHOS A RECORDAR

1. *La Grave lesión deportiva de un Colegial*

El equipo de fútbol del Colegio había acudido a jugar un partido amistoso a Peñaranda de Bracamonte distante de Salamanca 50 km. En un lance del encuentro, y como consecuencia de una ardorosa jugada, cayó lesionado el portero del equipo del Colegio José María Payán. La lesión fue grave y supuso la pérdida del bazo y

contó con la intervención del –totalmente desinteresada– Catedrático de Medicina Fernando Cuadrado, Colegial de honor del Fray Luis.

Los colegiales nos reunimos en la capilla del Colegio –entonces había capilla– para unánimemente pedir por el restablecimiento, como así ocurrió, de José María.

Fue un impresionante acto de solidaridad.

2. *Las Fiestas de Fin de Curso en el Patio de Escuelas Menores*

Cada curso académico, al llegar el mes de mayo –pronto para no dispersarnos en el estudio, aunque alguno siempre estaba disperso– el Colegio organizaba una gran fiesta que tenía lugar en el incomparable marco del Patio de Escuelas. Una de las dependencias eran acondicionada para tomar las oportunas bebidas y después bailar hasta bien entrada la noche.

Abría el baile la Reina de la fiesta, los colegiales lucían el uniforme del Colegio y en la ciudad eran muy celebradas hasta el punto de que las invitaciones para asistir eran muy cotizadas por el elemento femenino.

3. *La Guerra con los Bartolos*

Son gratamente recordables, los cordiales enfrentamientos que mantenían los colegiales del Fray Luis con los del San Bartolomé.

La favorable situación topográfica de nuestro Colegio, parecía dar un cierto aire de superioridad a los *fray luises* que intercambiaban con los *bartolos* mensajes de mayor o menor tono, algunas veces más bien mayor que menor.

Tras la guerra, siempre llegaba la paz.

VI. COLEGIALES RELEVANTES

También quisiera dedicar un espacio a toda una serie de colegiales que han alcanzado con su hacer profesional y con su conducta personal, lugares de preeminencia en la Sociedad, en la Universidad, en la Empresa tanto pública como privada, en la familia y en otros lugares en los que han dejado su impronta de buen hacer, siendo ejemplo de valores que aprendimos en su día y buena parte de ellos durante nuestra permanencia en el Colegio y esforzándonos en aplicarlos en la cotidiana y nada fácil vida diaria.

Joaquín Ruiz-Jiménez: Un hecho político ocurrido en Madrid en febrero de 1956: la conmemoración del aniversario de la muerte de Matías Montero, iba a terminar con la salida del Ministerio de Joaquín Ruiz Jiménez.

El día en el que tuvieron lugar los incidentes de Madrid, el Ministro de Educación se encontraba precisamente en Salamanca, a unos pasos de la puerta de entrada al Paraninfo, en el claustro del edificio de la vieja Universidad y rodeado de estudiantes, recibió la noticia.

De inmediato, se produjo su regreso a Madrid. Era el comienzo de su próxima llegada a la Universidad de Salamanca, para incorporarse a la Cátedra de Derecho Natural y Filosofía del Derecho de la Facultad de Derecho, y era también el

comienzo de la llegada, unos meses más tarde, del ex embajador y ex ministro; al Colegio Mayor Fray Luis de León.

He oído decir a *Don Joaquín* (también sin más añadidos era conocido), dada mi sincera y larga amistad con la que él me distinguió, le he oído decir y repetir, cuanto bien le hizo el Colegio y como actuó de bálsamo reparador en su incorporación a la Universidad; su estancia en el mismo y el contacto directo con los colegiales.

Fue Ruíz-Jiménez, la primera gran autoridad educativa que se incorporaba a la vida colegial y junto a otros catedráticos y graduados superiores que también residían en el mismo, eran y fueron generadores de un gran ambiente de convivencia y de formación de altísimo nivel universitario.

Aurelio Menéndez: Catedrático de Derecho Mercantil, Maestro de la convivencia y docente ejemplar. Su estancia en el Colegio fue un ejemplo no solo para los alumnos de su propia Facultad sino también para todos los colegiales. Con sus merecimientos y siendo colegial del Fray Luis, su nombramiento como ministro era *fruta madura* y así ocurrió como también su llegada al Tribunal Constitucional de nuestro país.

Fue –de todos es sabido– preceptor del actual Rey de España, cuando Felipe VI era Príncipe Heredero.

Fernando Ledesma: Magistrado y Ministro de Justicia. Iba para Ministro y lo fue. Porque su trayectoria claramente apuntó a ello desde los primeros años de la Licenciatura. Fernando, que fue Decano de Derecho en la organización interna que había diseñado *D. Ignacio*, ya comenzó –repito– en el propio Colegio, el camino hacia el éxito, primero en la carrera judicial y que continuo en el Tribunal Supremo y en la Presidencia del Consejo de Estado donde ocupa en la actualidad un puesto de Consejero Permanente.

Aristides Royo: Colegial del Fray Luis de León, Colegial en Bolonia, Ministro de Educación en su país, colaborador en las negociaciones para obtener la recuperación de la soberanía del Canal de Panamá por parte de este país y Presidente de la República de Panamá. Fue una apuesta personal de *D. Ignacio*, la incorporación de un estudiante hispano-americano junto a todos los españoles. Respondió Aristides, y se ganó la confianza de todos y hoy, se ha ganado también el título cordial de *Embajador* del Colegio en Hispanoamérica.

Fernando Diez Moreno: Abogado del Estado, primero, Subsecretario de Hacienda y después Secretario de Estado de Defensa y Comisario del Gobierno en el conflicto de Irak.

Fernando, ha llevado, siempre con él, el recio carácter toledano junto a la austeridad de su vida y su alto sentido de la responsabilidad y su ejemplo de ciudadanía y amistad. Fernando es un auténtico hermano.

Roberto García Calvo: que estuvo poco tiempo en el Colegio ya que siguió a Ignacio García de la Concha hasta Oviedo. Desgraciadamente falleció muy temprano, fue Magistrado del Tribunal Constitucional, tuvo capacidad para navegar por los procelosos mares de la política y de la constitucionalidad o no de las leyes.

Presidentes de Audiencia: como Eugenio Cárdenas o Luis Brualla.

Delegado de Hacienda: como José Luis Argilés, toledano enviado a la costa mediterránea.

Escritores de novela: receptores de notables premios, como Víctor Chamorro, Clemente Rodríguez Navarro, que abandonó una importante empresa para escribir

y ganar premios literarios, y recientemente Jaime Siles Ruiz que ha sido galardonado con el premio Jaime Gil de Biedma.

También un eminente profesor y crítico de literatura como Juan Luis Saco.

Directivos de Grandes Empresas: Miguel Serván y Rafael Andrés Mombiedro, eficaz *tándem profesional* en Stándar Eléctrica, hasta la jubilación del primero y retirada del segundo lo que no les impidió a ninguno de los dos embarcarse en proyectos privados.

Juan Luis Romero Valencia durante muchos años Representante de Caixa Galicia en el Reino Unido y Presidente de la Cámara de Comercio española en aquel país.

Jefes de Servicio en Hospitales públicos: como Leopoldo Olea, jefe de servicio del Hospital La Fé de Valencia. Atilano González, jefe de servicio en el Hospital Marqués de Valdecilla en Santander, y así como otros muchos más.

No puedo olvidar tampoco a Francisco «Cuco» Cerecedo, fallecido demasiado joven y que ha dado origen a un premio de carácter nacional que lleva su nombre.

También y más recientemente fallecido Rafael Andrés Mombiedro *Mombi Ilustre* Abogado en el Colegio de Madrid y hace años Presidente del Tribunal de Disciplina Deportiva en la actualidad Tribunal Administrativo del Deporte.



Afortunadamente, de estos hombres *y ahora también* mujeres, antiguos colegiales tenemos muchos ejemplos que nos llenan de orgullo y satisfacción y que naturalmente nos complacemos y mucho en resaltar y disfrutar.

Allí donde nos ha tocado en suerte ejercer nuestra profesión, allí hemos dejado constancia de nuestra formación permaneciendo vivo en nosotros el recuerdo del Colegio de Fray Luis.

Tengo la seguridad de que hay más personas con méritos para figurar en esta relación, por supuesto que les pido perdón pero les aseguro que es solo por mi falta de conocimiento y nunca, omisión consciente.

Pero estoy seguro que ni siquiera podía obtener perdón si cometiera una injusticia y cometer una injusticia sería no dedicar el recuerdo que se merece a Marcelino López Alcarria.

Cuanto le debe a Marcelino el Colegio y el conjunto de colegiales que por el mismo hemos pasado. Siempre en segundo plano pero siempre en el sitio exacto ha cubierto momentos difíciles, ha resuelto problemas delicados y ha estado a disposición de quien lo ha necesitado, GRACIAS MARCELINO.



Dije al comenzar que llegué a Salamanca en junio de 1950. Cinco años después, concluí la Licenciatura de Derecho y abandoné Salamanca en 1960.

Durante todos los días de los primeros cinco años de la Licenciatura, pase junto a una lápida que reza:

Salamanca que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado (Cervantes en el Licenciado Vidriera).

Con esa apacibilidad he pretendido que haya transcurrido mi vida. A ella he añadido también el contenido de un verso del que fuera Ilustre Catedrático de la Universidad de Salamanca, que dice así:

*Al caballito Unicornio de la veleta de San Martín,
Le digo todas las noches,
Salamanca, estoy loquito por ti.*



He hecho un relato del periodo que yo viví en el Colegio y un poco más.
Queda abierta la idea de hacer la historia del Colegio desde su creación hasta otra fecha conmemorativa.

TERMINO - Hoy, después de sesenta y cinco años de aquel 7 de Mayo del 54 orgulloso de haber participado en aquella inauguración, cumplo el encargo que tanto la Dirección del Colegio como la Asociación de Antiguos Colegiales del mismo nos han hecho para participar en el octavo centenario de la Fundación de la Universidad de Salamanca.

31 de marzo de 2019

Intervención en las XL jornadas nacionales
de Colegios Mayores Universitarios
(VIII Centenario de la fundación de la USAL)
I de febrero de 2018. Colegio Arzobispo Fonseca

Fernando LEDESMA BARTRET
Colegial desde 1956

I

MI PROPÓSITO NO ES EXPONER la historia de los Colegios Mayores. No soy historiador. Sólo les contaré la experiencia personal que viví en la Universidad de Salamanca entre 1956 a 1961. En concreto hablaré sobre: 1) el descubrimiento de la Universidad por un joven de 17 años; 2) el carácter complementario de la formación adquirida en el Colegio Mayor respecto de lo que se enseñaba en las facultades; 3) algunas de las ventajas o utilidades –materiales y espirituales– que sin duda alguna me aportó vivir en un Colegio Mayor; y 4) las certezas intuidas en aquellos años que hoy considero inalterables.

II

Empiezo por lo primero. A comienzos de octubre de 1956 me incorporaba al Colegio Mayor Fray Luis de León. Procedía de una mediana ciudad castellano-manchega –Toledo– donde había recibido una educación parecida a la de tantos jóvenes nacidos en el mismo año que terminó la guerra civil. Incluía comenzar la jornada izando la bandera y concluía arriándola al son de canciones paramilitares. Torpemente, al terminar cuarto de bachillerato, nos obligaron a elegir entre ciencias y letras. Como si fuera posible separar la cultura de las humanidades de la de las ciencias, como si unas y otras no formaran parte inseparable de la búsqueda del saber.

La historia de España que nos enseñaron se acababa con el reinado de los Austrias. La literatura y la filosofía excluía cuanto había sucedido en el mundo a partir de la Ilustración. Montesquieu, Rousseau y Voltaire estaban en el índice de autores prohibidos. España vivía desconectada de los movimientos políticos, culturales y económicos que habían surgido en Europa después del desastre de la Segunda Guerra Mundial. Escritores como Unamuno, Valle Inclán, Pío Baroja, Ortega y Gasset habían sido desaconsejados cuando no prohibidos. Sartre, Camus, Kierkegaard estaban censurados. Los jóvenes de mi edad habíamos sido destinatarios de una educación primaria y secundaria concebida para transmitir una concepción de la España triunfadora en un enfrentamiento entre españoles. Era una nación dividida en dos bandos, uno era el de los que tenían toda la razón; otros, vencidos en la contienda civil, estaban en el error. Por los cauces oficiales se difundía un dogmatismo excluyente, opuesto a cualquier apertura al diálogo. La enseñanza del francés y del inglés era manifiestamente mejorable: accedimos a la universidad sin hablar ninguna de las dos lenguas. Lecturas recomendadas muy pocas. Métodos de aprendizaje, esencialmente memorísticos, escasamente experimentales.

En breve tiempo –creo que ya en el primer año y sobre todo en los siguientes– empezó a cambiar mi escala de valores. ¿Qué causas provocaron ese cambio? Sin duda alguna, Salamanca, la Universidad, los «profesores-maestros», el Colegio Mayor Fray Luis de León, el contacto con los compañeros, el ambiente generado por personas conscientes de que el futuro de España dependería no sólo de lo que sucediera más allá de nuestras fronteras, sino principalmente de lo que juntos fuéramos capaces de crear. Las ideas que poco a poco se alojaron en nuestras cabezas no surgieron espontáneamente. Fueron el resultado de muchas horas de estudios, lecturas, conversaciones, viajes dentro y fuera de España, participación en actividades culturales, deportivas, seguimiento de lo que preocupaba y ocupaba a jóvenes de otros países, clases prácticas en seminarios, laboratorios y hospitales, recitales de poesía, deportes, excursiones, programas de desarrollo social, etc.

Pero sobre todo, nos cambió el esfuerzo por conocer, la voluntad de aprender. Cuando hablo de saber me refiero al conocimiento que requiere disciplina, constancia, dedicación, antidogmatismo, predisposición a comprender que hasta las cosas acabadas son susceptibles de mejora, que la verdad absoluta no pertenece a nadie, que el escepticismo es, como decía Hegel, la energía del espíritu, que la razón está siempre compartida y que la óptima aplicación de los saberes es la de ponerlos al servicio de la mejora de la condición humana. Todo lo cual cuesta mucho y si no se hace a su debido tiempo, acaba pasando factura. Generalmente, el tiempo perdido no se recupera.

III

Simultáneamente al descubrimiento de la Universidad se produjo otro: el del Colegio Mayor. Universidad y Colegio Mayor se encuentran en una relación de complementariedad. Lo principal es la Universidad en sentido estricto. El Colegio Mayor completa la formación universitaria. Y la suma de ambas instituciones tiene un efecto acelerador del proceso de madurez de cada uno. Si en la Universidad fui libre para estudiar o no, leer o no, asistir a clases o no, aprobar por los pelos o procurar conocer a fondo las asignaturas, otro tanto sucedió en el Mayor. Nos lo pasamos

bien, qué duda cabe, pero al propio tiempo trabajamos seriamente, en un clima de compañerismo más propicio a la responsabilidad que a otra cosa.

Debo justificar por qué afirmo que el Colegio Mayor ofrecía buenas condiciones para que la experiencia colegial fuera agradable y digna de ser recordada. Por lo pronto, la confortabilidad era unánimemente reconocida: los servicios no eran inferiores a los que podría ofrecer en aquel tiempo un hotel de categoría superior a la media.

Las instalaciones (habitaciones, salones, patios, entre estos el maravilloso patio de escuelas, puesto a disposición de los colegiales a cualquier hora del día) facilitaban que la convivencia fuera grata. Éramos estudiantes (sólo varones) procedentes de muy diversas provincias de España y alumnos de distintas facultades. Por tanto, intercambiábamos acentos, costumbres, visiones de las cosas, diferentes interpretaciones de la Historia, lo cual contribuyó también a conocer mejor la rica complejidad de la colegialidad y, a través de ella, la pluralidad española. Se hacía lo posible por que nos conociéramos unos a otros (gallegos, castellanos, canarios, extremeños, vascos, catalanes, baleares, murcianos, andaluces, etc.). Esa convivencia no sólo tenía lugar entre estudiantes. También con los *profesores residentes* en el Mayor. Algunos de aquellos *compañeros-maestros* acabaron siendo determinantes de mi vida y también de la de otros muchos colegiales. De ellos aprendimos no sólo los saberes específicos de cada facultad. Además, principios de vida, y eso tan grandilocuente pero tan serio y necesario como es el sentido del deber y del trabajo bien hecho. En transmitir eso consiste, a mi juicio, algo tan difícil como *ser maestro*. Y nosotros tuvimos en la Facultad y en el Colegio inolvidables maestros.

Formaban parte de esa función complementaria de la Universidad los aspectos culturales de las actividades en el Colegio Mayor. Entre unos y otros montamos una pequeña biblioteca —el Colegio que había sido inaugurado en 1954 carecía de ella— con libros no directamente relacionados con las disciplinas de cada licenciatura. Llegamos a conocer bien, por ejemplo, los poetas de la generación del 27. Lecturas poéticas y de teatro fueron frecuentes. Iniciamos asimismo una modesta discoteca en la que Bach, Haydn, Mozart y Beethoven empezaron a formar parte de la familia. Los itinerarios histórico-culturales, esto es, viajes dirigidos por un profesor por lugares con valor histórico, artístico o monumental, eran frecuentes y a precios asequibles. Y muchos fines de semana nos los pasábamos en pueblos de concentración parcelaria acompañando y ayudando a los recientes habitantes adjudicatarios de las parcelas concentradas. Juntos, médicos, filósofos, químicos, historiadores, teólogos, físicos, abogados, filólogos, geólogos, aprendimos a descubrir las preocupaciones de aquellos trasladados, a los que ayudamos cuanto pudimos.

Tenía el colegio equipo de fútbol, balón boleá, baloncesto y balonmano. Este último participó en algún campeonato importante. En los cine-clubs debatíamos sobre el neorrealismo italiano y las introspecciones de las películas suecas.

Un capellán atendía a los creyentes católicos y en la pequeña capilla se celebraban actos de culto frecuentemente.

El ejemplo del profesor Ruiz-Giménez, católico progresista, residente en el Mayor, atrajo a muchos jóvenes, iniciándose así un compromiso de universitarios con lo que años después se haría manifiesto al incorporarse a las diversas organizaciones religiosas, sociales, políticas, económicas, sindicales, etc., que impulsaron la transición democrática. La política no nos fue ajena. En el escenario *Universidad-Colegio Mayor* tomé conciencia de lo que suponía vivir en una dictadura. Las

enseñanzas de algunos profesores –destacadamente, Ruiz-Giménez, Tierno Galván, de la Concha, Menéndez, Antón Oneca, García-Trevijano–, me permitieron asumir pronto una actitud de enfrentamiento contra aquel régimen negador de la democracia. Las primeras reuniones clandestinas tuvieron lugar en la biblioteca de una notaría de la Plaza de los Bandos, en los seminarios vespertinos de algunos de los profesores antes citados. Aquellas reflexiones precipitaron el compromiso inmediato con las libertades.

Mirábamos, claro, más allá de nuestras fronteras. Y desde el colegio se establecieron relaciones con profesores que, en Portugal (sobre todo, con la Universidad de Coimbra) vivían idéntica experiencia política de sometimiento. Algún director propició la relación con América latina. A los campos de trabajo del Reino Unido fuimos algunos. No se aprendía inglés, pero se respiraba otro aire. Londres empezó a ser un referente cultural.

Las sesiones informativas organizadas por el Mayor en las que profesionales experimentados exponían con claridad cuál era el exacto contenido de sus respectivos trabajos fueron de gran utilidad para que los colegiales de los últimos años de las diversas carreras pudieran decidir con conocimiento de causa sobre su futuro.

Por procedimientos democráticos fueron elegidos los decanos de planta y en los capítulos colegiales, no frecuentes, se controlaba lo que sucedía en el Mayor. Es verdad que casi siempre se trataban cuestiones meramente domésticas, de funcionamiento de los servicios. Pero no siempre: decidimos publicar una revista denominada *Dicebamus* y lo conseguimos, claro que durante muy poco tiempo: solo un número porque la censura acabó con el proyecto.

Hasta aquí mi relato constreñido por el reducido tiempo de que disponía. Dicen que el paso del tiempo tiene efectos selectivos. Se olvida lo malo y se va quedando uno con lo bueno. Es posible que esto me haya ocurrido. Pero les prometo que he pretendido ser objetivo. Y para serlo, no puedo eludir (en una intervención que, con mínimas excepciones, ha evitado dar nombres) el recuerdo de dos imprescindibles directores del Mayor, Ignacio de la Concha y Pedro Murga, impulsores de cuanto he contado.

Para mantener lo mejor del espíritu *universitario-colegial* se han constituido la Asociación de Antiguos Alumnos y Amigos de la Universidad de Salamanca (ASUS) y la Asociación de Antiguos Colegiales del Colegio Mayor Fray de León. Pertenezco a ambas porque estoy convencido de su gran utilidad. Les animo a que también lo hagan Vds. cuando les llegue el momento.

IV

Expuesta aquella experiencia, me pregunto: ¿He llegado a alguna certidumbre? Sí. Al menos a cinco. Son las siguientes:

La primera se refiere al trabajo. Todo trabajo bien hecho dignifica a las personas y las hace más libres. Del trabajo surge el conocimiento y con el conocimiento se multiplican las posibilidades de gobernar el destino personal y colectivo, de liberarnos de las viejas y nuevas formas de servidumbre.

La segunda a la conducta. Aludo, como diría el profesor Lledó, a la decencia, a la honradez personal y colectiva, pública y privada. A lo que Max Weber denominó conciencia de la integridad.

La tercera, a la democracia. No hay democracia si no hay respeto de la Ley, derechos fundamentales protegidos, división de poderes, transparencia, participación y exigencia de responsabilidades a quienes infringen las leyes democráticamente aprobadas.

La cuarta a la igualdad. La desigualdad debilita la democracia, rompe la cohesión social, provoca escepticismo y genera miedo. Por ello, todas las políticas públicas deben estar orientadas a distribuir con justicia la riqueza y a reducir progresivamente las desigualdades sociales.

Y la quinta al compromiso personal. Ayudar a construir un mundo mejor, más libre y justo es un objetivo que da sentido a la vida, priorizando siempre las partes más débiles de la sociedad.

V

Me gustaría haber ofrecido pruebas justificadoras de mi admiración hacia la Universidad y Colegios Mayores. No creo en el *nihil admirari* de Cicerón. Pienso que, como escribe Roberto Ródenas, la tarea fundamental de un profesor consiste en implantar en sus alumnos la admiración por el talento ajeno.

Hoy solo he tratado de transmitir la admiración que siento por la Universidad y los Colegios Mayores. Por una Universidad que, como decía Humboldt, debe tener como misión *ofrecer las bases del conocimiento de la cultura*, y que debe ser ante todo *el lugar de transmisión y renovación del conjunto de los saberes, ideas, valores y cultura en cuanto portadora de una herencia cultural colectiva, que no es sólo la de la nación propia, sino de la humanidad*, como sabiamente ha escrito Edgard Morín¹.

En el caso de la Universidad de Salamanca, se trata de una misión cumplida, como lo acredita que estemos celebrando ni más ni menos que el transcurso de ocho siglos desde su fundación.

Fernando Ledesma, Magistrado del Tribunal Supremo, Ministro de Justicia (1982-1988), Presidente del Consejo de Estado y actualmente Consejero permanente del Consejo de Estado.

¹ Pág. 96 de la obra «Enseñar a vivir. Manifiesto para cambiar la educación», de Edgard Morín. Editorial Paidós.

El primer inglés en ser colegial del C. M. Fray Luis de León

Anthony S. DAWSON
Colegial desde 1957

A principios de octubre de 1957, recalé en

*la antigua ciudad que riega
el Tormes, fecundo río,
nombrado de los poetas,
la famosa Salamanca,
insigne en armas y letras,
patria de ilustres varones,
noble archivo de las ciencias¹*

con la ilusión de ser otro *Estudiante de Salamanca* aunque me quedé algo decepcionado al descubrir que no existía la calle del Ataúd...

Tenía 20 años, era estudiante de la Universidad de Leeds donde había completado dos cursos de la carrera de Hispánicas y estaba a punto de pasar el tercero en España. En Inglaterra acababan de otorgarme una de las becas pagadas, si no mal recuerdo, por el Ministerio de Educación Nacional –en retrospectiva, supongo que era un tipo de programa Erasmo *avant la lettre*– para ocupar una plaza de ayudante de lengua inglesa, y me había tocado en suerte el C. M. Fray Luis de León. De esta manera, me convertí en el primer residente inglés del mismo.

Había pasado el verano de ese año trabajando en Neuchâtel, Suiza, para perfeccionar mi francés, el otro idioma que estudiaba, a sabiendas de que no iba a tener la oportunidad de practicarlo antes de volver a Inglaterra en julio de 1958. Encima, después de atravesar Francia en tren, hablando francés sin cesar, al pasar la frontera con España y meterme en un vagón de tercera clase, me encontré con una timorata

¹ Nota del editor: fragmento de la parte primera de la obra *Estudiante de Salamanca* de José de Espronceda.

francesa de mediana edad que tenía un miedo irracional a los campesinos que llenaban el vagón. Por eso, se empeñó en pegarse a mí durante todo el viaje, desde Irún hasta Salamanca, para protegerse de algún inimaginable peligro y tuve que pasar esa parte del viaje hablando en francés también. Ni que decir tiene que, al llegar al Colegio me costó bastante hablar en español. Recuerdo que las primeras palabras que balbucí (luego mis futuros amigos del Colegio no dejaban de recordármelas) fueron «Tengo hambre». *Plus ça change...*

Había llegado a la España de los billetes de una peseta, de los guateques, de los serenos, de los curas, de los paseos, de los machotes y de las hembras, de la ensaladilla nacional (la *rusa* era tabú) y de Franco. Dado que yo era de la *pérfida Albión*, o, por lo menos, de una democracia liberal –oficialmente, parte de mi «misión» como mini-embajador del Reino Unido era la de representar o comunicar *la manera de vivir de los británicos*– me instalaron en un cuarto con un colegial de Ronda, camisa azul por más señas, por si iba a sembrar ideas subversivas, supongo.

Al principio, e inexcusablemente, me costó trabajo ajustarme a la cultura española de la época, en parte porque venía de una sociedad más abierta donde los estudiantes, sobre todo, podíamos sacar cualquier tema a debate sin temor a meternos en líos. Inicialmente, en clase me metí a ciegas en varios berenjenales por no saber ajustarme al nuevo entorno hasta que el jefe de estudios me citó en su despacho para explicarme con calma, pero sin ambages, que en las clases no se tocaban ciertos temas, en especial, ni la política ni la religión. Mis meteduras de pata habían debido dejar huella porque incluso 57 años después, cuando hablaba por teléfono con el que había sido mi mejor y más constante *alumno*, Paco García Craviotto –uno de los *ilustres varones* de la biblioteca salmantina y más tarde de la BNE– me recordó las ingenuas pifias de mi juventud.

Bueno, a pesar de mis errores, no tardé mucho en hacer amigos, entre los cuales tengo recuerdos muy gratos especialmente de Antonio González Crespo y de Alfredo Martínez Pancorbo, a la sazón estudiantes de doctorado. El catedrático Ignacio de la Concha y Martínez (otro ilustre varón) me ayudó muy amablemente con mis investigaciones filológicas, particularmente, las que hacía sobre los orígenes de los topónimos españoles, materia que me fascinaba en ese momento. Además, tuvo a bien invitarme a participar en una excursión a las Batuecas y las Hurdes, que fue una experiencia inolvidable y sin lugar a dudas el punto álgido de mi estancia.

También pasaba mucho tiempo con el Director del Colegio, Luis Gómez Oliveros porque decidí aprovechar mi presencia como hablante nativo de inglés para revisar las galeradas de un libro que había escrito sobre las venas del pulmón y que alguien con nula capacidad para traducir había vertido a un inglés macarrónico mucho antes de mi llegada. Trabajé hasta las tantas durante semanas en tándem con un estudiante de medicina norteamericano de ascendencia puertorriqueña para intentar subsanar el desaguado que era la traducción, pero resultó ser misión imposible. A pesar de todo, en 1958, hacia el final de mi estancia, el director procedió a hacerme el honor de imponerme la beca del Colegio, marcando la ocasión con una comida-homenaje tanto para mí como, muy especialmente, para el nuevo doctor, Rafael Aragonés Apodaca.

A pesar del choque cultural que sufrí al principio, y las meteduras de pata, disfruté muchísimo de mi estancia en el Fray Luis de León y me di cuenta, al término de los diez meses que había pasado en sus confines, que había sido un auténtico privilegio vivir un curso entero allí. Al marcharme a Inglaterra cuando *mediaba el*

mes de julio, me llevé no sólo muchos recuerdos gratos sino también una determinación de dedicarme a fondo al estudio de todo lo español. Por eso me hice profesor e impartí clases en dos instituciones de enseñanza superior británicas –universidades politécnicas fundadas en los años 60 que eran pioneras en la enseñanza de lenguas aplicadas– finalizando mi carrera docente en la Universidad de Sevilla. Tal vez no haya tenido tanto éxito como ciertos *ilustres varones* que han pasado por el C. M. Fray Luis de León, pero por lo menos puedo decir que he dado el mentís al *quod natura non dat, Salmantica non praestat* porque estoy convencido que Salamanca, y sobre todo el C. M. Fray Luis de León, sí me prestó bastante...

Profesor jubilado de la Universidad de Sevilla en la especialidad de Filología Inglesa.

Mis decisivos años de estudiante en Salamanca. La plurisecular Universidad de máximo prestigio y la ciudad de los contrastes

Ramón LÓPEZ VILAS
Colegial desde 1957

CON MUCHO GUSTO CORRESPONDO a la reiterada y amable invitación de Manuel Gutiérrez Tió, Presidente de la Asociación de Antiguos Colegiales del C. M. Fray Luis de León, de escribir unas líneas evocadoras de la Universidad de Salamanca y del propio C. M. Fray Luis de León que yo viví en la segunda mitad de los años cincuenta del pasado siglo. Recuerdos e impresiones personales que modestamente sirvan para *conmemorar* –recordar en colectividad– el VIII Centenario de nuestra querida Universidad, ofreciendo en definitiva lo más relevante de las vivencias personales y de los recuerdos más perdurables de un muy joven estudiante que, venido de Galicia, iniciaba con toda ilusión y entrega su vida universitaria en la Facultad de Derecho de la capital salmantina.

Lo primero que debo destacar es que la Universidad de Salamanca de aquellos años era una Universidad de enorme prestigio académico, no solo en España sino también en todo el mundo, con especial proyección en este ámbito internacional en el mundo latinoamericano (que entonces se decía preferentemente *hispanoamericano*). Consecuencia lógica de lo anterior era que la Universidad y la Facultad de Derecho que yo viví muy responsablemente desde la autoexigencia y la entrega al estudio y a la disciplina académica, había estudiantes en número considerable de todas y cada una de las Regiones de España (hoy Comunidades Autónomas) sin excepción alguna, lo cual fue quizás la primera impresión altamente positiva que yo percibí en esa primera juventud con la que llegue a Salamanca desde mi ciudad de La Coruña, donde había cursado, viviendo en el domicilio familiar con mis padres y hermanos, Bachillerato y Curso Preuniversitario. Por eso, casos como el mío y el de mi hermano José Luis (estudiante de Medicina) eran frecuentes y acreditaban que bastantes padres optaban para sus hijos, no por la Universidad más cercana a su ciudad de residencia sino por la de más reconocido prestigio que garantizaba la excelencia. Obvio es que a cualquiera, con cierto espíritu observador, le resultaba llamativo y muy atractivo y estimulante el considerable número de estudiantes procedentes de todas las Regiones de España, (algunas tan distantes y distintas a la

sobria, campera y muy castellana Salamanca como Cataluña, Baleares o Canarias), que venían a cursar sus respectivas carreras en el seno de la tantas veces centenaria Universidad de Salamanca.

Hay que reconocer en aras de la realidad por mi percibida en mis años salmantinos, que la gran calidad de la Universidad de aquella época, representada por el gran nivel y prestigio de los Claustros de las respectivas Facultades, brillaba con luz propia muy por encima del ambiente medio de la ciudad, fiel reflejo en general de la España gris y anodina de aquellos años en los que la gente en general, y a salvo siempre las honrosas excepciones de los grandes profesionales de los distintos saberes, se entregaban al trabajo rutinario con aceptada resignación y renuncia a otras actividades o anhelos más ilusionantes y gratificantes.

Así por ejemplo, a cualquier foráneo, aquella Salamanca en buena medida provinciana y levítica le sorprendía e impactaba el espectáculo de las mañanas de sábados y domingos en la admirada Plaza Mayor la imagen de aquellos paseos circulares de sus habitantes, junto a algunos grupos de gitanos más o menos trajeados, que escuchaban respetuosos al *patriarca* que, ya entrado en años y siempre con el inseparable sombrero y el obligado bastón, resolvía dudas e ilustraba a su reducido, pero muy atento, auditorio que le arropaban con el máximo respeto. Y lo mismo cabe decir de la imagen en este caso repetida en todos los días laborables, de los locales comerciales de la ciudad (pienso en la calle de la Rúa) que a la hora matutina de su apertura se ofrecían al público indefectiblemente con la inevitables música radiada de Rafael Farina, entonces en pleno auge, y el antiguo y artesanal brasero que se oxigenaba y estimulaba calóricamente en la puerta de la calle, antes de pasar al interior a irradiar el calor tan necesario en los duros inviernos de la Salamanca de mi época, donde se citaba el caso de unos años antes en los que en un Febrero climatológicamente extremo, se había llegado *a candar* el Río Tormes a su paso por la ciudad, extremo que no llegue a conocer en mis cinco cursos de permanencia en la ciudad.

Frente a esta Salamanca cotidiana se alzaba una Universidad de proyección universal en el plano académico e intelectual, con Rectores que, siguiendo la estela magistral del gran Unamuno, mantuvieron el prestigio histórico y secular del Alma Mater, como los Profesores Tovar, Beltrán de Heredia y Balcells, grandes Rectores sucesivos en aquellos años. En este ámbito académico de máxima excelencia y ciñéndome solo al Claustro de la Facultad de Derecho que tuve la suerte y el privilegio de vivir en mis años de Licenciatura, baste con recordar y resaltar los nombres de auténticos Maestros del Derecho en sus respectivas especialidades, de los que tuve, como digo, la fortuna de ser alumno como los de J. Beltrán de Heredia, en Derecho Civil; J. Ruiz-Jiménez, en Derecho Natural y Filosofía del Derecho; Antón Oneca, en Derecho Penal (del que solo fui alumno un curso por su jubilación entonces); E. Tierno Galván, en Derecho Político y Director del famoso Seminario por el que desfilaron auténticos pioneros de la Universidad crítica, entonces todavía en embrión con los sucesos de 1956 en Madrid, y que eclosionó ya en los años sesenta; J. A. García Trevijano, en Derecho Administrativo; M. Gordillo, en Derecho Procesal; F. Hernández Tejero en Derecho Romano; Ignacio de la Concha, en Historia del Derecho y Rector¹ del C. M. Fray Luis de León, en mis años de colegial; Lamberto

¹ Nota del editor: durante los primeros años de existencia del C. M. Fray Luis de León, se designaba con el título de Rector al Director del Mayor.

de Echevarría, en Derecho Canónico o la incorporación inmediata de A. Menéndez, en Derecho Mercantil. Nombres, estos y algunos más entonces aún no Catedráticos, como Pablo Lucas Verdú, Marino Barbero, Elías Díaz, Raúl Morodo, José Manuel González Pérez, que garantizaban que la excelencia académica de la Facultad de Derecho de Salamanca de aquellos años era una realidad perfectamente acreditada y asentada en esos y otros nombres.

Siempre que algo importante ocurre en nuestras vidas tomamos por referencia un marco físico y otro temporal que enmarcan el acontecimiento o la vivencia de que se trate. Espacio y tiempo son las dos grandes categorías ontológicas. En esa referida dualidad espacio-tiempo, el marco físico de mis años universitarios se concentraba en la Facultad de Derecho de entonces y en el C. M. Fray Luis de León que, junto al Hernán Cortes y el San Bartolomé, constituían los tres grandes Colegios Mayores masculinos de Salamanca. La Facultad de Derecho de entonces estaba situada donde hoy está la Facultad de Traducción y Documentación, muy próxima por tanto a la antigua Universidad y al Palacio de Anaya, a la vera de la calle de la Rúa y muy cercana, en diagonal, a la Catedral. En consecuencia, no puedo olvidar tampoco en estas líneas consagradas a la Universidad de Salamanca de la que fui alumno, cómo los Colegiales del Fray Luis de León que estudiábamos Derecho gozábamos del privilegio de acceder todas las mañanas a la Facultad atravesando simplemente el Patio de Escuelas Mayores, con el monumento a Fray Luis de León y la visión inmediata y espectacular de la maravillosa fachada plateresca de la vieja Universidad, lo cual suponía para cualquier espíritu sensible un regalo cotidiano en el plano académico, monumental e histórico. En el ámbito *espacio* no había forma mejor de comenzar cada jornada universitaria, e íntimamente estoy convencido de que todo ello me ayudó e impulsó a generar y dar vida a un expediente académico pletórico de Matrículas de Honor, con el cierre halagador y gratificante del Premio Extraordinario de Licenciatura de mi promoción.

Y si esto aconteció en el plano del espacio, en la otra categoría ontológica del tiempo, no tengo la menor duda de que en Salamanca se comenzó a asentar y fraguar las bases firmes y resueltas de mi futuro académico y profesional. En efecto, al terminar el tercer curso de la Carrera mi inolvidable Catedrático de Derecho Civil y entonces Rector Magnífico de la Universidad D. José Beltrán de Heredia me llamó a su Seminario y con todo interés y cordialidad, tras felicitar me por el expediente académico de esos tres primeros cursos, me pregunto cuáles eran mis planes para *cuando dentro de dos años termine Vd. la carrera*. Al contestarle que *hacer oposiciones de máximo nivel, como catedrático de Derecho Civil, Notarias o Abogado del Estado*, el Profesor Beltrán de Heredia con una satisfacción manifiesta y un ímpetu arrollador se lanzó ya resueltamente a decirme que optase decididamente por oposiciones a Cátedras de Derecho Civil, *donde yo le puedo aconsejar y ayudar*, empezando ya a recomendarme que, a partir del siguiente curso, fuera a estudiar a su Seminario por las tardes, acostumbándome a preparar los temas de su programa por más de un libro, y que, terminada la carrera, solicitara de inmediato una beca para hacer el Doctorado en Bolonia (Italia) como alumno-residente en el prestigioso y también varias veces centenario Colegio de San Clemente de los Españoles, Fundación Privada que presidía el Duque del Infantado, donde él también había hecho su Doctorado, inmediatamente antes de la Guerra Civil española (años 1935-1936) y que de vuelta a España e instalado, según mis planes, en Madrid en el famoso Colegio Mayor de Licenciados César Carlos, debíamos mantener una comunicación fluida

y permanente pensando en los pasos futuros en mi carrera académica. Proyectos y planes que cumplí con unos años decisivos para mi formación humana y jurídica en el reputado Colegio César Carlos, del que fui durante varios cursos Vicerrector² y del que hoy soy desde hace 9 años, Presidente de la Asociación de antiguos Colegiales y Vicepresidente del Patronato.

Estancia en el César Carlos que alterné en esos años con un curso becado en la Sorbona y otro en la Universidad de Florencia, donde cerré mi formación jurídica en el exterior, que culminé en 1974 con las oposiciones a Cátedras de Derecho Civil.

Y junto al prestigio secular de la Universidad de Salamanca, mantenido y refrendado con generosidad durante todos esos años, debo recordar que en la Salamanca de entonces se erguían, perfectamente perfilados, dos poderes claramente identificables y muy dominantes en sus ámbitos respectivos y, a veces, claramente entrometidos en los que no eran o no debían ser de su estricta competencia. Me estoy refiriendo al poder eclesiástico y al poder político, encarnados, respectivamente, por un Obispo dominante y autoritario, que confirmaba la calificación de Salamanca como ciudad levítica, destacando en este ámbito, con luz y prestigio propio, la Universidad Pontificia; y de otro lado, la figura del Gobernador Civil de turno, con las consignas e instrucciones rigurosas e inexcusables del mantenimiento a ultranza del *orden público* como valor prioritario y prevalente, muchas veces magnificado y distorsionado, en una ciudad con una gran densidad de universitarios y con profesores de prestigio, algunos de ellos muy distantes del Régimen de pensamiento único, lo que explicaba las tensiones que a veces se producían, desde el Gobierno Civil y Jefatura del Movimiento, con los profesores y estudiantes asistentes al prestigioso Seminario de Derecho político, dirigido por Tierno Galván y por donde, por cierto, pasaron en aquellos mis años de Salamanca estudiantes y profesores latinoamericanos (entonces *hispanoamericanos*) que llegaron a puestos de máxima responsabilidad política e institucional en sus países de origen (Panamá, El Salvador, Guatemala, Ecuador, Bolivia, ...).

La Salamanca por mi recordada de esos años era también una ciudad de marcados contrastes. Al lado del varias veces repetido prestigio indiscutible de su Universidad y de la alta representación de curas y monjas, integradas y vinculadas en las numerosas iglesias y conventos de la ciudad, que se hacían visibles en sus calles y plazas, la Salamanca de los últimos años cincuenta del pasado siglo destacaba también desgraciadamente por anidar en ella dos de los grandes vicios convencionales del ser humano: la prostitución y el juego. La prostitución, ampliamente representada por el entonces y desde hacía años famoso *Barrio Chino*, aldeaño a la Clerecía, (como una muestra más de la ciudad de los contrastes) de considerable extensión en pleno centro urbano, y que suponía la distracción y desahogo de numerosos universitarios y que era, lo cual me sorprendía vivamente, orgullo de no pocos salmantinos que alardeaban de su máxima fama en la Guerra Civil con ocasión de la estancia en la ciudad del Cuartel General de Franco y años siguientes en época de máximos acuartelamientos o movimientos de tropas en la ciudad. Y de otro lado, el vicio mencionado del juego, más oculto e inadvertido para la mayoría de la población por estar localizado en determinados puntos o edificios de la ciudad, pero donde,

² Nota del editor: Vicerrector en referencia al Colegio César-Carlos, sería un cargo similar al de subdirector en la actualidad de un Mayor.

al decir de quienes lo sabían, las cantidades que se jugaban y arriesgaban llegaban a muchos millones de pesetas e incluso a fincas o dehesas de considerable extensión jugadas específicamente en concretas partidas o *timbas*, donde no faltaba algún que otro apellido sonoro de la sociedad local y/o del campo charro.

Frente a esta impresión negativa de la ciudad, no puedo dejar de aludir, en el polo opuesto de mis sensaciones, a lo que fue para mí el descubrimiento del mundo de los toros en la que entonces era, desde luego, la capital de la tauromaquia en España. En esos mis años universitarios vi, con diecisiete años de edad, mi primera corrida de toros, en un mes de junio, con ocasión de las que se celebraban en la ciudad para conmemorar el día de San Juan de Sahagún, patrón de Salamanca, y cuyo cartel aún creo recordar (Pedrés, Jumillano y Chicuelo II). Todo el colorido espectáculo me resultó nuevo e inédito, llamándome poderosamente la atención, entre otras cosas, unas artísticas y otras demasiado cruentas, el silencio que se producía en la bulliciosa plaza al salir al ruedo cada uno de los seis toros. Algo para mí incomprensible y que me aclaró mi compañero de tendido al explicarme que, por ser Salamanca y el campo charro cuna de grandes ganaderías de reses bravas, su plaza y el público asistente era muy *torista* y, en consecuencia, la salida y primeras carreras del toro en el ruedo, era un momento importante para que el numeroso público entendido valorase ya en esos primeros momentos la calidad y la bravura del animal, interrumpiendo al momento las animadas conversaciones y el jolgorio propio de otras plazas. Y en este mismo ámbito taurino no puedo olvidar tampoco como, por la amabilidad de algunos compañeros de estudios, hijos o familiares de importantes ganaderos, llegué a conocer la bellísima imagen de los toros sueltos en el campo o las delicias de algún tentadero, donde siempre había algunas chicas llamativamente guapas, y entre ellas siempre algunas extranjeras, invitadas como yo al correspondiente tentadero, y que se identificaban claramente porque al primer y sucesivos puyazos al becerro se tapaban candorosamente los ojos en señal de angustia o de rechazo.

Y en estas evocaciones de *mi* lejana Salamanca universitaria y campera voy a terminar recordando el vivo contraste, (más contrastes), que para mí suponía las veces que me podía permitir el tomar el aperitivo mañanero (algún que otro sábado y/o domingo) en el emblemático Gran Hotel de aquellos años. Era la hora en que solían acudir también los grandísimos ganaderos de la época: Antonio Pérez de San Fernando, Alipio Pérez Tabernero, algún Sánchez Fabrés, algún Cobaleda y alguno más que no recuerdo con precisión. Pues bien, todos ellos o, en toda caso la mayoría, acudían al Gran Hotel calzando los conocidos botos que yo entendía que eran rigurosamente camperos y en consecuencia, inapropiados e incompatibles (sobre todo si estaban con algo de barro o mojados), con las magníficas alfombras de la Real Fábrica de Tapices que cubrían decorativamente los amplios suelos del Hall y del Bar del citado Gran Hotel, donde por cierto, se hospedaban regularmente durante su estancia en Salamanca el entonces Rector y mi primer gran Maestro académico José Beltrán de Heredia y su encantadora y bella esposa Mari Carmen Díaz de Mendoza, primera actriz que había sido del teatro María Guerrero, fallecida en su casa de Madrid hace casi dos años en estado de viuda desde 1992 y con la que continué teniendo una relación fluida y cordial hasta sus últimos días.

Nada mejor para mí que concluir estas líneas evocadoras de mis años estudiantiles en Salamanca con esta alusión personal y entrañable a Mari Carmen y Pepe Beltrán de Heredia, por la muchas veces que hablamos de la docta y monumental Salamanca de aquellos años en los muy frecuentes y amenos encuentros y almuerzos

en Madrid, con el recuerdo imperecedero de que tuve el honor y la íntima satisfacción de sucederle, como Catedrático de Derecho Civil, cuando él causó vacante por jubilación en el Tribunal Supremo, pasando yo a ocupar *su* plaza de Magistrado de la Sala 1ª del Alto Tribunal en Marzo de 1986.

Ramón López Vilas en la actualidad es Abogado, Catedrático de Derecho Civil, Magistrado del Tribunal Supremo excedente, Vocal Permanente de la Comisión General de Codificación y Académico de Número de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación de España y miembro de su Junta de Gobierno.

Recuerdos de mi Colegio Mayor en Salamanca

Aristides ROYO SÁNCHEZ
Colegial desde 1958

A MEDIADOS DEL MES DE FEBRERO DE 1960 Don Ignacio de la Concha, quien era mi profesor de Historia del Derecho, me expresó que deseaba hacer un experimento en el Colegio Mayor que dirigía, en el cual todos los residentes eran españoles y consideraba que valía la pena que ellos conviviesen con un chico hispanoamericano y viceversa.

El 1 de marzo del citado año entré en el Colegio Mayor Fray Luis de León que había sido fundado en 1954. La primera sorpresa consistió en los horarios de las comidas, el almuerzo a las 14.30 horas y la cena a las 22.30, en las antípodas de Panamá donde respectivamente las hacemos a las 12.30 y a las 18.30. Por cierto los alimentos eran deliciosos y abundantes pues constaban de tres platos mientras que en mi país consideramos que dos eran suficientes. El Colegio constaba de una biblioteca que utilicé durante cuatro años como lugar favorito de estudio por el silencio que allí imperaba. Contábamos con un sacerdote, D. Juan Garcia, que decía misa diaria, aunque la capilla se llenaba solamente los domingos. Desde luego que en los cincuenta y siete años transcurridos, las costumbres han cambiado. Ni a ninguno de nosotros se le habría ocurrido subir con una chica a la habitación, lo que estaba además prohibido, ni ella hubiese aceptado proposición semejante. El Colegio era para varones y las mujeres podían venir cuando eran invitadas para comer o merendar y desde luego acudían a la fiesta anual que solía celebrarse en el Patio de Escuelas Menores, adyacente al Colegio y por donde pasábamos los estudiantes de Derecho y de Filosofía y Letras hacia nuestras Facultades que estaban apenas a unos pocos pasos. Todos los días del curso veíamos la oficina rectoral, la estatua de Fray Luis de León y la famosa fachada de la Universidad.

En el Colegio Mayor Fray Luis de León reinaba una gran camaradería entre los colegiales y uno podía sentarse a veces en la mesa del Director y muchas veces con los catedráticos que también residían en el Colegio. Recuerdo entre éstos a José Antonio García-Trevijano Fos, Catedrático de Derecho Administrativo prematuramente desaparecido, a Joaquín Ruiz-Giménez quien dictaba Derecho Natural y Filosofía del Derecho y a Aurelio Menéndez que falleció a principios del presente

año. Aprendimos de ellos muchas cosas de la política , de la historia y de la sociedad española de la época. También tenía su habitación Enrique Jordá, profesor de Arqueología.

Mi Colegio Mayor y lo expreso en el sentido posesivo de pertenencia pues todavía, a pesar de los años, me sigo sintiendo parte de esa comunidad, fue un sitio de aprendizaje multifacético. En mis años tuvimos ocasión de escuchar a personas que podían ser catedráticos como Cruz Hernández y Antonio Tovar, el primero ex alcalde de Salamanca y el segundo ex Rector de la universidad o bien a Lili Álvarez, la primera mujer española que obtuvo premios internacionales en el deporte del tenis. El famoso torero *El Viti* nos impartió una interesantísima charla sobre sus experiencias en ese mundo desconocido para muchos de nosotros. Personalidades que dictaron conferencias en la Universidad, venían en la noche al Colegio donde luego de la cena se organizaban interesantes coloquios con el invitado.

El Colegio Mayor Fray Luis de León me ayudó a comprender que los jóvenes españoles e hispanoamericanos pueden establecer con facilidad vínculos fraternales y me dio la oportunidad de anudar amistades que he continuado cultivando a lo largo de los años. En una fiesta colegial de fin de curso, me enamoré de una estudiante asturiana con la que he cumplido más de cincuenta años de casados. A la Universidad de Salamanca debo mi formación profesional y al Colegio Mayor Fray Luis de León gran parte de lo que soy como persona. Ambas instituciones forman parte de los años más felices de mi vida y las llevo entrañablemente en el corazón.

Arístides Royo Sánchez fue Presidente de la República de Panamá entre 1978 y 1982.

C. M. Fray Luis de León, desde 1961

ANTONIO HERNÁNDEZ TEJEDOR
Colegial desde 1961

CON MUCHO GUSTO, procedo a responder vuestro llamamiento para la confección de un Libro sobre las vivencias de nuestro paso por ese Colegio Mayor de Fray Luis de León.

Mi nombre es Antonio Hernández Tejedor (Derecho 1961-1966).

Tras aprobar mi examen de Preuniversitario en el curso 1960-1961, mis padres estimaron conveniente solicitar un Colegio Mayor en Salamanca, donde quería realizar mis estudios de Derecho, curso 1961-1962. Entonces había en Salamanca únicamente cuatro Colegios Mayores, El San Bartolomé, El Hernán Cortés, el San Miguel y el Fray Luis de León.

Efectivamente así lo hicieron y con gran alegría familiar la dirección del Colegio contestó admitiendo la solicitud. Así pues y como consecuencia, muy a comienzos del curso 1961-1962 me desplacé a Salamanca. En la Conserjería del Colegio, conocí a Nazario, quien siempre a lo largo de los años nos atendió magníficamente. Mi llegada al Colegio donde no conocía a nadie, fue con el despiste normal, donde me asignaron una habitación junto con otros dos compañeros, sí, no es un error, entonces había habitaciones de tres (tres habitaciones), de dos muchas y una o dos habitaciones únicamente de un solo colegial (para los más antiguos) en la que compartíamos un único lavabo, un único armario y una sola mesa con tres sillas, con duchas comunes al final del pasillo. Algunos de los nuevos, teníamos que ocupar «sí o sí» estas habitaciones. Tuve como compañeros de habitación a Eduardo Herrero Casanova y a José Manuel Pérez Fernández (mas tarde Magistrado y Notario respectivamente).

Los pisos del Colegio estaban distribuidos en dos plantas, una en la que estaban todos los de Derecho y Filosofía y otro, donde residían los de Medicina y alguno de Química y que cada año turnábamos de planta. Pensar que entonces en Salamanca, sólo existían las Facultades de Medicina, Filosofía, Derecho y Químicas, no es como ahora en donde existen muy variadas facultades con numerosas especialidades en cada una de ellas.

Acomodado, me dijeron los horarios de comedor que estaba en la entreplanta y allí me dirigí a la hora señalada para ver el menú en el tablón de anuncios. Conocí

entonces al resto de compañeros de Derecho: a Juan José Montero Chamorro, a José Castro Rabadán, a Enrique López Sagués, y a José Espinosa Carmona. Estos dos últimos venían de Toledo y dado que éste tenía un hermano, Manolo, que cursaba cursos superiores, su relación con el resto de colegas era muy evidente, frente insistió a los demás compañeros que no teníamos ningún conocido.

Lo primero que me sorprendió fue la comida, tres platos y postre. Mas tarde comprobaría que la cena era de iguales características, y unos desayunos con café con leche, mantequilla, bollo, huevo, y bollería. Yo que siempre he tenido un gran apetito, me pareció una entrada magnífica. Las mesas eran de cuatro, por lo que fue el primer encuentro con el resto de compañeros. Había una mesa presidencial, donde se sentaba el Subdirector del Colegio, quien supe se llamaba Atilano (Atila para los amigos), que era Médico y que trabajaba en la Facultad de Medicina, el Páter¹ Don Juan García García, Miguel Silos Conejero, algún colegial invitado, etc. Don Juan el Páter, estando todos en pie, recitó una oración bendiciendo la mesa y rezamos el Padrenuestro, como más tarde comprobaría se hacía siempre.

Al término de la comida, descubrí que había dos opciones: o te ibas a la Sala de TV., que estaba junto a la que más tarde descubrí que era la Sala de Música o te quedabas en el Bar del Colegio jugando alguna partida, al mus, domino, tute, etc.

Por la tarde/noche, con alguno de los compañeros, nos fuimos a conocer Salamanca puesto que yo no la conocía salvo un día, cuando tuve que examinarme en la Universidad, de *Preu*.

Descubrimos entonces, la Rúa, la Plaza Mayor y una Calle llamada Toro (esta es la calle que conducía a la Ciudad donde yo había nacido en el año 1942) y que pensamos debía de ser muy importante, pues cuando llegamos estaba llena de gente que paseaba de arriba para abajo, desde la entrada de la Plaza Mayor, hasta pasada la Plaza del Liceo. Comprobamos que según se iba cruzando la gente en dos filas (una hacia abajo y otra hacia arriba), se iban saludando con lo que nos daba la impresión de que se conocían todos ellos. Nosotros, como *nuevos* no conocíamos a nadie. Nos limitamos a comprobar cuanto describo.

Regresamos al Colegio, antes de las diez de la noche, que era la hora de cierre del Colegio. Al llegar conocimos a *Pepe Macarro*, portero de noche, hombre afable y un gran conversador, a quien a lo largo de los años llegamos a apreciar muy mucho.

Al siguiente día, cuatro de octubre era el primer día de clase. Supimos que para llegar a la Facultad no hacía falta salir a la calle, sino que tras subir las escaleras que hay a la vuelta de la portería (hoy salón de actos), podíamos cruzar el Patio de Escuelas, la Plaza con la estatua de Fray Luis de León y llegar a nuestra Facultad en cinco minutos entrando por la puerta secundaria. (Nuestra Facultad estaba donde ahora está la Facultad de Traducción y Documentación en la Plaza de Anaya). Asistimos a la procesión de Catedráticos por los claustros de la Universidad inaugurando el nuevo curso escolar.

El bedel de la Facultad, (Pedro padre), nos dijo que la clase que íbamos a tener se celebraría en un aula del primer piso. Allí nos dirigimos, conocimos a los compañeros y cuando estábamos en ello, vemos que entran dos personas (mayores para nosotros), se sientan en la mesa del Profesor, nos mandan sentar y reparten papelititos para que fuéramos poniendo nuestros nombres, dirección y teléfono, éste muy

¹ Nota del editor: Páter entendido como el sacerdote adscrito al Mayor.

importante y obligado sobre todo dijeron, dirigiéndose a todas las compañeras. Cuando estaban recogiendo los papelitos, llegó *otro mayor* diciendo salir corriendo que viene el Catedrático. Comprendimos que nos habían dado la primera novatada. Pero con ello, también nos sentimos parte de la Facultad.

Y llegó el primer sábado en el Colegio. Hacia las doce nos acostamos y a eso de las dos de la madrugada oí una procesión que venía por el pasillo, que abrían la puerta y entraban a oscuras. Parecían fantasmas pues todos venían con las colchas de las camas cubriéndoles la cabeza y cantaban canticos *funerarios*. Nos iban a practicar el sagrado *pínfano*, que consistía, que después del susto, nos tomaron el pelo todo lo que quisieron, a algunos incluso, los bajaron a las habitaciones que había en la planta baja (al lado de la Capilla, la que no se si existe actualmente), teniendo que cargar con sus colchones y almohadas, y en una de las habitaciones (a ocho o diez) los encerraron para que pasaran allí la noche. Afortunadamente a mí no me tocó.

Transcurrieron los días, los profesores nos señalaron deberíamos comprar libros de texto y tuvimos que ir a la Librería Cervantes que estaba (creo no existe ya), al lado del Teatro del Liceo. Allí compramos el *Castan* (Parte general), la Historia del Derecho, Natural y Político.

Así las cosas, se nos pidió por la Dirección del Colegio a los *nuevos* compráramos chaqueta azul, y pantalón gris (después nos enteraríamos del versito relacionado con estas prendas de vestir), debiendo visitar no sé qué tienda para comprar el escudo del Colegio (el águila en blanco que aun he visto sigue existiendo) y ponerlo en el bolsillo superior izquierdo de la chaqueta. Estaba bordado, precioso (aun lo conservo con la chaqueta).

Y llegó el *gran día*. La primera fiesta del Colegio. Se celebraba en el Patio de Escuelas donde se habían adecuado diversos locales llenos de cosas para comer y con una gran orquesta que tocaba los ritmos de moda. Y comenzaron a llegar los invitados y sobre todo *las invitadas*, preciosas, todas con vestidos largos de noche, con echarpes sobre los hombros y todas ellas sin excepción, realmente guapísimas. Los invitados vestidos de smoking y nosotros con el uniforme, así como los invitados de otros colegios que asistían. Fue una noche inolvidable, parece que estoy asistiendo a ella. ¡Qué maravilla, todas y todos bailando y disfrutando de la música! y de los placeres del baile (desde luego totalmente castos). Nos codeábamos con nuestros profesores a los que desde luego no nos atrevíamos a mirar muy de frente, si bien les saludamos con todo el respeto. A su término, se llenaron bandejas con sobras que había que ir a ofrecérselas a los *inferiores* (así llamábamos cariñosamente a los colegiales del Colegio Mayor San Bartolomé). Las correrías y broncas en la Plaza por ese hecho entre unos colegiales y otros colegiales eran habituales, pero tras ello, y siempre con todo el respeto de unos para otros y a la inversa, nos retirábamos al Colegio donde comentábamos hasta altas horas de la noche en nuestras habitaciones cómo se había desarrollado la fiesta, con quien habíamos bailado, a quién habíamos llevado a la fiesta, etc. Más tarde en el silencio de la noche volvíamos a recordar aquellos felicísimos momentos. Éramos muy jóvenes y quien más, quien menos tenía la vista puesta *en alguna moza*, la que deseábamos nos hiciera más tarde caso.

A lo largo de varios de los sábados siguientes también tuvimos que *soportar* nuevas novatadas, ahora en el comedor, donde entre otras cosas esparcían un líquido en las sillas, nos obligaban a sentarnos y cual gatos huyendo de la quema, salíamos de estampida pues nos abrasábamos *los bajos*.

Pasaros los días, muy felices, todo eran novedades. *Las de Filosofía* nos visitaban en la Facultad y a veces asistían a alguna clase de algún renombrado profesor. Y ahora voy a contaros algo que quizás, sorprenda a alguno de los jóvenes actuales que pase sus ojos sobre estas líneas. Yo había asistido fuera del Colegio a muchas vigiliás de la Adoración Nocturna y tras hablar con la Dirección y con Don Juan (el páter), sugerí la posibilidad de fundar un Turno en el Colegio. Dicho y hecho. Contacte en Salamanca con el Presidente de la Adoración Nocturna y accedieron a que fundáramos en el Colegio el Turno 32 (en Salamanca había vigiliás todas las noches de cada mes). En el Colegio éramos entonces unos 110 Colegiales y se inscribieron unos quince, que tras la cena organizábamos turnos de hora hasta las cuatro de la mañana en la que celebrábamos la Eucaristía y posteriormente hacia las cinco de la mañana nos servían el desayuno. Lo cuento ahora y me cuesta mucho trabajo pensar que sí, que era cierto. Las que no les gustaba nada la idea, era el servicio que tenían que levantarse a servir los desayunos. Allí estaba Ludi a la que admirábamos todos por su simpatía y por otras muchas más cosas. Los *viejos* ¿os acordáis?

Después de la cena, visitábamos la sala de TV., y veíamos a Eliot Ness y los Intocables. La sala era pequeña para albergar a todos cuantos rodeábamos el televisor. Era una serie seguida unánimemente por casi todos. Los domingos, íbamos invitados a otros Colegios Mayores para asistir a algún *teatro leído*, muy de moda en aquellas fechas o nos permitían traer a amigos y a amigas al Colegio y en el Bar donde había instalado un altavoz poníamos música (por el encargado de la Sala de Música, que también había), hasta las 21,00, hora en que había que despedir a los invitados y en su caso, llevar a las invitadas a sus respectivos domicilios. Entonces no había como ahora móviles. Había un único teléfono en los rellanos de cada planta de escalera. Nazario desde portería te avisaba con un *timbrazo* en tu habitación diciendo tenías una llamada de alguien. Y así pasábamos las veladas domingueras. Quizás los que lean estas líneas piensen que si estábamos locos, cómo se nos ocurría pasar así algunos domingos. Desde la perspectiva actual quizás tenga razón quien así piense, pero esa fue la realidad y desde luego nosotros éramos muy felices.

Pasó la primera Navidad, llegaron los exámenes trimestrales, la Semana Santa, nuevos exámenes trimestrales y por fin, los exámenes finales, coincidentes con la vuelta ciclista. Eran tres cosas inseparables, exámenes, calor y ciclismo. Tomábamos el sol en la terraza que había en la primera planta mirando a la catedral con el libro entre las manos. Por las noches, unos se quedaban a estudiar. Los que se levantaban pronto eran avisados por los trasnochadores a los que a su vez había que avisar a la hora de la comida. En la Biblioteca del Colegio no había sitio. Todos estudiando y con los nervios a flor de piel, pero ¡Éramos jóvenes y lo soportábamos todo!

La Adoración Nocturna seguía funcionando. Muchos de los trasnochadores, no pertenecientes a la Adoración Nocturna, asistían a la Eucaristía que se celebraba a las cinco de la madrugada y después el desayuno, para así al día siguiente levantarse más tarde. Quizás por cuanto os cuento y a partir de dicho momento tuve que *soportar* el *apelativo*, desde luego cariñoso, de Tejedor *el Santo*. ¡Qué más hubiera querido que eso hubiera sido realmente cierto! Estoy seguro que *los de aquella época* que lean estas notas refrendarán estos recuerdos.

Debo significar que en mayo, se celebraban las *Flores* en la Clerecía y tengo que decir, que teníamos que quedarnos muchas veces a la puerta de Iglesia, pues asistían todos los estudiantes, quizás, entre otras cosas, para pedir fortuna en los exámenes.

A su término nos encontrábamos con algunas compañeras y aprovechábamos para *pegar la hebra*. ¡Qué tiempos aquellos!

Celebramos la Fiesta de Final de Curso, en la misma forma que he descrito más arriba para el comienzo del curso, pero entonces con muchas más conocidas y conocidos. Desde luego era una Fiesta maravillosa y desde luego para todos nosotros, la mejor de las mejores, pues efectivamente lo era.

Y llegaron los exámenes finales y más tarde las vacaciones. Nos despedimos todos deseándonos un buen verano. ¡Qué compañerismo y camaradería existía entre todos los Colegiales! Ya no había *novatos* y *veteranos*. Nos despedíamos unos de otros, deseándonos lo mejor para el próximo curso. Citaría muchos de los nombres de aquellos años, que más tarde han ocupado grandes despachos, grandes puestos en muy diversas Instituciones y grandes profesionales cada uno en su carrera. Vaya mi más cariño recuerdo para todos ellos. No había distinción entre unos y otros, todos éramos *de verdad* compañeros, pero antes de despedirnos, había que *vaciar* el armario de un colegial toledano, que por respeto hacia él no quiero mencionar su nombre, pero todos los de aquella época lo recordarán, sobre todo *por su tamaño*. Todos le apreciábamos muy mucho. Este comía mucho y tenía todo un *almacén de comidas* en su armario. Al final de curso nos invitaba a todos a consumir *las viandas*, que nosotros disfrutábamos agradeciendo la invitación y no es que nos hiciera falta, puesto que una de las cosas por las que el Colegio se caracterizaba era por lo bien que comíamos a lo largo de todo el año, pero con veinte años que teníamos, todo era poco. Pues bien, tenía tantas, que sobran después de hartarnos a comer.

Unos, nos fuimos de vacaciones, otros en cambio, se fueron a la IPS², a Monte la Reina (Zamora) (muy cerca de Toro) como *cadetes*, a formarse primero como soldados, al siguiente verano como Sargentos y en las Prácticas como Alféreces. Yo que como he dicho soy de Toro, y allí pasaba mis veranos, tenía la gran suerte de ver a muchos de ellos y compartir con ellos sus actuales experiencias.

¡Qué tiempos aquellos! El Colegio quedaba vacío por nosotros, pero lleno de estudiantes extranjeras que venían a los Cursos de Verano en la Universidad. Su estancia la descubríamos por las inscripciones que dejaban escritas.

Y llegó el mes de octubre del año 1962. Se iniciaba un nuevo curso, Cuando llegamos al Colegio, ya éramos antiguos alumnos con cuanto de ello se derivaba. Ya teníamos la suerte de ocupar habitaciones de dos plazas, y podíamos elegir a los compañeros de habitación. No obstante, seguía Nazario, Alejandro el Administrador, Pepe Macarro, Don Juan, etc. Eso sí, cambiamos de Director y llegó D. Manuel Serrano, quien fue en aquel curso, mi Profesor de Derecho Penal, quien nos inculcó el cariño por el Derecho y el Derecho Penal en particular. Actuaba con nosotros como un padre. Nos sentaba en la mesa presidencial del comedor y se interesaba por todos nuestros problemas ofreciéndose a resolverlos en cuanto fuera menester. Desgraciadamente me enteré tras terminar la Carrera que había fallecido. Dios lo tenga en su gloria.

Y tuvimos la Fiesta de comienzo de Curso, precedida por un acto en el que a los *nuevos del año anterior* nos impusieron las becas del Colegio y nos hicieron *colegiales*. ¡Qué importantes nos sentíamos por ello! Cómo lucíamos en nuestra solapa

² Nota del editor: la IPS o Instrucción Premilitar Superior, Orden de 30 de octubre de 1950 referente a la Instrucción Premilitar Superior. *Boletín Oficial del Estado* núm. 307, de 03/11/1950, página 5100.

la *insignia* que nos habían entregado (y que aún conservo). Más tarde nos haríamos la foto colectiva en el Patio de Escuelas, de las que he visto algunas *colgadas* en Facebook.

Y comenzó el siguiente curso y entonces se me ocurrió la idea de fundar una *Tuna* del Colegio que efectivamente se formó, pero que duró muy poco dado el escaso número de *tunos*. Pero no obstante durante el tiempo que duró lo pasábamos muy bien tocando el *Carrascosa*, la Estudiantina de Madrid, Clavelitos, el Triste y Solá... A este respecto debo contar una anécdota que me ocurrió. Fui designado *Jefe de la Sala de Música* en aquel año, y frecuentemente bajaba a ella a estudiar, sobre todo por las noches. Era muy frecuente oír pasar las tunas por la Plaza del Colegio, unas mejores y otras peores, pero una noche oí cómo próxima al Colegio había una tuna, con un vocalista, que cantaba a alguna niña de los alrededores, pero tenía una voz tan bonita y acompañada, que no pude por menos de asomarme al balcón y ver quiénes eran. ¡Cuál no fue mi sorpresa!, cuando al pasar por debajo de mi balcón, dice uno a otro, *ten cuidado con el disco que no se raye que tenemos que usarlo para otra ronda*. No pude por menos de reírme y felicitarles por la ocurrencia. ¡Estudiantes en fin!

La Adoración Nocturna siguió ese segundo año, pero pasamos de quince que éramos a treinta, que asistían habitualmente a las vigiliás, hasta llegar el último año de permanencia en el Colegio a contar con 105 asistentes de los 110 que éramos en el Colegio. Creerme que era maravilloso ver a jóvenes con veinte años asistir a los turnos y pasar junto al Santísimo una hora por la noche, compartiendo con El nuestras penas y alegrías, y aprovechando en época de exámenes para pedirle especialmente por el éxito en los mismos.

Repito ¡Qué maravillosos tiempos aquellos!

Y así llegamos al curso 1965-1966, mi último año de Carrera. De los compañeros que comenzamos en el Colegio únicamente seguíamos cuatro, los otros por distintas circunstancias, habían ido a otras Universidades a terminar la carrera.

Pasaron los años. Cada uno optó por ejercer una profesión. Unos notarios, otros jueces, otros comerciantes, otros como yo, optamos por el ejercicio de la profesión, en la que permanezco ya hace cincuenta años y sigo, y sigo, y sigo, etc. Disfrutando de cada momento profesional, aprovechando de cuanto mis queridos profesores me enseñaron en la Facultad.

De los seis colegiales que comenzamos en el año 1961, ya nos han dejado tres. Descansen en paz.

Pues bien, pese a los años que han pasado, los compañeros de Facultad, tanto los que estuvieron en el Colegio como los que no, seguimos viéndonos en Madrid, y ello, después de haber pasado cincuenta y dos años del día en que terminamos nuestra carrera. Seguimos viéndonos, reuniéndonos, compartiendo mesa, viajando juntos y comentando aquellas fechas sin que falte el recuerdo de aquel Catedrático o profesor que por alguna circunstancia siempre sale en la conversación.

Y llegamos a nuestros últimos meses, al año 2018. Volví a Salamanca a celebrar en la Universidad sus 800 años. ¡Cómo no!, visité *mi Colegio*. Tristemente vi que ya no estaba el *Bartolo*, que lo estaban preparando para otros fines. Bajé por la calle Libreros, pasé junto al lugar donde teníamos que asistir a las clases obligatorias de Gimnasia. ¡Qué pena, ya no existe, está derrumbado! Entré en el Colegio, ya no estaba Nazario, ni Pepe Macarro, ni mis compañeros de hacia tantos años, pero estaba su recuerdo. Visité el Salón con los «Víctor» de personas todas conocidas.

Como os digo, los compañeros de entonces, hemos asistido a la celebración de los actos conmemorativos de los 800 años de nuestra Universidad. Hemos estado todos reunidos en los actos organizados. Hemos saludando a amigos de otras Facultades que no veíamos desde hacía... cincuenta y dos años. ¡Qué barbaridad!, pero eso sí juntos, todos juntos, con el mismo espíritu y sintiéndonos parte de nuestra Universidad, hemos cantado en la Plaza de Fray Luis de León³, también *todos juntos* con el Coro de la Universidad y a la puerta de *nuestra Universidad*, el *gaudeamus igitur*. ¡Qué emoción! ¡Qué alegría volvernos a encontrar!

Y nada más, son historias de un *viejo colegial* que desea lo mejor a los *nuevos* deseándoles puedan disfrutar dentro de otros cincuenta y dos años de la emoción de cantar todos juntos *el gaudeamus*, como ahora, como os pido, lo entonemos juntos una vez más.

Antonio Hernández Tejedor es abogado en ejercicio.

³ Nota del editor: el autor referencia así el Patio de Escuelas Mayores, presidido por la Estatua de Fray Luis de León frente a la Fachada Rica de la Universidad de Salamanca.

Relato de mi vida colegial en el Colegio Mayor Fray Luis de León (1962-1967)

Jesús GARCÍA SÁNCHEZ
Colegial desde 1962

LEGUÉ AL COLEGIO MAYOR FRAY LUIS DE LEÓN en octubre de 1962 a empezar la carrera de Derecho acompañado (antes era así) por mis padres. Me sorprendió el dibujo que tiene la fachada de lo que iba a ser mi Colegio, estaba formada a base de cuadraditos en su parte central, y lo que posteriormente supe, por boca del Catedrático de Arte Don Rafael Láinez Alcalá, que se trataba del *monumento a la pastilla de chocolate desconocida* como así nos lo refirió en una charla colegial.

Era la primera vez que salía más tiempo de casa de mis padres, de Ciudad Rodrigo, y ellos querían comprobar donde iba a residir durante mi carrera de Derecho, que por cierto era masculino y así estuvo durante los cinco años de mi licenciatura.

Nada más entrar al primero que nos encontramos y le saludamos era al señor Nazario, toda una institución en el colegio pues llevaba muchos años siendo conserje de día y arreglador de muchas cosas en el mismo Colegio y quien nos puso al tanto del funcionamiento del mismo. Posteriormente saludamos al «páter-cura», que era D. Juan García García, ya que el colegio tenía Oratorio-Capilla, el cual también nos complementó de cómo se funcionaba en el Mayor Fray Luis de León. Para los actos importantes, se nos dijo que debíamos tener *uniforme colegial* formado principalmente por un pantalón gris y una chaqueta azul en cuyo bolsillo superior izquierdo exterior tenía que estar bordado el escudo del Colegio.

En frente de mi Colegio se encontraba lo que era el Colegio Mayor San Bartolomé, que era el contrincante nuestro por las *peloterías* que formábamos ambos colegios en temas deportivos etc, y principalmente por sus orígenes, pues nuestro colegio dependía del sindicato español universitario (SEU) y el San Bartolomé dependía de la Universidad. Una de las cosas diferenciadoras que se comentaba era que en nuestro colegio, se comía mejor ya que teníamos un excelente cocinero que procedía del Gran Hotel y que se llamaba Evelio. ¡Qué canelones, ensaladillas rusas

y huevos a la flamenca nos preparaba! Y qué decir del *cocido*, monumental, hasta el extremo que un alemán (Hans) que vino becado por una Universidad alemana me dijo nada más llegar al Colegio que ya sabía por qué España no prosperaba y era debido a la siesta y cuando él se acostumbró a nuestro cocido, la siesta que se metía después era de campeonato, hasta el extremo de decirme que la siesta era un gran invento de los españoles porque ellos, los alemanes, habían inventado casi todo menos la siesta.

Nuestro Colegio contaba con sala de música, sala de televisión (sobre todo para ver el fútbol y los toros de San Isidro), biblioteca, cafetería, comedor y administración, aparte de las habitaciones colegiales. El director que encontré en los comienzos era un médico cardiólogo llamado D. Atilano González y como jefe de estudios al también médico dermatólogo D. Agustín Martín Pascual, después vino como director el Catedrático de Derecho Penal, D. Manuel Serrano que procedía de la Universidad de Sevilla.

La habitación que me asignaron era la más grande y fría del colegio, situada en la planta tercera, a la que llamaban *el palomar*, tenía el número 119 y la compartí con otros dos colegiales, Juan José Reigosa González (magistrado en La Coruña) y José Luis Pascual (procedente de Valverde del Fresno, Cáceres).

Para ir a la Facultad de Derecho (hoy Facultad de Traducción y Documentación) disponíamos del paso a través del patio de *Escuelas Menores*, para acceder a la fachada principal de la Universidad y de ahí a la Facultad.

Como novato el primer año de colegio tuve que pasar las consabidas novatadas de los mayores (*pínfano*, *zapato divino*), entre los que se encontraba Aristides Royo que más tarde sería Presidente de la República de Panamá. También recuerdo a Rafael Andrés Mombiedro, que llegaría a presidir el Consejo Superior de Disciplina Deportiva y que asustaba por las noches viéndole pasear por el pasillo de la planta tercera vestido de negro y con las pocas luces que había, dicen que era un voraz lector de Kafka; también pasé como nuevo, por el tribunal de los viejos, pues era considerado el darnos a conocer de una forma efectiva.

Pasado el primer año y en los años sucesivos, la convivencia en el Colegio era extraordinaria ya que servía para que hablando con unos y con otros que estudiaban distintas carreras, se te pudiera quedar algo de ellos igual que estos últimos de lo que yo estudiaba. Los apuntes que tomaba en clase, los pasaba a máquina y servían también para los compañeros de curso en el Colegio, Juan José Reigosa González, José Luis Pascual, Juan Cánovas Tienza, Esteban Ciudad Peña, Fermín Cárdenas Calvo, José Manuel Sánchez y Eduardo Varona García. Nuestro director en estos cuatro años de licenciatura, fue el Catedrático de Derecho Penal D. Manuel Serrano Rodríguez, que vivía con su familia en el Mayor.

Tuvimos excelentes catedráticos como D. Enrique Tierno Galván del que guardo la siguiente anécdota, en su examen final y después de dictarnos las preguntas nos mandó que escribiéramos la siguiente frase, *juro por mi honor que no copiaré*, dicho lo cual se marchó con sus adjuntos y nos dejó solos en el examen.

Otro gran Catedrático fue D. José Antonio García-Trevijano Fos, de Derecho Administrativo y que durante un curso ocupó la Dirección General de Emigración del Ministerio de Trabajo, reincorporándose al año siguiente a su cátedra salmantina y al Colegio para preparar el concurso-oposición a la de Administrativo de la Complutense de Madrid en contraposición a quien había sido Subsecretario del Ministerio de Educación y Ciencia, Dr. Villar Palasí.

García-Trevijano era hombre entrañable, que participaba en la mayoría de actos académicos y lúdicos que tenían lugar en el Colegio, virtuoso de la guitarra y del juego del *mentiroso* en el bar del Fray Luis. Estudiaba por las noches en la biblioteca del Colegio y cuentan colegiales que coincidieron con él allí, que cuando se quedaba adormecido se levantaba al baño a lavarse la cara antes de retornar al estudio.

La cátedra en litigio se la dieron a Villar Palasí y al día siguiente en el diario ABC (1966), se publicó una viñeta del gran Antonio Mingote que plasmaba al fondo al tribunal y en primer plano a los dos opositores, donde José Antonio aparecía con los bolsillos de su atuendo, llenos de libros y Villar Palasí diciéndole a García-Trevijano, *Tú sabrás mucho pero yo me he preparado al tribunal*. (Aún conservo recortada, la viñeta de referencia del diario ABC).

Había charlas y conferencias sobre los diversos aspectos de la vida universitaria, siendo las más divertidas las que nos daba el Catedrático de Arte y andaluz de Baeza, D. Rafael Laínez Alcalá, el cual con su gracejo andaluz nos hacía revivir la vida universitaria con sus consabidas anécdotas, como las que relato al principio de mi escrito y las que contaré al final del mismo.

Había fiestas de principio y fin de curso, pero la más importante era ésta última que se celebraba en el Patio de Escuelas Menores con baile amenizado por dos orquestas que actuaban en una de las Salas de éste Patio, que tiene como techo de madera una especie de barca invertida (hoy sala de exposiciones de la Universidad) y con mesas llenas de viandas en los soportales del Patio para mantenernos en pie hasta la madrugada, que se remataba con el chocolate con churros y a la que asistíamos los colegiales con el uniforme del Colegio y las señoritas acompañantes con vestido de noche.

Salíamos a tomar nuestros vinos de mediodía y por la noche, antes de la comida y cena, soliendo recalar en el *Mesón* (hoy Mesón de Gonzalo) y en casa *Elorza* (Evaristo Elorza), cerca del Colegio (estaba esquina entre la calle Serrano con Traviesa) y que además de vinatero, era asesor taurino de la Plaza de toros de Salamanca. Elorza traía buen vino de La Mancha, que guardaba con mucho cuidado ya que lo vigilaba su mujer Consuelo, de tal modo que cuando ésta no estaba le pedíamos a Evaristo Elorza que nos sacara vino de la lata o de cocos, vino especial de La Mancha que solía tomar con mi compadre y estudiante de Medicina, José María Rupérez Polo y otras veces con mi buen amigo, el hoy registrador de la propiedad José María Gómez Valledor. El vinatero nos decía que para obtener orejas en los toros había que saber parar, templar, mandar y tener muchas ganas de agrandar. ¡Je je, toro toro! Y así vino tras vino.

Por mi parte, mis estudios de Derecho se enfocaron hacia el Derecho Privado y en especial al Derecho Civil. Estando en el último año de carrera *cayó* por mi habitación, que era individual y a cuya ventana la llamábamos *ojo de buey*, una garrafa de vino blanco de La Mancha de la cual bebimos muchos colegiales, pero aún así quedó bastante vino que me lo fui bebiendo según iba estudiando la parte del Derecho Civil de Familia y Sucesiones, resultándome bastante bien pues obtuve matrícula de honor en esa asignatura.

En los veranos de cuarto y quinto curso de carrera hacíamos el servicio militar universitario (IPS, Instrucción premilitar superior), donde después del primer verano salías con el grado de sargento y el segundo verano si lo superabas obtenías la categoría de alférez, todo ello suponía una reducción de tiempo para realizar los exámenes y los consiguientes agobios.

Por último recuerdo otra charla de D. Rafael Laínez Alcalá sobre la fachada plateresca de nuestra Universidad, a la que consideraba *un estandarte o sin pecado* de la hispanidad y en la que resumió su intervención, ahora que la recuerdo desde la perspectiva de notario jubilado, que al Colegio se viene recordando de dónde se procede y el esfuerzo que hacen tus progenitores, dónde estás, en el mejor Colegio con la mejor formación y saber a dónde quieres ir cuando se termine la licenciatura. Y concluyó su charla diciéndonos lo siguiente:

Salamanca la de las tres SSS, porque a Salamanca se viene a saber, a Salamanca se viene a sentir y a Salamanca se viene a soñar.

Jesús García Sánchez, Notario y Presidente del Patronato del Hospital General de la Santísima Trinidad de Salamanca.

Forjando el carácter

José Eugenio DE LA FUENTE SÁNCHEZ
Colegial desde 1963

SOY JOSÉ EUGENIO DE LA FUENTE SÁNCHEZ, extremeño, nacido en 1944 en la cacereña Cabezuela del Valle (Valle del Jerte). Había residido desde mi primera infancia en Plasencia donde cursé los estudios de bachillerato. Conocía Salamanca por haber realizado en su universidad las pruebas de preuniversitario y previamente por haber jugado durante tres temporadas (1960-1963) el Trofeo *Gonzalo Aguirre*, segunda división de baloncesto nacional, con mi equipo La Salle Guadalupe de Plasencia contra el club salmantino.

Un día de mediados del mes de septiembre de 1963 llegué al Colegio Mayor Fray Luis de León de Salamanca. Como becario había solicitado plaza en el Colegio para residir mientras cursaba mis estudios de Medicina. Recuerdo las impresiones de mi primer día en el Colegio, el paso por la recepción con el Sr. Nazario al frente, la cumplimentación de datos en administración con el Sr. Alejandro Pascua, las entrevistas con el subdirector Atilano González y el jefe de estudios Miguel Silos, y finalmente el encuentro informal con el capellán D. Juan García.

El primer trimestre del curso fue un periodo importante de adaptación, con el recuerdo del Colegio como una pléyade de personas de distintas edades, provenientes de distintas regiones españolas (catalanes, vascos, andaluces, extremeños, castellano-leoneses, etc.) y de muy distintos procesos culturales. Esto impactó fuertemente en un joven que provenía de una ciudad provinciana cacereña a la cual llegaban escasas y tardíamente todas las corrientes, orientaciones y movimientos culturales y sociales de la época. Tímidamente se fueron estableciendo conocimientos y relaciones con el resto de colegiales en función de las afinidades particulares de cada uno; así fue como se gestó mi primer grupo que persistió durante los años de estancia en el Colegio, con ampliación durante los siguientes cursos: Jesús García, José M.^a Ruipérez (*qepd*), los hermanos Piñana, Rafael Rodríguez *el Chato*, Maximino Lozano (*qepd*), Luis Grande, etc. Paralelamente el inicio del curso en la Facultad de Medicina complementó el periodo de adaptación.

Rápidamente se celebró la fiesta escolar de inicio del curso; fue uno de los hitos importantes en mi vida ya que en ella conocí a la que sería posteriormente mi esposa,

Pepita Molina. Pepita trabajaba en el Colegio como auxiliar administrativa y a la vez como secretaria personal del Director del Colegio D. Manuel Serrano Catedrático de Derecho Penal.

Durante mi vida en Plasencia siempre había practicado varios deportes, cross, fútbol, balonmano y baloncesto en competiciones federadas provinciales, regionales y nacionales. Lo mismo ocurrió en los años universitarios formando en los equipos de fútbol y baloncesto del Colegio Mayor. Recuerdo el triunfo en el partido final de baloncesto del Trofeo Santo Tomás de Colegios Mayores del 1968, y los entrenamientos y partidos del equipo de fútbol con los compañeros Jesús García, Carlos Piñana, Villamariel, Manuel Valdés, etc. y con el capellán D. Juan como portero.

Dentro de la vida cultural en el ámbito del Colegio destacan en mi recuerdo las audiciones musicales, sobre todo durante la cuaresma, dirigidas por el colegial Luis Hernández Nieto. Luis, que era una persona muy afable, hizo la especialidad de hematología y hemoterapia con el Profesor Ciril Rozman en Salamanca, marchando con él a la cátedra de la Universidad de Barcelona, para posteriormente ser Catedrático de Medicina en la especialidad de Hematología y Hemoterapia en la Universidad de la Laguna. Durante los años de formación en mis especialidades (Pediatría, Psiquiatría y sobre todo Psiquiatría Infantil) en la Universidad de Barcelona y posteriormente durante mi vida profesional, contactamos en varias ocasiones hasta su marcha a Tenerife.

También son muy agradables los recuerdos de las partidas de *Mentiroso* que celebrábamos diariamente en el bar del Colegio tras el almuerzo, que no estaban exentas de las bromas, chanzas y reacciones con alguna voz más alta que otra. Asiduos a ellas éramos José M.^a Ruipérez, Rafael Rodríguez *el Chato*, el cura Juan García, Yo mismo y algunos más que se apuntaban sin continuidad. Son muchos los recuerdos de los *chatos* en el bar de Evaristo en el cruce de las calles Serranos y Traviesa o las meriendas a la vuelta de las vacaciones con los embutidos extremeños que aportábamos Esteban Ciudad *el Logri* (por ser de Logrosán) y el que esto escribe, etc.

En noviembre del 1964 en acto oficial me impuso la beca del Colegio el Profesor Pablo Bertrán de Heredia y Onís, Catedrático de Derecho Civil y posteriormente Vicerrector de la Universidad. Y en mayo de 1969 en el acto de despedida de los colegiales, durante la fiesta de Graduación, que acababan sus carreras la imposición de la insignia del colegio por el capellán D. Juan García.

Los cursos fueron transcurriendo. Las relaciones, como en todas las comunidades y sobre todo las juveniles, eran correctas aunque en algunas ocasiones no exentas de conflictos en momentos o épocas determinadas como consecuencia de cierta falta de sensibilidad o de flexibilidad cognitiva.

Los dos últimos cursos pasados en el Colegio, 1967-1969, tuve el honor de ser nombrado Médico del Colegio, responsabilidad que intenté llevar a cabo lo más dignamente posible, pudiendo realizar mis primeros pinitos como *banderillero* en alergias y prevención de crisis asmáticas. Con el cargo venía añadido el poder disponer de una habitación individual con cuarto de baño incluido, pero como era de las más alejadas tenía que levantarme bastante temprano por la mañana para poder usar el agua caliente en la ducha.

Tuve la suerte de poder cursar la carrera con unos compañeros de promoción con los que a lo largo de estos años hasta la actualidad hemos seguido teniendo encuentros anuales un grupo bastante numeroso y estamos esperando poder celebrar el próximo año nuestras bodas de oro de la promoción. Numerosos imágenes

permanecen en forma de recuerdos en mi memoria: la preparación en el *Botánico* de las pruebas físicas para el examen de aptitud para las milicias, los dos veranos del 1997 y 1998 de milicias en el campamento de Monte la Reina en que cortábamos el vino espeso de Toro durante las meriendas en las tiendas, las asambleas de curso con su cultura de debate, el movimiento estudiantil universitario durante la década de los 60 con nuestros intentos de creación de espacios de mayor libertad y aprendizaje de prácticas democráticas, las manifestaciones callejeras seguidas en algunas ocasiones por la persecución de los *grises* con sus disparos de bolas de goma, las lecturas de los boletines del seminario de Derecho Penal del Profesor Tierno Galván *el Viejo Profesor*, y la ocasión en que tras una manifestación nos refugiamos en su seminario con él defendiendo la puerta ante la primera entrada de los *grises* en la Universidad.

Cuantos años de experiencias, recuerdos y vivencias, todas positivas pues hasta de las más traumáticas se sacan consecuencias positivas que nos hacen avanzar en nuestro proceso como persona, profesional, amigo y ente social. Esto fue lo que me sucedió durante los años transcurridos en el Fray y en la Facultad, el intentar avanzar en mi proceso de maduración como persona.

Tras el final de curso 1968-69 y realizar las Prácticas de Milicias en Colmenar Viejo durante el verano, me trasladé a Barcelona a cursar los Estudios de Diplomatura de Psiquiatría Infantil y Juvenil, Psiquiatría y Pediatría. Y allí me quedé ejerciendo en el Hospital Casa de Maternidad y posteriormente en el Departamento de Psiquiatría Infantil y Juvenil del Hospital Clinic de Barcelona, tras mi matrimonio con Pepita Molina Hernández.

Nunca hemos perdido el contacto con el Colegio. Asistimos a la Reunión de celebración de su cincuenta aniversario del 8-12 de mayo de 2004, encontrándonos con Atilano González y nuestros amigos de siempre Jesús García y su esposa Begoña Marcos, y en el mes de mayo del presente año asistiendo a la Reunión Anual de la Asociación de Antiguos Colegiales del Colegio Mayor Fray Luis de León que habían hecho coincidir con la Fiesta final de Curso del Colegio, todo ello dentro del marco del VIII Centenario de la Universidad de Salamanca.

Estamos muy agradecidos al actual Presidente de la Asociación de Antiguos Colegiales del Colegio Mayor Fray Luis de León, D. Manuel Gutierrez Tió y al Director actual del Colegio D. Amador Fernández Nieto por su invitación a participar con nuestras reseñas para el libro de los Antiguos Colegiales con motivo del VIII Centenario de la Universidad de Salamanca.

José Eugenio de la Fuente Sánchez, Psiquiatra infantil:

Vivencias

Josefa MOLINA HERNÁNDEZ
Trabajadora del Mayor en 1963

SOY PEPITA MOLINA HERNÁNDEZ. Comencé a trabajar en el Colegio Mayor Fray Luis de León en septiembre del año 1963. Era la Secretaria personal del Director del Colegio y Catedrático de Derecho Penal D. Manuel Serrano Rodríguez, y Auxiliar Administrativa ayudando a D. Marcelino y a D. Alejandro.

Mis años en el Colegio están llenos de vivencias muy agradables pues siempre el trato que me dispensaron mis superiores así como los cargos y colegiales del Colegio fue muy positivo, haciendo que me sintiera como en mi segunda casa.

El 15 de septiembre de ese mismo año, 1963, me invitaron a la fiesta de inicio del curso y en ella conocí al colegial José Eugenio de la Fuente, que sería con el paso de los años mi esposo, formando una familia con nuestros dos hijos y dos nietas (Foto 1).

Desde finales de agosto del 1971 residimos en Barcelona, acudiendo varias veces al año a Salamanca. No perdí nunca el contacto con el Colegio pues la comunicación postal con D Manuel y su familia era frecuente, siendo la visita obligada cuando estábamos en Salamanca.

Fue muy agradable y emotiva la asistencia a la Ceremonia del cincuenta aniversario de la fundación del Colegio en mayo del 2004 (foto 7)

Son muchos los recuerdos y anécdotas de los ocho años de mi vida que transcurrieron en el *Fray* y D. Manuel Gutierrez Tió, Presidente de la Asociación de Antiguos Colegiales del Colegio Mayor Fray Luis de León, me ha pedido si podía colaborar relatando algunas de mis experiencias en el Colegio para el Libro de Antiguos Colegiales con el que el Colegio colaborará en el VIII Centenario de la Universidad.

Como muestra expondré unas anécdotas que me ocurrieron. D Manuel cuando volvía de impartir clases en la Facultad me llamaba a su despacho en el Colegio para dictarme a taquigrafía los escritos para los manuscritos de sus libros. Tengo en mi poder los dos tomos que me regaló de su *Estudios Penales* (Recopilación) con dedicatoria escrita de su puño y letra en la que se lee *A Pepita que tantas veces repitió este libro, ¡pobre Pepita! y pobre máquina.*

A D Manuel le gustaba mucho la poesía y era muy aficionado a escribir algunas en cada acontecimiento que creía importante o que le impactaba. Una anécdota graciosa y muy querida y recordada por mí está en relación con el fallecimiento de D. Antonio Pérez Tabernero... al que como recuerdo y homenaje le escribí una poesía con estos versos de inicio:

«A muerto D. Antonio en San Fernando
 Unos toros lo anuncian... que están bramando
»

Tuve que hacer bastantes copias que remití, por su encargo, al Rector de la Universidad Excmo D. Alfonso Balcells Gorina y a todos los Catedráticos de la Facultad de Derecho. Previamente la poesía había pasado por el filtro de D. Juan García, D. Atilano González y D. Miguel Silos, respectivamente Capellán, Subdirector y Jefe de estudios del Colegio, así como por otros Colegiales a los que tenía en mucha consideración. Todos fueron escribiéndole o llamándole por teléfono felicitándole por su composición, y finalmente pasados unos días llegó la llamada de teléfono de D. Alfonso Balcells Gorina *Manolito, en la poesía has puesto A muerto D. Antonio... sin hache ¡OSTRAS!* Al segundo D. Manuel me llama «¡Pepita *precisamente se ha ido a dar cuenta el Rector!*» Yo me quería morir... Había sido un despiste monumental, y que casualidad que quién lo había captado y ¡Comunicado! había sido el Rector.

Como final, no quiero dejar pasar el especial recuerdo que tengo para la Sra. Herme, Gobernanta del Colegio, que siempre fue muy atenta conmigo; precisamente de Ella y otras personas del Colegio tengo bastantes anécdotas simpáticas... que dejaremos para otra ocasión.

Secretaria de Dirección del Colegio desde 1963 a 1971.

Recordar es vivir dos veces

Pedro-V. CANO-MAÍLLO REY
Colegial desde 1966

DEDICATORIA: A mis padres, primero y a Salamanca luego, que *enhechiza la voluntad de volver a ella a todos de los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado*. (Del Licenciado Vidriera, la Novela Ejemplar de don Miguel de Cervantes)

Cuándo llegó a casa la noticia por correo postal de que me habían admitido en el Colegio Mayor Fray Luis de León de la Universidad de Salamanca para hacer el último curso de la Carrera de Derecho, mis emociones fueron encontradas. Mi madre acababa de morir meses antes a una edad muy temprana, y mi emocionalidad, con mis jóvenes años, estaba destrozada, sin ganas de nada; estaba perdido en la vida, cuál diría el Dante, ante tan terrible e irreparable pérdida, lo cuál me traía a la memoria al gran escritor Herman Hesse, que cuando recordaba la muerte de su madre decía siempre que *no había hallado consuelo desde entonces*. Mi padre, mis hermanas y mi familia me arroparon e intentaron que me rehiciera en lo posible, y en el mes de octubre me presenté en la sede del Colegio, a la que me acompañaron mi padre y mis tíos, dónde nos recibió el Subdirector Enrique López Sagués, que tras los saludos de rigor me dijo iría a la habitación número dos, al fondo del pasillo de la primera planta, dónde me encontré a una familia que deshacía las maletas y colocaba la ropa en uno de los dos armarios que la habitación tenía. Mi compañero de habitación se llamaba Carlos Manchado, era de Badajoz y estudiaba Medicina. Nos saludamos, nos deseamos el mejor curso posible, y al rato nos fuimos a la calle porque aquél día era de asueto hasta la hora de cenar.

Anduvimos por la Ciudad, mi padre recordando sus tiempos de estudiante, comimos en un lugar con vistas al río, pasamos la tarde paseando por varios sitios, y me llamó la atención ver a todas las etnias del mundo allí presentes, gentes de color, hispanoamericanos, japoneses, indios, angoleños, norteamericanos, ingleses, alemanes, franceses, italianos... en sana y alegre concordia; me encontré con gente de mi localidad que había venido para estudiar en la Ciudad, y tras la cena, el Director, D. Manuel Serrano, Catedrático de Derecho Penal, que había presidido la misma, nos dirigió una palabras de bienvenida, nos animó a estudiar, nos habló del gran

nivel que los Colegiales mantenían en sus diversas carreras, e hizo hincapié en que en la calle nos comportáramos como gente educada y seria, sin *dar la nota ni hacer el gamberro*. Nos hizo vez con sus palabras que el Colegio era para él su tesoro, que los Colegiales éramos sus protegidos y que hiciéramos honor a ello. Al salir del Comedor estaba la Cafetería y en la misma hablaban entre ellos el Señor Director, el Subdirector y uno de los Jefes de estudio, Rafael López Zamudio, que aquél año terminaba una carrera brillante, Filosofía y Letras, especialidad de Lenguas Clásicas. El Subdirector me llamó, fui presentado al Director, me dijo que había oído hablar muy bien de mí y que esperaba participara en las actividades culturales del Colegio, a lo que por supuesto accedí.

Tras dejar la chaqueta en un cuarto anejo al Comedor, había que entrar al mismo con ella, subí a la habitación y allí estaba Carlos Manchado en alegre tertulia con otros colegiales, fumando todos, con lo que la habitación era una nube apestosa, además de que yo no fumaba. Abrí la ventana, cosa que no gustó a los asistentes, y les dije que no volvieran a tomar aquella habitación como un fumadero. Se marcharon mohínos y desde ahí las cosas no fueron bien con mi compañero; no se levantaba puntual a las horas de clase por la mañana, traía gente a la habitación y hablaban sin parar, con lo que yo no me concentraba para estudiar, estudiaba a deshoras y tenía la habitación desordenada. Una tarde en la que yo estaba estudiando me avisaron que de que fuera a casa del Señor Director, que quería verme; su vivienda estaba alejada al Colegio: me recibió en su Despacho, dónde estaba trabajando en un artículo para una revista especializada de Derecho Penal; me ofreció un café y me habló de la pérdida tan dolorosa e irremediable que había sufrido, a la vez que me ofrecía su apoyo y ayuda; era un ser humano, y los detalles de la muerte de mi madre los sabía por el Jefe de Estudios Jiménez Zamudio, que vivía en mi localidad, Béjar, ya que éramos amigos y jugábamos al fútbol en el mismo equipo. Mis lágrimas fueron abundantes y mi dolor volvió a aflorar, aunque al cabo de un tiempo me calmé un poco y volví a mi cuarto del Colegio. Nunca podré agradecer al Señor Director del mismo el interés que se tomó por mí; me llamaba a su casa de vez en cuando, me paraba en los pasillos de la Facultad, y a él debo en gran manera lo que luego logré, rindiendo desde estas líneas un homenaje a su memoria.

Las cosas con Carlos Manchado no iban bien, y la casualidad hizo que la suerte viniera en mi auxilio; se fue del Colegio un estudiante de Medicina llamado Óscar, que ocupaba la habitación de debajo de la mía, en el primer piso, y allí me trasladé, siendo mi nuevo compañero Antonio Huerta, oriundo de Buitrago de Lozoya (Madrid), campechano, sanote, franco y sincero (novio de Maruja, gran mujer, y que formaban una pareja un tanto peculiar por la manera de ser de cada uno), que me acogió con algo de reserva al principio, yo tenía fama de *empollón*; pero a medida que nos fuimos tratando nos dimos cuenta de que había algo fundamental en lo que estábamos de acuerdo, pues ambos habíamos leído varias veces la Biblia: en no hablar de nadie si no estaba delante, y en no andar con nadie que tuviera la lengua suelta.

En relación con lo que fue la amistad de Antonio Huerta he de decir que ha sido de las mejores personas que he conocido y tratado. Leal, franco, sincero, honesto, trabajador, gran estudiante, enemigo de chismes y de habladurías, hablábamos, cada uno echado en su cama, de la vida en sí, de cómo era y estaba el mundo, y de cómo la gente tan sólo quería vivir sin dar golpe y tenerlo todo cuanto antes. No tenía padre, había muerto hacía poco, y hablaba de él, así como de toda su familia, con un amor,

con una reverencia, con una unción, con un sentimiento y con un recuerdo que te hacía sentir lo que narraba. Por mi parte, supo de mi vida, de mis malos momentos, peores que los suyos, mis hermanas eran pequeñas y estaban con mi padre, cuándo la madre de una familia falta esta se desestructura, y en todo momento estuvo a mi lado, fijándose, (yo me daba cuenta) de cómo estaba mi ánimo y de cómo me iba el día, obligándome, a las cuatro y media en punto, a ponernos a estudiar los dos, mesa por medio, teniendo hasta el detalle de no fumar mucho, yo no lo hacía, o de salir al pasillo a hacerlo. Nunca olvidaré tus palabras, Antonio, preñadas de sentido común, y tu postura ante la vida, *a todo se le hace frente y de todo se sale*, decías, e incluso solías comer conmigo, con Juan Luis y con Agustín.

Me vas a perdonar, amigo, que diga algo sobre Maruja y sobre ti. Ella era una mujer de rompe y rasga, que te que adoraba, al igual que tú a ella; pero ambos teníais unos caracteres fuertes, *cuasitercos*, y no era fácil el que cedierais en cuestiones que ahora nos parecen triviales. Siguiendo tu buen hacer, me llevabais con vosotros muchas veces a tomar vinos (a La Covachuela o Al Bernardo, dónde un chato de vino, una rodaja de farinato –Embutido típico de Ciudad Rodrigo– pichado en un trozo de pan costaba cinco pesetas), o a andar por la ciudad; un día fuimos a la Residencia de Maruja a buscarla y ella bajó con una chaqueta de ante con flecos en las mangas, cosa que no te gustó, y así se lo dijiste a ella, manifestándola que eso era como lo que llevaban los indios en la películas de americanos; Maruja no dijo ni palabra. Se metió en el portal y desapareció, con lo cuál, tú y yo nos volvimos al Colegio, era un domingo por la tarde, y teníamos pensado parar esa tarde del sol en La Chopera. Detalles como estos tuvieron lugar muchas veces, pero yo sabía que al día siguiente, o como mucho a los dos días os llamaríais por teléfono, porque lo vuestro era un amor inconmensurable, bastando miraros a los ojos cuándo estabais juntos.

La Medicina era su Carrera y pronto me presentó a su grupo, todos estudiantes de Medicina (de cursos altos) y que ya llevaban varios años en el Colegio y todos estudiantes modelos: Juan Luis, que luego fue un Médico Otorrinolaringólogo estupendo, al igual que su amigo y cuñado Agustín Cañizo (ambos fueron Profesores de la Facultad de Medicina), Carlos Piñana, canario, que jugaba en el equipo de fútbol del Colegio y guardaba en su habitación el botiquín de primeros auxilios, Genadio, futuro galeno, Chema Onaindía, ya casado por aquel entonces, serio y atento a los estudios dada su responsabilidad familiar, Ignacio Alberca, luego Gran Hematólogo en el Hospital Clínico Universitario, que jugaba a balonmano de maravilla, y que cuando entraba al tiro con la pelota en la mano parecía que volaba por encima de la defensa contraria; luego sufrió una lesión en los dedos del pie que le causó un fulano al que llamaban *el Newton*, que le tuvo con muletas un tiempo; Luis Alberto, Jugador de hockey sobre patines en un equipo a nivel nacional (le decíamos en broma que le dolía la cara de ser tan guapo), siendo uno de los miembros del mismo equipo Leopoldo Sánchez Gil, de una inteligencia excepcional, compañero mío de carrera, novio de Lourdes de toda de la vida (una belleza morena que llamaba la atención), y que una vez que aprobó las oposiciones a Registrador de la Propiedad se fue a Gernika; Suso, luego bacteriólogo en el Clínico Universitario; Cordero, que es hoy uno de los mejores Internistas del Hospital Clínico Universitario, y Maximino, el más serio y centrado de todos y al que todos consultaban sus dudas en materia de estudios, un tío estupendo...

Desde que aprendí a leer, que fue enseguida y sobre un libro que se llamaba *Lecturas de oro*, mi señora madre me fue dando material de lectura con método y orden, por lo que cuando llegué al Colegio había leído bastante, no sólo novela, sino también Ensayo y Literatura (sin que en mi vida hubiera caído en mis manos un libro ni caerá un libro de los que ahora llaman *Best-seller*), por lo que ya estaba familiarizado con Los Clásicos, con la generación del 98, con la del 27, con la Literatura Inglesa, Rusa, Francesa, incluso con la Norteamericana, La llamada Generación Perdida, además de con los hispanoamericanos, Vargas Llosa, Ernesto Sábato, García Márquez... Mi gran sorpresa y alegría fue el encontrar en las habitaciones de los colegiales citados a todos estos autores, (y el que todos hubieran leído *Cuerpos y Almas*, un libro de M. Van Der Merchx, que no dejaba en muy buen lugar a la Medicina y se debía a su época, pero que había que haber leído para tener un punto de referencia, un antes y un después). Ver en los cuartos de estos Colegiales que la Literatura formaba parte de ellos, que leían sacando el tiempo de dónde fuera, me hizo recordar a Borges cuándo decía que una Biblioteca es un lugar mágico lleno de misterios y hechizos por descubrir. Todos ellos eran grandes lectores y su cultura era envidiable, haciendo bueno el lema del humanista Vicens Vives: *Vive para aprender y que el día de tu muerte te sorprenda con un libro en las manos*.

Me aceptaron enseguida al ver mi talante serio y estudioso, mi *cultura*, (mi estado emocional), y frecuentábamos las habitaciones unos de otros, siendo el día grande el jueves, cuándo después de cenar, en la habitación de Juan Luis y Agustín, vivían juntos (iban a ser cuñados), hablábamos sobre todo de las convulsiones de aquella España de los años 70, del porvenir que se veía venir, de los movimientos políticos de la Universidad, que siempre nos fueron ajenos por su indefinición y porque cómo decía Ignacio Alberca, *hay que ver quién pesca en este río revuelto*. Las huelgas se sucedían, las manifestaciones eran frecuentes, y las multicopistas de las toleradas Asociaciones de estudiantes hacían su agosto imprimiendo panfletos propios de revolucionarios de salón, incitando a las huelgas y a las manifestaciones. Ajenos a todo lo que no fuera trabajo y estudio, no en vano éramos de los Colegiales mayores y a punto de licenciarnos, con una clarividencia impropia de nuestros pocos años, 24, 25, nos dimos cuenta de que el nuevo Régimen (caduco y putrefacto el actual), traería gente nueva entre la que habría logreros, arribistas, vividores, oportunistas, que socapa de una España nueva, democrática y libre, serían los paniaguados eternos, como así ha ocurrido, lo que se da en llamar políticos, nuestra lacra nacional, que cómo decía mi madre, *no tienen ni palabra mala ni hecho bueno*.

Fue este grupo de Colegiales el que me libró de las novatadas que se hacían todos los años a los nuevos y que consistían en las cosas más extrañas, medir la fachada del Colegio con un cigarro, llenar una botella de agua con una cuchara, un examen oral con las preguntas más extrañas que imaginarse pueda (que tiene que ver un cocodrilo con la mantequilla del desayuno...). Las instalaciones del Colegio eran buenas, muy buenas, las habitaciones amplias, comíamos muy bien, nos lavaban y planchaban la ropa, y el orden, la limpieza y la tranquilidad eran las tónicas de siempre, y más en las horas de estudio.

La parte religiosa del Colegio corría a cargo de Don Juan, un sacerdote vitalista de mediana edad que nos atendía a todos con el saber que da el tratar con jóvenes desde siempre, y que los domingos decía misa a las doce, a la que asistíamos casi todos los Colegiales, además del Señor Director y toda su familia, cuyos hijos ocuparon altos cargos en la Administración y eran ya estudiantes modelos. El pastor

de almas era el banquero oficial de los Colegiales, ya que la mayoría, por no decir, casi todos, tenía deudas de dinero con el mismo, y que como me dijo un día *eran a fondo perdido*. Me ayudó con sus consejos, me sobrellevó en mis peores momentos, estuvo siempre cuando le necesitaba y nunca me pidió nada a cambio. Todos los que le tratábamos estábamos de acuerdo en que era un buen sujeto, aunque no le temblaba la voz cuándo había que reñir a alguien por su mal hacer, su *gamberreo* y su poco estudiar.

Si alguien fue mi amigo de verdad en el Colegio fue el alemán Wolfgang, de quien no recuerdo el apellido. Dejando de lado al megalómano que casi destruyó el mundo, hay que decir en honor a la verdad que era el ario puro: Rubio, ojos azules, alto, fuerte, robusto y apuesto. Trabamos amistad porque era muy aficionado a la fotografía, tenía un gran equipo, y en cuanto tenía tiempo libre (estudiaba mucho y con un tesón encomiable), salía por la ciudad, de noche o de día a fotografiar la misma. Cuándo podía yo le acompañaba, indicándole los lugares más típicos, los recodos del río más frondosos, los pueblos de los alrededores, y por supuesto, todos y cada uno de los monumentos de la ciudad. Hablábamos mucho, a él le costaba hacerse con nuestro idioma, se esforzaba al máximo, y al cabo de los meses ya tenía cierta fluidez. De todo hablamos, menos de dos temas que a mí me fascinaban y me siguen encandilando: La Segunda Guerra Mundial y el Holocausto, respondiéndome siempre que sacaba yo estos asuntos a colación que habían sucedido hacía muy poco, que su Nación estaba todavía dividida, y que les estaba costando hacer ver al mundo que ellos (los alemanes) no eran así. No volví a tocar esos temas y aprendí mucho de Literatura Alemana, ya que era un gran conocedor de Goethe, Schiller, los hermanos Männ... que leía en su idioma original; un día me presenté con el libro *Mi lucha*, que se decía escrito por Adolf Hitler, y me contestó que en Alemania no estaba prohibido pero que nadie lo compraba. Era trabajador, serio, cumplidor, puntual, y conducía un vehículo 4-L de color rojo con el que fuimos a diferentes sitios, Alba de Tormes, el Pantano de Santa Teresa, Tejares, lugar de nacimiento del Lazarillo de Tormes... Como dato anecdótico diré que tenía un gran éxito entre las chicas, porque conservaba la manera de vestir de su patria en todo momento y lugar, lo que le hacía parecer más atractivo, además de ser de una educación y de un porte *cuasimarcial*. Fue una pena que se acabara el Colegio y no le viera más. Tengo un Diccionario de Filosofía que me regaló el día de mi cumpleaños, en el que ocurrió algo que he de contar sin decir toda la verdad.

Por esas fechas unos alemanes habían abierto una Cervecería en Salamanca, El Hamburgo, dónde se podían degustar todo tipo de cervezas, rubias, negras, de una marca, de otra, belgas, holandesas, bávaras, etc., con un detalle curioso, y era que se podía beber desde la caña normal, el vaso de siempre, hasta la jarra de un litro. Los camareros iban vestidos al estilo bávaro, y allí nos encaminamos la tarde de mi onomástica, dónde Wolfgang había quedado con dos chicas originarias de Dresde. Cuándo vi a las chicas llegué a la conclusión de que aquellas dos *Walkirias* rubias, de ojos azules formaban parte de la Cabalgata de las *Walkirias* y que los dioses Thor y Odin las habían dejado bajar a la tierra aquella tarde. Cuándo me serené un poco me vino a la cabeza el refrán castellano que mi abuelo decía cuándo la ocasión lo exigía: *mucha carne para dos huevos*. Se abrazaron con mi compañero con efusión, a mí me felicitaron achuchándome al unísono como si me conocieran de hace tiempo (yo me dejaba hacer), y me di cuenta de que eran unas chicas liberales y naturales. La cafetería estaba repleta y había puesta a todo volumen música alemana, austríaca, y

una canción que a mí me encantaba y me encanta, Lili Marlene, cantada por Marlene Dietrich con ese aire decadente y sensual. Tras encontrar una mesa y sentarnos, nos sirvieron, a mí una caña de las de siempre, y a los otros tres una jarra de litro para cada uno. Sin acabar yo de beberme mi caña, ya se habían tomado ellos su cerveza, y al momento había otras tres jarras de litro encima de la mesa. Cuando acabé mi segunda caña ellos iban ya por la tercera jarra, y una luz roja en mi cerebro me avisó que no bebiera más porque iba a empezar a decir tonterías, a exaltar la amistad y a arreglar el mundo, además de que yo he bebido siempre muy poco, y nunca alcohol. Wolfgang se dio cuenta que yo no estaba acostumbrado a beber, hizo una seña a las chicas, me invitaron entre los tres, y nos despedimos tras dedicarnos grandes muestras de afecto.

No voy a decir las jarras de cerveza que se bebieron, pero sí afirmo que la tomaron como si fuera agua. Llegamos al Colegio a la hora de cenar, dónde mi compañero Wolfgang ocupó mesa conmigo, con *Tingo* y Ramón López Vijande. Yo no cené casi nada tras las tres cervezas y las tapas generosas que nos habían puesto, pero el teutón devoró la cena como si nada. Me gustaría saber de él, ya que a cambio de nada me dio todo y me hizo comprender que la vida es algo que había que vivir con estoicismo, seriedad y compromiso, además de tratar siempre con una delicadeza extrema mi situación anímica.

Un personaje que no puede pasarse por alto es Ramón López-Vijande, el mayor de todos los Colegiales, y que tenía mucha experiencia a sus espaldas, lo que se le notaba en su manera de vivir. Estudiaba Medicina, tenía un cuarto para él solo y su atuendo era el de un *dandy* aficionado (él no lo sabía, pero yo le bauticé como *El Marqués de Bradomín*), cuidando todos los detalles de su indumentaria. Su vida era libre, independiente, sin sujeciones, con unos visos de altura, no en vano al año siguiente fue Jefe de Estudios o Subdirector. Aconsejaba a los más jóvenes en todas las materias, en especial las afectivas, había tenido una novia llamada Cheché, espectacular, y entonces tenía otra, al parecer más formal, en Valladolid, a la que iba a ver todos los fines de semana; su cuarto estaba adornado de manera original y casi ofendía las buenas costumbres de la época, chicas en Bikini en la pared, algunas sin él, aunque en Cuaresma les confeccionaba uno de cartón y se lo ponía encima con chinchetas... No he vuelto a saber de él, aunque una vez, hace muchos años, fui a Asturias, Ramón era de Oviedo, y creí verle en Tapia de Casariego con dos niños al lado. No me atreví a acercarme, pero me impactó su manera de ver la vida, hilarante y vividor por un lado y sentimental y afectivo para cuando trataba conmigo.

Las escenificaciones del Teatro leído corrían a su cargo y era serio y duro en los ensayos, por lo que todos le teníamos un gran respeto. Gracias a sus esfuerzos y a sus iniciativas se creó el Grupo de Teatro Leído del Colegio y se escogió para ser leído *La Venganza de don Mendo* (astracanada) de Pedro Muñoz Seca. Ramón se encargó de todo, decorados, personajes, elección de lectores... gracias a lo cual y a un trabajo ingente, tras unos ensayos serios y *cuasiagotadores*, llegamos a dominar la obra en todos sus aspectos. Tras la publicidad adecuada, y de dar con un grupo de gente muy cualificada para leer, para cambiar los decorados, para hacerlos, lo que le llevó un tiempo precioso, había personas ocultas, caso de Juan Luis, que tenía que poner un despertador a tiempo (simulaba el canto de un gallo), se llevó a cabo la lectura en el Comedor del Colegio con una asistencia total; la gente no cabía, se apretujaba en los pasillos, hubo que abrir las puertas del Comedor...

La obra fue un éxito total, ya que a los actores-lectores del Colegio se habían unido una serie de gente de fuera, Magdalena, La reina, Las damas de Compañía de la misma, el carcelero, los guardias... que no sólo no desentonaron en su hacer, sino que contribuyeron a que el éxito fuera clamoroso. El Señor Director del Colegio nos felicitó, todo eran parabienes y alabanzas, y salió en la prensa local. Yo hice el personaje de don Pero, y hay que reconocer que el éxito de la obra y de la representación fue de Ramón, que no se cansó nunca, aguantó los malos humores de los ensayos las tardes en que estábamos desidiosos para los mismos...

Como data imborrable he de decir que me quedé con el libreto de la obra y que en la dedicatoria que le pedí a Ramón que me escribiera, reseñó entre otras cosas que *recordaría siempre con verdadero afecto y amistad a Pedro Cano, que supo llegar y ganarse a los espectadores con un vivido y maravilloso Pero.*

Tan grande fue el éxito que lo repetimos en la escuela Normal de Magisterio de Zamora, aunque tras el éxito y la buena cena que hicimos en una bodega de un lugar llamada Trabanca, unos Colegiales, no diré los nombres, se fueron a un club de baile, el Miemma, y cuándo llegó la hora de pagar, no tenían dinero. De las palabras pasaron a las voces, de allí a los empujones y de allí a una pelea brutal en la calle entre los camareros y los Colegiales, que fue algo salvaje, aunque gracias a los buenos oficios de los demás clientes, de los demás actores-lectores, y a que el señor López Sagués acabó pagando las consumiciones, se acabó la reyerta, si bien los Colegiales resultaron con heridas de consideración, que les duraron muchos días. A Ramón la broma le costó la rotura del reloj, del jersey, y varios golpes gratuitos serios.

Dos notas acerca de los dos Colegiales de la habitación de al lado, ambos estudiantes de Medicina, Tomás del Olmo, hermano del estudiante de Derecho que diré luego, y *Tingo*, al parecer su nombre verdadero era Ramón Muncharaz. Tomás era de Zamora, serio, poco hablador, mientras que *Tingo* era locuaz, amante de la broma y del chascarrillo, aunque a veces caía en períodos de mutismo, silencio, contestaba de malas maneras, y esquivaba el hablar con los demás; se le distinguía porque *Tingo* siempre llevaba una cazadora de piel y el pelo siempre revuelto. Tampoco sé de su paradero, aunque me parece que se decantó por la rama de Psiquiatría.

Al hilo de lo anterior, he de narrar al pie de la letra algo que nos ocurrió una noche en la cena. Y digo que nos ocurrió porque estábamos en la mesa Nacho Ojeda, un malagueño estudiante de Medicina, Tomás del Olmo, *Tingo* y yo. Nacho Ojeda era gordito, comilón, hablaba mucho, y era un amante de las Ciencias ocultas. Aquella noche estábamos ya con el segundo plato, una merluza rebozada exquisita, y Nacho nos dijo que estaba muy contento, ya que en su estudio incansable de las Sociedades Secretas había encontrado el hito y el hilo secreto de Los Rosacruces, que provenían, según él, de las Cruzadas, del tiempo del Rey Ricardo Corazón de León, que de acuerdo con el Papa había llegado a unos pactos secretos para crear la Sociedad así llamada, que tenía poderes ocultos, jeroglíficos aún no descifrados, sabían dónde estaba el Arca de la Alianza y se entendían por signos e imágenes prácticamente indescifrables para los no iniciados. Gracias a esos estudios Nacho Ojeda había logrado dar con la Gran Llama, que era un paso iniciático enorme, que permitía el acceso a secretos que afectaban a la Cristiandad y al mundo actual, y que sólo podían ser conocidos si se lograba acceder a la Pequeña llama, a la que sólo llegaban los Elegidos tras un montón de años de estudio, sacrificio y penitencia. Nosotros, sabedores de su fantasía y verborrea huera, y de la fama de *peliculero* que tenía en el Colegio, seguíamos cenando, hasta que en un momento determinado,

Tingo, que estaba en uno de sus días malos, le dijo a Nacho en uno de sus arranques verbales, que la suerte estaba de su lado, que no tenía que matarse en estudiar e investigar más porque el Gran Rosacruz se le había aparecido aquella tarde y le había encargado que premiase a Nacho con la Pequeña llama, ahorrándole años de estudio, y adquiriendo desde ese momento la condición de Elegido, lo más selecto de la Sociedad Secreta. Tomás y yo nos miramos, y antes de que pudiéramos decir nada (nuestra telepatía nos puso en guardia sobre un exabrupto iracundo de *Tingo*), éste encendió su mechero, se lo puso a Nacho delante de la cara y le dijo con una voz de fantasma de ultratumba: *Dios te ha elegido. Ya conoces la Pequeña llama*. Nacho, con un bufido furioso apagó la llama y con un desprecio olímpico nos dijo que el burlarse de lo que nos había contado nos iba a acarrear unos males horrendos, empezando por aquella noche, ya que no podríamos dormir nunca a partir de entonces nos acostáramos dónde nos acostáramos, ya que los espíritus infernales nos impedirían pegar ojo, además de sufrir unas pesadillas horribles que acabarían con nuestra salud mental. Al traer el postre, un plato de natillas con una galleta María en el centro, algo delicioso, Nacho dijo que le habíamos estropeado la noche y que no cenaba más, por lo que *Tingo* dio buena cuenta de su postre. Al día de hoy no sé que ha sido de Nacho, que unía a lo narrado otra faceta, que era la de echador de cartas del Tarot, cosa que hacía en su habitación apagando todas las luces menos el flexo, poniéndose un sombrero de copa negro y extendiendo un tapete rojo sangre sobre la mesa. Tras mezclar el interesado las cartas y escoger el interesado las que le parecieran, no me acuerdo cuántas, Nacho las iba colocando en orden e iba interpretando las figuras, La Torre, El Ahorcado, La Muerte... Que siempre eran funestas y anunciadoras de tragedias y reveses vitales, ya que nadie tuvo la suerte de lograr un pronóstico venturoso. A mí, y creo que a Tomás y a *Tingo*, (que Dios quiera estén vivos) no me han ocurrido ninguna de esas *profecías* y he tenido una vida con cosas buenas, con cosas malas, con disgustos, con logros, con frustraciones, como todo el mundo... pero sin esas pesadillas tremebundas y demoníacas, además de conservar mi salud mental. Si Nacho vive todavía, cosa que espero, creo que ejercerá una medicina científica y actual, alejada de esos escauceos trasnochados.

El tercer viernes del mes de abril, a las cinco de la tarde, era una fecha señalada en el Colegio, ya que se disputaba el partido de fútbol entre nuestro Colegio Mayor con los del *Bartolo* (San Bartolomé), como era conocido el Colegio Mayor fronterero con el nuestro y separado por una plazuela. Eran frecuentes las peleas de ventana a ventana y de balcón a balcón de un Colegio a otro, eso sí, observando ciertas reglas: nada de insultos personales, nada de salir del Colegio, nada de arrojar objetos contundentes... Todo se reducía a las cuatro cosas de siempre: Sus instalaciones eran peores que las nuestras, ellos comían mejor que nosotros, su uniforme era una maula, las chicas nos hacían más caso a nosotros que a ellos, nuestras notas eran mejores que las suyas, los ganábamos en todos los deportes; ellos decían lo contrario, tal que nuestros cuartos eran una cuevas, que no teníamos agua caliente todos los días, que no hacíamos más que presumir... Las reyertas a voces acababan siempre cuando alguno de los Jefes de estudio o Subdirectores de los dos colegios ponían orden y daban por acabado el espectáculo, saliendo algunos de nosotros a recoger los rollos de papel higiénico que se habían lanzado por los balcones... Aunque luego solíamos bajar a la Plazuela frontera entre los dos Colegios y hablar como si allí no hubiera pasado nada.

El tercer viernes del mes de abril era el gran día; el día del partido de fútbol en el Campo del Botánico, un gimnasio un tanto descuidado, cuyo terreno de juego estaba al aire libre y era por demás irregular, sin bancos ni asientos. Antes de empezar el partido, las Directivas de ambos Colegios se saludaron, al igual que los Jefes de Estudios, Subdirectores, empleados... Como es natural, los Colegiales de uno u otro Colegio teníamos un público femenino fiel a ultranza, que acudía a todos los partidos, balonmano, balonvolea, fútbol Sala... Que se agrupaba y animaba mucho, ya que entre los jugadores había colegiales novios de las chicas. Yo por entonces no tenía pareja, no he sido hombre de muchas mujeres en mi vida, quizás por mi manera de ser, tímida, retraída, poco dado a la conversación banal y a regalar los oídos a las damas.

Yo jugaba en el Equipo del Colegio en el puesto de lo que hoy se llamaría medio de cierre, y Juan Luis se reía de mí diciendo que yo tenía un buen empalme a media altura. El otro medio se llamaba Montesinos, era alto, delgado, y con bastante mal humor. El uniforme del Colegio era de color blanco con un león rojo bordado en el lado izquierdo del pecho, siendo el portero Carlitos Quintana el único que vestía distinto, todo de amarillo. El campo estaba a rebosar y los partidarios de los dos equipos esperaban ver un buen partido. Los del *Bartolo* vestían de verde claro, con la insignia de su Colegio, y eran más corpulentos y fuertes que nosotros, y también más delgados y ágiles.

El partido fue un desastre total. Las defensas de los dos equipos habían recibido la consigna de dar *estopa* a los delanteros del equipo contrario desde el principio, y yo me llevé tres tarascadas por parte de Javier Tejerizo, un chaval estupendo, compañero mío de curso, animoso, socarrón, amigo de ayudar a todo en todo, y de cuya muerte me he enterado hace poco, y sobre la que no he querido saber detalle alguno. Era novio de una chica inglesa que le llamaba Chicho y a mí *el Niño*. ¡Cuántos cafés con ensaimadas de nata nos habremos tomado en el Rúa, un club que estaba a escasos metros de la Facultad de Derecho! Chicho, la bondad en persona, el buen humor peremne, *el Bacile* en persona. Tenía una máxima que cumplía con todo rigor: a mi lado no hay penas. Era de Ávila, tenía varios hermanos, estudiaban todos en Salamanca, y cuidaba de Teodoro, un chico ciego que estudiaba Derecho y estaba en el *Bartolo*. Le grababa las lecciones en los magnetófonos, le explicaba los gráficos de la asignatura de Economía... Salimos varias veces la inglesa, Chicho y yo, y se los veía felices, aunque si he de ser sincero, ponía más él en la balanza que ella. Nunca olvidaré cuándo sentados en la Alamedilla echando cacahuets a los patos, le decía Chicho a la Inglesa que los patos eran el deporte de los señores feudales españoles (yo diría el jabalí), lo mismo que en Inglaterra el zorro, por lo que estaban acabando con ellos. Cuando conocíamos a alguien y se nos antojaba un *leído* o un *sabido*, Chicho le formulaba dos preguntas que dejaban al interrogado turulato. Uno era *si temía una jerarquía de valores perfectamente estratificada*, y otra *si era liberal a ultranza*. Todo un personaje Chicho. Todo un ser humano.

Dejando de lado la digresión sobre una persona de las que no hay, o hay pocas, las tarascadas de Chicho, mi condiscípulo y amigo, me dejaron los tobillos doloridos, por lo que me acercaba poco por el área contraria. Y fue entonces, cuándo no llevábamos jugados ni veinte minutos de partido, cuándo cuando se armó la tremolina. Eduardo, uno de los nuestros, estudiante de Derecho, le hizo una entrada brutal por detrás a Armando, un delantero del *Bartolo* que estudiaba Medicina, que se revolvió con furia y le dio una patada en el muslo a Eduardo, que se fue hacia él

como una fiera y con él, todo el equipo. El árbitro al principio intentó poner orden, pero fue imposible porque además de que ya nos habíamos enzarzado los jugadores a puñetazos, patadas, codazos... empezaron a acercarse los espectadores, chicas incluidas, con lo que aquello se convirtió en un *pandemónium* indescriptible, que terminó con la presencia de don Juan, nuestro Pater, el Sacerdote del otro Colegio y dos Policías Municipales, que a base de golpes y de empujones, y ayudados por algunos espectadores, lograron separarnos; ni que decir tiene que las Directivas de los dos Colegios, La Plana estudiantil y los empleados se apartaron inmediatamente del lugar de la trifulca a la espera de ver en que paraba aquello.

Era imposible continuar el partido. Las camisetas estaban rotas, algunos sangrábamos, yo creí en un principio que me habían roto la nariz, tenía abierto el pómulos, algunos tenían las cejas abiertas, el árbitro tenía un corte en la cara, mis piernas estaban llenas de rozaduras... Sin decir palabra, con Corbacho a la cabeza, que era el capitán del equipo y el que había dado lugar a todo esto porque a la entrada de Eduardo al jugador contrario la habían precedido dos zancadillas brutales de Corbacho al interior izquierdo del otro equipo, un codazo a otro en las costillas y dos rodillazos en el muslo a Garrote, un jugador del Bartolo, que tuvo que ser atendido por el cuidador, nos retiramos cada equipo a su Colegio. Fue una experiencia triste, y lo que es peor, creó animadversiones personales entre los Colegiales de uno y otro Colegio, lo que no había ocurrido nunca, ya que se hubiera ganado o perdido, todo había quedado ahí. Las chicas que habían ido al partido se ofrecieron para curar a los heridos y a mí me tocó una rubia de ojos azules que se llamaba Marisol. Estudiaba tercero de Enfermería, lo hizo todo con pericia y habilidad, aunque yo intentaba no quejarme mucho, y me dijo que era de Guijuelo, que sus padres eran ganaderos, y que no tenía novio; en un alarde de valentía le pedí el teléfono, y me lo dio, al tiempo que me dijo que tres o cuatro días de cama no me los quitaba nadie por cómo estaba de magullado.

Cuando aquella noche acabó la cena se puso de pie el señor Director y con unas palabras calmadas, lentas y suaves, a más de irónicas, nos puso *a parir*, como a unos gamberros, como a los habitantes de los peores barrios de Madrid, y añadió que como en el próximo partido de fútbol ocurriera algo parecido, si tenía que echar a medio Colegio a la calle lo haría. La altura y prestigio del Colegio no podía verse envuelta en una reyerta de barrio; eso no ocurría ni en el Soho, el peor barrio de Londres. Nosotros, contritos, sin levantar la cabeza del plato, aguantamos aquello como mejor pudimos y tras la marcha del Director ocupamos nuestras mesas para jugar al mus, a la brisca, al dominó...

Bueno, pues sucedió que me armé de valor y llamé a Marisol. Me di cuenta de que era una mujer de una vez; dimos una vuelta, tomamos algo, y ella notó enseguida que yo no era muy ducho con las féminas, pues desde que llegué al Colegio no había tenido contacto cercano alguno con ninguna mujer, salvo lo de las *Walkirias*. Los días se sucedieron, fuimos tomando cañas en el Plus Ultra, en el El Edelweis, en El Toscano, en El Pato Rojo, y fuimos a bailar a un club llamado Lorca, dónde reinaba una penumbra que invitaba a bailar más cerca de la pareja, cosa que ocurría a nuestro alrededor. Marisol notó que yo no estaba a gusto, por lo que pagamos y nos fuimos; ya en la calle (no era mujer de preámbulos) me preguntó directamente que me pasaba, ya que llevaba dos meses en los que me encerraba en unos mutismos inexplicables, y parecía como si ella no estuviera a mi lado.

Con cuidado, calma y minucia le conté mi experiencia, la muerte de mi madre, y que desde entonces muchas cosas habían quedado adormecidas y que ello era el motivo de portarme así con ella, sintiendo además un miedo inexplicable a sus reacciones para conmigo si entraba en el juego afectivo, que para mí, le dije, ha de ir acompañado de afecto y de entrega mutua, ya que si no, me parecía un acto animal y puramente instintivo. Seguimos saliendo un tiempo, pero la cosa no funcionaba porque yo no lograba borrar de mi mente ciertas figuras ni contestarme ciertas preguntas; y lo que era peor, la hacía sufrir a ella, por lo que de común acuerdo, decidimos acabar como amigos, con un beso en la cara, cosa que hicimos una tarde. Hoy sé de ella que es una venerable matrona en una Ciudad de provincias con hijos y nietos. Como dato anecdótico diré que todos nuestros contactos físicos se redujeron a que yo la llevaba del brazo por la calle.

La tuna era la flor escogida del Colegio. Ensayaba en el Salón Regio y salía con frecuencia los sábados; normalmente, las Tunas y las Rondallas de la Ciudad se ponían de acuerdo para no ir a rondar a las mismas Residencias de chicas, y era un espectáculo espléndido ver a la tuna del Colegio cantando por la Plaza Mayor de Salamanca mientras el pandereta marcaba el ritmo y ondeaba la bandera, al igual que cuando se retiraba ya de madrugada y se iba apagando el eco de sus canciones mientras la luna brillaba en todo su esplendor. Se iba a las Residencias de chicas dónde estaban las novias de alguno de los tunos, o a las que había alguna chica a la que el tuno le había tirado los tejos, pero ella todavía no le había dado el sí. Inigualables esas noches salmantinas con las tunas cantando, con la ilusión y la frescura de la juventud, con la alegría a flor de piel, y observando cómo las chicas salían a los balcones de sus Residencias si las monjas las dejaban, o se movían detrás de las cortinas de las ventanas de sus habitaciones. Tiempos felices que no volverán; serán otros tunos los que canten, los que toquen la pandereta, los que envíen besos a la novia asomada al balcón, pero no nosotros, nostálgicos inveterados e impenitentes, aunque palie un poco este plañir el decir de Albert Camus eso de *de aquellos desdichados años en los que fuimos tan felices*.

Las tardes en que mi ánimo estaba peor y quería estar solo, me iba a un recodo del río, solitario, umbrío, dónde leía y escribía, algo que me sirvió luego para escribir mi Libro Venid y Vamos Todos, recordando la época del Colegio Salesiano en Béjar y mi niñez. Fluía el agua y me recordaba el poema de Gerardo Diego sobre el Río Duero, mientras leía a Machado, a Quevedo, a Lope, a Santa Teresa de Jesús, y cerraba los ojos cuando llegaba a aquello de *no me tienes que dar porque te quiera, porque aunque lo que espero no esperara, lo mismo que te quiero te quisiera*. Otras veces paseaba por Salamanca y al llegar a la casa de Unamuno releía con delectación las palabras de don Miguel: *Del corazón en las honduras guardo tu alma robusta cuando yo me muera; guarda dorada Salamanca mía, tú mi recuerdo...*

Una nota de *humor-malo* antes de acabar. Había dos Colegiales, apellidados Mola y Rincón, canario el primero, segoviano el segundo, que eran la viva estampa de la buena y gran persona. Tranquilos, callados, prudentes, amigos de ayudar a quien fuera en cualquier momento, buenos estudiantes, daban la imagen del niño modelo que todos los padres quisieran tener. A pesar de todo, algún Colegial *caritativo* los motejó con los calificativos de *peligroso Mola* y *peligroso Rincón*, una paradoja cruel, y así se los conocía. En honor a Rincón, y como medida de mi infinita gratitud hacia él, he de decir que supo de mi primera enfermedad y de mi ingreso en el Hospital Provincial, al que acudía a verme cuándo sus clases se lo permitían,

algo de agradecer, ya que *al amigo se le conoce en la cama y en la cárcel*. Te deseo, amigo Rincón, estoy seguro de ello, que hayas tenido una vida plena porque eras de los pocos bienaventurados que en el mundo había, y por ello inmune a la ponzoña de este mundo consumista, banal, sin valores, en que para llegar se pisa la cabeza a quien sea y se lucha a brazo partido para que no te aparten del pesebre, sin olvidarte, eso sí, de colocar a los amigos, ya que la revancha del mediocre es el signo más visible de nuestra democracia.

La Universidad estaba en un momento espléndido y las clases las impartían los Catedráticos; en Derecho, don Francisco Tomás y Valiente, asesinado por ETA; doña Gloria Begué Cantón; Don Rafael Calvo Ortega, Ministro luego de Trabajo; don José Delgado Pinto, don Enrique Tierno Galván, (Alcalde de Madrid), don José Vida Soria... En Medicina los doctores Amat, Moraza, Cuadrado, Gandarias, Querol, Sisinio de Castro, Martín Luengo, Bartolozzi, Zamorano, Bondía, Gómez Alonso, don Luis Villarón, don Rafael Sanchez, Morujo... Eran clases en las que los profesores hablaban y nosotros tomábamos apuntes o seguíamos el libro de texto indicado, sin diapositivas ni aulas virtuales como ahora, algo que ha vaciado de contenido la labor docente y ha hecho más fácil la enseñanza para el profesor, al que se le exige poco esfuerzo, encontrándose la Universidad cómo está, que no puede compararse con aquellos tiempos en que con muchos menos medios el nivel y el prestigio estaban por las nubes.

He de terminar para que no sean prolijas ni farragosas estas líneas. El Grupo de estudiantes de Derecho de primer curso lo formaban Eloy Becedas, de Zamora, Alfonso Trillo, el padre era Gobernador Civil de Burgos (ese año fueron los Procesos Militares a los Etrarras en esa ciudad), Germán, no sé su apellido, Luis (hermano de Tomás del Olmo), al que llamaban El Pelos, además de Santiago, un hombre serio y que daba gran importancia a su aspecto externo. No tuve con ellos más trato que alguna pregunta sobre algún tema o caso, pero formaban una piña e iban juntos a todos los lados, además de ser buenos estudiantes.

El lado malo de esta historia, no por su enjundia, sino por el mal hacer de los tres Colegiales, lo formaban Corbacho, Estudiante de Medicina, Cundi, creo que hacía Ciencias Químicas, y Serra, que hacía Filosofía y era el más inteligente de los tres. Guerreros, amigos de irse sin pagar de los bares y de pasar a las manos enseguida y por el motivo más nimio, no devolvían nunca nada de lo que pedían prestado, en especial dinero, eran falderos hasta decir basta, y sin embargo ayudaban en todo lo que se les pedía. Adictos a Bonanza, el rancho de la familia Cartwaigh y al Gran Chaparral, telefilmes de serie americanos en los que las peleas eran el centro del episodio, traían de cabeza al Pater y al Subdirector, sin que al día de hoy sepa nada de ellos. Como complemento a su hacer diré que en aquél entonces el Salamanca C. F, estaba en primera División y los partidos de casa los disputaba en el estadio El Helmántico. Cundi, Corbacho y Serra conocían a alguien que a su vez se relacionaba con no sé quién, que a su vez era amigo de ... por lo que a veces venían con varias entradas de la parte de arriba del Estadio, y las repartían entre nosotros. Tuvimos que dejar de ir con ellos al fútbol porque siempre acabábamos enzarzados con alguien, de palabra y de obra, por lo que al final acabaron ellos solos yendo al partido y los que recibían los golpes, sin que a ninguno de nosotros nos llamara la atención el verlos con señales en la cara o esparadrapos en los brazos, pues dábamos por sentado que habían ido al fútbol el día anterior y habían tenido la consabida zarabanda con alguien.

Hora es de decir lo que me aportó el Colegio Mayor Fray Luis de León, además de Conferencias, Mesas de discusión, Teatros leídos, foros de debate... una fiesta al año en la que cada Colegial invitaba a una chica y el ambiente era glamouroso, todos vestidos con la Chaqueta azul cruzada del Colegio con el escudo bordado en oro en el bolsillo del corazón, la insignia del Colegio en el ojal de la chaqueta, camisa azul clara con botones en el cuello, corbata de igual color, pantalones grises y zapatos yankos negros con calcetines de igual color (lo que acuñó la frase de *chaqueta azul, pantalón gris, mariquita del Fray Luis*; en aquellos tiempos, se me va a perdonar lo que sigue, residir en el Fray Luis era *la creme de la creme* de los Colegios Mayores de Salamanca). Fuera de eso, el grupo de los de Medicina me ayudó a ahondar en mis convicciones de compromiso profesional, en mi implicación en los asuntos sociales, en hacerme comprender que las personas eran y son seres humanos con sus defectos y sus virtudes, que nadie es más que nadie, en no hablar de nada que no dominara y menos con alguien que pudiera saber más que yo, el vivir para aprender, el ser humilde, el que los vasallajes y las explotaciones del hombre por el hombre habían de ser desterrados, el que antes de ir a la Iglesia había que ir a ponerse a bien con el prójimo, el que los padres son lo mejor que nos ha pasado en la vida porque no sólo nos han querido, sino porque nos han sabido querer, algo que comentábamos en nuestro *casinillo* de los jueves; y sobre todo, hicimos nuestra la admonición que la tía de David Copperfield (novela autobiográfica del Gran Charles Dickens), le dice cuándo le llega la hora de salir al mundo a ganarse el pan: *no seas cruel, no cometas jamás una acción baja y no mientas nunca*.

No puedo por menos de añadir los versos del genial don Francisco de Quevedo cuándo en su composición *El escarmiento* dice aquello de

Llenos de paz serena mis sentidos/ y la Corte del Alma sosegada/ sujetos y vencidos/ apetitos de la Ley desordenada/ por límite a mis penas... ...más ya que son mis desengaños jueces / aquí solo conmigo/ la angosta senda de los sabios sigo/... ...No lloro lo pasado/ ni lo que ha de venir me da cuidado... ...Cánsate ya oh mortal de fatigarte/ en adquirir riquezas y tesoro/ que últimamente el tiempo ha de heredarte...vive para ti solo, si pudieres,/ pues sólo para ti , si mueres, mueres.

Lo que no logramos saber nunca fue la tendencia sexual de Tintín ni desentrañar las relaciones un tanto liosas y particulares que unían a Popeye, Brutus, Rosario y Cocoliso, sin que tampoco supiéramos a ciencia cierta la paternidad de este, aunque a cambio sí logramos averiguar de qué murió el Capitán Garfio, algo que no puede ponerse por escrito dada su procacidad.

Colofón de lo que antecede es que el tiempo, que lo devuelve todo, me lo hizo ver unos años más tarde, ya abandonado el Colegio Mayor y estudiando yo mi Oposición a Judicaturas. Caí enfermo, muy enfermo, estuve ingresado en Salamanca en el entonces Hospital Provincial, y una de las mañanas me llevaron al Departamento de Otorrinolaringología para ver mis oídos. Juan Luis, el inefable y cariñoso Juan Luis, como si me hubiere visto el día anterior, fue el encargado de examinarme y tras un abrazo enorme y explorarme, me dijo que no había nada malo. Era el mismo, la misma buena persona que yo había tratado años ha: el tiempo lo había hecho más humano si cabe, y tras preguntarle por todos los que recordaba de entonces, yo me sentí reconfortado y lloré de alegría por reencontrarme con él y por darme cuenta de que cuando la bondad es innata al ser humano ayuda a que los demás confíen en él y a sobrellevar mejor su dolor.

Estoy orgulloso de haber estado un año residiendo en ese Colegio Mayor, que sigue y seguirá cumpliendo su labor de formación de seres íntegros, humanos, leales y comprometidos con los demás y con la sociedad en la que viven y en la que van a ejercer sus profesiones; la pena fue no poder hacerlo los cuatro años anteriores, pues hubiera conocido a mucha gente interesante, hubiera estado cerca de los medios de cultura que el Colegio ofrecía y mis estudios se hubieran completado en más de un sentido. Siento de verdad, y lo recuerdo con frecuencia, la muerte de Antonio Huerta, mi compañero de habitación, en plena actividad profesional, recordando de él que cuando se enfadaba por algo sus expresiones eran *me cago en la Padrisima y en el Copetín*, conocidas por todos sus amigos. La muerte destruye todo menos lo que hemos amado y Antonio es el vivo recuerdo de lo injusta que es la vida.

No se me olvida el dar las más sentidas gracias a todo el personal de servicio del Colegio Mayor, hombres y mujeres, abnegados, Nazario entre ellos, cumplidores y comprensivos con los Colegiales, entre los que siempre había una cabeza loca. A esto añado su discreción y su educación, y aunque no sé de sus trayectorias vitales, desde aquí les pido perdón por si en alguna ocasión no estuve a la altura de las circunstancias o les molesté en algo, sin contar que la madurez y el dominio emocional no eran la tónica general entre los nuevos llegados al Colegio, lo que ponía a prueba su paciencia, que podríamos llamar franciscana.

No me resisto a narrar un hecho del que fui testigo presencial y sobre el que no voy a comentar nada; repito que no voy a comentar nada, pues la sociedad es la que es en cada momento, y los años pasados y los presentes así lo acreditan. Era un domingo de junio del año 1971, y escribo estas líneas en el año 2018, habiendo corrido mucha tinta sobre la emancipación de la mujer, la violencia de género, el machismo imperante... hacía calor y los exámenes ya estaban finalizando, sin contar que las gentes, ellas sobre todo, iban más ligeras de ropa. Hacia las siete de la tarde yo estaba solo en la habitación del Colegio, había estudiado durante todo el día, y todo el mundo estaba de fiesta: Antonio y Maruja de cena con compañeros, Agustín y Juan Luis con sus novias... Sin más cogí una chaqueta de punto ligera, y andando sin rumbo me planté en una plazuela en la que había una cafetería que tenía mucha fama y clientela. Hacia frío para estar en la terraza, entré y tuve la suerte de que en la barra había un taburete vacío, en el que me senté. A mi lado había un grupo de chicas mayores que yo que mantenían una conversación seria. A su vera había un grupo de cinco varones, unos *pijos* baratos, con el pelo a la última, pantalones de campana y fumar displicente, que paseaban sus miradas por el local y nos perdonaban la vida a todos los allí presentes, tal era su aire de simpleza y vulgaridad. Las chicas, atractivas, estaban bien, iban muy arregladas, y estaban hartas, lo deduje por sus expresiones, del grupo de los cinco, estudiantes a todas luces, que no paraban de decirlas cosas y de intentar *ligar*, sin que ellas les hicieran ni caso. Era evidente que estos don Juanes de vía estrecha se creían irresistibles y que no que daban crédito a que las chicas de al lado no se rindieran a sus requerimientos zafios y manidos. Los galanes estaban indignados por su fracaso con las chicas, que estaban a lo suyo y no querían moscones ni *pijos* de vía estrecha que les dieran *el turrón*. En un momento determinado, una de las chicas se levantó de su taburete, cogió su bolso y se fue al servicio. La cafetería estaba hasta arriba. Cuándo la chica volvió del aseo, uno de los pisaverdes del grupo se dirigió a ella y en voz alta y clara, lo oyó todo el mundo, la dijo: *hola, putón*. El silencio se adueñó del ambiente. La fémina escuchó el exabrupto, se detuvo, miró fijamente al autor de aquél insulto, y en un tono de voz más alto

y más claro le contestó: *aquí no hay más puta que tu madre*. El silencio duró unos segundos más, sin que el aludido fuera capaz de mantenerle la mirada a la chica ni de reaccionar, por lo que tras unos momentos el rumor de las conversaciones volvió a llenar el ambiente. Los *seductores*, objetos de las miradas de todo el mundo, cobardes y avergonzados, pagaron y se marcharon, mientras la chica se sentó con sus compañeras y retomó la conversación con las mismas como si no hubiera pasado nada.

Ahora sí; señalando que mi estado emocional es delicado y mi salud precaria, y que ya estoy en el otoño de mi vida, acabo dando las más sentidas gracias a quien me ha permitido escribir con el corazón lo que antecede, y cito las palabras del gran Filósofo Estoico: *No sé si me habrá acompañado el éxito, pero desde luego sí la fe*.

Nota del autor: He tenido que dejar de lado muchas cosas, pero es que la extensión se iba haciendo enorme, y no quería romper formatos ni moldes. Sólo quiero reiterar una vez más mi alegría, deseo, pena, tristeza y nostalgia, por la oportunidad que se me ha dado de escribir una pequeña parte de la historia de ese gran Colegio Mayor. Un abrazo a todos, sentido y emocionado.

Nota del editor: el autor de esta contribución, Pedro Cano, autoriza la comunicación de sus datos de contacto a quienes estén interesados/as. Se deben solicitar en frayluisdeleon@usal.es

Magistrado jubilado de la Audiencia Provincial de Cáceres.

Yo viví en el Fray Luis entre 1968 y 1972

Antonio DE LA TORRE LUQUE
Colegial desde 1968

ERA UN MES DE OCTUBRE DE 1968 cuando aterrizaba por primera vez en el Colegio Mayor Fray Luis de León, procedente de mi Córdoba natal, en donde había cursado el conocido entonces como Selectivo de Ciencias –común para las cinco ramas de Ciencias Puras– y dispuesto a empezar el segundo curso de la Licenciatura de Ciencias Geológicas, que arrancaba ese año su primera promoción en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Salamanca y que aquel curso se despedía del Palacio de Anaya para inaugurar, al siguiente, el nuevo edificio a escasos cien metros de la Plaza de Fray Luis de León, donde se situaba nuestro Colegio Mayor.

Recuerdo que una de las cosas que más me llamó la atención fue la *amistosa* rivalidad con el Colegio Mayor del otro lado de la plaza, el San Bartolomé, a cuyos colegiales llamábamos *carñosamente* los *inferiores del Bartolo*, por una mera razón topográfica, claro –su entrada estaba unos escalones por debajo del nivel de la Plaza y, con una planta menos, desde nuestras ventanas veíamos su tejado–, que nos situaba *por encima* de nuestros amigos y, en muchos casos, compañeros de aulas. Había otra cosa que marcaba también esa *superioridad* de nuestro Fray Luis sobre el San Bartolomé y es que, mientras a nuestra espalda, e incluso comunicado desde el hall del Colegio por una solemne escalinata, estaba nada menos que el Patio de Escuelas Menores que daba paso a la Plaza en la que se encontraban el Rectorado y la Universidad Antigua, presididos por la Estatua de nuestro titular, el *Bartolo* lindaba la suya con el Barrio Chino, paso obligado para el acceso de los más rezagados a la Facultad de Medicina, ya que se cortaba a su través, y el trayecto era más corto que rodeando por la Clerecía, la Casa de las Conchas, La Purísima y el Palacio de Monterrey, lo que lo hacía ser más utilizado, especialmente, en los largos meses del frío invierno salmantino.

Precisamente en las aulas del Patio de Escuelas, el propio Fray Luis de León recomendó sus clases después de más de cuatro años de injusta cárcel con su famosa frase Decíamos ayer, que hoy forma parte de nuestra imagen como Asociación de Antiguos Alumnos.

Pero vuelvo sobre mis recuerdos como residente primero y colegial después, de la que fue mi casa durante cuatro fantásticos años y un poco más del curso 1972-73 en el que, ya terminada mi carrera y residente en el Colegio Mayor Fonseca, seguí frecuentando el Fray Luis y acompañando su entrañable y querida Tuna hasta el último día de mi estancia en Salamanca, de lo que hablaré más adelante.

Cuando llegué al Fray Luis era su Director Manuel Serrano, Catedrático de Derecho Penal, que el verano anterior tuvo la desgracia de perder a su hija pequeña en un accidente de tráfico, lo que marcó en cierto modo una importante tradición del Colegio, ya que ese año, y alguno más, no se celebró la tradicional Fiesta de Apertura y Fin de Curso, muy prestigiadas por la sociedad salmantina y que despertaba gran interés en la población universitaria femenina, según se decía y pude comprobar cuando se reanudaron unos años después. Si el tiempo lo permitía se celebraban en el propio Patio de Escuelas.

Si la memoria no me falla, y creo que no, pasé unos días en la habitación III, con un chico de Ávila, no recuerdo su nombre, aunque cambié muy pronto a la II5, que compartí con Eduardo Criado, leonés de Bembibre –residente en Menorca– y estudiante de Derecho. Ese primer año fue el de las novatadas, algo tradicional en los colegios mayores que, generalmente, no eran tan groseras como devinieron después, o los estudiantes de esa época éramos menos remilgados, aparte de que los *derechos* que ahora se han hecho protagonistas no estaban tan en primera fila ni se utilizaban con la demagogia de ahora, y esas bromas se soportaban estoicamente sin mayores consecuencias, salvo la de ser repetidas en algún caso excepcional si la *víctima* mostraba algún comportamiento chocante para el alto tribunal de veteranos que dirigía las *operaciones* nocturnas. Yo, particularmente, recuerdo mi novatada con simpatía. No sé qué debí responder en el examen previo, pero cayó bien o puede que mi acento andaluz resultara simpático, lo cierto es que me utilizaron como voz de *ultratumba* desde dentro de un armario y el alto tribunal, me preguntaba solemnemente tras cada examen de novato: *Don Antonio, ¿qué pena merece este novato? –o descastado o el término que en cada caso utilizaran–*. Y yo *sentenciaba* el paso por la ducha u otra pieza del cuarto de baño, la comparecencia en calzoncillos delante del Bartolo o la visita en paños menores, serenata incluida, a algún Colegio Mayor o Residencia femenina, con el regocijo del tribunal y resto de veteranos, a los que nos uníamos los que íbamos superando las pruebas. En definitiva, el ceremonial duraba un par de semanas y después todos tan amigos, nos reíamos de lo ocurrido y hasta el curso próximo en que llegarían otros novatos. Pasé después en los dos cursos siguientes por las habitaciones 106 y 122, que había sido ocupada años atrás por D. Joaquín Ruiz-Giménez, anteriormente Ministro de Educación, que compartí con Obdulio Felgueroso, estudiante –pero poco– de Medicina, que se marchó al curso siguiente a su Oviedo natal donde desarrolló su verdadera vocación, la de periodista deportivo, de fútbol preferentemente, algo en lo que nunca coincidimos porque él era forofó del Barcelona y yo del Real Madrid, pese a lo cual compartimos habitación dos años. Por último, mi *casa* estuvo en la habitación 105, en la que tuve como compañero al conquense Ricardo Ruipérez, también estudiante de Derecho, como el primero. A todos, en parte por las diferentes carreras que hicimos y lugares de origen o por su marcha prematura del Colegio, les perdí la pista, salvo al segundo, Obdulio, al que volví a ver en una ocasión, bastantes años después, con motivo de un viaje profesional mío a Oviedo en 1987 y del que no hace muchos años tuve la triste noticia de su fallecimiento (D. E. P.).

No puedo olvidar esos paseos –casi diarios– por la ruta de los vinos. La senda de los elefantes se llamaba a La Calleja por la facilidad para salir de allí medio *trompa* dada su alta densidad de bares y tabernas –creo que, en aquella época, una noticia de ABC destacaba que Salamanca era la ciudad con mayor proporción de bares por habitante de España–. Tampoco, esas carreras para llegar a tiempo al comedor, previo paso por el ropero que estaba a la entrada para colocarse chaqueta y corbata. Allí se pasaban esas prendas todo el curso, porque era preceptiva esa indumentaria para entrar a comer o cenar. Por cierto, mi recuerdo aquí para Ana, Andrea, Candy y el resto de amables camareras que nos servían en el comedor, nos hacían las habitaciones y recogían y dejaban la ropa. Tampoco quiero que falte mi reseña a esas sobremesas diarias con interesantes y divertidas partidas de Tute o Mus, en las que uno de sus principales participantes era nuestro Capellán, Juan García, también fallecido a finales de 2017, que muchos viernes y sábados solían terminar con el desayuno del día siguiente, siempre regadas por las consumiciones del que entonces explotaba el bar del Colegio, el Sr. Leandro. Y no puedo olvidarme del Sr. Nazario, conserje de día que nos entregaba la correspondencia ni del Sr. Jenaro, de noche, al que le gastaban bromas telefónicas y llamaba por el altavoz del comedor a los colegiales que *recibíamos* llamadas pintorescas de Miguel de Cervantes, de Ortega y Gasset o de Ramón y Cajal, por citar sólo algunos de los personajes que salían de su boca. Le valían todos con tal de que le sonaran y las carcajadas eran sonoras, como puede imaginarse.

Dejo para el final lo que para mí era un objetivo desde la Escuela Preparatoria y el Instituto, de niño y adolescente, la Tuna Universitaria, por la que sentía verdadera *vocación* y para la que me preparé a conciencia aprendiendo en esos años los rudimentos básicos de guitarra. Puede que me influyera en ello la conocida película de finales de los cincuenta, «La Casa de la Troya», con el actor Arturo Fernández entre otros, en la que la Tuna se dejaba notar... Recuerdo con enorme satisfacción cuando, nada más llegar, superé la prueba de admisión a la Tuna del Fray Luis ante el *tribunal* que formaban Genadio García Peñín –jefe y abanderado–, Nacho Alberca, pandereta –se fue de Salamanca al curso siguiente–, Juan Luis Gómez –excelsa bandurria–, y alguno más. Desde entonces hubo una mayoría fines de semana que los pasamos por las calles salmantinas, con frío –nieve a veces– o calor, entre pasacalles, rondas al pie de balcones y fines de fiesta en casas particulares, congresos, bodas y demás. Incluso acompañamos en Plasencia a la Madrina del teléfono dos millones que se instalaba en España, María Garicano, hija del entonces Ministro de la Gobernación, Tomás Garicano Goñi.

Finalicé la carrera en Junio de 1972 y tras la lectura de mi Tesina en Marzo de 1973, salí de Salamanca para realizar mis prácticas como Alférez que completaban las Milicias Universitarias de entonces (la IPS en mi época y la IMEC después, hoy suspendidas de la biografía juvenil) e iniciar una etapa profesional por España y varios países de Hispanoamérica y África, la mayor parte de ella en el sector del cemento y químico, en la que he alcanzado los máximos objetivos de responsabilidad, hasta haber llegado a mi etapa de jubilación, que ahora disfruto desde Madrid. Una titulación y dos hijas salmantinas –más una toledana y dos madrileños–, son un regalo *exclusivo* de mi paso por esa Universidad y ciudad, de las que guardo un recuerdo indeleble, académico y personal.

Termino añadiendo que asistí, en 2004, a la celebración del 50º Aniversario de la fundación del Colegio Mayor y en 2011 a la Constitución de nuestra Asociación de

Antiguos Colegiales. En ambas ocasiones coincidí con algunos compañeros de mi época y rezo para poder asistir –en condiciones de salud suficientes– al 75º, que se celebrará, Dios mediante, en 2029 y volverme a encontrar de nuevo con algunos de ellos. Ante todo, que no falte el optimismo.

Hasta aquí mi pequeña contribución a la gran historia de nuestro Colegio Mayor, aunque habría anécdotas para mucho más, como el terremoto de 1971/72, que sacó a los colegiales a la Plaza y a mí me contaron a la mañana siguiente; el teatro leído con *Eloísa está debajo de un almendro* o *La venganza de don Mendo*, entre otras; el equipo de balonmano y mucho más.

Madrid, 11 de Septiembre de 2018

Licenciado en Ciencias Geológicas y directivo de Empresas.

Mi primer espacio de convivencia universitaria: el Colegio Mayor «Fray Luis de León»

Román ÁLVAREZ RODRÍGUEZ
Colegial desde 1969

LA INICIATIVA DE LA DIRECCIÓN DEL COLEGIO y la Junta Directiva de la Asociación de Antiguos Alumnos del C. M. Fray Luis de León, en el sentido de recopilar evocaciones y remembranzas de quienes pasaron en alguna ocasión por el Colegio, resulta oportuna, loable y acertada. De modo especial en este año emblemático en el que se conmemora el VIII Centenario de la Universidad de Salamanca, en cuyo organigrama se inserta el Mayor. Tan relevante celebración ha estado llena de actividades académicas de todo tipo, y sin duda el presente volumen contribuirá al enaltecimiento de este año singular.

La recuperación del pasado no implica, ni mucho menos, la conquista del futuro, por más que así lo suscribiera Octavio Paz. Evocar lejanas experiencias supone un ejercicio no solo de memoria, sino también de nostalgia. Máxime si se trata de pasar revista a algunas de las vivencias que tuvieron por escenario el Colegio Mayor Fray Luis de León, a cuya hospitalidad me acogí al llegar a Salamanca. Para comprender en su cabal dimensión lo que para mí supuso la estancia en el Colegio y la impronta de su huella durante ese tiempo, tengo necesariamente que hacer alusión al impacto que me causó la ciudad en la que el Colegio está ubicado y su Universidad. Porque no se puede entender lo uno sin lo otro. Porque si algo teníamos en común los residentes del Fray Luis era que nuestro lugar de procedencia distaba de Salamanca y, en consecuencia, había que buscar cobijo y posada en esta ciudad única en el panorama universitario español. Si evocar es recordar vagamente, trataré de no dispersar mis memorias más allá de lo estrictamente razonable, teniendo presente que, como decía Ortega, la vida es una serie de colisiones con el futuro: no es la suma de lo que hemos sido, sino de lo que anhelamos ser. Además, el Colegio solo conserva el aspecto externo del edificio y unos pocos detalles del interior. El escenario no es el mismo, como tampoco lo son los actores y figurantes que nutren de vida y de espíritu unos espacios que, ciertamente, ya resultaban un tanto acartonados en mi época juvenil y colegial.

La ciudad de Salamanca, con jirones de mi existencia casi en cada esquina, concita toda una multitud de evocaciones y acarrea infinidad de recuerdos. Salamanca es ciudad de contrastes y de simetrías, organismo vivo que se transforma siguiendo sus monumentos la gama cromática que va desde el amarillo en los soleados mediodías estivales hasta el ocre bermellón del oro viejo en los sanguinolentos ocasos. Piedras que se animan con tonalidades en perpetua mutación, sinfonía de colores y sensaciones. Ciudad plétórica de vida que acoge múltiples miradas e infinitas interpretaciones. Patrimonio arquitectónico tan singular que retiene la respiración y deja absorta la mirada. Siempre se descubre un nuevo rincón, una nueva perspectiva, una inscripción, una placa, una lápida, un escudo, una leyenda.

Un par de meses antes de iniciar el curso escolar –el que iba a ser mi primer curso en la Facultad de Filosofía y Letras– visité Salamanca. Nunca había estado aquí, pero si algo tenía claro era que quería estudiar en la más famosa y antigua universidad de España. De ella nos hablaba con admiración uno de los profesores de bachillerato, salmantino enamorado de su tierra. Puede que esa fuera la prístina simiente de mi ulterior interés por la ciudad del Tormes. Llegué a ella por primera vez a finales de una tarde de julio en un autobús interurbano que tenía su parada algo más arriba de la Puerta de Zamora. El calor era todavía sofocante a esa hora, y sin tener ni idea de cuál era la dirección que debía tomar, seguí a un nutrido grupo de compañeros de viaje calle Zamora abajo. De pronto, y sin saber cómo, desemboqué en la Plaza Mayor por la puerta del Consistorio. El impacto visual constituyó toda una epifanía. La belleza del conjunto y el colorido de la piedra a esas horas en las que el sol aún tiene fuerza antes de comenzar a declinar me dejaron casi sin respiración. Y eso que entonces todavía circulaba el tráfico por el ágora salmantina, tenían paradas los autobuses urbanos y, además, como atentado supletorio, estacionaban los vehículos en todo el recinto. Por fortuna, estos dos desaguisados pronto se irían remediando.

Tras deleitarme en la contemplación del monumento que tantas veces había visto fotografiado, salí por el Corriño y ajusté habitación para esa noche en una de las pensiones de la calle Meléndez. Hecho el trato seguí caminando sin rumbo, hacia donde me llevara el instinto y los ríos de gentes que paseaban sorteando coches por la Rúa. Torcí hacia Libreros en busca de la famosa fachada y pude contemplarla en todo su esplendor a la caída de esa tarde estival, cuando el bordado de sus piedras doradas brilla con fuerza inusitada y los relieves alumbran sombras apenas perceptibles, heridas por el fulgor de los últimos rayos del día; cuando, como escribió Unamuno, *se enciende en oro de sol muriente*. El espectáculo de toda aquella mies en sazón fue sobrecogedor, tanto que me olvidé de la rana cuya existencia conocía, pero no su asentamiento concreto en la calavera de aquel resplandeciente conjunto.

Saciada visualmente mi sed de conocimiento, comencé a sentir los efectos de tantas horas de sequía. Así que retrocedí de nuevo hasta Serranos y descendí siguiendo las verjas de la gigantesca mole, entonces jesuítica. Calle abajo me topé con dos tabernas. El *Elorza* en la esquina con *Travesía*, a la izquierda, y el rotulado como *Casa Juan* a la derecha, haciendo esquina a *Placentinos*. Opté por este último y me tomé la primera y ansiada caña salmantina con la que acompañar un bocadillo de calamares. Poco sospechaba yo entonces que tanto con Emiliano (el propietario de Casa Juan) como con Evaristo Elorza tendría inmejorables relaciones de futuro parroquiano, dada la proximidad del Colegio y la obligada zona de paso cada vez que se salía o se entraba en él. Sin olvidar otro tugurio de visita casi obligada antes de la cena frayluisiana: el *Mesón de la Amistad*, en la calle *Travesía*, con sus famosos

chorizos flameantes *al infierno* y el vino de Toledo que los tres establecimientos compartían. Un vino fuerte, entre áspero y dulzón, que se hacían traer desde algún punto toledano y suministraban a la clientela por un precio ligeramente superior al caldo peleón y cotidiano. Los tres bares tenían la exclusiva expendedora de este vino manchego en Salamanca. Y como la cena colegial solía pecar de frugalidad –era frecuente oír quejas acerca de la ingesta de un elevado número de huevos disfrazados de distintas modalidades– la visita a estos tres santuarios convalidaba en buena medida el rito de la colación vespertina en el comedor del Fray Luis.

Volviendo a mi periplo iniciático, diré que con el estómago algo asentado, que ya hacía rato venía reclamando condumio, dada la lejanía temporal del almuerzo en León, desemboqué en la Plaza del Fray Luis. Plaza asimismo del Colegio Mayor San Bartolomé, según rezaba el letrero sobre el dintel de la entrada principal. Con el tiempo descubriría la tradicional rivalidad entre ambos centros y las correspondientes trifulcas vocingleras y sonoras algaradas en la época de los exámenes finales, cuando a un lado y otro de la plaza las luces de los flexos permanecían incandescentes hasta altas horas de la madrugada y el griterío ocasional saltaba de edificio en edificio. De alguna forma había que rebajar la tensión. Y una buena manera era insultarse fraternalmente desde las respectivas residencias. Me encontré, pues, con un colegio a mi izquierda y otro a mi derecha. En esta ocasión opté por el de la izquierda, acaso también por el nombre, que me era más familiar, debido a mi lugar de procedencia. Supuse que una residencia así sería muy adecuada para poder instalarme un par de meses después. A pesar de lo tardío de la hora, el edificio estaba abierto y me pareció que había movimiento estudiantil más bien foráneo. Entré, y en Conserjería me proporcionaron los impresos requeridos para solicitar plaza el curso siguiente. Guardé los papeles y desanduve parte del camino. Deambulé un tiempo todavía por la Plaza de Anaya y alrededores, retorné a la Plaza Mayor, supongo que cenaría algo en cualquiera de los muchos locales de oferta barata, y a una hora prudencial me recogí en la pensión. Como la noche era tórrida y la habitación –seguramente la más pequeña y barata de la casa de huéspedes– daba a un minúsculo patio interior, apenas pude pegar ojo. Todo el edificio estaba recalentado y fue imposible dormir. A la mañana siguiente, adormilado y con un sol de justicia, tomé el autobús en las vecinas cocheras de Auto Res y seguí viaje a Madrid, donde me esperaban otros asuntos.

Hacia mediados de septiembre recibí en mi domicilio de la capital leonesa la grata noticia de que había sido aceptado como residente en el Colegio Mayor Fray Luis de León. Y ahí comenzó mi experiencia colegial propiamente dicha. Aparecí con los bártulos y se me asignó una habitación triple: la 113, en el primer piso. La puerta tenía una pequeña placa indicativa de que en aquella misma estancia había residido un personaje ilustre. No quisiera equivocarme, pero creo recordar que se trataba de Joaquín Ruiz-Jiménez. En todo caso, me pareció una buena señal saber que un eximio personaje había morado bajo el mismo techo. La habitación era amplia, exterior, orientada hacia la plaza, con lavabo, espejo un habitáculo a modo de roperovestidor, de forma irregular, pero lo suficientemente holgado como para albergar sobradamente las pertenencias de los tres huéspedes. Años más tarde alguien me dijo que ese cubículo había sido un cuarto de baño individual para uso del insigne residente, el cual solía quejarse del mal funcionamiento del servicio de agua caliente en el aseo. Supongo que en una etapa posterior se decidiría prescindir del cuarto de baño y, dado el tamaño de la habitación, transformarla en otra de triple uso. Las

duchas, que sí funcionaban bien cuando yo recalé en el Colegio, se encontraban en el extremo opuesto del pasillo. La mayoría de las habitaciones eran dobles, y las pocas individuales quedaban a disposición de los más veteranos, *abuelos*, opositores en ciernes o jefes de estudios.

En aquella misma hornada ingresaron en el Fray Luis algunos estudiantes que alcanzarían renombre con el discurrir de los años. No los mencionaré porque seguro que no me acuerdo de todos ellos. Pero no pocos investigadores de prestigio, catedráticos, poetas, notarios, registradores, médicos y hasta un futuro ministro encontraron cobijo en el Mayor al mismo tiempo que mi humilde persona era acogida entre aquellas venerables paredes. Mis dos compañeros de habitación eran también novatos: uno, José María, procedía de Ávila, tenía novia de toda la vida –con la que supongo que acabaría casándose– y aromatizaba el recinto con su inseparable colonia *Aqua di Selva* que ella le regalaba. El otro, Carlos Jerez, venía de Reinosa. Permaneció en el Fray Luis hasta después de haber terminado la doble carrera de Románicas y Modernas. Fue un colegial auténtico, intelectualmente inquieto, de mente abierta y generosa, que exudaba espíritu frayluisiano por todos los poros. Tuve el honor de mantener su amistad durante muchos años, hasta que una temprana muerte nos lo arrebató allá en su Cantabria natal. El Colegio, en un ejercicio de justo reconocimiento, dedicó un merecido homenaje a su entrañable recuerdo hace un par de años.

Los tres sobrellevamos las novatadas lo mejor que pudimos y no creo que nos quedara ningún trauma por ello. Eran parte de la naturaleza de las cosas, por así decir. Poco a poco nos fuimos familiarizando con el resto del colegaje, veteranos unos y novatos otros, cada uno de su padre y de su madre, pero todos partícipes de unas reglas de convivencia comunes. Objeto de comentarios y admiración por nuestra parte era el ocupante de una habitación casi opuesta a la nuestra. Vivía en ella –y digo lo de vivía conscientemente, porque apenas salía de allí– un veterano que había terminado Derecho y se pasaba los días y las noches recluido preparando oposiciones. Nos admiraba el hecho de que su flexo estuviera encendido hasta muy tarde por las noches, y nos lo imaginábamos empollando inmóvil tema tras tema. Chema no era el único en esas lides, pero para nosotros, entonces cándidas palomas, constituía un ejemplo edificante, un espejo en el que no considerábamos probable reflejarnos, al menos a corto plazo. Acabaría de registrador de la propiedad, como estaba predeterminado.

Las normas exigían una mínima etiqueta en el comedor. Por ejemplo, llevar corbata. No era habitual, ni mucho menos, saltarse esa regla, y menos cuando el director, don Manuel Serrano, se dignaba compartir los alimentos con la muchachada. En esas escasas ocasiones, ocupaba la presidencia de la mesa junto con el jefe de estudios y los responsables de cada planta. Y, por supuesto, con el capellán adscrito, que bendecía la pitanza. Este cargo lo ostentaba el cura don Juan, quien nunca tomaba pollo. Cuando tocaba volátil en el menú, él se hacía traer cualquier otro alimento de la cocina. Todo menos pollo. Con don Juan, una vez despojado de su cargo por los nuevos aires universitarios, seguí manteniendo contacto e intercambiando algún que otro comentario cada vez que nos encontrábamos en la proximidad de la Casa de las Conchas –él vivía justo enfrente–. Esos encuentros ocasionales pervivieron hasta unos meses antes de su muerte.

Don Manuel montó en cólera en una ocasión en la que, metido a provocador, me dio por ponerme la corbata encima de un jersey de cuello alto. Me fulminó desde la

mesa y encargó a uno de sus subalternos que me leyera la cartilla. No osé volver a quebrantar la norma. Muchos me admiraron por la gallardía mostrada, pero otros tantos me censuraron el fútil atrevimiento. Don Manuel era catedrático de Derecho. Serio, severo, imponente en su distanciamiento. Apenas se dejaba ver de cuando en cuando en el comedor. Acabaría trágicamente el verano siguiente a mi llegada. Era, sin duda, todo un carácter que ya no encajaba bien en los nuevos aires que soplaban en la universidad española. Él y toda su familia residían en una de las plantas laterales del Mayor y el contacto era prácticamente nulo con el resto de los habitantes de ese microcosmos.

El trato con el personal de servicio era cortés. Las camareras trataban sistemáticamente de usted a los residentes y nosotros correspondíamos con el mismo tratamiento. El menú de la comida principal constaba de una entrada y dos platos principales previamente anunciados en la hoja volandera que cada día la gobernanta colocaba en lugar visible. Ninguna queja por mi parte. Los más finos hasta pelaban con cuchillo y tenedor la fruta. Yo nunca había visto hasta entonces pelar una naranja o una manzana de este modo. Y allí aprendí tras no pocos ensayos y vacilaciones. Aquello me parecía una inequívoca señal de clase en la que yo –era mi impresión– había entrado con calzador.

Ambiente más relajado era el que proporcionaba Leandro en el bar. Cada día, antes de las comidas, eran poco menos que obligatorios los vinos de rigor. Y el café subsiguiente, acompañado con frecuencia por las impepinables partidas de cartas, dados, damas o ajedrez. Después de la cena, mis compañeros y yo íbamos con asiduidad a La Latina, lugar algo más selecto con ínfulas de intelectualidad, frecuentado a esas horas por colegiales de las dos instituciones próximas. Cuando los oficios se alargaban y la vida nocturna nos arrastraba hasta horarios intempestivos, casi ferroviarios, el problema era la entrada a deshora en el Fray Luis. El vigilante nocturno, el señor Genaro, disponía de un camastro que colocaba detrás del mostrador de recepción, y no solía recibir de buenos modos a los trasnochadores. Disculpas, dotes de persuasión, promesas de no volver a incurrir en el pecado de nocturnidad y hasta algún cigarro puro que otro, doblegaban la férrea determinación de quien se creía observante y depositario de un espíritu del deber, castrense a todas luces. Durante el día, el trabajo de conserje lo ejercía el señor Nazario, hombre bondadoso y de infinita paciencia para con la patulea que desfilaba alborotada por delante de su puesto de trabajo. Sin alterar el timbre de voz, llamaba incansable por los servicios de megafonía a quienes eran requeridos por teléfono durante las comidas: *Don XX, al teléfono*. A mí me daba la impresión de que el número de llamadas de algunos colegiales respondía al estatus social, prosapia y ringorrango del apelado. No había comida o cena en la que don Fulano o don Zutano –siempre los mismos– no tuvieran que acudir con presteza a la cabina telefónica. A mí, en cambio, nadie me llamaba.

Aunque en su momento me pareció algo normal, con el paso del tiempo me di cuenta del privilegio que suponía ascender temprano la escalinata del vestíbulo del Fray Luis, atravesar hacia el Patio de Escuelas Menores, con sus arcos mixtilíneos de curvas y contracurvas, cruzar el Patio de Escuelas, acceder al edificio de Escuelas Mayores bajo la impresionante Fachada Rica y acabar en la mullida penumbra del Aula Unamuno para recibir las clases cada mañana. Era la imagen que uno podía tener de Oxford, Cambridge u otros admirados lugares universitarios por antonomasia. Tal privilegio se debía, simplemente, a que el Palacio de Anaya estaba en obras de reforma, faltaban aulas para un número de estudiantes que por entonces se

disparaba cada año, y se recurrió temporalmente a uno de los espacios más aprovechables del edificio de las Escuelas Mayores.

Poco a poco, a medida que transcurría el curso académico, se fueron fraguando las primeras amistades. Algunas quedarían para siempre, como la del ya mencionado Carlos Jerez, o la de Fernando Toda, futuro colega catedrático de lides filológicas. Otros muchos *frayluis* permanecieron a lo largo de los años como referentes amistosos, como compañeros unidos por un vínculo común que el tiempo no ha debilitado: Miguel Cordero, Javier Burguillo, Jaime Siles... Creo que uno de los grandes valores de la convivencia colegial fue el contacto con jóvenes universitarios de muy distintas procedencias e intereses académicos y profesionales.

La vida colegial se complementaba con determinadas actividades culturales, entre las que sobresalía, además del fútbol, el certamen de teatro leído. Era la gente de Humanidades o Letras la que solía llevar la voz cantante y la selección de las obras objeto de representación. Esta actividad permitía mantener relaciones cordiales con algún colegio femenino, porque el cuadro de actores era mixto. Por lo demás, las visitas femeninas eran contadísimas. Aparte del teatro, el colegio se llenaba de mujeres con motivo de la fiesta de fin de curso. Allí aparecían compañeras de estudios, novias más o menos formales, e invitadas en general a disfrutar de la hospitalidad de un día extraordinario en todos los aspectos. La testosterona se mascaba en el ambiente, como puede figurarse, pero la cortesía y el comedimiento imperaban. Lo extraordinario de hace unas décadas se ha tornado en algo habitual en el tiempo presente al abrirse el Colegio a la población universitaria femenina.

Podría extenderme en otros muchos aspectos, gratificantes unos y dolorosos otros. Por ejemplo, no me olvido de la sensación de dolor y tristeza que me causó al poco de llegar al Fray Luis el velatorio y funeral en la capilla por un compañero fallecido en un desgraciado accidente. Son circunstancias que marcan la contundencia de crueles realidades que contrastan bruscamente con una época de la existencia en la que cada detalle parece invitar al gozo de vivir.

Con todo, el espíritu de convivencia que se cultivó en el Colegio, las amistades que allí se forjaron, las experiencias académicas y extraacadémicas compartidas, me llevan a valorar serenamente el tiempo que quedó atrás. Un tiempo a lo largo del cual tanto la Universidad como el propio Colegio experimentaron cambios y transformaciones de gran calado. A la Universidad de Salamanca le dediqué toda mi vida profesional después del periodo formativo de la Licenciatura y el Doctorado y alguna estancia por el extranjero. En el Colegio Mayor Fray Luis de León me enriquecí con los primeros contactos universitarios. Haber tenido la inmensa suerte de ser testigo –y, en ocasiones, partícipe– de todos esos avatares supone un privilegio extraordinario, casi tanto como haber podido llegar hasta aquí para poder contarlo.

Catedrático de Filología Inglesa de la Universidad de Salamanca.

Un alemán en el C. M. Fray Luis de León, curso 1970/1971

Wolfgang SCHUBERT
Colegial desde 1970

LA VIDA COLEGIAL, el Colegio Mayor tenía un horario fijo para el almuerzo y la cena a las 14:30 h. respectivamente a las 21:30 h., respectivamente. Empezábamos y terminábamos juntos las comidas. Era obligatorio llevar corbata y chaqueta. Me alegró siempre el intercambio de ideas con los demás colegiales de sus carreras distintas y de sus regiones natales y se me ofreció la ocasión de acompañar a los colegiales en sus clases de la Universidad.

Entonces D. Manuel Serrano Rodríguez, Catedrático de Derecho Penal, era el 5º Director del C. M. Tenía mucho interés por mi estancia en Salamanca. Me incentivó mucho con sus conversaciones e indicaciones valiosas. Además me hizo comprender mejor el modo de vivir en España.

De esta manera me regaló las copias de algunas de sus poemas con una dedicatoria personal. Muchos años después, volví a ver a Jaime Siles. Y le mostré estos poemas. Por consecuencia dijo sorprendido: *no sabía que Don Manuel Serrano era poeta (también)*.

En cuanto a la visión de la Universidad que me tocó vivir, había venido a Salamanca para perfeccionar mi carrera de español. Por eso iba a muchas clases distintas de mi carrera de español. Pero también aprendí mucho en las clases de derecho, de medicina, etc.

Así conocí algunas disciplinas distintas. Y esta visión de conjunto siempre me ha ayudado mucho hasta ahora. Además siempre observé que la gente era muy abierta. Esta era mi visión de la Universidad y del C. M. Fray Luis de León.

Mi etapa en el C. M. ocurrió con los hechos de fondo siguientes: Ya conocía bien desde hace años a unos amigos madrileños que siempre me habían apoyado y transmitido ampliamente la vida y cultura españolas hasta hoy día. Por eso me fui a estudiar a Salamanca. Y con nuestros amigos de Madrid, tanto mi familia como yo, hemos hablado sobre muchos temas hasta hoy – es decir durante más de 55 años ya. Por medio de mi estancia en el C. M. he podido conocer la vida diaria y el modo de vivir en España aún más profundamente.

Me he podido preparar para mi tarea como futuro catedrático de instituto de bachillerato en el Mattias Grunewald-Gymnasium de Würzburg-Baviera (inglés, francés y español). Por lo tanto, he podido fundar el departamento de español que entonces aún no existía en mi instituto de bachillerato.

Y mis experiencias de Salamanca me ayudaron mucho como secretario de la Sociedad Ibero-alemana de Würzburg durante más de treinta años.

Entre otras cosas entregué personalmente una carta del alcalde Jürgen Weber de Würzburg de aquel tiempo al Ayuntamiento de Salamanca el 19 de junio de 2000. El alcalde de Würzburg expresó en su carta el deseo vivo de reanimar el hermanamiento existente entre las ciudades universitarias de Salamanca y Würzburg firmado en 1980.

El contenido de la carta del año 2000 sigue siendo actual en 2018. Por eso adjunto la copia de aquella carta. Quizás la lectura conduzca a una nueva iniciativa hoy en el año del VIII Centenario de la Universidad de Salamanca: para dar vida al hermanamiento existente.

Algunos, no sólo estudiantes de mi año estudiantil de Salamanca, habían llegado a ser mis amigos. Con ellos he podido mantener el contacto durante muchos años y sigo alegrándome de haber podido hacerlo.

Hasta hoy día sigo alegrándome que había podido pasar el curso 1970/1971 en el C. M. Fray Luis de León de Salamanca.

Con motivo de mi estancia en el C. M. llegué también a ser el primer traductor al alemán de poesías del antiguo colegial Jaime Siles. Traduje su libro de Poemas Canon (Premio Ocnos en 1973). Y en mi calidad de secretario de la Sociedad Ibero-alemana de Würzburg conseguí invitar a Jaime Siles para un recital de poesía y una conferencia en la Universidad de Würzburg en 1974 y 1998.

Me sirvo de una frase del Licenciado Vidriera cambiando las palabras de Miguel de Cervantes Saavedra para expresar mi gran satisfacción:

El Colegio Mayor Fray Luis de León que despierta la voluntad de volver a él a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado.

Würzburg, Alemania, 31 de julio de 2019

Profesor de bachillerato en el Matthias Grunewald-Gymnasium Würzburg de Baviera, Alemania (Inglés, francés y español). Traductor.

En otra Salamanca

Jaime SILES RUIZ
Colegial desde 1970

Como la página de un libro
movida por el viento ante los ojos
pasó el fantasma de nuestra juventud
y su realidad, que es lo que evoco
y que me lleva a un tiempo que soy yo,
que era yo, que he sido yo
en la perfecta agilidad del aire,
cuando todas las cosas tenían su interior
y se oía un movimiento oscuro
sonar en lo profundo de las hojas
y era sabia la luz y sabio, el ser,
y el tiempo, un claroscuro
sin antiguos espejos reflejando su fondo.
Cuando todo tenía presencia y gracia,
misterio y solidez. Cuando
no se había instalado aún el mecanismo,
tan torpe como fiel, de la costumbre
y se veía el mundo como un todo sin nombre
y las cosas, como
la inexpresada música de agua
que era el exacto idioma
de aquella íntima y compacta relación
que ahora echo de menos y que busco,
porque el hombre sólo conoce lo imperfecto
y nunca sabe en qué momento de su vida
recibe la visita de su demonio o de su dios.
Nunca lo sabe. Tampoco yo lo supe,
porque la juventud ignora lo perfecto.
Por eso ahora recorro este camino

de imágenes lejanas que me llevan,
al que estoy siendo
en esta tarde también de Salamanca
en que el sol y la piedra
me conceden su brillo
y yo vuelvo a sus torres
envuelto en la caricia de aquel único oro
que el tiempo ha ido puliendo en mí como un cristal.
Mendigo de su espacio, limosna de su luz es lo que siento.
En otra Salamanca pasó mi juventud.

Jaime Siles, Poeta y Catedrático de Filología Clásica de la Universidad de Valencia.

Apéndice, a modo de cuento

Juan Antonio DE LA CRUZ VALLEJO
Colegial desde 1975

«DOS VASCOS Y UN CUÑADO» PEQUEÑO RELATO DE ALGUNOS RECUERDOS Y MUCHOS OLVIDOS

EL COMIENZO, como en cualquier cuento, está ya escrito:

Hace mucho, mucho tiempo... en el siglo pasado... allá por los años 70.

Bueno, en realidad no hace tanto. Sólo han pasado... 45.

Bien, continuemos. O, más bien, empecemos.

Estaba yo, estudiando C.O.U. por aquel entonces (curso de desorientación universitaria para los desconocedores de la terminología de aquel siglo) en régimen de semi-libertad, es decir, interno, en un Colegio de Salamanca, cuando entré en contacto con unos personajes de los que luego supe que otros colegiales envidiosos llamaban «luisas».

Yo, pobre inocente, que venía de otra de las provincias del oeste olvidado de esta bendita nación, cuya identidad nadie discute, salvo unos pocos por allí por el noreste (ya sabemos que las identidades se envuelven en banderas y son para algunos más sagradas que sus propias madres).

¡No divagues y vete al grano!

Decía que estaba yo en ese bendito Colegio cuando recibí la visita de mi futuro «cuñado» y de alguno de sus amigos. La única impresión que conservo de aquel encuentro es la del «tamaño».

Me explico. La tarde no estaba precisamente soleada y uno de los que venía con mi cuñado, un tal Herminio, que debía ser aficionado a transitar por el espacio que iba desde el Fray Luis al Maestro Ávila, al que el pueblo salmantino, y no sólo las luisas, denominaban «barrio chino», hizo una comparación entre el tamaño del

artefacto plegable que llevaba en la mano y el tamaño que adquiriría cierta parte de su cuerpo cuando visitaba el lodazal de ese bendito barrio en el que, desde luego, chinos no se veían por ninguna parte. Quizá alguna señora o señorita con ojos achinados.

La impresión que produjo en mi mente la posibilidad de que fuera cierto el asunto del tamaño me provocó tal shock que me ha hecho olvidar los restantes pormenores de aquella tarde.

Por lo demás, si dejamos al margen los superpoderes de Herminio «las luisas» parecían gente normal, incluso mi cuñado.

Llegado el año 73, andaba yo tan estresado en verano —que si un bañito por aquí, que un guateque por allá, que si una verbena del pueblo cercano por allá también—, sin advertir que una de las cabezas pensantes del Gobierno, cuya misión principal, como todos sabemos, es traer la felicidad a nuestras vidas, un tal Julio Rodríguez, Ministro de Educación, quiso dejar su impronta, y en vez de construirse una estatua o poner su nombre a una calle de su pueblo, como hace cualquier político normal, tuvo la infausta ocurrencia de retrasar el comienzo del curso hasta enero en lugar de en septiembre como manda la Santa Madre Iglesia. Calendario juliano (de Rodríguez, no de César) lo llamó el vulgo. Yo que, como he dicho, andaba súper-estresado, sin dar abasto a todas las obligaciones veraniegas, me vi forzado a continuar en ese estado de ansiedad otros tres meses.

En cualquier caso, ese periodo terminó y en enero se produjo mi desembarco en la meseta —mareado claro—. Esa sensación la compartían conmigo todos los que navegaban por las diabólicas curvas que la N-630 incluía en su trazado para atravesar Baños de Montemayor y ascender hasta Béjar. Esas curvas fueron puestas ahí por una mente superior con el objetivo —pienso yo— de marear al personal para que la entrada en Castilla la Vieja —vetusta denominación que nos había enseñado la Enciclopedia Álvarez— pasara desapercibida

Otra vez divagando...

Decía que en enero al llegar al Colegio, «las luisas» esos inocentes corderitos, bien dotados eso sí, al menos esa impresión tenía yo desde el susto/trauma del año anterior, se habían transformado en lobos que estaban esperando a los corderos, que no eran ellos sino nosotros, los recién llegados, también llamados novatos.

Además, habían tenido tres meses y medio, desde septiembre, para ir calentando las brasas.

En el momento de traspasar las históricas puertas del Colegio, el mareo se disipó por completo y se convirtió en una cagalera de las que hace época.

Aquí es donde entran los dos vascos.

Resulta que un tal Leyva —creo que este era su apellido y que no tiene nada que ver con la canción ligera— vasco, se había convertido en algo así como el *Dark Vader* del Colegio. Ay de aquel que se atreviera a mirarle a la cara (creo que no llevaba máscara) o de aquel (no digo aquella porque entonces las chicas... no, no y no; sólo en las Fiestas y con mucha discreción) que, aunque no lo hubiera mirado, se cruzara en su camino. Su cara, que no su careta, desveló nuestro sueño muchas noches, al menos el mío.

Al igual que su compañero del norte, Carlos no sé qué, que convirtió las noches en su territorio de caza, después de haber ingerido más de lo que podía admitir (creo que no era agua, precisamente).

Los ruidos de aproximación en la noche me recordaban a los ruidos de los tambores de los almohades cuando se aproximaban al castillo donde el Mío Cid y las

tropas cristianas aguardaban expectantes (otra vez divagando). Lo que quiero decir es que estaba, estábamos, acongojados (léase ignorando la letra n y sustituyendo la g por una j y la j por una n), pero de verdad.

Con ellos, las pequeñas bromas de pagar el vino de los veteranos en las comidas, comerse el huevo frito sin untar la yema, recoger amablemente las colillas de los clientes de *la Latina*, en pijama claro, sólo eran un aperitivo.

Lo gordo llegaba con la tarde-noche, donde el nivel de congoja era inversamente proporcional a la cantidad de luz natural que entraba por los huecos de las ventanas.

Porque el verdadero terror no estaba en lo que te hacían, sino en lo que creías o imaginabas que hacían a los demás y que, después, podían repetir contigo.

Ver nadar a Reglero, en calzoncillos, por el pasillo –arriba y abajo–, durante no sé cuánto tiempo –menos mal que era un buen mozo– o ver acercarse a Pepe, después de pasar por el interrogatorio, por ese mismo pasillo también en calzoncillos (¡que obsesión!, no sé si tendrá que ver con lo del tamaño al que he aludido al comienzo de este relato) hacia volar la imaginación hacia algún cuento de terror de los que uno jamás no sale indemne.

Antes de entrar al famoso interrogatorio –parafernalia perfecta para atemorizar: todos los veteranos en una habitación, con varios flexos enfocados hacia el reo lo cual te impedía reconocer a ninguno– nadie sabía cuáles serían las heridas físicas o anímicas con las que podía escaparse de allí (recordad a Pepe).

Seguro que del interrogatorio salieron los apodos de muchos de los novatos –no muy imaginativos, por cierto–, por citar algunos de los que sufrieron conmigo: Jardilín, Mc Warren; Poya negra, el Gordo, el cuñado (o sea, yo mismo), etc.

Y menos mal, que esa condición, la de cuñado *in pectore*, me protegía en cierta forma, porque además el futuro marido de mi hermana pertenecía al *ku klus klan*. Si. No os asustéis. Yo no conozco los Estatutos de esta organización (la del colegio, no la de USA) pero así se hacían llamar e incluso uno de ellos ostentaba la condición de *Jefe*.

Por cierto, también recuerdo otro grupo que me sirvió de barrera protectora algunas veces, el de *Los Mosqueteros*: dos colegiales de Ávila y dos de Cáceres, algunos con melena claro, de ahí el nombre, imagino. Y uno de ellos con un apellido impronunciable, Elcorobarrutia, que había que leer con la cadencia de un compás de $\frac{3}{4}$ (elco/roba/rrutia) para no atragantarse.

En fin que, después del susto inicial por la imagen perturbadora de un inocuo paraguas plegable, del prolongado estío veraniego, de la subida a la meseta más mareado que asustado, y del terror que se apoderó de mi persona al traspasar la puerta del infierno, perdón, del Colegio, terror que tuvo su fin después de la ceremonia del *pínfano*, que no es otra cosa que regar con alcohol las partes pudendas, de ser un mero novato aspirante a la Banda colegial, pasé a convertirme, al año siguiente, en asustador en vez de en asustado y en una «Luisa» con todos los derechos y obligaciones propias de tal condición y vestimenta (ya se sabe, chaqueta azul, pantalón gris ... tchiss... hay niños en la sala.)

A partir de ese momento y bajo la tutela de mi cuñado *el Morenillo* (seguimos con la imaginación desbordante en la asignación de apelativos personalizados) pude dedicarme a estudiar Derecho, no me refiero a la postura en la mesa, sino a la carrera, atravesando todas las mañanas el salón rojo –con cierta aprensión, por supuesto–, y el patio de Escuelas menores para acceder a la Facultad por la puerta de la calle Libreros.

Pude disfrutar, asimismo, de la contemplación del rostro hierático de Leandro. Si. El del bar. El que sufría tanto con la falta de solidaridad económica de algunos desaprensivos y que solo se emocionaba con las timbas que montaban, entre otros, D. Juan, el cura, y Fray Papilla, quién lejos del convento, hacía de las suyas con las cartas, antes de enfrascarse en el estudio del griego y el latín, lenguas entonces medio muertas y hoy definitivamente enterradas.

O de las comidas enfrente del *pater*, tratando de esquivar algunos de sus perdigonazos con los que ponía a prueba nuestros reflejos y el control de nuestros intestinos.

Tuve que soportar los gritos de una de las limpiadoras (no recuerdo como se llamaba o, si lo recuerdo, no es prudente identificarla) cuando un canario desalmado, no un pajarillo inocente, no, sino un colegial de la islas afortunadas, depositó una hermosa cagarruta en el pasillo que le tocó limpiar a la pobre o cuando la esperó en pelota picada en su habitación para quitarle la fea costumbre de entrar inmediatamente después de haber llamado sin esperar el plazo de espera, tácitamente convenido, para acceder a dicho recinto.

Y recuerdo, sobre todo, aquella tarde en que cansados de la falta de respuesta de *las bartolas* (eran unos provocadores contumaces porque solo hacían que estudiar y no entraban al trazo –¡Qué falta de educación!– cuando abríamos las ventanas y les invitábamos amablemente a un intercambio de improperios), digo que cansados de su falta de respuesta, decidimos asaltarlos. Espero que los hechos hayan prescrito y no sea posible deducir de él ninguna consecuencia sancionadora. Bueno, como iba diciendo, entramos en tropel en su Colegio, sin ningún tipo de armamento, y dimos un par de vueltas en el patio, profiriendo unos cariñosos epítetos, quizá en voz un poco alta, hasta que bajó el director, un tal *Violines* que tratando de cerrar la puerta para atrapar a los rezagados, los demás ya habíamos salido por piernas, se produjo un corte en la mano que no le debió sentar muy bien, porque intentó por todos los medios que la ira del Rectorado cayera sobre las cabezas, a su juicio poco maduras, de los asaltantes. Creo que al final se resolvió con un ramo de flores para su mujer, la cual debía tener algún poder de persuasión sobre las cuerdas de su violín.

En fin, después de otros tantos avatares que la duración de este relato no permite incluir, ese pobre inocente, o sea, yo, después de alguna filigrana balompédica en el Botánico, pasó a llamarse Cruyff, en vez de cuñado, soportó un par de directores, pero un solo director espiritual, disfrutó de la amistad de muchos colegiales, veteranos o novatos y conserva un recuerdo entrañable de su paso por este Colegio, por nuestro Colegio Mayor.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Addenda: mi cuñado in pectore se convirtió formalmente, después de recibir la bendición eclesiástica, en mi cuñado oficial a los ojos de Dios y de los hombres, incluidos *las Luisas*. Eso sí, previo permiso del glorioso ejército español y posterior supervisión del *KKK* y, quizá, la atenta vigilancia de los Mosqueteros.

De los dos vascos nunca más se supo.

Y del paraguas, mejor no hablar.

Advertencia legal: Los nombres, lugares, situaciones y hechos recogidos en este relato pueden no corresponderse con la realidad. Ya lo dijo alguien –no sé si de aquellos clásicos que estudiaba Fray Papilla– «En este mundo traidor nada es verdad ni mentira sino... etc».

Mundo traidor, verdad, mentira, magníficos conceptos para completar este relato con el desarrollo de una teoría sobre los colegiales del Fray Luis y su interacción con el mundo...

Déjate de rollo y termina de una vez, pesado.

Tenéis razón.

La tesis para otro momento.

Se acabó.

Fin.

Licenciado en Derecho.

Director del Área de Régimen Interior del Ayuntamiento de Salamanca.

Parecía que todo me salía mal...

Francisco José CUADRADO SANTOS
Colegial desde 1974

Parecía que todo me salía mal. Estaba en una ciudad que nunca me había resultado atractiva, no había podido entrar en la carrera que quería y estaba matriculado en una que comenzaba su andadura en este curso y que, por no tener, no tenía ni sede propia: por la mañana, una hora en un edificio al que llamaban *Anayita*, por la tarde, dos horas en otro denominado Palominos y, al finalizar, tras una carrera por la calle Compañía, al Aula Magna de Medicina donde se impartían otras dos horas de clase. Vivía en un hostel de la Rúa mientras se terminaban las obras en Colegio Mayor donde tenía que residir, y, por si esto fuera poco, el compañero de COU con quien iba a ir al Colegio, después de pasar tres noches en él, decidió dejarlo por culpa de las *novatadas*. No soy capaz de describir cual era mi estado de ánimo...

Por fin terminaron las obras de lo que pasaría a denominarse *la ampliación*, que no era más que la casa del Director del Mayor, que tras su triste fallecimiento fue transformada en una planta de habitaciones. El lugar no tenía muy buena pinta: habitaciones interiores con rejas e incluso las que daban al exterior también contaban con rejas, aunque estas supuestamente podían abrirse, digo supuestamente, porque tardamos un curso en dar con la manera de hacerlo. Lo mejor de todo era que los que pasamos a ocupar la susodicha ampliación éramos nuevos, y eso nos daba cierta seguridad. En el colegio no había Director, y eso era lo que más nos atemorizaba. Había un sacerdote *El Pater*, pero excepto en las horas de comida, cena y la de la partida de cartas, no se le veía por el centro. Sabíamos que vivía a la entrada de nuestra planta, pero, aunque golpearas la puerta al volver, los días que salíamos de fiesta por la noche, nunca conseguimos que la abriese.

Las comidas y las cenas eran todo un poema ya que, aunque los novatos entrábamos juntos, enseguida te llamaban de alguna mesa de veteranos para que te sentaras con ellos. Aquel rato en el comedor se me hacía eterno, sometido a feroces interrogatorios, obligado a tomar la sopa con tenedor, cortar un filete con una cuchara, e incluso alguna que otra vez invitando a vino al resto de comensales de la mesa. No hizo falta que transcurriera mucho tiempo para descubrir la insigne cantidad de

nombres que se le pueden poner a los huevos (*morney*, riojana, aurora, gran duque, monje...). En el comedor servían la comida las *señoritas*, camareras, que vestían uniforme negro con mandil y cofia blancos, que nos cuidaban, no solo durante las novatadas, regañando a los veteranos si veían que nos lo estaban haciendo pasar muy mal, sino en todo momento, siempre y cuando fueras fiel a la fila que atendían, y cada una de ellas tenía *sus colegiales*.

En la puerta del *office* estaba la figura de la Gobernanta, pendiente de que todo funcionara correctamente y con respuestas para todo, si es que se nos ocurría quejarnos de algo. En cierta ocasión encontré en la paella una piedra de unos cinco centímetros, y cuando fui a quejarme, la Gobernanta tomó la piedra y me dijo sin darme opción: *es muy bonita, démela, que le voy a hacer un colgante a mi nieta*. En otra ocasión, a raíz del cambio de uniforme de las camareras, que con la llegada del buen tiempo sustituían los uniformes negros por otros de color azul pero sensiblemente más largos, y al comentarle que no era normal que fueran tan largos, rápidamente contestó que lo bonito de la mujer era el tobillo. Pero, siguiendo con el comedor, lo peor que podía ocurrir es que te llamaran durante las comidas, pues antes de salir a la cabina telefónica que estaba fuera, tenías que pasar por delante de la mesa, llamada *presidencial*, y brazo en alto pedir permiso (pero a quién, si no había director...). Si la llamada era en horario de cena había un riesgo añadido, pues aparte de acostumbrarnos a oír como llamaban a D. Miguel de Cervantes o a D. Antonio Machado a *ocupar* una cabina telefónica, se podía saber quién proporcionaba una pequeña propina al Sereno, ya que se oía con voz firme y segura todos los nombres y apellidos del sujeto en cuestión (D. Juan Enrique de las Mercedes Gómez Hernández Trujillano¹) o quien no se la proporcionaba, ya que a veces resultaba imposible distinguir el nombre. El sereno era también un personaje muy peculiar, aunque no hubiese hora de entrada al colegio por la noche, cuando llegábamos, siempre nos reñía, amenazándonos con dar cuenta a nuestros padres de la vida disipada que llevábamos, pero una sola moneda de cinco pesetas le cambiaba el rostro, seguido de la palabra mágica *a mandar...*

Otra de sus costumbres era la de escuchar las conversaciones telefónicas, aunque lo hiciera por si tenía que intervenir dando algún tipo de aclaración, en caso de que no consiguiéramos explicar al interlocutor donde se encontraba tal o cual dirección o no nos explicásemos debidamente.

Finalizadas las cenas nos decían una frase inolvidable: *Chaqueta, corbata y a la habitación y sin cerrar, jeh!* Allí esperábamos un tiempo que se nos hacía eterno, sin ni siquiera hablar con el compañero. He de decir que la mayoría de las habitaciones eran dobles, las había triples, y solo unas pocas individuales para los de los últimos cursos. Cuando de repente, se oían risotadas y carreras, sabíamos que empezaban las novatadas... Un día y otro día, o mejor una noche y otra noche, parecía que aquello no terminaría nunca. Una de esas noches nos encontrábamos unos treinta novatos en las escaleras del Salón Rojo (salón multiusos por excelencia), con la chaqueta y la corbata, pero con los pantalones bajados, brazo en alto y con la otra mano tapándonos nuestras partes, mientras cantábamos el *Cara al Sol* cuando, de repente, se abrió la puerta y apareció el nuevo director del Colegio. Nunca olvidaré su expresión al vernos, solo dijo: *Todos a la cama, las novatadas están prohibidas*.

¹ Nombre ficticio.

Nosotros pensamos que eso significaba el fin de las novatadas, craso error... Se siguieron haciendo, pero de forma mucho más discreta.

Había todo tipo de novatadas y algunos veteranos eran famosos por sus especialidades: no voy a nombrarlas todas, pero daría para un libro de doscientas páginas. Por citar alguna, recordaré que había un veterano que tenía el empeño de que conociésemos las virtudes del vino. No es que fuera enólogo, pero si se preocupaba de que aquellos como yo que no lo habíamos probado jamás, nos acercásemos a él no poco a poco sino como una terapia implosiva.

A mí llegada al Colegio me preguntaron por mi lugar de procedencia. Al decirles yo que, de Zamora, rápidamente me espetaron que les dijese de que era campeón. Yo sorprendido conteste que de nada. Los campeones debían de ser los de la capital y como yo procedía de Toro... pero esto no me impidió hacer deporte y participar en competiciones como miembro de alguno de los equipos del Mayor y garantizarme ser un jugador fijo del equipo de *malos* de mi piso en los torneos *inter-pisos*.

Ya durante las novatadas se practicaban *actividades deportivas* como la pesca submarina, el *ducha-polo*, el *tira-huevos*, la caza del jabalí, incluso un tipo de senderismo más propio para elefantes, y hasta algún que otro deporte de riesgo como el *ventaning*, antecedente del famoso *balconing*.

Durante esas primeras semanas se nos adjudicarían nombres, que en más de un caso se mantuvieron durante todos los años de estancia en el colegio: El Chulo, el Avaro, el Fascista, el Palillos, Pepito Grillo, Jardilín, el Abuelo, el Nene, Cruyff, Fray Papilla, Pelines... otros tuvieron una menor duración, como en mi caso. En los interrogatorios que nos hacían, otra de las preguntas típicas se refería a la filiación política, y mira por donde, cuando me preguntaron, dije que ninguna, cosa cierta porque nunca había tenido la más mínima curiosidad por la cuestión política: de hecho, el año anterior habían asesinado al Presidente del Gobierno y yo hasta ese momento ignoraba que hubiese uno. Pues bien, extrañados de mi respuesta, comenzaron a preguntarme por diferentes personajes y lo que me parecían. No conocía a la mayoría, pero al preguntarme si me parecían bien yo decía un *bueno no me parece mal...* Así hasta que me preguntaron por uno y les di la misma respuesta, grave error el mío y más teniendo en cuenta quien me lo preguntaba, que era el terror de los novatos, un colegial del norte de España, al que aun hoy en día me daría miedo mirarle a los ojos. Todavía lo recuerdo con un mangual por los pasillos golpeando las paredes. Pues bien, como iba diciendo, me supuso el primer mote de corta duración *Vlaspíñarov*. Después me quedé con el supuesto, que no cierto, gentilicio de mi lugar de procedencia.

Así pasaron los días hasta que llegó noviembre y con él, la fiesta de inauguración que ya suponía el final de las novatadas. No obstante, nos quedaba realizar el examen de acceso, prueba para la que se nos daba una bibliografía que asustaba además de dejarnos perplejos. El examen constaba de una prueba para los de ciencias y otra para los de letras, y unas preguntas comunes, así como también una traducción de un idioma común para todos. Al examen se acudía con la tabla de logaritmos, los de ciencias y el diccionario de latín, los de letras, y tanto unos como otros teníamos que llevar veinticinco folios de una marca conocida, tres bolígrafos, un lápiz, una goma y un sobre con un sello. Durante la realización del ejercicio corrías el riesgo de que te pillaran con alguna chuleta, lo que le suponía a alguno tener que hacer la maleta y salir del colegio. El examen era una sarta de despropósitos: no entendíamos nada, y nos mirábamos unos a otros con cara de extrañeza. Véase algún ejemplo: *Explicar*

la relación: Berna, Amancio y el futbol total, hablar sobre la Hormona Mayor o Mayormona... solo con el tiempo llegamos a saber de qué iban aquellas preguntas.

El mismo día finalizada la cena, debidamente ataviados con pijama y una colcha que nos cubría, ésta sujeta con una toalla a modo de turbante y llevando una vela encendida, salimos por la ciudad con el objeto de visitar todas las residencias femeninas para solicitar agua. Yo desconocía hasta ese momento ese tipo de rogativas... A la vuelta, mojados hasta los huesos y sin voz de tanto gritar, oímos por última vez lo de *chaqueta y corbata* y nos fuimos al Salón Rojo para conocer el resultado del examen y, en algún caso, aclarar respuestas.

Por fin llegó el día de la Fiesta de Inauguración. Creí que nunca llegaría, no me importaba la fiesta en sí, sino que al finalizar la misma pasaríamos el ritual del «bautismo del novato» y con él dejaríamos de ser, al menos, «putos novatos». La fiesta fue francamente divertida. Todo el mundo se mostraba amable, había cantidad de chicas y no hacía falta ser un ligón para conseguir invitar a alguna, ya que eran ellas la que se ofrecían para asistir, pues aquella fiesta estaba muy cotizada.

Al acabar nos fuimos todos a las habitaciones para esperar la llegada de los veteranos. Tenía una mezcla de curiosidad y emoción, ¿Habría merecido la pena pasar por esos malos ratos? Al cabo de unos minutos se apagaron las luces y comenzamos a oír una serie de canticos y letanías, se estaban acercando... Quiero pensar que los efectos del alcohol me dieron el punto de valor que me empujó a abrir la puerta y echar una ojeada fuera. ¡Se acercaba un grupo de personas, tapadas de arriba abajo con velas, parecía la Santa Compañía! Fue una brevísima visión, porque volví a meterme en la habitación y cerré los ojos a pesar de encontrarse todo a oscuras. Solo balbuceé a mi compañero: *Ya están aquí*. Cuando entraron en la habitación mientras todos cantaban, uno, no recuerdo quién, nos mandó bajar los pantalones, y a continuación nos regaron con una bota de vino. Posteriormente nos dieron la mano y nos felicitaron, diciendo que ya éramos miembros del Colegio. Ni que decir tiene que nada más irse nos lavamos, y mi compañero y yo nos fuimos a la calle a celebrarlo con otros novatos que habían pensado lo mismo.

He de decir que al día siguiente fue como si no hubiera ocurrido nada desde mi llegada al colegio, la gente era simpática, cordial, ¿dónde estaban los que nos habían aterrorizado? El paso del tiempo y mis estudios consiguieron explicar cómo era posible que pudieras estar, salir o compartir vivencias con la mayoría de los que tiempo atrás te habían hecho pasar tan malos ratos.

Pasaban los días, los meses y luego los cursos, y el sentimiento de pertenencia al Colegio iba en aumento, era como si formásemos una familia. No te sentías nunca solo, podías salir con cualquier grupo, sabías lo que ocurría en otras Facultades, te ayudaban a estudiar o estaban ahí si tenías cualquier problema, y recíprocamente, tu hacías lo mismo. Cuántos extraordinarios momentos, algunos también menos buenos, cuantas anécdotas que contar... Un año, otro año, y así hasta seis, luego añadiría otros dos, mas diez veranos (pero esto último merecería otra reflexión).

Con el tiempo, te ibas implicando más y más en el Mayor (como acostumbrábamos a denominar el Colegio). Recuerdo muy bien las fiestas, aparte de las de inauguración y clausura, la de Navidad solo para nosotros y a la que acudíamos disfrazados, la de los *Quintos* que era totalmente organizada por los que, como su nombre indica, entraban en quintas, y cómo no hablar de la que para mí era la mejor de todas: la del *Inter-pisos*, que merece la pena detallarla más. Era una de las fiestas especiales porque suponía competición, camaradería, comienzo del buen tiempo

y venía a ser un momento de relax previo a los exámenes finales. Consistía en el enfrentamiento entre el primer piso y el segundo; las habitaciones de la ampliación se repartían cada año por sorteo, las de la derecha a un piso y las de la izquierda a otro. La competición era al fútbol, y para que pudieran participar un buen número de colegiales, se formaban tres equipos por planta, uno de buenos, otro de regulares y uno de malos. El piso que perdía, pagaba una merienda al piso ganador. La merienda la celebrábamos todos juntos y a pesar de los lógicos piques era una buena manera de confraternizar. Ni que decir tiene que se preparaba con bastante antelación, se ponían carteles (cada piso los suyos, compitiendo en ocurrencias y en humor) y en el transcurso de la comida del día de la celebración se leían las alineaciones con nombres alusivos al tema o país elegido por cada piso; por ejemplo, durante el primer año de estancia en el colegio se enfrentaban tres equipos de Japón contra tres de Italia. Al finalizar los encuentros tenía lugar la merienda.

Por último, haré mención de otra de las celebraciones muy importantes, sobre todo en un momento en el que no estaban de moda las Graduaciones, tal como las entendemos en la actualidad, que siguen modelos americanos sin ninguna relación con nuestras tradiciones, a pesar de que la Universidad de Salamanca tuviera desde sus comienzos su propio protocolo para llevarlas a cabo. Este acto del colegio, era una cena a la que acudían como invitados los padres o la pareja de los alumnos que finalizaban sus estudios y en la que estaban, claro está, todos los colegiales. En aquella cena se entregaba la insignia de plata del Mayor, así como un sobre con lo que se suponía era el primer sueldo, en mi caso si mal no recuerdo, ascendía a la increíble cifra de 1.100 ptas. Ni que decir tiene que, en ese momento, era la paga lo que más ilusión nos hacía; hoy en día, es sin duda la insignia de plata que nunca he dejado de llevar en los todos los acontecimientos importantes que he tenido.

Lo que parecía un mal comienzo acabó teniendo un buen final, sin duda el mejor que se podía esperar. Cómo olvidar las partidas en *Leandro's Pub*, después de comer, mientras escuchábamos lo mejor de la música del momento; las largas tertulias nocturnas en la cafetería o el Salón Rojo que terminaban a altas horas de la mañana; las salidas por la noche a *La Latina* nuestra segunda casa; las noches de biblioteca primero y en las habitaciones después, haciendo uno y mil descansos para comer los bocatas que nos daban para pasar la noche; los partidos inolvidables en la sala de televisión, pero no solo esto, también las películas y las series tan de moda en aquella época; cómo corríamos a buscar los bocadillos de la cena para llegar con tiempo a la sala para coger un buen sitio (aún recuerdo los de albóndigas y huevo frito, y sus consecuencias mientras los comíamos a oscuras) cómo nos relajábamos las noches de estudio abriendo las ventanas y gritando a los del colegio de enfrente, eso aparte de las visitas a su fachada tras una dura noche de copas; las excursiones grupales al barrio que estaba tras el San Bartolomé, para tomar unas cervezas, siempre a morro, mientras hacíamos estudios sociológicos y económicos en relación con los tipos que allí se podían encontrar y con el cálculo de lo que podían ganar las trabajadoras del lugar, en función del tiempo que tardaban entre la salida con un cliente y su vuelta al local; los comienzos de curso y la expectación de ver a los que venían nuevos, junto con la tristeza de no encontrar a los camaradas que compartieron tanto con nosotros y que fueron dejando el Colegio... las conferencias, los conciertos, las excursiones, el teatro...

Durante todos esos años en los que fuimos madurando, con mejor o peor suerte, el Colegio formó, sin duda, parte fundamental de nuestra vida, como testigo

mudo. Y aunque la ciudad de Salamanca dejó su impronta en nosotros, yo destacaría mucho más la que dejó el Mayor en todos los que por él pasamos.

Finalmente me gustaría tener un especial recuerdo para las personas que formaron parte de esta *familia* durante mis años de estancia en el Colegio, y que a veces se pasan por alto, y pido disculpas si omitiese alguna, ya que no será intencionadamente:

D. Marcelino, Concha, Pascua, Nazario, Jose, Félix, Manolo, Jorge, Rafa, Genaro, Gabriel, Caravantes, Enrique, Sra. Herme, Fonsi, Sr. Evelio, Paco, Julio, Iciar, Tita, Berna, Merche, Satur, Marisol, Choni, Mari, Mariví, MariPaz, Conchi, Sra. Ramona, Esmeralda, Luisa, Marita, Soco, Chon, Feli, Marinieves, Marijose, Isabel, Toyi, Loren, Ángela, Estrella, Mariángeles, Marga, Paqui, Puri, Sra. Nines, Leandro, Gabi, Benito, Nemesio, los Calderones (Javi, Ricardo y Manolo) etc. Todos ellos estuvieron, están y estarán en mi corazón.

Por siempre.

Francisco José Cuadrado Santos es Profesor TEU, Universidad de Salamanca, Departamento de Sociología y Comunicación.

Quinquenio de los sueños 1975/1980

Miguel Ángel RODRÍGUEZ DE CABO
Colegial desde 1975

CORRÍAN LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL VERANO del año 1975, habían pasado deprisa, deprisa, deprisa, era ya el último que disfrutaría como escolar, como bachiller o como se quiera llamar; decía adiós a algo que ya no volvería, fue un verano maravilloso lleno en parte de sueños de esperanzas, de ilusiones de aquello que uno desea hacer en el futuro. Mirando atrás este verano lo dediqué a no hacer nada o casi nada en concreto, disfrutaba lo que podía de mis vacaciones y de todas las cosas terrenales. Los sueños, si bien estaban presentes, los aparcaba muy a menudo por algo más práctico, se iban a realizar a partir de octubre.

El año 1975 al cursar COU tuve la experiencia de pasar de un régimen de enseñanza guiada por la iglesia a un régimen de libertad en el instituto de la ciudad de Zamora, eso iba imprimir un determinado carácter. Pronto comprendí que había ideales como es el poder ser y sentirse libre, sin condicionamientos, que no había podido sentir dentro del colegio de mi ciudad; quería quitarme ese corsé que se nos impuso en el pensar, en el actuar, en el razonar... a los que fuimos a centros religiosos, era una huida en busca de lo desconocido para mí.

El glorioso 1975 va a ser un año de cambios, de cambios importantes en todo y para todos, la vida evolucionará en todos los sentidos, no digamos nada en el plano político. Fue el año de la selectividad, la primera que hubo en España. No se sabía ni cómo iba a ser ni tampoco su alcance; años más tarde se le fue dando una determinada utilidad, si bien yo nunca la entendí.

Cuando ya septiembre tocaba a su fin y digo bien septiembre, había que ir tomando decisiones de dónde vivir en Salamanca, ciudad a la que mayoritariamente íbamos los de Zamora. Entonces los cursos no empezaban hasta que llegaba octubre, aquello sí que eran vacaciones, dicho de una manera más clara hasta que pasaba el Pilar realmente las facultades no se ponía las pilas y no se empezaba a funcionar. Llegados los últimos días del mes de septiembre me di cuenta que no tenía un lugar donde residir en Salamanca. Sabía que estudiaría derecho, no había tantas opciones como hoy en día, donde hay universidades en cada pueblo y carreras de las que desconozco la utilidad, pero no sabía ni quería saber más. En parte había estado

dilatando el tema porque pensaba que lo mejor era ir a lo que entonces se llamaba piso, tuve que ceder al final, mis padres me orientaron más bien a un colegio mayor, así es como terminé apareciendo en el Fray Luis de León.

Si tengo que ser sincero yo no quería ir a este colegio, primero porque era del movimiento y había descubierto en el año que estuve en el instituto que el movimiento fue una forma y manera de adoctrinar, de establecer principios rectores de la sociedad acordes con el régimen personalista y dictatorial que existía en aquellos momentos; régimen que se caracterizaba por las ausencia de libertad entre los españoles, libertad en su sentido más amplio –esta manera de pensar la fui cogiendo del Instituto–. En segundo lugar, no quería ir porque me recordaban los colegios mayores un poco la esencia del colegio de Zamora, aunque fuera solamente por la palabra colegio. Quería huir de todo tipo de organización que supusiera trabas o limitaciones en el actuar de la persona. Reconozco que tuve que adaptarme y acepté el consejo de mi padre de ir al colegio mayor.

A primeros de octubre hice mi aparición en el Colegio Mayor Fray Luis de León. Fue un cambio nuevo brutal de forma y manera de vivir, de cómo está organizada la vida en Zamora, lugar de procedencia –Zamora olía a pueblo, todo muy tradicional– a cómo se organizaba la vida en una ciudad diferente en un ambiente que poco o nada tenía que ver con lo conocido por mí hasta ese momento. Me tuve que ir haciendo a todo en poco tiempo a marchas forzadas, era la ley de la supervivencia. Reconozco que me costó y más en mi caso ya que no tenía hermanos guía.

Las novatadas fueron el sello de recibimiento en el Fray Luis, de esto estaba ya advertido; las asumí en principio como un mal necesario. He de reconocer con el paso del tiempo que fue algo que me ayudó claramente a asimilar el cambio que iba a experimentar en mi vida. En general, se percibían por la gente como algo nocivo, algo malo algo que no debería existir. Debo de reconocer que las novatadas tuvieron aspectos positivos para mí. En gran manera servían para descubrir, si estaban bien hechas, a las personas que ingresaban aquel año contigo con las cuáles, y en virtud de aquellas se establecían unos vínculos y lazos cuasi fraternales; también se descubrían a personas que eran quienes las hacían, los llamados veteranos. Percibías y observabas cómo era la gente, cómo se comportaban y poco a poco ibas asimilando cómo deberías tú integrarte en la vida. Yo no las vi como algo negativo, si bien ello depende de la persona que las *sufre* y de quien las organice, que debería actuar con sentido común, gracia e inteligencia.

Poco a poco me fui enterando de la vida colegial, estableciendo nuevas relaciones, nuevas amistades. Todo era nuevo para mí, cada cosa que veía era un nuevo descubrimiento. La ciudad no era tanto lo nuevo, sí lo era la forma en que uno se desenvolvía y debía moverse por aquella, la forma en cómo uno respiraba en los lugares de Salamanca. El ir a sitios nuevos y diferentes para mí tenía una sensación de libertad total, una sensación de que había dado un buen paso, de que me sentía integrado dentro de algo nuevo, algo diferente y algo bonito. Esto era el presente y el futuro a la vez.

El mundo de los sueños empezaba a hacerse realidad, esa era mi percepción. Lo soñado o lo deseado llegaba, ya no eran cosas de los mayores solo, inalcanzables para mí. Te ibas dando cuenta de que más que sueños como tales no eran, tal vez fueran ideales que se tenían presentes. En todo caso, sueños o ideales se hacía preciso ir moldeándolos paulatinamente para hacerlos realidad. En este proceso se tenía en cuenta lo que te rodeaba, todos los aspectos sociales y culturales que había en

donde estabas. Salamanca en su conjunto era muy rica, siendo mi Colegio Mayor un elemento muy importante.

Los sueños al venir a Salamanca se fueron materializando en el devenir de los cinco años –que es lo que duraban antes las carreras–. Los sueños que traes pasan primero por la necesidad de formarse y con esa formación poder integrarse uno en la sociedad en un puesto y será este el primer sueño o primer ideal. Dicho puesto, debe ser tal que te debas sentir útil y tú, a la vez sentirte bien en dicho puesto; había gente que unía a este aspecto el crematístico no era mi caso. El conseguir una situación te da la posibilidad de llegar a formar una familia. También te das cuenta más tarde de que lo dicho es lo que se espera de ti, es para lo que te habían formado, los sueños que traes son en gran manera los ideales impuestos, descubres que los sueños son algo condicionado, no cumplirlos es fracasar y defraudar a tus padres a la sociedad... Por eso digo, que los sueños que yo llevaba se fueron transformando se fueron moldeando. Me di cuenta de que era bueno formarse, pero no solo en el ámbito profesional como nos habían imbuido desde nuestra época escolar, desde que estábamos en los últimos años de bachillerato.

Había que formarse también como persona adquiriendo valores; había que formarse como individuo dentro de la sociedad. Estas formaciones como persona individual y como miembro de una sociedad las fui descubriendo poco a poco en el Fray Luis y en la Universidad. Esto tal vez sea lo que hoy en día se llama madurar.

En el último año que cursé en Zamora me di cuenta de que las cosas ya no eran como parecían, me refiero a los aspectos políticos imperantes en esos momentos. Hasta sexto de bachillerato, pensé que todo era bueno, que todo estaba bien. Al entrar en contacto con un mundo de libertad como era el del Instituto, observé que había otras cosas, otras situaciones y otras ideas desconocidas para mí. La política no era como a nosotros nos habían dicho, sino que la política tenía muchos sentidos, no era algo único y uniforme. Había que tratar de participar en ella primero informándose, después formándose y más tarde luchando para modificar las estructuras imperantes, guiado siempre por la idea de libertad y justicia social.

En Salamanca observo que había movimientos dentro de la Facultad de Derecho, tal vez la más politizada de todas, e inclusive en el propio Colegio Mayor que se preocupaban mucho por el momento político que estábamos viviendo. Desde esa perspectiva trato de aproximarme y conocer esos movimientos. Son tendencias que hoy en día diríamos que pertenecían a la izquierda radical, lo más de derechas podría ser el Partido Comunista o algún partido socialista. El PSOE ni estaba ni se le esperaba, no sabía ni que existía en Salamanca; el partido socialista más conocido era el Partido Socialista Popular, que había nacido con la figura de Tierno Galván, quien fue Catedrático mío en segundo durante un mes. A todas estas agrupaciones y las llamaría, con una perspectiva histórica, luchadoras por la democracia o también conjunto de personas unidas por ideales para lograr modificar, transformar la sociedad y el régimen imperante; ese era el rasgo que las unía, más que las siglas. Participé poco a poco cada vez más dentro estos movimientos, me dieron una determinada formación en el aspecto político. Adquirí allí un sentido de libertad para la vida, aprendí lo importante que es luchar por unos ideales, tener unas ideas de respeto hacia los demás. Hay ideales como la libertad que debía ser la principal guía en esta vida, que unido al compromiso de la participación de las personas nos llevaría a lograr la democracia y que en aquellos momentos se reclamaba en las asambleas típicas por la inmensa mayoría de estudiantes.

Una cosa que me llamó la atención era la asamblea típica de facultad y con ello el movimiento asambleario, en aquellos años en Salamanca estaban a la orden del día, ello influía en que el número de clases que tenías lectivas eran muy escasas; en el fondo era también para muchos una liberación de esas clases insostenibles a veces.

Era un momento de cambio no olvidemos que el año 1975 el habitante del Pardo aún estaba, se le mantenía vivo como se podía más o menos. En el mes de octubre y parte de noviembre se seguían los partes médicos más que una noticia deportiva, y como la gente no se fiaba de la información se conectaba con las radios extranjeras, para tener un conocimiento real del tema. Se deseaba el óbito y se festejó porque era el principio del fin de una época oscura para la libertad. El régimen debería cambiar, debería desaparecer, de eso se hablaba... de la democratización, de la lucha por buscar una salida democrática rompiendo con el régimen existente en aquellos momentos. Esta situación fue calando en mí y en mi forma de actuar tanto en la Facultad como en el Colegio, siempre de una manera cauta, una manera civilizada, pero también de una manera pragmática. Traté de apartar las ideas negativas de las personas, como podían ser los *fachas*, no a las personas en sí, pero sí como ideas. No entendía que ellos pudieran seguir condicionando mi vida y mi existencia.

La vida en el Colegio era un complemento de la vida de la Facultad, la una sin la otra no podían existir; gracias a que estaba en un Colegio Mayor podía entender mucho mejor lo que pasó en la Facultad y gracias a que estaba la Facultad podía comprender qué podía hacer por mi Colegio Mayor y por mis compañeros.

Los años en el Colegio van pasando, uno se va formando, va madurando como persona y como universitario. Se participaba en actos culturales múltiples, actos deportivos... En el Colegio la vida era rica y muy dinámica en todos los sentidos. Esta riqueza la aportaban, sobre todo, los colegiales que había; eran múltiples variados, diversos de todo tipo: empollones, inteligentes, menos listos, torpes, graciosos, sosos... pero todos ellos tenían algo, y sin ese algo el colegio no hubiera sido como fue. Descubrí que se aprendía tanto de las personas con las que más me relacionaba como con las que menos. Todos tenían aspectos positivos y negativos de los que sacar conclusiones; no siempre lo negativo es malo, si no lo conoces no puedes evitarlo. La idea de la amistad, de la fraternidad, de la solidaridad entre los colegiales era muy grande, tal vez fuera en el Fray Luis donde mayor era en contrataste con otros colegios, donde primaba una idea y vida más individualista. El apoyo y solidaridad entre nosotros es algo que estaba en la idiosincrasia del Fray Luis. La idea de ser uno como persona y el deseo de formar y ser un grupo como colectividad, sin exclusiones, fue algo bonito que perduró durante los cinco años que yo estuve allí. Esta situación daba al Fray Luis una primacía en Salamanca.

En el Colegio te podías formar profesionalmente y también humanamente, era lo deseable. Muchas veces el aspecto lúdico primaba sobre el aspecto... digamos profesional de una manera descomunal. Creo que un año tuvimos el record de ser el colegio que más asignaturas suspendió de toda España, quedamos los últimos creo que empatando con un colegio de Granada. No significa que fuéramos malos estudiantes, significa que había otros intereses. A veces no es malo que se pierda algún curso, no es malo porque ello puede incidir en la formación de la persona y en un conocimiento muy efectivo de la misma, mejor perder un curso en la vida que perder el curso de saber vivir.

Iba percibiendo que todo iba cambiando en la sociedad, las costumbres se van moldeando. Se fueron venciendo tabúes, había algunos que eran propios de los

principios de la sociedad que se estaba viviendo. Citaré por ejemplo la idea que del sexo existía cuando llegas desde una provincia como Zamora a Salamanca. Se nos había dicho que todo lo que está relacionado con el sexo era pecado, no había que complicarse la vida con esos temas, al final el sexo no existía. La formación que tenían entonces las personas era mínima, escasa; podría citar una anécdota: que a los nuevos se les hacía un examen en plan novatada y se les preguntó que definieran el concepto de orgasmo y dónde estaba recogido. La contestación de un colegial, parece que está sacada de la antología del disparate: *esa unidad física la desconozco, no lo estudié en mi vida; en mi colegio no nos la enseñaron*. No deja de ser el reflejo de lo que pasaba entonces; estas situaciones anómalas a veces daban como resultado, la paradoja de que a final de curso había siempre embarazos no deseados y yo diría que casi siempre les pasaba más a los de medicina que a los de derecho y carreras afines. Nosotros decíamos: *vosotros tenéis la técnica, pero no lo sabéis aplicar y nosotros tenemos la práctica*. La idea sobre este tema cambió con el paso del tiempo y ese cambio lo pude constatar en el Fray Luis.

Dentro de la vida colegial debo de recordar un año, creo que fue el tercero que estuve, en el que hubo un movimiento muy grande dentro del colegio; ya se habían celebrado las elecciones democráticas en nuestro país, en consecuencia, varios alumnos entendimos que había que democratizar el colegio, las estructuras que existían no eran las ideales, daban una idea de verticalidad excesiva, la autoridad estaba demasiado plasmada y reflejada en los estatutos. Era necesario dar una vuelta de tuerca a todo y a toda la estructura orgánica del propio colegio democratizándolo.

Así se elaboró una propuesta de estatutos democráticos en régimen asambleario, pudo pasar que se llegara a ofender a algunas personas que estaban en cargos directivos, no fue esa la intención de los que estábamos en aquellos momentos moviendo los hilos en ese sentido dentro del colegio. Las intenciones eran actualizar el modelo del colegio, haciéndolo más democrático y participativo. También dentro de esta democratización se entendía necesario difundir la idea de secularización, que dentro de la sociedad estaba ya calando, y con ello eliminar lo que era la atención religiosa en los términos en que estaba, que tenía una reminiscencia del pasado y dejarlo en algo simbólico. Aprovecho para aclarar algo que siempre se me dice a mí personalmente pero que está mal entendido; no propuse eliminar la capilla, sino que se indicó y se propuso que pasase a tener un uso dual: biblioteca en unos momentos y en otros como pudiera ser los domingos y festivos ser utilizada como lugar de culto. La idea era aprovechar las instalaciones del colegio al máximo, en relación directa al uso que se le daba a la capilla. A los que más nos significamos en proponer cambios en este sentido en el colegio se nos tildó de anarquistas y revolucionarios. Siempre imperó el principio de la buena fe y de querer lo mejor para nuestro Fray Luis.

Los años van pasando y la desilusión en el plano político me va a llegando, veo que la gente se va reubicando. Los compañeros de fatigas, unos han fichado por el Partido Comunista: otros, la mayoría se han ido a lo que se llama la socialdemocracia. Las ideas se habían dejado atrás, no comprendí en aquel momento bien lo que pasó. Se había ido a un pragmatismo brutal, los ideales se quedan en un segundo plano. Era tal vez el momento de llevar a la práctica lo soñado por la gente, de hacer posible lo que hasta hace poco era imposible. Yo no lo comprendí en eso momentos, vi demasiado sentido práctico y personal. Dejé los movimientos al final de cuarto, me quedé al margen, me centré en sacar mis estudios, en ver qué podría hacer después de terminar mi carrera, no me compliqué más la vida; no busqué soluciones

alternativas o sustitutorias de lo que estaba haciendo, me centré en ver qué oposición hacía.

Muchos en aquella época, era lo normal, se echaban novia, palabra hoy en desuso; con ello cumplían con algo establecido o que se esperaba de ellos. Viendo lo que pasaba en mi colegio, que los que la tenía salían a las nueve de la noche despendolados en busca de la novia, iban corriendo, venían a las 10:30, cenar corriendo. Una novia para qué, me dije, para estar corriendo todo el rato... no fastidies, lo bien que estoy yo leyéndome el periódico, lo bien que estoy yo tomándome un vino en el Elorza o una caña por esa calle cercana al colegio y no corriendo yendo no se sabe dónde. Lo cierto es que tuve amigas sin más, en su concepto más casto, pero nunca tuve novias. Por otro lado, ligar era difícil, era muy difícil, no había redes sociales, no había teléfono móvil, ni siquiera tenías teléfono fijo; si había una chica que te gustaba tenías que ver por dónde iba por dónde aparecía, ver con quién andaba, empezaba una estrategia de ver qué se podía hacer, estrategia que llegaba a tardar semanas hasta que lográbamos mínimamente tomar una caña; es decir, todo era bastante complejo. Cuando cuento esto la gente se ríe, pero es lo que había entonces. A mí no me extrañaba, pues provenía de mi ciudad de Zamora, donde las chicas caminaban por una acera y los chicos por otra.

Poco a poco va terminando mi vida en el Fray Luis, lo pasé francamente bien; de hecho, voy siempre que puedo a la reunión de mayo, hablo con la gente y recordamos las anécdotas del pasado que fueron muchas. El quinto año fue un año muy diferente ya todo el pescado estaba vendido. La Facultad de Derecho nos la trasladaron al quinto pino, tenías que irte en coche y todo resultaba pesado, empecé ya por no ir a clase, porque era levantarte, irte no se sabe dónde, las clases no eran seguidas..., bueno un rollo. Mi Facultad, que estaba ahí en la plaza de Anaya me la habían quitado para ya no ponérmela más. En el Colegio me sentía muy bien era el año de la tranquilidad, de vivir bien, de hacer turismo, de mirar las cosas con perspectivas, de saborear y madurar lo aprendido. Me dio pena terminar, pero el ciclo se acababa... En aquellos años fui muy feliz y siempre los llevaré conmigo.

Miguel Ángel Rodríguez de Cabo es Inspector de Trabajo y de la Seguridad Social.

La tarde de domingo

José Ramón ALLUÉ BUIZA
Colegial desde 1980

A CABAN DE LLAMAR DEL BARTOLO diciendo que lo cierran. Era la voz de mi padre. Lo primero que escuché al cruzar el umbral de la puerta de casa tras volver de un estresante examen de selectividad en la Facultad de Medicina de Valladolid, en su vetusto anfiteatro donde sufrimos varios colegios la tortura de escribir en un resalte longitudinal de quince centímetros de ancho que servía de arranque de la siguiente fila de escaños. Se me vino el mundo encima y añadió su peso a la *mochila* cargada de tensión y desazón de la primera rendición de cuentas seria ante el mundo con sólo 17 años, edad que me inhabilitaba para resolver tal fatalidad.

El caso era que, como quería estudiar biológicas y mis padres querían que fuera a colegio mayor, al menos el primer año, teníamos que resolver la *papeleta* del alojamiento, tomando la consideración de compartir piso o terminar iniciando mi educación superior en una recia fonda, por ejemplo, en la calle Meléndez.

Tuvo la idea mi padre, por si acaso, *no se perdía nada*, de inscribirme en el colegio mayor de enfrente en la lista de reserva, lo cual dio resultado, pues media docena de peruanos que iban a estudiar Medicina renunciaron a la plaza, no sé si por motivos operativos o porque se fueron a otro establecimiento de la competencia.

No te preocupes, me han dicho que es un colegio algo más moderno que el Bartolo, aunque sin la solera de éste. También depende de la Universidad y antes fue del SEU. Bueno, con esas palabras me tranquilicé, y aunque ya me había hecho a la idea de vivir en el colegio decano, tampoco estaba mal el cambio, dada su idéntica cercanía a la Facultad de Ciencias.

Escribo esto una tarde de domingo, cuando el sol septembrino tiñe las torres de las iglesias de oro viejo y envuelve el aire de la ciudad con traje de luces apagadas. Para hablar del Colegio Mayor Fray Luis de León comienzo por el principio, por mi inicial contacto de oídas, pues cuando algo nos llega y nos prende, graba en nuestro recuerdo la primera percepción, aún inmaterial, como ocurre con todo lo que de verdad queremos.

Retomando el relato, me dirigí al Fray Luis a principios de octubre con la maleta en el *autorrés* yo solo, pues consideramos que, como a la *mili*, no hacía falta ir acompañado, sobre todo para no complicarme la vida ante un posible recibimiento indeseado, pues era de prever que habría novatadas, hoy en día llamadas ACIS, Actividades Combinadas de Integración, de la misma manera que al recreo se le llama segmento de ocio y a los belenes, paisajes navideños.

Tras tomar posesión de la minúscula habitación, con literas, di un paseo por la monumental ciudad, en la que sólo había estado un par de veces de niño y pronto comencé a apreciar su belleza urbanística, que invitaba al paseo descubridor de edificios notables y preciosos rincones con esa combinación de pueblo y urbe que tienen nuestras ciudades emblemáticas. Pensé que iba a ser un buen sitio para estudiar, conocer gente y pasarlo bien, en definitiva, crecer y vivir.

Al día siguiente comenzaron las actividades de integración, que fueron bien llevadas. En mi caso, estuve las tres semanas que duraron contando el mismo chiste, de la misma manera que a otro le hacían cantar siempre la misma canción, o servir de asistente a un venerable veterano que necesitaba hacer muchas fotocopias y siempre andaba muy ocupado. Juegos colectivos con las chicas recién llegadas de la Asunción, procesión con recibimiento líquido y recíproca ofrenda a las chicas del Montellano, traineras en las escaleras, emboscada y asalto nocturno al Hernán, y de colofón, examen de novatos con bibliografía oficial, incluida en documento sellado y firmado por el director, que siempre, año tras año, comenzaba con las *Obras completas de José Antonio*.

Ya una vez arrancado el curso, tras una huelga de *penenes* y el fin de las novatadas, me fui acomodando y acostumbrando a la dinámica colegial y de la facultad, los primeros parciales y la misma mesa del comedor con veteranos que me acogieron con cariño pese a mis escasos merecimientos. La verdad es que el colegio me hacía la vida muy llevadera, sin problemas ni interferencias serias de cara al estudio. Me llevaba bastante bien con colegiales y el personal de servicio, las señoritas, entrañables y muy bien dispuestas para atendernos en el comedor, cocina, lavandería y limpieza de habitaciones. Ellas permanecían la mayoría internas en el propio mayor, cosa que no logré en un primer momento comprender. Los porteros, cada uno en su turno, velaban por nuestros contactos con el exterior haciendo uso de la megafonía o de la desafinada chicharra, ésta también servía para ejecutar las madrugadoras voluntades expresadas la noche anterior en el emblemático *cuadro de llamadas*. El personal de oficina, bucle de unión entre la institución y nuestras familias, y los operarios de mantenimiento, siempre sin prisa, pero sin pausa, para atender las incidencias, generalmente bien resueltas, a no ser que tuvieran que *pedir una bombilla a Valladolid*.

El funcionamiento y organización era bastante democrático, con las lógicas cortapisas de la última responsabilidad del Director o el celo económico de la Administración. Existía una junta colegial, diversas comisiones con sus encargados (biblioteca, fotografía, cine, deportes, música, fiestas...) y un jefe de estudios, dos cuando colonizamos los restos del *Bartolo*. Todos los cargos eran elegidos por los colegiales en unas votaciones que se hacían todos los años en el comedor después de cenar. El Director y Subdirector eran nombrados por la propia Universidad y residían también en el mismo edificio. Las habitaciones eran de diversas categorías, dobles con literas, dobles con camas, alguna con baño, y pocas individuales, para colegiales de último curso o postgrado. El reparto habitacional se regía por veterania y méritos académicos. El origen de los colegiales era muy variado, predominaba

la gente de la región y de Extremadura, pero era notoria la presencia de canarios, seguramente por el prestigio peninsular de nuestra Universidad, vascos, gallegos y, no tan curiosamente porque el Rector por esas fechas era de allí, ilicitanos. Había también cada curso unos cuantos extranjeros, normalmente ya licenciados, incluso tuvimos compañeros chinos y un japonés.

El equipamiento del Mayor era sobrio pero suficiente, estrenamos televisión en color, con llave incluida, cuando lo de *naranjito*, teníamos un bar bien regentado y muy completo, pues el suministro abarcaba desde el desayuno hasta los cubatas, pasando por las cañas y vinos acompañados de panceta, jeta o farinato, un equipo de música de postín, biblioteca con pocos libros, pero buenos, prensa diaria y semanal, incluso un laboratorio de revelado. La comida era abundante y generalmente buena, cada cual tenía ojeriza a determinadas especialidades, ya fuera el filete negro, las salchichas o la ingente variedad de huevos, dos diarios, en sus más variadas presentaciones, y es que durante muchos años el Mayor servía tanto para comida y cena tres platos y postre, situación un poco extemporánea que se subsanó a mediados de los ochenta con la eliminación de un plato y la consiguiente pérdida de protagonismo de tan popular fuente de proteínas. Esos menús eran bastante repetitivos, paella el domingo, cocido el miércoles, arroz a la cubana, con plátano, el jueves, entremeses muy oportunos para la resaca, con ensaladilla y sardina, el sábado... esta regular secuencia se rompía cuando había fiestas, todas ellas más o menos protagonizadas por suculentas recetas del buen hacer de una cocina de calidad, sobre todo cuando no estaba sujeta a presupuesto o adocenada por la falta de imaginación. En esas circunstancias festivas, comidas de apertura y clausura de curso, cena de navidad, de interpisos, de licenciados, era cuando se servían más que entremeses, *orduvres*, langostinos, finos pescados y carne en condiciones, fuese cordero, cochinitillo e incluso algún *entrecó*. De postre no faltaba la inimitable tarta San Marcos, de un conocido obrador de la ciudad.

Esas fiestas eran de verdad y contribuían más que el día a día a la mezcla entre los colegiales y a la consolidación del compañerismo y la amistad, sobre todo las cenas de navidad, de licenciados o de interpisos, donde aquel piso que perdía pagaba la cena al que ganaba y éste, en gesto de caballerosidad regalaba los puros, lo cual podría ser una desventaja, pues estos se abonaban a *cantacanta*, mientras que el importe de la cena se descontaba de la fianza, la famosa fianza que servía de fondo de garantía de cada colegial para satisfacer los últimos cargos telefónicos o posibles desperfectos. Las fiestas de apertura y clausura, si bien contribuían a lo mismo, abrían el colegio al exterior, sobre todo a muchas chicas y futuras o presentes novias y se completaban con cena fría en el Patio de Escuelas y baile posterior en el comedor, bien con orquesta o, por eso de la innovación, con pinchadiscos. Al día siguiente, domingo de clavo y sed, autocares a Rodasviejas con fiesta campera y almuerzo de cuchara y puchero.

Las actividades se limitaban a lo normal de aquellos tiempos. Teníamos tuna, coro y un grupo de teatro que combinaba drama y comedia cada temporada junto a las preciadas chicas del Amor de Dios en cuyas dependencias ensayábamos de diez a once de la noche, digamos que hasta que aparecía la hermana portera. Pero lo que predominaba era el deporte: atletismo, tenis, baloncesto, balonmano, hockey hierba, fútbol, pero sobre todo el *futbito* o fútbol sala, todo ello en las destartadas instalaciones del *botánico* cuyo uso exclusivo nos correspondía los sábados por la tarde, aunque también competíamos en otras canchas, grandes partidos a cara de perro en

el pabellón de maristas, y en otras ciudades como Oviedo o Palencia. No podían, tanto en el comedor como en el entrañable Salón Rojo, faltar reuniones culturales y conferencias de prestigiosos ponentes del momento, incluso de políticos con *rueda de prensa* incluida, junto a los tensos debates entre candidatos a Rector. Las relaciones externas se cuidaban, sobre todo con antiguos colegiales de prestigio, incluso del extranjero. Era habitual la representación del Mayor en eventos importantes en la ciudad, como en el almuerzo de recepción a un futuro emperador, o en actos culturales en otras plazas.

Podríamos decir, y así lo decían especialmente los más veteranos, que éramos privilegiados dentro de la Universidad, y era muy cierto. Fui consciente de ello desde el primer curso, lo que condicionó no plantearme en ningún momento emigrar a piso. La contraprestación podía ser cierto aislamiento con respecto a nuestra Facultad o a la ciudad. El tener un buen surtido de compañeros, comodidades y bastantes cosas que poder hacer, supone en ocasiones una buena excusa para crear una burbuja a nuestro alrededor. Nada de eso, sobre todo y gracias a los bares cercanos, no sólo próximos, como la frecuentada *La Latina* o *La Lata*, como la llamaban los autóctonos de la misma manera que al colegio le llamaban el *Frau*, tuvimos bastante permeabilidad con la gente del barrio, del barrio de Libreros, creándose un cierto vínculo de convivencia creo que no habitual en otros colegios, la relación era cordial y fluía desde una partida de cartas hasta la organización de un evento musical.

Pero el principal privilegio creo que fue el del compañerismo, la amistad, el del enriquecimiento a través del otro, don que desgraciadamente se debilita con la edad. Puedo decir orgulloso que una docena de mis actuales mejores amigos fueron y son *luisas*, casi la mitad de todos los que tengo. No sé si en lo que llevo de vida he podido hacer cosas mejores o tomar otras decisiones, pero sí sé que acerté permaneciendo, gracias al esfuerzo de mi familia, todo el tiempo que pude en nuestro Colegio Mayor. Si las personas somos un cúmulo de voluntades, puedo decir que ésta a la que me refiero es una de las que más me llena de orgullo. Gracias, Colegio.

No me equivoqué con el pronóstico que hice aquella mi primera tarde de paseo, pues durante los cinco años de estancia, más uno más digamos sabático, viví bien y crecí, aunque no del todo en la dirección deseada. Puedo decir que estudié bastante, al menos así me lo pareció, y que salí también mucho, así les pareció a los demás. Noches sobre todo primaverales de flexo, café y folios y más folios. Desayunos a base de potaje de garbanzos y del *preciado* ragú de ternera, cenas casi diurnas al son de los últimos chirridos de los vencejos, con la crema *Solferino* y los huevos *Mornay*, reuniones en el salón de televisión, mundiales de fútbol y eurocopas, con llenazos para ver Dinastía o Dallas. Encuentros en cualquier habitación, que servían de descanso, donde se hablaba tanto de fútbol como de nuestros anhelos, no sabiendo lo felices que éramos, con la única responsabilidad de estudiar, disfrutar y descansar, y es que en el último curso se asomaban las *orejas del lobo* y teníamos indefectiblemente que cambiar de planteamiento, teníamos que empezar a diseñar lo que los cursis llaman hoy en día nuestro *proyecto vital*.

En el presente, viendo ese pasado a través de la ventana de la nostalgia, esa traslúcida muselina que nos impide ver con claridad el futuro pero que nos riega el corazón como un fino tónico en las tardes de domingo, no puedo sino recordar con una grata sonrisa las palabras alarmantes de mi padre en ese pegajoso mediodía del mes de junio. Nunca podemos imaginar nuestro destino sujeto a pequeñas circunstancias. Nos cuesta tomar decisiones importantes como si nos jugáramos la vida,

cuando las más de las veces el porvenir depende de una decisión o suceso totalmente ajeno e intrascendente, como el aleteo de una alondra en una mañana de mayo.

Y así, disfrutando en el presente de mis amigos colegiales, miradas limpias, y del feliz recuerdo del tiempo pasado y de los colegiales que se fueron, doy gracias al Mayor por todo lo que recibí y pido perdón por lo que quité. Porque la vida es un domingo por la tarde, donde tenemos que estar listos para saber qué poner en el *cuadro de llamadas* para que el lunes, en la vida siguiente, sepamos lo que tuvimos y lo que tendremos.

Doctor en Ciencias Biológicas y Profesor de la Universidad de Valladolid.

Si algo en tu vida tiene halo, consérvalo

Fernando RODRÍGUEZ FERRERAS
Colegial desde 1980

SIEMPRE TUVE COMO REFERENTE en mi vida el hecho de cultivar y cuidar con mimo aquello que la hiciera especial y me permitiera pasar por ella siendo consciente de no haberla desperdiciado. El aporte que personas, vivencias, instituciones, y en definitiva hasta las cosas más pequeñas, pero de valía nos generan es lo único que nos llevaremos en nuestro viaje *al otro lado*. Quiero y puedo decir que me siento colmado de todo ello y que, de una u otra forma, el Fray Luis y su impronta supone la base de la práctica totalidad de mi *yo-hoy-aquí-ahora*.

Cuando, con motivo de la celebración de los 800 años de la Universidad de Salamanca nuestro Presidente de la Asociación de Antiguos Colegiales del Fray Luis de León me concedió el honor de escribir unas líneas en referencia a nuestra vida en el Mayor y su poso en nuestra posterior actividad, me planteé el huir de los convencionales textos descriptivos. Así decidí desglosar unas cuantas ideas en clave musical, acompañadas de letras de canciones de los años 80 que tanto nos influyeron con sus mensajes aún hoy vivos. Espero que el resultado sea, cuanto menos, ameno y original y haga ver tanto a aquellos que lo compartieron como al lector en general lo que fue aquella nuestra entiendo privilegiada vida.

Te vas en la mañana con todas tus cosas en una maleta negra... siempre un niño solitario (Bronski Beat)

... y me fui de Zamora. Acababa el COU y una etapa de nuestra vida recogida en mi ciudad natal con nuestra mentalidad provinciana, juegos en el parque, cines y risas en nuestra pequeña pandilla. Súbitamente y como una torrencial tormenta de verano caían los acontecimientos que te separaban de todo aquello que había sido nuestra vida y del entorno de protección en el que nos acurrucábamos. Se abrían horizontes que nos superaban: ¿Salamanca?, ¿Universidad?, ¿Colegio Mayor? Conceptos desconocidos que generaban cuanto menos temor. Eso sí, no obstante, tengo que reconocer que la primera tapa de farinato en La Covachuela de Enrique me quitó gran parte del pánico, pánico que me invadió nuevamente al probar el farinato a la

plancha de nuestro camarero en el bar del Fray Luis, Leandro (sé que mi querido me perdonará esta broma sin gracia desde el más allá).

En Xanadú Kubla Khan mandó que construyeran su cúpula de placer (Frankie goes To Hollywood)

Allí estaba el edificio frente a mí. El Fray Luis. Aquella mole en piedra de Villamayor que a partir de ese momento iba a empezar a ser mi hogar durante un buen número de años. No niego que, tras traspasar el umbral, los primeros momentos fueron de duda y una cierta inquietud. No obstante, en un creciente gota a gota, aquella atmósfera desconocida para mí comenzó a atraerme de una forma brutal. Palabras y rincones comenzaban a tener su sentido y todas ellas individualmente y casi sin ser consciente suponían una nueva experiencia que de forma inevitable me aportaba mi crecimiento personal: Salón Rojo, Interpisos, Biblioteca, Ampliación, Semana Deportiva, Junta, Laboratorio de Fotografía, Sala de Música, Batallas de Agua, Novatos, Conserjería, Veteranos, Banda Colegial, Patio de Escuelas, Capea... Cuántas y cuántas vivencias, cuántas anécdotas que tengo grabadas como si hubieran sucedido hoy viví en relación con estos conceptos. Cuántas risas, cuánta unión, cuánta intensidad entre aquellos muros.

Tropezarás en mis pasos, tendrás los mismos compromisos que yo tuve, si tratas de caminar en mis zapatos (Depeche Mode)

Y a la par de lugares y hechos, empezaron a brotar los amigos. Amigos de verdad. Hermanos venidos de todas las provincias de España y que traían consigo las costumbres, formas de vivir y mentalidades de sus lugares de procedencia. Un fenómeno multicultural riquísimo en aportación.

Apellidos ilustres que compartieron conmigo mi vida, mis alegrías y mis sufrimientos como si lo vivieran ellos mismos. –Aquellos Páez, Gil, Vázquez, Corral, Alonso, Muñoz, Idarreta, Bellot (¡Ay, Juanlo!), Acosta, Allué, Gorostarzu, Torino, Tió...– y tantos otros me aportaban lo mejor de sí mismos mientras yo, como una esponja, absorbía y aprendía y, en la medida de mi aprendizaje, devolvía como podía en la misma medida. Las personas relacionadas con el Colegio Mayor entretanto nos mimaban y se hacían de una u otra forma responsables de nuestro recto caminar: –Concha, Juan Lorenzo, José María, Alberto, Gabriel, Félix, Manolo y... Leandro–.

Salamanca era más grande que el Fray Luis, pero parecía que inevitablemente todo gravitaba alrededor de él. La Facultad también tenía apellidos imprescindibles para mí: (San Román, Riesco...) otros Colegios como Montellano, Hernán, Esclavas, Santa Inés o Amor de Dios (Moreira, de la Puerta, Vázquez –Ay también, Mamen–, Mateos, Bellot, Álvarez), el barrio Antiguo (Gutiérrez, Torres, el Mariquelo, los Latina) y hasta la noche: Germán, José, Javi (esos *degenerados* ni apellidos tenían).

Con todas estas gentes e instituciones manteníamos una relación vital intensísima, pero para ellos aparte de ser quienes éramos personalmente, éramos fundamentalmente *Los del Fray Luis*. Aquel sello, aquella impronta nos acompañaba, nos definía y nos distinguía, creo que para bien haciéndonos, yo creo, parecer aún más maduros de lo que éramos.

Sin necesidad de correr y ocultarme, sin necesidad de reír o llorar, es una maravillosa, maravillosa vida (Black)

Aquello supuso una auténtica cascada de sensaciones unidas por un concepto: el Mayor. Reíamos, estudiábamos, aprendíamos, disfrutábamos, sufríamos... Yo hablaba ocasionalmente con colegas de otros centros y me decían que en el suyo aquello no era igual. Quizás sea verdad. Quizás el Fray Luis era diferente. Había magia. Muchas sensaciones de entonces y aún de hoy así me lo hacen creer.

Me niego a contar una sola anécdota (¿decepción?). Sería injusto con las restantes. Los que las vivieron las conocen y los que lean estas líneas sabrán a lo que me refiero. Centenares, miles de historias, sucesos acaecidos en la Plaza de la Merced. Cada uno las suyas y todas ellas unidas por un vínculo común como es la pertenencia a ese colectivo.

Poco a poco fuimos creciendo, bebiendo de aquella inagotable fuente de experiencias. Fueron, en mi caso, seis años maravillosos (80-86) vividos minuto a minuto y siempre contando con el apoyo de alguien al lado al que sé que no le resultaba indiferente. La sensación de plenitud era constante unida a una exigencia y unos objetivos lógicos de aquello que nos había llevado allí. Es decir, estudiamos y nos formamos como profesionales, pero a la par y con igual o mayor importancia, como personas.

Mis amigos con los que jugué donde estarán (Miguel Ríos)

Y... se acabó. Un día tuvimos que marcharnos. Recuerdo vivamente la nostalgia de los primeros meses. Cómo echaba de menos aquello que se había insertado en nuestras venas y que nos había hecho dependientes. Era demasiado duro. El choque fue realmente difícil de asumir. No volveríamos ni a verlo ni a vivirlo.

Pero, de repente, empecé a constatar con sorpresa que todo aquello no había sido en vano y que de aquel germen había brotado algo absolutamente inesperado: tenía decenas de hermanos, entregados a muerte, que demostraban que nuestra amistad era ya para siempre. Gentes a las que llamabas pese a no haberlas visto en 30 años y respondían recibíendote y queriéndote como si la última vez que nos hubiéramos visto fuera minutos antes. Personas en las que percibías el brillo de la emoción en los ojos. No. No se había acabado. El Fray Luis estaba aquí. Dentro de todos y cada uno de los que lo vivimos, y ahora, ya superado el medio siglo de edad llegaba el tiempo de compartir lo sembrado y de disfrutar de nuestra madurez juntos. Como colegas. Dentro de la Asociación de Antiguos Colegiales o en cualquier otro ámbito, pero siempre como colegas.

En añadidura, siento por otro lado la influencia de todas aquellas vivencias en lo que es mi desarrollo profesional actual. La forma de abordar los problemas, de buscar activamente nuevos recursos, de desenvolverme ante las personas con y para quienes trabajo siempre la abordo inconscientemente desde la óptica aportada por la experiencia de este pasado descrito. Ello aporta una seguridad, un inconformismo y una amplitud de miras, entiendo, impagable, y que no se enseña en ninguna facultad.

Si finalmente me preguntaran cual ha sido el mayor éxito de esta experiencia relatada en las anteriores líneas, diría sin dudar que el hecho actual de nuestra unión. Nos buscamos trabajo los unos a los otros, nos unimos para celebrar como entonces, sufrimos como nuestras las desgracias familiares o personales del compañero, afrontamos los reveses y exigencias de la vida adulta juntos... Nos queremos. Se percibe el calor y la cercanía en cada contacto. Esto es el Fray Luis. Éste es su triunfo. Tan difícil de explicar para los que no lo han vivido y, a la vez, tan simple.

Un día me dijo mi hermano: *el día que te mueras no lloraré, porque tú has vivido por tres vidas*. Con ello me quedo. Termino como empecé: si algo en tu vida tiene halo, consévalo.

Grado de Ingeniería Industrial, Ingeniero Técnico Industrial, Perito Judicial y de aseguradoras.

Mis reflexiones sobre el paso por un Mayor

Carlos Jesús ENRÍQUEZ GUTIÉRREZ
Colegial desde 1981

QUE NO ES OTRO que el conocido como CMU Fray Luis de León (ante todo presentarlo).

Y lo que se me ocurre de lo que, a un *chaval*, de provincias, le acontece cuando se escapa a la *Uni*, a estudiar y se encuentra con que *casi* 800 años de historia universitaria le caen encima. La culpa es de Alfonso IX, clarísimamente.

Pues, para empezar, nueva habitación (en literas, por supuesto) nuevo compañero de *habita* y un montón de experiencias nuevas interesantes... Y otras, no tanto.

Descubrimos nuevas recetas de cocina (eso antes del Master Chef televisivo): *Lenguado Meniere*, *Solomillo a lo Wellington*, *Huevo camuflado* (huevo recubierto de huevo), *filete de suela de zapato* (sin comentarios), *Potaje de vigilia*, *Arroz a la cubana*...y asimismo degustamos todos y cada uno de los infinitos sabores y colores que puede tener en la cena, el puré *colegial*. Éramos unos bebes culinarios.

Y que contar del inefable encargado del bar colegial, lugar donde se desarrollaban partidas de naipes interminables, con sus pinchos de tortilla (con palillo incluido) y memorables apuestas a lo Paul Newman en *La Leyenda del Indomable*, por ver degustar el máximo número de raquetas de manzana, que se podían engullir en 20 minutos, (sin bebida alguna), y que solamente por una, cierto gallego barbado, perdió, pese a los ánimos de la afición estudiantil del Mayor y los *entre sudores*, porque pagaba si perdía, del Sr. Leandro, *Barman* diplomado.

Donde sino, íbamos a tener un conjunto instrumental Galaico-Zamorano-Leones-Oscense, en el que se tocasen, la botella de Anís del Mono, la papelera acústica, y la pandereta, bajo la batuta directora y tenora, del biólogo más reputado. Y maravilloso que consiguieran estrenar su disco single del tema: *Carta a los Reyes Magos*, con actuación en el local de moda, en directo, de la ciudad de Salamanca.

No pasaremos de largo, aunque ahora no es políticamente correcto decirlo, de hablar, acerca de *los nuevos colegiales*, que todos los años, con pasión y fervor, aprendían a *recitar*, de corrido, la famosísima canción *Paella con gamba*, el ir a pedir agua por la noche a otras residencias (tendrían sed, ¿no?) y otras aventurillas más picantes.

O a ensayar, cual precuela del *Club de la Comedia*, en el Saloncito Rojo, frente a una nutrida audiencia, crítica y jocosa, todas las noches, después de la cena, el primer monólogo de su existencia universitaria.

No olvidamos, tampoco, todas las veces que cuando teníamos algún papel o problema que resolver, el acercarte a Secretaria, para que, Concha, siempre tan dispuesta, te echara una mano.

Y las colas para hablar por teléfono (¡Solo había dos líneas!). No se cómo pudimos sobrevivir a eso, viendo como ahora hay teléfonos móviles hasta en la sopa.

Porque sería un clásico el acordarse de las noches, largas, de estudio e insomnio, con variados cafés, las ojeras del día siguiente, los problemas académicos, los agobios previos al examen... Y las dudas posteriores a este (¿Qué habré puesto en la pregunta número...?).

Claro que fruto de estos *estreses* nocturnos, ocurría que cuando tuvieses que ir al baño del final del pasillo, a la vuelta, *te lloviera* un cubo de agua al pasar por la puerta. Cuando no, que esta misma *volase*, en medio de la noche. O bien que una *procesión* de cofrades, acabara llevando en andas, a algún colegial de sueño profundo, con la cama incluida, hasta cierto bar muy conocido del barrio Latina. (También denominado la segunda oficina del mayor). ¿O quien se ha olvidado de la explosión de las tracas valencianas nocturnas en esos mismos pasillos...? Que lio.

Se quedan atrás tantas cosas... El coro, las fiestas de clausura anuales, las procesiones de los colegiales primerizos, las obras del Teatro colegial, los partidos del piso de arriba contra el de abajo (y la ampliación dividida), en el Botánico, el reparto inicial de las habitaciones... y así un sinfín más.

Y finiquitando, que es gerundio, pienso en dar una pincelada rápida a los recuerdos de esos actos oficiales, donde te imponían una banda blanca con el escudo del *Fray*, o sino un *pin* a otros afortunados *representantes políticos* y el sumun era, en el ojal de la americana, cuando te imponían el emblema del Mayor, si por fin te licenciabas (Y que iluso, no sabías lo que después la vida te iba a deparar).

Directores, subdirectores, administrador, colegiales de la Junta, *compas* de mesa de comedor, encargadas del servicio de comedor y habitaciones etc... Y como no, los trabajadores de la portería y telefonistas *diplomados*, a todos ellos agradecerles su paciencia y *savoir faire*, con todos los que por allí pasamos una corta etapa de nuestra existencia estudiantil.

Respeto hacia los demás, relación con personas diferentes en formación y procedencia, amistades para un montón de años y hasta compañeros de la vida y de profesión, es lo que *ganas*. Aunque, quizás, lo más destacado de todo, fuere, el aprender a convivir y a compartir, que de ello acabamos *sobraos*.

Por ende, y parafraseando a nuestro *patrón*: *Dicebamus hesterna die*. O como dice todo aquel que de la apacibilidad de su vivienda ha gustado: *Quod natura non da, Salmantica non praestat*.

¡Aúpa Fray!

Farmacéutico.

El Fray Luis que viví

Juan de Dios JÓDAR PEREÑA
Colegial desde 1981

CUANDO LLEGUÉ POR PRIMERA VEZ a mi habitación del Fray Luis, la 214, en el ala que se conocía (y supongo que seguirá llamándose así) como *la ampliación*, yo era un adolescente de diecisiete años que apenas había salido de casa sin mi familia.

Supongo que podría haber sido mejor, probablemente peor, pero, desde luego, yo sería ahora una persona completamente diferente si no hubiera pasado por *el Mayor*.

Universidad y universalidad tienen las mismas raíces etimológicas. En un tiempo, los años 80 del siglo xx, en el que nadie hablaba de globalización, la pátina de universalidad de la que debe impregnar la universidad al alumno (ya saben eso que dicen que no se trata de pasar por la universidad, sino de que ésta pase por ti) a mí me la dio el Fray Luis. No el edificio, claro, aunque en algo contribuiría, sino los varios cientos de colegiales que lo compartieron conmigo y los equipos directivos que determinaron su *imagen de marca*.

Puede que para un *millennial* esto suene bastante raro, pero me gustaría que se pusieran en situación. España no firmó su adhesión a la Unión Europea hasta mediados de 1985, si bien eso sólo marcaba el comienzo de una larga carrera para poder considerarnos europeos *de primera*. De hecho, ni siquiera existía la Unión Europea, ya que esa unión política sólo era el sueño de unos pocos locos europeístas; España ingresaba en la Comunidad Económica Europea. La desaparición de fronteras interiores, la moneda única o la política exterior común no pasaban por la cabeza de ninguno de nosotros.

En ese contexto, con unos pocos cientos de kilómetros de autopistas y autovías en toda España (ni uno en Salamanca), con el avión como símbolo de lujo (nadie podía imaginar que existirían aerolíneas de bajo coste) y los teléfonos móviles sólo en las películas de James Bond (de internet ni hablo), quizá puedan entender que compartir espacio y charlas con personas de tu edad de casi cualquier provincia española y con norteamericanos, británicos, peruanos, alemanes o guatemaltecos me hizo ser mucho más reflexivo, tolerante y solidario o, al menos, eso creo yo.

Supongo que cada época tiene sus luces y sus sombras, pero déjenme decirles que aquellos años 80 que viví en Salamanca fueron apasionantes, más allá de que todo nos parezca atractivo cuando tienes veinte años y no estás en casa de tus padres.

Cuando crucé por primera vez las puertas del Colegio, hacía menos de tres años que los españoles acababan de refrendar una Constitución que terminaba con cuatro décadas de dictadura, en ese mismo 1981 había fracasado un golpe de estado destinado a acabar con la incipiente democracia española y los grupos terroristas mataban casi todas las semanas. Al año siguiente, el PSOE ganaba las elecciones y teníamos gobierno socialista, algo impensable en la España de hacía muy poquito tiempo. Se hablaba de política en la calle y se discutía mucho y a veces muy vehementemente en el Colegio, pero nunca generó esto un problema de convivencia en el Fray Luis.

De vez en cuando al leer los diarios digitales, recuerdo con cariño y una cierta nostalgia la sala de prensa (el Colegio estaba suscrito al menos a una docena de periódicos y revistas), donde a veces, hasta que la publicación que buscabas acababa en tus manos, te daba tiempo a leer otras dos o tres. En una época en la que el acceso a la información no era ni parecido a lo que ocurre en nuestros días, éramos unos privilegiados en ese aspecto.

Pero hay muchos más recuerdos de mi época de *Luisa*...

... el fútbol. ¿Sabes lo más parecido que he visto a vivir un gran partido en directo en el estadio? La sala de televisión en los partidos de España durante el mundial 82. Créanme, no exagero en absoluto. Sólo aquel ambiente pudo contrarrestar la decepción por la mediocre actuación de la selección. Por supuesto, cada uno teníamos la fórmula para solucionar aquel desastre, en eso no hemos cambiado con los años, cada español lleva un entrenador dentro. Méjico 86 fue otra cosa, más gratificante, aunque creo que allí acuñamos el fatídico *jugamos como nunca y perdimos como siempre...en cuartos*.

... la música. El Colegio dedicaba todos los años una partida de su presupuesto a la compra de discos que luego se podían escuchar en una precaria sala de música que compartía espacio con el almacén de Leandro, nuestro *barman*, el hombre que nos enseñó que Larios y Lirios era la misma ginebra, aunque nosotros, malpensados, siempre creímos que la segunda, la que él servía, era una copia y no fruto de una discusión entre hermanos, como él defendía.

Pero eso es otra historia. Hablaba de la música y de esos vinilos, algunos, muchos de ellos, legendarios, que nosotros grabábamos en cintas de cassette en el equipo de música del Colegio.

En el Fray Luis he convivido con intérpretes, como Luis, con su guitarra clásica, o como los compañeros que integraron un efímero coro colegial o una discreta tuna. Y también estaba por allí Chema, una enciclopedia de la música contemporánea, con gustos que abarcaban un amplio espectro que iba desde Sinatra a los Clash y que se atrevía a hacer con su compañero Rafa coreografías de *New York, New York* cuando aparecía Petri, nuestro americano del Bronx, por el pasillo; y Roberto, un experto en Dylan al que no le gustaba el *Slow train coming*; y Johnny, un hispano-británico que me decía que el mejor grupo del mundo era U2, cuando aún apenas habían grabado un par de discos; y Vicente, el vigués que se definía como *pijo-punk* y sabía todo de la gran actividad musical de su tierra en aquella época; y ¿José María? No recuerdo si era ése su nombre, pero me acuerdo perfectamente de él tocando temas de sus adorados Beatles con la guitarra, muchas veces a dúo con nuestro añorado jefe de estudios, Juanlo; y Marcos cantando Lili Marleen en alemán cuando ya la noche

hacía muchas horas que había llegado; y los grupos que sonaban cada madrugada en el Diario Pop de la radio de mi habitación; y...

... las tardes de sábado del Botánico. Tardes de *futbito*, baloncesto y tenis en unas instalaciones deportivas ya desaparecidas, especialmente gratificantes en épocas de exámenes, cuando brindaban una oportunidad para desconectar. Gratos recuerdos con su cruz, allí dejé un tobillo intentando hacer una filigrana en la cancha de baloncesto. Sobre la pista de tenis, ninguno estábamos al nivel de Zapico o Alberto, el subdirector cuando llegué al Colegio.

... tarde de toros en la monumental del Fray Luis. En la sala de televisión se reunían Allué, Íñigo, Gonzalo, el Oso, Marcos, Diego... Afición más *torista* que torerista y tan exigente como el tendido del 7 de Las Ventas.

... el olor a café de mi habitación, que solía reunir a amigos antes de comenzar una larga noche de estudio. Porque, sí, también estudiábamos, unos más que otros, con mayor o menor éxito, pero creo que, en general, no nos ha ido mal. Abogados, médicos, farmacéuticos, psicólogos, biólogos, jueces, diplomáticos... e, incluso, rectores, ministros y algún jefe de gobierno pasaron por las habitaciones del Fray Luis.

... y la fiesta del Colegio, la parte central de un proceso que podía comenzar a media mañana del sábado y concluir la noche del domingo tras una capea, en el que se podía contemplar el curioso espectáculo de alguien con el traje y la corbata en perfecto estado de revista bailando pop, rock, punk, heavy o lo que cuadrara a altas horas de la madrugada.

Todo esto y mucho más son mis recuerdos de mi Colegio Mayor. Y dirán ustedes, no sin razón, que no todos serán buenos. Efectivamente, como cantaba Sinatra, *that's life*, así es la vida, no siempre rosa ni blanca o negra, multicolor con sus luces y sus sombras. Al cabo de los años, el ser humano tiende a recordar sus mejores o más gratos momentos y a arrinconar los menos agradables. Aun siendo consciente de ello, puedo afirmar que aquella experiencia fue mucho más positiva que negativa, más alegre que triste y muy, muy enriquecedora.

Manolo, no sé si podré agradecerte lo suficiente que me hayas hecho poner todo esto por escrito.

Farmacéutico. Ha sido Presidente del Colegio Oficial de Farmacéuticos de Valladolid y es Académico de número de la Academia de Farmacia de Castilla y León.

VIII Centenario de la Universidad de Salamanca (aportación al libro conmemorativo presentado por el C. M. U. «Fray Luis de León»)

Francisco José GORDILLO PELÁEZ
Colegial desde 1982

I. A MODO DE INTRODUCCIÓN

RECUERDO CON BASTANTE NITIDEZ cuando, a comienzos del mes de octubre de 1982 –todavía no habían acallado las fuertes críticas a la Selección Española de Fútbol por su temprana eliminación del Campeonato Mundial que meses antes había organizado nuestro país–, llegué a la estación de autobuses de Salamanca para comenzar unos inciertos estudios de Derecho por los que me había decantado sin una clara vocación, casi por descarte, en una época en la que la orientación profesional, como en tantos aspectos de la vida, era prácticamente inexistente.

Residiría a partir de entonces, sin saber muy bien por cuánto tiempo, en el Colegio Mayor Universitario *Fray Luis de León*, lugar que con tanto entusiasmo me abrazó cuando lo visité por primera vez, en julio de ese mismo año, no sé si llevado hasta allí por el azar, que en esa ocasión me fue propicio, o por la indicación de alguna persona a la que hoy debería estar agradecido, a escasos doscientos metros de las aulas y del edificio de la Secretaría de la Facultad de Derecho, muy próximo todo ello a la sin par Plaza de Anaya.

Para este joven emeritense que antes de cumplir los dieciocho (18) años había terminado allí, quizás sería más correcto decir comenzado allí, por el empeño obstinado de su madre, la nueva etapa se presentaba complicada, quizás más incierta que difícil. En aquellos tiempos de finales del siglo xx la distancia física hasta mi casa parecía muy superior a los 280 kilómetros que indicaban todos los mapas y guías existentes; el prestigio de la ciudad y de su Universidad abrumaban más que servir de estímulo y la convivencia con el resto de estudiantes, llegados desde distintos lugares de la geografía española, no constituía ningún augurio de armonía y camaradería duraderas.

II. LOS INICIOS

Los primeros días, según recuerdo, fueron de una novedad absoluta. Nada de lo que sucedía lo había vivido antes, o por lo menos, yo no lo recordaba de esa manera. Para un foráneo que procedía de una ciudad pequeña, o un pueblo grande entonces, según se mire, y que solo se había separado de sus padres para pernoctar con sus abuelos o tíos en la localidad de origen o no mucho más lejos, los horarios, tanto los de la Facultad como los del Mayor, alcanzaban un rigor y una taxatividad hasta

entonces desconocidos; las comidas resultaban ser todas iguales y distintas a la vez; las costumbres o *usos sociales universitarios*, tras las clases de cada día o sus descansos, completamente novedosos; las *salidas* con los nuevos habitantes del Colegio, al principio divididos entre *novatos* y *veteranos*, y luego indiferenciados, a causa de la pertenencia a un grupo universitario bien reconocible, estimulantes, y la ciudad en la que vivía, con su clima riguroso y su belleza serena, un paisaje totalmente diferente al en que estaba acostumbrado a despertar cada día.

Tuve muy claro, prácticamente desde el principio, que mi etapa universitaria estaría unida, indisolublemente, a mi estancia en el Colegio Mayor *Fray Luis de León* y que esa trabazón, si la aprovechaba bien, me proporcionaría unas vivencias, sensaciones y conocimientos mejores que los que mi estancia en un *piso de estudiantes*, más particular y recogida, me habría reportado.

Muchos años después puedo afirmar que mis presagios fueron cumpliéndose, en mayor o menor medida, sin llegar a ser defraudados en ningún momento. Ningún año fue igual a otro ni uno se pareció al siguiente; todos tuvieron la virtud de incorporar un algo (aliquid) que a la postre funcionó como una suma respecto a todo lo anterior.

III.LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA. SU FACULTAD DE DERECHO

La Universidad de Salamanca, hecha carne en la Facultad de Derecho a la que asistía diariamente por las mañanas, me puso en conexión con un mundo, el del conocimiento y la interrelación de ideas y saberes, hasta ese momento desconocido y quizás solo intuido, pero que, en realidad, era mucho más grande e inabarcable de lo que era capaz de imaginar y representarme.

Y como todas las realidades inabordables, el acceso a las mismas resultaba difícil e incierto, sobre todo por la imposibilidad de saber si, al adoptar alguna iniciativa, uno se acercaba o alejaba del objetivo que se proponía alcanzar. Era aquella una época en la que todavía había maestros profesores, dotados de una oratoria fácil y atractiva que se accionaba con la sola visión de la cuartilla en la que habían garabateado unas pocas ideas, acaso unas líneas, y otros a los que precedía un aura inextricable, de confusión y misterio a partes iguales.

Entonces nos enteramos algunos, los más rezagados en la vida, que para saber, comparar, ponderar y opinar, para pensar críticamente, en definitiva, había que pasar una temporada, quizás más de un año, en Bolonia (Italia), Heidelberg (Alemania) o alguna renombrada ciudad de Francia, pues solamente así, comparando lo de aquí y lo de allá y ambas cosas con lo del otro lado, podía uno acercarse remotamente a cierta erudición y a la posibilidad de impartir docencia en aquel foro o similar.

IV.EL COLEGIO MAYOR UNIVERSITARIO «FRAY LUIS DE LEÓN»

El Colegio Mayor cumplió sobradamente y con creces, a mi parecer, su función residencial y educadora permitiendo el contacto y la convivencia con personas absolutamente diferentes, venidas de lugares distintos, muchos de ellos desconocidos para mí.

La realización diaria del desayuno, la comida y la cena con los compañeros – cuánto nos hubiera enriquecido, en todos los aspectos, la presencia de compañeras– tejó entre nosotros, sobre todo los que compartíamos la mesa del almuerzo, generalmente los mismos –los desayunos eran más apresurados y a las cenas no siempre se asistía a la misma hora, por lo que era frecuente coincidir con personas con las que uno, consciente o inconscientemente, apenas cruzaba unas palabras–, un hilo invisible que todavía hoy, treinta (30) años después, somos capaces de reconocer y apreciar.

El Colegio Mayor como lugar o escuela de tolerancia, respeto y complemento de las actividades universitarias. El Colegio, en definitiva, como contrapunto a las actividades académicas y lugar de paso de profesores residentes y personas reconocidas que habían alcanzado el cénit de su carrera profesional. Haber tenido la oportunidad de conversar con Joaquín Ruiz-Giménez, Aurelio Menéndez, Arístides Royo o Fernando Ledesma, allá por el año 1983, casi recién llegado, como a mí me ocurrió, o el simple hecho de confraternizar con ellos en un espacio que teníamos como algo nuestro y que no era, contrariamente a lo que alguno pudiera pensar, ni el más suntuoso ni el más confortable posible, te llenaba de orgullo y te trasladaba imperceptiblemente el mensaje o la idea de que si ellos habían llegado hasta tan alto lugar, cualquier misión resultaba posible desde dónde ellos se habían formado.

Fueron seis (6) años maravillosos, con penas y glorias, como en la vida de cualquiera, inolvidables y recomendables para todo aquel que empiece ese periodo fértil y excitante de la formación universitaria. En los últimos de ellos, el desempeño de la Jefatura de Estudios del *Fray Luis de León* junto a mi paisano y gran amigo Juan Antonio Riesco Miranda, me proporcionó la cercanía a diferentes Equipos Directivos de la época y la vivencia de un tiempo de transición en el que los Colegios Mayores no fueron bien entendidos o recibidos por la sociedad a la que pertenecían.

Y no quiero cerrar este apartado sin hacer una somera referencia a los *Cursos Internacionales de Verano* de la Universidad de Salamanca, a la que nuestro Colegio Mayor cedía sus instalaciones para albergar a los estudiantes llegados de los Estados Unidos y diversos países de Europa, ávidos todos de aprender la lengua de Fray de León, en el marco incomparable de su ciudad y con la inestimable ayuda de algunos colegiales que, por unos motivos u otros, remoloneábamos por el colegio sin decidirnos a regresar a nuestras ciudades de origen. Ellas y ellos, los foráneos, nos abrieron la mente y su corazón a cambio de nada.

V. SALAMANCA

La ciudad se encargó de todo lo demás. Como si de un sujeto colectivo se tratara, la ciudad nos ofreció todo aquello que tenía: lo mejor y lo peor de lo que crecía y albergaba en ella.

Fueron tiempos de asentamiento, en los que aún avistábamos por encima del hombro la denominada *transición democrática*, de nuevas ideas o realidades desconocidas que pasaban a nuestro lado (divorcio, aborto, drogas...) y exigían un posicionamiento al que no estábamos acostumbrados. Puedo decir ahora que, en aquellos tiempos, gobernados por primera vez por los socialistas, se sembró el germen de lo que hoy conocemos como sentimiento de pertenencia a Europa.

En cuanto a la ciudad, no sé si serán su nueve (9) letras o el hecho de que porte la primera vocal repetida cuatro (4) veces, lo que le confiere gran fuerza y sonoridad, pero el hecho cierto es que la pronunciación de la palabra *Salamanca* ejercía entonces y ejerce todavía sobre mí una suerte de fascinación y misterio a las que solo se han podido acercar algunas de las ciudades en las que he tenido oportunidad de vivir con posterioridad (Barcelona y Sevilla).

Fui consciente entonces, como lo soy ahora, de que decir *estudié en Salamanca* era sinónimo de una distinción, más moral que material, honorífica diría yo, como si hubiera gozado de un privilegio reservado al alcance de unos pocos seres elegidos. La ciudad y su Universidad, acaso su industria más puntera y reconocible, cuyos orígenes se pierden varios siglos atrás, se asociaban e interpretaban hasta ser sinónimos de conocimiento y solidez.

VI. EPÍLOGO ESPERANZADO

Luego vinieron muchas, muchas cosas, algunas ni siquiera imaginadas: la preparación de la oposición (a juez), también en Salamanca, iniciada en el Mayor y culminada fuera, gracias al empuje de una compañera, hoy también jueza; la superación de la oposición; el primer destino profesional (en tierras extremeñas); el ascenso a magistrado (con estancia de siete años en Barcelona); el matrimonio; los hijos y mi estancia en Sevilla, en donde me encuentro asentado.

Salvo las circunstancias personales y familiares que me rodean o me han acompañado, resulta difícil disociar o separar Salamanca, su Universidad y el Colegio Mayor de todo lo acontecido y que aún hoy sucede en mi vida personal y profesional. Cuando, en el quehacer cotidiano profesional, tengo que recordar a alguien que los contratos tienen *fuerza de ley* entre las partes que los suscribieron recuerdo, sin quererlo, las clases de Derecho Civil que un añorado profesor nos explicaba. Y lo mismo me sucede si he de abordar alguna cuestión posesoria: quien tiene la posesión, tiene *Gewere*, sinónimo de investidura en el derecho germánico, nos decía ese mismo profesor. Y si alguna vez le digo a mis hijos que la vida misma pivota, sin darnos cuenta, a partir del principio general denominado *do ut des* (te doy para que me des), el cual se aplica no solo en el ámbito de los contratos conmutativos, estoy recordando al eximio Catedrático de Derecho Romano ya fallecido que, con un aire de patricio romano, obsequiaba nuestros oídos con pensamientos de otra época rabiosamente vigentes y aplicables en la actualidad.

Creo que, si ahora mismo me pusiera a enumerar todo lo que la Universidad, el Colegio Mayor y la ciudad de Salamanca, esa especie de Trinidad de la que nunca me he desasido, me han reportado, sobrepasaría los límites de esta modesta aportación a un libro de memorias.

Con todo, no me resisto a trazar un boceto de lo aprendido y aprehendido: el derecho como conjunto de normas que facilitan y aseguran la convivencia; el respeto a los demás y a sus diferencias como base de cualquier proyecto personal o social; la tolerancia y la curiosidad por el o lo distinto como punto de partida para cualquier empeño o iniciativa personal; la actitud crítica hacia lo conocido, sea propio o ajeno, y lo desconocido y la reflexión como paso previo a cualquier manifestación de la voluntad.

En estos tiempos actuales, los de nuestros hijos que se adentran en la mayoría de edad, en los que todo se consigue o alcanza a golpe de clic o ratón, de una manera casi instantánea, no estará de más reivindicar, como siempre se nos enseñó allí arriba (*Decíamos ayer ...*), el trabajo diario bien hecho y la integridad personal como punto de partida para el logro de cualquier éxito profesional o académico, así como el respeto y la tolerancia con los congéneres como base de una convivencia plural y más justa.

Esos principios o valores son intemporales y resultan más fácilmente entendibles y reconocibles en ese lugar en el que desde hace ya ocho (8) siglos se levantó la egregia Universidad de Salamanca, uno de cuyos alumnos, que siempre estará en deuda con ella, le rinde este humilde tributo a través de estas líneas emocionadas y sinceras.

Fue un orgullo y un honor deambular entre tus paredes, beber el conocimiento en tus fuentes, ¡Oh, querida Universidad!, y también descansar en los rincones de esa vetusta ciudad.

En Sevilla, a 25 de septiembre de 2018

Jefe de Estudios en su estancia en el Colegio. En la actualidad, Magistrado del Juzgado de Primera Instancia número 12 de Sevilla.

Vivir en el CMU Fray Luis de León «Un estímulo para crecer»

Juan Antonio RIESCO MIRANDA
Colegial desde 1982

HAN PASADO CASI 36 AÑOS desde que llegué al Fray Luis por primera vez (más de la mitad de mi vida) y los sentimientos, experiencias y vivencias allí desarrollados afloran en mi memoria como algo muy reciente e íntimamente unido a mi vida personal y profesional.

Mi crecimiento personal tiene un antes y un después de vivir en Salamanca, dónde tuve la oportunidad de pasar los 12 años más influyentes e inolvidables de mi *vida* (y perdón por repetir vocablos en la misma línea). Y digo bien vivir, un concepto muy diferente al de residir:

Vivir en Salamanca para mí es vivir en el Fray Luis, un lugar que fue mi casa en el sentido estricto de la palabra, porque efectivamente me sentía como en mi casa:

Todo el personal de servicios (y no pronunciaré ningún nombre para no ser injustos con olvidos no intencionados) contribuía a que mi estancia en la habitación estuviera llena de confort, orden y limpieza para descansar y estudiar. Ello era extensible a las distintas zonas comunes del Mayor en la que la calidez de hogar fomentaba la convivencia, el relax, la tertulia, la diversión, el asueto y, sobre todo, que todos los que vivíamos allí nos convirtiéramos en una gran familia durante 10 meses al año, y en muchos casos, durante varios importantes años de nuestra vida.

No puedo olvidar nuestras estancias en el comedor, y más allá de los desayunos a primera hora dónde las conversaciones brillaban por su ausencia, dado el cansancio y somnolencia a horas tan tempranas, particularmente para nosotros, los alumnos de la Facultad de Medicina, recuerdo esas comidas tan *copiosas, variadas* y de gran calidad (con tres platos entre los que los *huevos* siempre tenían su presencia... jamás había conocido tal variedad... y supongo que la esencia estaría más allá del aspecto nutritivo... *de lo que se come...*) Todos llegábamos a la portería-conserjería (uno de los lugares más frecuentados por los colegiales y dónde se cocían parte de las historias de las vidas de colegiales en función de sus llamadas, correspondencias o visitas...) y allí leíamos con interés la *Minuta* que Concha se encargaba de escribir

con rapidez al comienzo de la mañana y una vez verificado *el parte* por cocina y Gobernanta.

Los jueves eran para la paella y ello conllevaba que todos los colegiales cantáramos en pie, con alegría y motivación, una canción que se convirtió en nuestro himno... al menos los jueves, y ocasionalmente los domingos.

En el comedor nos conocíamos en profundidad, a medida que pasaban los meses, se perfilaban las mesas que eran compartidas por el mismo grupo de colegiales y dónde se hablaba de todo (divino y humano). Allí también había una mesa de dirección, que tuve el honor de compartir durante varios años con otros miembros de la dirección, tras mi elección como Jefe de Estudios que compartí con mi gran amigo y maestro Francisco José Gordillo Peláez (*Chicho* para todos). Por esta mesa pasaron gran cantidad de invitados con los que tuvimos la ocasión de conversar distendidamente sobre la vida universitaria.

Las sobremesas eran divertidas los fines de semana: *cafés, fútbol-sala, cine...* y relajadas durante los días laborables con siesta-tertulia y música relajante en la habitación.

Son muchos los recuerdos y detalles que me vienen a la memoria, no puedo reflejarlos todos, sería interminable y pesado para el lector...

Viví en el CMU Fray Luis de León, me enorgullece este pasado porque creo que ha marcado mi vida personal y profesional para siempre. Es mucho más que un sentimiento; actualmente mi querido amigo Manuel Gutierrez Tió, actualmente Presidente de la Asociación de Antiguos Alumnos, me ha dado la oportunidad de poder escribir estas líneas llenas de nostalgia que me trasladan a un mundo lleno de amigos, buenos compañeros y muchas ilusiones en un mañana que habría sido diferente si no hubiera vivido, crecido, impregnado de ese sentimiento de *Luisa* para los *Indios* y otros.

Gracias a todos: Fonsi, Concha, Félix, Rafa, Marcelino, José María, Paco, Alberto, Tomás, Rafael, Baltasar...

Gracias por darme la oportunidad de conocer a tantos y tan buenos amigos, algunos desgraciadamente desaparecidos recientemente como Juan Lorenzo Bellot Bernabé, nuestro gran jefe de estudios que fue una gran influencia para todos a la hora de disfrutar de la vida en el Fray Luis de León.

Sólo que queda agradecer la acogida que las nuevas generaciones tienen con nosotros cada vez que vamos a celebrar nuestros encuentros anuales y que permiten volver a *Vivir en el Fray Luis* el espíritu de amistad, compañerismo, respeto, orgullo, juventud *eterna* e ilusión *perenne*.

Juan Antonio Riesco Miranda fue Jefe de Estudios en su etapa colegial. Médico en la especialidad de neumología, ha sido Vicepresidente de la Sociedad Española de Neumología y Cirugía Torácica (SEPAR). Hoy es el responsable de la Unidad de Tabaquismo del Complejo Hospitalario Universitario de Cáceres.

Mi vida en el Fray Luis

Pablo Javier BELLOT BERNABÉ
Colegial desde 1984

Amparo BELLOT BERNABÉ
*Hermana de Juan Lorenzo y Pablo Javier Bellot Bernabé,
colegiales desde 1978 y 1984*

REUNIR TANTOS RECUERDOS, tantas sensaciones, anécdotas y sentimientos de esos siete años que pasé en mi querido Fray Luis, en unas líneas, va a ser muy difícil y transmitirlo en palabras aún más.

Llegué al Fray Luis, en el año 1984, acompañado de mis buenos amigos y paisanos de Elche (Mariano, Paco, Julio y Vicente), con apenas 17 años a estudiar COU. Allí vivía mi hermano Juanlo, (que por aquel entonces era el jefe de estudios), mi hermana Amparo y mi otro hermano, (aunque no carnal pero mis sentimientos hacia él, es como si lo fuese), Paulino (Pius para los amigos).

¡Qué sensación cuando despedimos a nuestros padres de vuelta a Elche! ¡Soy mayor y el mundo está a mis pies y... en Salamanca!

¿Que contar del Fray? Muchísimas cosas:

Lo más importante, para mí, son las amistades que se labraron a lo largo de esos años de mi vida, y que aún perduran, gracias al tesón de mi buen amigo Manolo. Me había desconectado un poco del mayor (casi 20 años sin saber apenas nada), cuando una mañana empezó a sonar mi móvil con un montón de mensajes de WhatsApp... ¡Era el grupo del Fray Luis!, allí estaba la mayoría de amigos con los que conviví en aquellos años. Gonzalo, Venancio, Juande, Eduardo y un sinfín de colegiales. ¡Qué sensación!, por mis ojos corrían lágrimas de emoción e inmediatamente llamé a Eduardo, para saber de él, de su familia, de los amigos que teníamos en común. Ese día, fue uno de los más maravillosos de mi vida.

Recuerdos, ¡Muchísimos!

Las fiestas, nos enfundábamos el traje de buena mañana, nos íbamos a tomar unos vinos, después, a comer y por la noche aquellas fiestas con baile en el comedor del Mayor.

Los fines de semana, eran al completo. Llegabas el viernes de clase, tomábamos algún vino en la Latina o en el bar del Mayor (primero con Leandro y luego con nuestro amigo Gabi al frente), comíamos (eso sí, de segundo siempre huevo), una partida al mus o a las cartas y luego ya planificábamos el viernes. ¡Casi siempre salíamos por la Gran Vía, nuestros queridísimos Country y Moderno!

Los sábados por la tarde, nos dedicábamos a hacer deporte en el botánico, con aquellas pachangas de fútbol que nos echábamos. Después una ducha, escuchando los 40 principales América Top 40, junto a mi compañero de habitación Alberto (alias osito). O veíamos el deporte en aquella sala de televisión en donde cabíamos todos metidos con calzador. Aún me acuerdo cuando pusieron la televisión grande, ¡Con teletexto y todo! Los partidos que veíamos, la vuelta ciclista a España... Un año, me acuerdo, que nos castigaron sin ver los partidos del mundial (no me acuerdo porque fue), pero nos íbamos a La Latina a verlos, por lo que le hicieron un favor al señor Paco.

Echo muchísimo de menos aquellas tertulias que teníamos por la noche. Nos quedábamos a estudiar y de madrugada, nos juntábamos en alguna habitación a prepararnos un café con espuma y tomar alguna vianda. ¡Qué bueno el queso y el chorizo de Zamora!, claro está que muchas noches, después del tentempié se terminaba el estudio, o bien empalmábamos con el desayuno de los de Medicina.

La verdad es que vivíamos como reyes, mejor que en nuestras casas; teníamos limpieza de habitación diaria. Loren, Berna, María Sol, Mari Paz, Isabel... nos servían el desayuno, nos hacían las habitaciones, nos servían la comida y después la cena. Nos lavaban y nos planchaban la ropa. ¡Lo que tenían que aguantar! Allí teníamos a Concha, nuestra madre en el Fray, cualquier cosa que te pasase se lo contabas a ella o a D. Marcelino, que intentaban ayudarte en todo lo posible. Un beso a todas y a todos.

Como no acordamos de esas amistades, que, aunque no nos veamos casi siempre están en nuestros corazones y en nuestros pensamientos cuando nos acordamos de batallitas de la noche. Mi gran amigo Evaristo, que no lo veía desde su boda, allá por el año 91 o 92, el Oso, Nacho, Joaquín, Antonio, Roberto, Rafa, Carlos y un montón de nombres que, aunque pasen los años, nunca se olvidan.

Para mí el Fray, es una auténtica familia. Mi hermana Amparo, que no vivió en el Fray pero convivía con nosotros, sobre todo los domingos en las comidas, era una más, así lo siente también.

Pero cuando realmente descubrí el auténtico espíritu del Mayor, fue desgraciadamente el fin de semana en que falleció nuestro hermano y jefe de estudios Juanlo. Ese fin de semana, todo eran muestras de ánimo, de condolencias, de dolor, sinceras por un sinfín de colegiales y personal de nuestro Colegio Mayor. Juanlo, fue alguien muy importante en mi vida en Salamanca y en el Fray Luis. Era mi padre, mi hermano, quien me orientaba y quien me hacía cada vez querer más a este colegio. Para él, su ilusión mayor era que se hiciese una asociación de antiguos alumnos del Fray Luis de León. ¡Y lo consiguió! Lo vivía, lo llevaba en la sangre, ¡Era su Fray Luis! Su mote (que se ponía en la comida de interpisos) era Petra criada para todos, y así era. Ayudaba a todo el mundo, siempre estaba al lado de los colegiales para lo que necesitásemos, era el primero en hacer y en deshacer... Un beso Juanlo, allí donde estés, siempre estarás en mi corazón y en el de todos los colegiales que te han conocido.

Pablo Bellot ejerce la Psicología en Elche (Alicante).

*Faltan palabras a la lengua
para los sentimientos del alma*
Fray Luis de León

Lella MARENGO
*Estudiante de Cursos Internacionales alojada
en el C. M. Fray Luis de León (año 1986)*

FALTAN PALABRAS, hay sensaciones que te acarician el alma, que te llenan el corazón, sentimientos que no puedes compartir ni describir porque hay que vivirlos, imágenes clavadas en la mente que traspasan el tiempo y la distancia, fotogramas de aquel lejano agosto de 1986.

Como si no hubiera pasado el tiempo: puedo verme, cansada después de un larguísimo viaje en autobús desde Turín hacia Salamanca, con muy pocas ganas de empezar un curso de verano de un mes para consolidar mis conocimientos lingüísticos en español, de cara a los exámenes de mi universidad en Italia. Estaba mirando desde la ventanilla, con poca ilusión, a la búsqueda de una señal que me tranquilizase..., cuando de repente Salamanca se materializó delante de mis ojos, con la majestuosidad de su catedral. Quien haya llegado a Salamanca por primera vez en autobús sabe de lo que hablo: la ciudad aparece mágicamente, como si saliera de un libro desplegable, y te deja aturdido con su hermosura. Una sorpresa inesperada que me reanimó.

Desde el taxi, que me llevaba al Colegio Mayor Fray Luis de León, iba observando cada edificio, cada calle, y cuando levanté la mirada hacia al colegio, me llamó la atención su ciclópeo ojo, su pequeña ventana redonda. En la puerta me estaba esperando, con una sonrisa amable bajo un severo bigote, Torino, amigo de una compañera de la universidad y perfecto anfitrión que me ayudó en mis primeros días en el Fray Luis. El hechizo se llevó a efecto la mañana siguiente, al cruzar la plaza Anaya para ir a la Universidad: la catedral vista desde cerca, las calles empedradas, *la famosa Salamanca insigne de letras, patria de ilustres varones, noble archivo de la ciencia* estaba allí.

Así empezó, esto fue mi anímico encuentro con Salamanca y con el Fray Luis de León. En el colegio no me quedé un mes sino dos, y el año siguiente repetí. Tengo

guardados muchos momentos divertidos y especiales... ¿Cómo olvidar cuando, con otros cuatro colegiales algo inconscientes, entre ellos mi querido amigo Modesto, nos subimos por los andamios de la Universidad Pontificia, en una estupenda noche estrellada, para admirar el panorama? ¿O cuando en un bar a pocos metros del Fray Luis, con una copa en una mano y blandiendo una imaginaria espada en la otra, un colegial me hizo una inolvidable síntesis divertida de *El estudiante de Salamanca*? ¿Y mi amistad con Concha, una autentica institución del Fray Luis y una amiga inestimable para mí? ¿Y Laura y Patrizia? Las tres estudiábamos en la misma universidad en Turín, sin embargo, nos conocimos en el comedor del Fray Luis. Los días pasados en el colegio han entrado con todo derecho entre mis mejores recuerdos, aquellos mismos recuerdos que tienen la capacidad de sacarte siempre una sonrisa nostálgica.

Conocí a personas estupendas, hice amigos para toda la vida: algunos de ellos siguen formando parte de mi cotidianidad y la amistad que siento hacia ellos sigue igual de fuerte. Creo que esta es la peculiaridad y el orgullo de todos los antiguos estudiantes del Colegio Mayor Fray Luis de León: un sentimiento de pertenencia que nos une después de 30 años.

Turín

800 años de la USAL

Francisco Javier RIBADULLA TOLOSA
Colegial desde 1986

SEPTIEMBRE DE 1986, 32 años ya, casi 7 lustros; media vida... ese es el tiempo que ha pasado desde que un servidor, Francisco Javier Ribadulla Tolosa, entró a formar parte de la Universidad de Salamanca y del CMU Fray Luis de León. Llegué a Salamanca casi por rebote, porque mi intención era la de estudiar en la Universidad de Valladolid, pero cursando COU en el Instituto José María de Pereda de Santander, hubo dos acontecimientos que hicieron girar el rumbo de mi destino 110 kilómetros más al Suroeste; un viaje con mis compañeros de Arte a Andalucía y Salamanca, además de los sabios consejos de quien fue nuestro profesor de Literatura, mi profesor, mi querido Carlos Galán (R.I.P.), quien me aconsejó fervientemente que cursara mis estudios de Filología en la misma Facultad donde impartieron clases y dejaron huella, grandes maestros de las Letras Hispánicas como Fray Luis de León o D. Miguel de Unamuno.

Cuando alguien como Carlos Galán actúa con sus consejos como Lazarillo, al final sus predicamentos lo convierten en *duce* y, así fue como hice realidad el ingresar en la Universidad de Salamanca; todo un honor y orgullo.

Años atrás, no muchos, ya tenía decidido que estudiaría Filología Inglesa; lo que no tenía claro era dónde me alojaría, si en pensión, en piso compartido o dónde.

Las discusiones familiares en torno a estas disyuntivas fueron un tanto arduas, pero al final acepté de buen grado la decisión de mis padres de ingresar en un Colegio Mayor, aduciendo ellos razones de comodidad por cercanía a la Facultad, por tener las labores domésticas hechas y, simplemente porque sí, porque fue una imposición.

Imposición que poco me gustó, pero en pocos meses tuve que agradecer a mi padre, por cuanto fue de las mejores decisiones tomadas en mi vida.

Los días previos fueron incesantes; nervios, discusiones, disensiones... Con el tiempo las personas vivimos acontecimientos varios que te causan júbilo o dolor; encuentras tu primer trabajo, compras un vehículo, firmas la hipoteca, contraes matrimonio, eres padre, acabas tu primera media maratón, entierras a alguno de tus progenitores, etc.

Pero, sin duda, la sensación de un nobel de 18 años a quien le acababan de poner gafas graduadas, de llegar a una ciudad diferente, donde el abrigo de tu familia ya no existe, donde todo es absolutamente diferente; el clima, el carácter de sus gentes, etc., donde tu persona, tu manera de ser tendría que enfrentarse y adaptarse a toda una Comunidad de 150 personas y al reto más bonito que un estudiante puede tener que no es otro que el de poner finiquito a lo empezado, la Universidad, el alma mater; todo ello se iba a convertir en uno de los pilares y retos más importantes de la vida.

Sobre mi experiencia universitaria poco relataré, ya que a pesar de tener buenos compañeros, el ambiente colegial me absorbió tanto que, apenas pude disfrutar de mis compañeros de clase.

Éramos un grupo pequeño y, conforme avanzaban los años de carrera y las especialidades afloraban, los grupos se iban haciendo cada vez más pequeños; creo recordar que en Quinto de carrera éramos no menos de 50.

Los mejores recuerdos de la Universidad los tengo de los primeros meses. Los viví como una auténtica idealización. Los rincones del Palacio de Anaya y sus atardeceres, las escalinatas, las caballerizas y todo el entorno de mi Facultad me pareció maravilloso; la soledad nocturna y a veces peligrosa de las calles paralelas a la Catedral, el bullicio de la Plaza Mayor, los paseos por la Rúa; la luz de las teas de la Clerecía y de las calles contiguas (Veracruz, Francisco de Vitoria, Serranos, Compañía...); el ocre anaranjado de las baldosas y piedras de los edificios a la luz vespertina que, cuando tornaba la noche, se volvía sepia; todo ello armonizando una auténtica estampa romántica que bien recordaba a las escenas esproncedianas en su obra *El Estudiante de Salamanca*.

Del Colegio Mayor Fray Luis de León no puedo decir que tenga recuerdos. Tanto caló el Mayor en nuestra generación, así como en otras, que no se puede hablar de recuerdos; los recuerdos son un brindis al pasado, un eco de nostalgia, una mirada atrás pensando que cualquier tiempo pasado fue mejor...

Fue tan gratificante, constructiva y satisfactoria la experiencia de ser Colegial que no puedo hablar de pasado o recuerdos en su sentido estricto porque un Colegial fue, lo es y lo seguirá siendo hasta siempre. Como puso por título el ilustre Quevedo en uno de sus sonetos *de la cuna a la sepultura*.

Supuso tal lazo de unión entre todos aquellos reunidos de diferentes partes del Reino, que al día de hoy, seguimos canalizando y cultivando nuestra gran amistad a través de reuniones y acudiendo a la fiesta de clausura en mayo porque realmente necesitamos vernos y volver a hacer que ese pasado se convierta en presente.

La fiesta de mayo es nuestro *leitmotiv* wagneriano por el que suenan armónicamente las ondas de tantos años pasados y futuros. Un amigo al que no ves hace 20 años es un amigo, su mirada compenetrada, el reencuentro y su tierna amistad se tienden ese día en un abrazo largo y goliático, como si en unas décimas de segundo hubiera que comprimir tantos años de ausencia.

Me remonto al comienzo. Cuando las puertas del Mayor se abrieron para mí, me pareció un edificio un tanto anclado en el pasado pero enseguida noté que allí se respiraba ambiente hogareño. Tan solo un veterano pululaba por allí y cuando las puertas se cerraron y dije adiós a mis padres, que se alojaban en un hotel cercano a la Plaza, comenzó la gran aventura de las novatadas.

Era difícil ponerle freno a esa gran actividad social; no voy a relatar las innumerables que me hicieron a mí ni las que yo posteriormente hice, pero si quiero remarcar

desde aquí que, a pesar de las tres semanas sufridas y una vez que pasó el tiempo y, siguió pasando, supusieron un *sufrimiento gozoso* (Garcilaso de la Vega).

Fueron sin duda un gran acto social donde las psicologías de los colegiales chocaban, se estrellaban, a veces se tornaban agudas y agrídulces, pero también se aunaban. Nos sirvieron a todas las generaciones para conocernos y forjar la gran amistad que al día de hoy aún hemos sabido mantener.

Si bien algunos lo consideraron como un período de resistencia vital, para mí supuso el despertar de un joven que, hasta entonces, se sentía apoquinado y un tanto hermético y así pude conocer y calibrar a cada uno de los 150 compañeros que me acompañaban en esa pequeña gran nave, llamada Fray Luis de León. Todos éramos grumetes en una misma fragata donde la bandera pirata no ondeaba, sino la de la confraternización y la de la amistad.

De esa gran nave me resuenan los ecos de cañón de las fiestas de apertura con su capea posterior y la de clausura, fiestas donde el cortejo y la etiqueta eran comunes a todos y cada uno de los grumetes; las fiestas de Interpisos; los directores y jefes de Estudio que allí desempeñaron cargo; las cenas de Graduación de quienes cursaban quinto de carrera con sus respectivas familias; las partidas de mus después de la comida; las tertulias nocturnas en la sala de prensa y en el Salón Rojo; las bromas, las risas y ¿Por qué no?, las conversaciones en las que la metafísica también estaba presente; los madrugones para ir a estudiar a la Biblioteca de Ampliación; tantos y tantos momentos...

Día a día, el mar y la aventura nos brindaban nuevas puestas de sol, galernas, oleaje y mares en calma pero esa gran nave, siempre llegaba firme a puerto.

No quiero extenderme mucho más, simplemente decirles a Vuestras Mercedes que, pasado el tiempo y debido a un viaje de vuelta a Portugal con mi familia, hicimos parada en Salamanca y aún recuerdo caminar de la mano de mi hija Marina por los rincones del Salón Rojo bajo el halo de los vítores, mientras le contaba historias al uso. La satisfacción interior se tornó en una lágrima parca, pero viva y sentida.

Los años de Colegial fueron de los mejores de mi vida; estuve desde 1986 hasta 1990; año en el que se cerró por obras.

No me dejé nada allí, me llevé todo y a todos porque así lo sentí, así lo siento y así lo quise y lo quiero.

Mi generación, al igual que otras, quiso y amó al Fray Luis; haber sido Colegial del Fray Luis; una Luisa; fue un ORGULLO escrito en letras mayúsculas.

¡VIVA EL FRA Y LUIS DE LEÓN
VIVA LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA!

P.D. Este escrito va dedicado a todos aquellos compañeros que tristemente nos dejaron. D.E.P.

Licenciado en Filología Inglesa y Profesor de Enseñanza Primaria y Secundaria.

Lo que queda de entonces

Patrizia SOFFIATI

*Estudiante de Cursos Internacionales alojada en
el C. M. Fray Luis de León (año 1985)*

SOY UNA APASIONADA DE HISTORIAS, o bien, del poder de las historias y de cómo funcionan, y sé que el fundamento de cualquier historia es la memoria. Así es, no hay historia si no hay un recuerdo. Y recordamos las cosas que nos han provocado emoción, es decir, recordamos lo que sentimos. Será por eso que el recuerdo de la época que pasé en Salamanca y de mis estudios de español, aún sigue estando muy vivaz y presente, a pesar de los años.

La primera vez que llegué a Salamanca fue en 1985 para estudiar Lengua española en los Cursos de Verano de la Universidad. No iba sola, sino con un grupo de compañeras y amigas de la Universidad de Turín. Tenía 20 años y la clara y deslumbrante convicción de que todo era posible.

Nos alojábamos todas en el Colegio Mayor Fray Luis de León, para mí un lugar lleno de historias y personas que yo, sin embargo, desconocía; como todo extranjero que llegaba allí, me sentía como si me hubiera perdido algo, como si me faltara una pieza del puzle. Trozos de historias y personas que acabaron siendo parte de mí y, en alguna ocasión, se convirtieron en mitos, como los encuentros en el Salón Rojo, lugar legendario, misterioso y anhelado donde a veces nos permitían entrar y donde pasé algunos de los momentos más divertidos de mi estancia.

Forma parte de la leyenda también el mítico partido de fútbol *Fray Luis contra el resto del mundo* que el director de verano del Colegio solía organizar como un acontecimiento de inclusión, conocimiento y diversión. Y recuerdo la sangría y la alegría incontenible de aquellos momentos.

No puedo olvidar el sonido de las voces en *españoliano* en el comedor y en el bar, por la gran cantidad de italianos que se mezclaban con los estudiantes españoles del Colegio.

Míticos eran también los encuentros después de las comidas en el bar del Colegio, o en la cafetería *La Latina*, y en varios otros bares donde nosotros los estudiantes,

pasábamos parte de nuestro tiempo libre, momentos preciosos en los que nacieron amistades especiales que han resistido al paso del tiempo.

Entre las personas inolvidables destacan amigos del Colegio, mi profesora de español durante los Cursos de Verano G.G.B, mi compañera de estudios, de viajes a España y amiga del corazón L.C. y también la ciudad.

Para mí Salamanca es y será para siempre un lugar mágico, que ha tenido una influencia enorme en todas las elecciones de mi vida.

Tenía clase de lengua española en un edificio en plaza de Anaya y todos los días podía mirar la Catedral y me sentía orgullosa y afortunada por estar allí, sumergida en tanta belleza y solemnidad.

Recuerdo las calles y el camino que desde Plaza Mayor llega hasta la plaza del Colegio y el Bartolo, que recorrí un millón de veces; el magnífico Patio de Escuelas, los días pasados estudiando en la austera habitación del Colegio y las noches de fiesta.

Respeto y amo Salamanca, por su orden, por su belleza severa y a la vez descompuesta cuando la miras desde el río; o cuando, de día y de noche, está sacudida por las voces de las tantas personas que la habitan.

De Salamanca echo de menos su energía, su estilo de vida, el paso lento y el calor de su acogida. Me gusta que los lugares más antiguos e históricos de la ciudad formen parte todavía de la vida cotidiana de la gente y de los estudiantes.

Hoy puedo decir que la gran parte de lo que sé de España, de su idioma y su cultura lo aprendí allí por primera vez. Pasé tres veranos y jamás he vuelto, porque quería volver solo con alguien que hubiese vivido conmigo esa experiencia. Y eso se hizo realidad el pasado mes de mayo cuando, después de 29 años de mi última visita, volví para reencontrarme por primera vez con los antiguos colegiales del Fray Luis de León, gracias a la perfecta organización de su Presidente.

Fue maravilloso descubrir que muchas personas aún se acordaban de mí y otras seguían guardando en su corazón ese mismo cariño que les guardo yo. Y todo ha vuelto a empezar, en el punto preciso donde lo había dejado.

Estoy feliz de participar en este libro y poder dejar mi testimonio. Ha llegado el momento de devolverle a Salamanca parte de todo lo que esta ciudad me ofreció.

Avigliana (Turín)

Nuestra única verdad es la verdad narrativa, las historias que nos contamos entre nosotros y a nosotros mismos, las historias que continuamente recategorizamos y refinamos.
Oliver Sacks, *The River of Consciousness*

Licenciada en Lengua y Literatura Extranjera. Editora de contenidos web y de estrategias de posicionamiento digital. Vivo en los alrededores de Turín y a veces escribo sobre mis viajes en diversos blogs.

Recuerdos que el tiempo no borra

Laura CARLUCCI

*Estudiante de Cursos Internacionales alojada
en el CM Fray Luis de León (año 1985)*

EXISTEN MOMENTOS EN LA VIDA que dejan una huella indeleble en nuestro corazón. Existen momentos del pasado que de alguna manera definen nuestro presente y, tal vez, nuestro futuro. Y en algún momento es hermoso, y casi diría que necesario, viajar al pasado para rescatar de nuestro interior aquellas vivencias tan entrañables.

En mi pasado siempre recordaré una época especialmente bonita de mi vida, coincidiendo con mis estancias en Salamanca, en el Colegio Mayor Fray Luis de León, en septiembre de 1985, 1986 y 1987. El motivo de mi relación con Salamanca y con el Colegio Fray Luis es sencillo. En aquel entonces estudiaba Filologías española e inglesa en Italia, en la Universidad de Turín. Los profesores solían aconsejarnos que siguiéramos algún Curso intensivo de español en España, en verano, para mejorar tanto nuestra competencia lingüística del idioma, como nuestro rendimiento en los exámenes de lengua y literatura. Mi profesora de español en Turín, Guadalupe García Bustillo, me señaló Salamanca, su ciudad natal, como destino idóneo para el aprendizaje del español. Así pues, durante tres años seguidos, en el mes de septiembre, me matriculé en los XXII, XXIII y XXIV Cursos Internacionales de Verano de la Universidad de Salamanca, cuyo director en esa época era nada más y nada menos que el insigne Víctor García de la Concha. A los estudiantes extranjeros nos ofrecían dos opciones de alojamiento, el Colegio Mayor Fray Luis de León o el de Carmelitas. Me aconsejaron el primero y allí me quedé. Y así empezó todo.

Lo que voy a relatar a continuación está basado en mi experiencia personal. En esa época ya estaba enamorada de España, su cultura y su lengua. Tal vez por eso nunca me sentí extranjera en Salamanca, ni tampoco entre los estudiantes españoles del Fray Luis. Salamanca me cautivó desde el primer momento, creo que fue amor a primera vista. Al llegar a la ciudad, la estampa que formaba su catedral a lo lejos, al otro lado del Puente Romano, se me quedó grabada para siempre. Me encandilaron su ambiente, su historia, su arte y su gente. ¡Cuánta vida en sus calles! Sin embargo,

soy consciente de que la ciudad no hubiera ejercido tanto poder sobre mí de no ser por el Colegio Mayor Fray Luis de León, edificio lleno de historia donde tuve la suerte de estudiar y convivir con sus colegiales.

Llegué por primera vez a Salamanca una tarde de principios de septiembre de 1985, con mi compañera de facultad Patrizia, que a partir de entonces se convirtió en una amiga muy especial. En esa época, el avión era demasiado caro, así que los estudiantes solíamos viajar en autobús o en tren. Nuestro viaje desde Turín en autobús duró alrededor de 36 horas. No obstante, aquel viaje tan agotador no tuvo que asustarnos demasiado, pues, ¡volvimos a recorrer los mismos kilómetros y con las mismas horas de viaje durante dos veranos más! Todavía guardo en mi *baúl de los recuerdos* el carné de cada curso, con el membrete *Colegio Mayor Fray Luis de León. Universidad de Salamanca*, el sello del Colegio, el curso escrito en diagonal en letras rojas y el número de la habitación. Nuestra primera habitación fue la n° 103, estaba dotada de un mobiliario austero que llamó mi atención nada más entrar, dos camas sencillas, en cada cama una colcha gruesa en tonos negros con pequeños motivos en amarillo, rojo y verde, dos escritorios, dos sillas, un armario, un pequeño lavabo y sin cuarto de baño. Así fue mi entrada en una de las mejores etapas de mi vida: mis veranos en el Colegio Mayor Fray Luis de León.

Cesare Pavese, uno de mis escritores favoritos, dijo que *Non si ricordano i giorni, si ricordano gli attimi* [No se recuerdan los días, se recuerdan los momentos]. Para mí el Colegio Mayor Fray Luis de León representa eso, un conjunto de momentos especiales que adornaron mi estancia en Salamanca a lo largo de tres veranos; los guardo en mi corazón y sería imposible relatarlos todos en tan escasas páginas.

Recuerdo la primera vez que crucé las puertas del Colegio. La primera persona que conocí fue a la secretaria, Concha Sánchez Vega, nuestra Concha, a la que desde entonces quiero y admiro profundamente por su profesionalidad y cercanía. Es una gran suerte llegar nueva a un sitio y que te acojan tan bien. No era mi primer viaje al extranjero, pero sí la primera vez que rompía la burbuja en la que vivía para pasar un mes entero lejos de mi país, mi familia y amigos. Sin embargo, mi integración en el Fray Luis fue muy rápida; en el Colegio se respiraba un ambiente familiar y nos conocíamos todos. Por aquel entonces, el Colegio era solo masculino, y únicamente en verano se llenaba de chicas, todas ellas extranjeras. Los estudiantes extranjeros que se alojaban en el Fray Luis solían juntarse entre ellos: alemanes, franceses, belgas, ingleses, americanos..., compañeros de clase por la mañana y compañeros de fiesta por la noche. Y luego estábamos nosotros, los italianos, que preferíamos relacionarnos con los españoles, tal vez porque nuestro carácter y forma de ser eran bastante parecidos. Septiembre era época de exámenes para los colegiales, pero había tiempo para todo, para el estudio y para la diversión. El Fray Luis también marcó el inicio de mi amistad con Patrizia y Lella, una amistad que ha ido fortaleciéndose con los años y que todavía hoy perdura. Compañeras de tantos buenos momentos en el Colegio, donde compartíamos nuestros sueños y confidencias, eran muchas las horas que pasábamos con los estudiantes españoles, de día en el comedor, en el bar, en el Salón Rojo, en la escalera del Fray Luis, así como largas veladas nocturnas en los bares.

Siempre he sido muy disciplinada en los estudios, así que supe aprovechar cada día de curso, al tiempo que disfruté el ocio que me proporcionaba el ambiente estudiantil de Salamanca. ¡Cómo no recordar aquellos bares, pubs y discotecas donde sin lugar a duda hablaba español más que en las clases! Eran un punto de encuentro

y estoy segura de que permanecen en la memoria colectiva de la mayoría de los antiguos colegiales. En lo que a mí respecta, nunca antes había asociado tanto los bares con valores como la amistad y el compañerismo. Y eso lo aprendí gracias al Fray Luis. El Colegio se convirtió pronto en una segunda casa, la convivencia era muy fácil y las personas que conocí a lo largo de esos tres veranos permanecen en mis recuerdos. De hecho, en 1988 y 1989 volví a España y pasé unos días en Salamanca. No me alojé en el Colegio, pues ya había superado todos los niveles de español para extranjeros que podía cursar, pero volví a encontrarme con muchos de los colegiales que seguían allí. Fue emocionante volver a vernos, porque yo los identificaba con el Colegio, de hecho para mí ellos *eran* el Fray Luis.

Yo entonces tenía unos veinte años, una edad bonita con pocos problemas y muchas ilusiones, por eso cada sonrisa y momento pasado junto a ellos todavía consigue emocionarme. Son sensaciones y sentimientos que solo se pueden entender si los has vivido. Algo que solo un antiguo colegial puede comprender, y yo me considero una de ellos, porque, aunque fueron tan solo tres estancias de un mes durante tres años, viví esos meses con tanta intensidad que es como si hubiera permanecido un año entero en el Fray Luis.

Cada uno de los colegiales que compartió conmigo esos meses me aportó algo. Recuerdo la tarde que probé mi primera sangría; había ido a animar a los estudiantes españoles durante un partido, en el campo de fútbol que había debajo del Puente Romano que cruza el río Tormes, y me llamó la atención aquel enorme barreño de sangría con cubitos de hielo, algo que mis ojos nunca habían visto. Recuerdo las tardes en la habitación de algunos de ellos escuchando música española, o bien traduciendo la letra de las canciones italianas que les gustaban, o incluso estudiando y haciendo deberes. Del mismo modo, recuerdo tantas noches pasadas sentados en la escalera del colegio, charlando o cantando durante horas, a menudo acompañados por la melodía de una guitarra. Aunque mi primer impulso es no citar nombres por no omitir a nadie, pues me imagino que ellos saben quiénes son, pienso que tal vez les haga ilusión saber que treinta años después todavía los recuerdo, pues hay personas de las cuales me siento más cercana y no puedo dejar de tener un recuerdo especial para ellas, así que voy a recordar, por orden alfabético, a Chicho, Diego, Gonzalo, Íñigo, Javier, José Luis, Joshua, Juan Carlos, Marco, Modesto, Santi, Torino, Venancio, Vicente. Pido perdón por si me he olvidado de alguien. Con todos ellos, durante un mes al año y a lo largo de tres años, compartí mis alegrías y mis inquietudes, mis sueños y mis ilusiones. Bromas, anécdotas, alegrías y penas, despedidas y reencuentros, canciones, abrazos, miradas, anhelos, amistades auténticas y amores sinceros, un sinfín de experiencias y sentimientos que no he vuelto a vivir nunca más con tanta intensidad.

Pero el Fray Luis no eran solo sus jóvenes colegiales, sino mucho más, era una gran familia de la que yo sentía que formaba parte. De esa gran familia quiero volver a mencionar a Concha, ella era un referente fundamental para todos los que vivíamos allí, y lo sigue siendo. Una *hermana mayor* que estaba pendiente de todo lo que sucedía, nos daba buenos consejos y nos echaba la bronca para hacernos entrar en razón cuando era necesario. Una mujer generosa que me prestó su apoyo en más de una ocasión. Y recuerdo al director de entonces, José María León González, hombre afable y campechano donde los haya. Las tardes apacibles transcurridas en el salón de su casa con los colegiales bebiendo y cantando forman parte de mis mejores vivencias en el Fray Luis. No hay nada como salir con nativos del país para

aprender un idioma rápidamente. Relacionarme con la gente del Fray Luis fue la mejor manera de afinar el oído, aprender coloquialismos y sumergirme totalmente en el idioma y la cultura española. Aunque, si debo ser sincera, conocerlos y vivir con ellos significó para mí mucho, muchísimo más que aprender a comunicarme con fluidez en español. También recuerdo con gran cariño a dos personas entrañables, Don Marcelino, el administrador del Colegio, un señor de los pies a la cabeza, y doña Adela, su mujer. Recuerdo la vez que me llevaron a cenar al Mesón Cuatro Calzadas, a unos quince kilómetros de Salamanca. Recuerdo el viaje en coche y creo que jamás podré olvidar los cambiantes colores de aquel atardecer en los campos que rodean Salamanca. A pesar de no saber bailar sevillanas —a duras penas me defendía con la primera— en ese ambiente tan especial y acompañada por personas tan agradables, me animé a bailar, como si llevara toda la vida haciéndolo. En esos momentos, entre don Marcelino, doña Adela y sus hijos, yo me sentía una española más.

Inevitablemente, todos los años a finales de septiembre la experiencia del Fray Luis terminaba. Me esperaba la vuelta a casa, el curso en la universidad, las asignaturas, los exámenes, la rutina. Otro ambiente, otros amigos, otro idioma, otro país. Y, sin embargo, un lazo invisible seguía uniéndome al Fray Luis y a sus colegiales. Con Patrizia y Lella seguíamos recordando anécdotas divertidas que se convertían en tema de conversación durante meses, dentro y fuera de la universidad. Yo me encargaba de hacer copias de las fotos para enviarlas a los amigos del Colegio, nos escribíamos cartas y postales, confiando en volver a vernos al año siguiente, en septiembre. En julio de 1988 dos personas emblemáticas del Colegio, Concha y Torino, vinieron a Turín; juntos pasamos unas semanas muy bonitas, visitando otras ciudades como Milán y Venecia. Tras ese viaje, el lazo de amistad y cariño con ellos dos y con el Fray Luis se reforzó aún más.

A partir de ese primer verano de 1985, en mi casa la atmósfera de Salamanca y del Fray Luis empezó a respirarse por todas partes, contagiando a todo mi entorno, amigos y familiares. En la casa sonaba música española a todas horas, en la vitrina del salón cobraba protagonismo una calavera con la rana, que todo el mundo miraba con cierto recelo, y los diplomas acreditativos de los Cursos de Español colgaban de la pared de mi dormitorio, enmarcados en rojo y amarillo. Allí siguen, en la misma pared, a distancia de treinta años. En aquel tiempo toda mi familia *sufrió* la fiebre de Salamanca y del Fray Luis. Mi hermano mayor, apasionado de cantautores italianos y franceses, quedó fascinado con las canciones de Serrat y Sabina, se compró un diccionario y empezó a traducirlas. Fue muy valiente, pues ¡no sabía una palabra de español! Años después, tras una ardua y minuciosa tarea, había traducido al italiano la *opera omnia* de ambos cantautores, y todo gracias a aquel colegial que me los hizo conocer. Podría contar decenas de anécdotas como esa. Recuerdo con cariño la cara de mi madre, entre sorprendida y desconcertada, que no entendía por qué tenía que comprar dos cintas de tela de raso de unos cinco centímetros de ancho y metro y cuarenta de largo para bordar en ellas una frase con hilos de colores. ¡Qué sabía ella de chicos tocando y cantando por las calles con capa y traje de terciopelo negro! Pese a ello, me ayudó a bordarlas. ¡Cuántos pinchazos les procuraron a mis dedos aquellas dos frases, que le dediqué a alguien a quien hubiera esperado toda la vida, si solo me lo hubiese pedido!

Han pasado los años, nos hemos hecho mayores, pero la experiencia del Fray Luis ha sido única, y gracias a la oportunidad que me han brindado la dirección del Colegio y la junta directiva de su Asociación de Antiguos Colegiales he podido

contar una parte de mi historia y plasmar en palabras tantas emociones, saboreando desde el presente aquellas vivencias que quedaron lejanas en el tiempo, y que han vuelto a ser actuales en estas páginas.

La vida me alejó de Salamanca, pero no logró separarme de España. No me quedé en la Universidad decana de este país, pero acabé en otra de las universidades con mayor solera, la Universidad de Granada, con sus casi quinientos años de historia. Si miro hacia atrás, siento que existe una línea de continuidad entre aquella *colegiala de verano* y la profesora de Traducción de hoy. Si me paro a hacer balances, buceo en el pasado y pongo sobre el papel estos últimos treinta años, me doy cuenta de que Salamanca y mi experiencia en el Fray Luis fueron determinantes en mi vida y me ayudaron a crecer personal y profesionalmente. Tal y como escribí al principio de esta aportación, existen momentos del pasado que de alguna manera definen nuestro presente y nuestro futuro.

Quiero dedicar estas páginas a todos aquellos con quienes compartí esa época tan especial e irrepetible. Todos nosotros atesoramos experiencias cuyos recuerdos se instalan definitivamente en nuestro interior y nos acompañan para siempre. El tiempo pasado en el Colegio Mayor Fray Luis de León representa una multitud de recuerdos que, transcurridos tantos años, me produce nostalgia, pero también una sensación mucho más dulce y agradable. Porque a veces recordar se convierte en un placer, y el placer de los recuerdos nos protege del tiempo que pasa.

En ese lejano verano de 1985 mis padres, sin saberlo, me hicieron uno de los mejores regalos de mi vida.

Turín/Granada

Doctora Europea en Filología. Facultad de Traducción e Interpretación de la Universidad de Granada.

El currículum vitae

Luis AGUERIA MARTINEZ
Colegial desde 1988

CUANDO OCUPÓ SU ASIENTO únicamente le quedaba escribir el párrafo autobiográfico que le había pedido Juan para introducirle en la conferencia.

–Ya sabes, Félix, yo podría sacar un extenso currículum cronológico tuyo desde que comenzaste la carrera en Salamanca. Pero creo que, si lo escribes tú, le pones el alma, y eso va a quedar mucho mejor para presentarte.

Félix miraba pasar el paisaje por el cristal y le dio la sensación de que de esa misma forma habían pasado todos esos años. En cámara rápida. Alegrías seguidas de tristezas, fracasos y éxitos. Ciudades, países, reconocimientos, apretones de mano. Amigo, cuánto te quiero. Sacó el folio en blanco y el bolígrafo *Pilot* punta fina. Lo acercó al folio. Una voz lo detuvo,

–Mientras pasábamos el puerto camino de aquí vi el lobo. Y le digo que yo conozco al lobo. Soy de Sanabria, cerca de Zamora, y de pequeño trayendo las ovejas a la majada me encontré con uno mirándome fijamente con cabeza baja.

Entre los vicios de Félix estaba el del silencio. Especialmente cuando se concentraba no era dado a entablar una conversación con nadie, ni siquiera si ella le parecía atractiva. Levantó la vista y miró con cierto asombro al hombre, su vecino de tren,

–¿A qué se dedica usted? ¿es escritor? Lo digo por la hoja de papel. Yo soy pastor, bueno lo fui, hay gente que esto no lo dice, pero, ya ve, yo sí, no tengo nada de lo que avergonzarme.

–No, no. Únicamente tengo que escribir una nota biográfica para una conferencia.

Respondió Félix mientras volvía a poner la vista en el folio acercando de nuevo el bolígrafo,

–Yo, es que este mundo en el que vivimos hoy no lo acabo de entender – insistió su vecino intentando de nuevo establecer conversación.

Si algo había aprendido Félix en su etapa de colegial era que la magia de descubrir algo por sorpresa podía llegar de la forma más inesperada y, a menudo, de la persona menos esperada. Durante aquel primer mes transcendental en el Mayor interiorizó que cuando uno llega a vivir donde otros ya viven, cuando alguien se mezcla con una diversidad de orígenes, pensamientos y disciplinas, de entre las buenas soluciones

hay una mejor; el adaptarse. Esa suerte de haber pasado por un lugar tan heterogéneo como un Colegio Mayor Universitario –más allá de la uniformidad que brinda el aula de una carrera universitaria– hizo que a lo largo de su vida para él fuese fácil aceptar con naturalidad que siempre hay alguien que de algo sabe más, que siempre hay alguien mejor que uno mismo. Aceptarlo y sacarle partido. Y todo aquello era lo había aplicado una y otra vez a lo largo de su vida (y es que, ¿no sería este su único secreto?). Con acierto había sabido estar cerca y aprender de aquellos que sobresalían en algún aspecto en concreto o en algún conocimiento en particular y esto –probablemente más que nada– había allanado el camino desde el primer día en la Universidad hasta el salón de actos donde tenía que dar la conferencia horas después. *Al final del día, no ha sido más que repetir una y otra vez el procedimiento aprendido desde que pisé ese Colegio* recapacitó en silencio mientras comenzaba a dirigirse al pastor,

–Vio al lobo, dice usted. Lo cierto es que yo nada sé de lobos.

–Y tanto que sí, ya se lo digo yo, pero los que usted conoce tienen dos patas nada más –remató el vecino riendo.

Félix sonrió sin dejar de mirar a aquel hombre (un tipo de lo más interesante) al mismo tiempo que le venía a la memoria cómo, años atrás, las novatadas habían hecho su impagable función de centrifugadora de prejuicios. Estaba claro, es realmente en esa edad tan receptiva cuando ocurre todo; se sale del entorno donde se ha crecido –ese entorno que se domina, gente y amigos de siempre, convicciones de meditación enclenque, razonamientos de a perrona grabados a fuego– y se entra en un hábitat nuevo (por ende, hostil) lo que lleva a la perentoriedad de rodearse de otros en la misma situación. Todos diferentes hace un día, todos iguales ahora. La necesidad de hacer piña con personas que horas antes eran desconocidas y de buscar complicidad con alguien que sólo unos días atrás en el ambiente origen hubiera podido ser objeto de un prejuicio sumarisimo sin motivo alguno. Todo ello había sido un ejercicio de asombrosa riqueza y probablemente una de las cosas más diferenciales de vivir la epata de estudiante como colegial: convivir, convivir y combinar el estudio con la tertulia y con el bar.

–No me diga que ya llegamos, se ha ido el tiempo volando.

–Sí, es lo que tiene el hablar. Yo de pastor hablaba poco y ahora, ya ve, que no callo, ¡Ni le he dejado escribir!

–No se preocupe, no, en absoluto. Me alegro más de haber aprendido del lobo.

–Sí, sí –rio el pastor– uno se cree que se las sabe todas, pero, créame, siempre se es novato con el lobo.

¡Taxi!

Acérqueme, por favor, al Salón de Congresos.

Otra vez un paisaje a través de la ventanilla (esta vez urbano) invitaba a Félix a la reflexión *En realidad hay decisiones que tomas por convencimiento, otras por que toca, algunas porque no queda otra y pocas porque pasabas por allí. Qué casualidad es la vida, una de las verdaderamente importantes fue debida a que pasaba por esa Plaza de allí.* El folio seguía doblado en dos partes, el bolígrafo moviéndose entre los dedos y Félix absorto reviviendo su ciudad porque, aunque no hubiese vivido en ella más que en sus años de estudiante, sentía que estando allí estaría siempre en su ciudad.

Destapó el Pilot punta fina y mientras escribía el currículum recordaba las palabras de su compañero de viaje *Uno siempre es novato con el lobo. ¿No será que uno*

siempre es novato en la vida y que precisamente la vida pierde toda la aventura si se deja de ser?, caviló.

Ya ubicados en la mesa del Salón de Actos, Juan, el presentador de la conferencia, se dirigió a Félix en voz baja,

–Félix, ¿tienes por ahí tu apunte autobiográfico?

Félix arrastró sobre la mesa aquel papel doblado, acercandoselo al presentador. Juan abrió el folio y leyó para si mismo lo que en él estaba escrito. Volvió el rostro de nuevo hacia Félix encontrándose con la mirada de este. Micro abierto:

–Estimada audiencia, autoridades, profesores... le pedí a nuestro ponente una nota autobiográfica de entrada, quizás un resumen curricular de sus muchos logros conseguidos, pero, en definitiva, le pedí una nota donde él mismo pusiera el alma. Pues bien, según lo escrito tengo hoy el inmenso placer de presentarles a:

Félix Ridruejo de Martínez.

Colegial Mayor del CMU Fray Luis de León de Salamanca.

Y Félix comenzó su exposición.

1996-2004 Pequeñas transiciones

Laura JAMBRINA ALONSO
Colegial desde 1996

LEGUÉ A LO QUE ENTONCES ERA LA RESIDENCIA UNIVERSITARIA FRAY LUIS DE LEÓN un domingo 29 de septiembre de 1996 para pasar allí los siguientes ocho años de mi vida, pero mi historia con el Fray había empezado mucho antes, a los nueve años. Recuerdo la sensación de acercarme a sus puertas en los años 80. Era una fría tarde de enero y yo subía con mis padres por una poco iluminada calle Compañía para adentrarnos luego en la calle Serranos, con un ambiente muy distinto al actual, tan cuidado y reformado. Eran los años en que la droga causaba estragos y quedé muy impresionada por el ambiente de ‘mayores’ que se vislumbraba al irnos acercando al antiguo Colegio. Pese a ello, la belleza del entorno y el aire histórico que desprendía me deslumbró. Íbamos a visitar a un primo que residía allí y me dije que a mi también me gustaría estudiar tan cerca de la Catedral, de la Pontificia, del edificio histórico y del Palacio de Anaya. Fueron mis padres los que me sacaron de mi error descartando la posibilidad sin comprender muy bien por qué me sentía decepcionada: «Es un colegio masculino, sólo para chicos. Tú tendrás que ir a uno femenino, como el de tu prima».

A mi el de mi prima no me había gustado nada y siguió sin hacerlo en la siguiente década cuando volví a Salamanca a buscar residencia. Enterada de que el Fray Luis ya era mixto comuniqué a mis padres mi deseo de no optar por ninguna otra residencia. Así han sido casi todas las buenas decisiones de mi vida, instintivas y sin plan B. A ellos, claro, se lo argumenté más racionalmente: la ubicación, el buen estado de las instalaciones, que dos amigas mías también iban a ir... y casualmente, el feliz hecho de que no hubiera una hora fijada para volver por la noche. Esto, por supuesto, no era una cosa menor en mi escala de prioridades de entonces. Tampoco para mis padres, aunque por todo lo contrario. Mixto y sin horario era precisamente todo lo que ellos no querían para mi. Como había visto que en la fachada ponía Colegio Mayor y eso me hacía pensar que aún lo era les expliqué las bondades de los clubs y grupos culturales para la vida universitaria. Este les pareció un argumento suficiente para al menos permitirme solicitar una plaza con la condición de que a cambio accediera a contemplar otras posibilidades. Desde mayo hasta julio

visité con mis padres todas y cada una de las residencias femeninas de la ciudad. Las recién reformadas, las que ofrecían apartamento o habitación individual, las situadas en el centro o cerca de mi facultad... Pero ninguna otra era el Fray Luis y me iba quedando sin argumentos que mis padres no pudieran refutar, salvo por lo de que ninguna era Colegio Mayor. Era una tortura asistir a las entrevistas y que siempre me seleccionaran pese a hacer mis mayores esfuerzos por no resultar muy simpática y así dejar bien claro que no era yo la que estaba interesada en vivir allí. Ese verano fue intenso en mi casa. Especialmente cuando la esperanza paterna de que no fuera aceptada en el Fray Luis –nos habían dicho que con tan pocas plazas vacantes la nota de corte sería altísima– se viera frustrada a principios de agosto. Ese año pasamos las vacaciones en Santander y tras varias discusiones sobre los verdaderos motivos que me llevaban a preferir el Fray, alguna semana sin hablarme y mis negativas a elegir otro sitio en el que depositar la fianza, conseguí que me dejaran probar un año bajo promesa de aprobar todas las asignaturas.

Así fue como llegué ese domingo 29 de septiembre al Fray Luis. Entre asustada y eufórica crucé la entrada y me presenté en Conserjería. Todo comenzó a pedir de boca. Había conseguido una habitación individual, la 313, pequeña pero muy mona, que, tristemente para mi, se ha convertido en hueco de ascensor y sala común, ambas cosas muy necesarias por otro lado. Mis padres mantuvieron el tipo con gracia hasta que descubrimos que en la 309, 311, y 315 –es decir, en todas las habitaciones que me rodeaban– había chicos. Por un momento pensé que me iban a obligar a coger las maletas para irnos como habíamos llegado. He de agradecerles que muy a su pesar sólo se limitaran a comentar entre dientes que no les había dicho que los pasillos no estaban separados por sexo. Los pobres se fueron completamente resignados y haciéndome prometer mil y una veces que si me encontraba a disgusto les llamaría *ipso facto*.

He de reconocer que en el mismo minuto en que cerraron la puerta el corazón me empezó a latir a mil por hora, notaba sequedad en la garganta y una fuerza oprimiéndome el estómago. Terminé de ordenar las preciosas pertenencias que cuidadosamente había elegido para mostrarle a ese nuevo mundo mis señas de identidad –un póster de la película *Reality Bites*, varias fotos de Kate Moss en anuncios de Calvin Klein, *cassettes* con canciones favoritas y fotos mías y de amigos– todo muy «Generación X». Decidí que siendo ya medianoche, lo mejor que podía hacer era preparar el material escolar para el día siguiente y acostarme para empezar con buen pie la universidad.

El momento de ingenuidad duró los cinco minutos que faltaban para medianoche. A lo lejos comencé a escuchar llamar en las puertas y las voces de quienes sólo podían ser las señoras y señores veteranos llamando a filas a toda la población de novatos. Me estremecí bajo la colcha y en un momento de flaqueza me fui a esconder al baño, lo admito. Esperé a que pasaran por mi puerta y llamé a una de mis amigas de Zamora que había insistido en salir esa noche. Como una cobarde quedé con ella y conseguí el dudoso honor de que en Conserjería me conocieran por ser la novata que más tarde había regresado al Colegio de esa promoción –creo que eran las dos de la tarde–.

Hice lo mismo durante dos noches, y a la tercera –siempre hay una tercera– fui detectada en los alrededores del bar Soho y conminada a unirme al grupo de novatos. Ya no hubo escapatoria. Las novatadas consistieron principalmente en sacarnos de fiesta, recibir bebidas que antes habíamos declarado odiar –en mi caso, vino y

tequila— y cuidar de unos huevos pintados con caritas a los que se nos pidió cuidar y conservar hasta el fin de las mismas. En esas sesiones nocturnas encontré a una de mis grandes amigas —que, todo sea dicho—, necesitó que coincidiéramos un par de veces para recordarme a la luz del día. También es cierto que durante las primeras semanas casi ninguno de nosotros era capaz de orientarse por Salamanca de día sin tomar como referencia los distintos bares que habíamos visitado en nuestras incursiones nocturnas. La eficacia como aglutinador de esta convivencia inicial se probó en poco más de tres semanas. Para la Fiesta del Novato mis mejores amigas eran algunas de las veteranas que más temor me habían infundido en un principio, y ese día en la calle Jesús, recibieron voluntariamente tanta agua como yo en el bautizo de novatos que se organizaba con las residentes del Santa Inés.

A partir de entonces ya no hacía falta que los veteranos vinieran a buscarnos. Nos presentábamos todos en la cafetería donde Jeremías Vicente Sánchez, *Jere*, servía las primeras copas. Ese lugar por él regentado se convirtió en el centro de reunión para cualquier propósito que no fuera el estudio: ahuyentar el aburrimiento, unirse a quienquiera que hubiese decidido salir una noche en particular, matar el hambre de media mañana, desayunar si se nos había pasado la hora del comedor, y no pocas veces, comer algo que se nos antojara más apetecible que lo ofrecido por la contrata de turno. A lo largo del primer trimestre se disputaba un campeonato de mus allí, «en donde Jere», que hacía que no sólo compitiéramos con las cartas, sino que nos apresuráramos a comer para conseguir una mesa en la que jugar la partida. Esto condicionaba a veces la elección de compañeros de mesa en el comedor, ya que se respetaba fielmente la regla no escrita de esperar hasta que el último comensal hubiese terminado, y en no pocas ocasiones la desesperación y cierta irritación mal contenida eran visibles en los rostros de los que ansiosamente aguardaban.

Pero la cafetería de Jere era algo más que eso. Era el lugar para ver y dejarse ver, donde celebrar y festejar, donde se cruzaban miradas y se compartían rumores, donde desahogarse en épocas de nostalgia, dificultades amorosas y problemas de toda índole. Pero pronto se aprendía a tener cuidado porque tanto en ella como en la Sala de Prensa cualquier confesión pronunciada entre dientes podía ser ávidamente captada por insospechados oyentes a la espera de jugosos chismes. La Residencia era un microcosmos social. Uso el término ‘Residencia’ porque por aquellos entonces el Mayor se había visto rebajado a tal condición. Tras su renovación se decidió convertirlo en Residencia Universitaria despojándolo de su Estatuto.

Sentí cierta desilusión cuando se nos informó de las características de la Residencia en la primera reunión del curso 1996-97. Había deseado poder formar parte de alguna comisión colegial y sentía gran interés por participar en actividades culturales dentro del marco de un Colegio Mayor. En esa primera asamblea se nos dio la bienvenida al «buque insignia de la Universidad de Salamanca» y se nos encumbró como «la flor y nata» del Servicio de Colegios y Residencias de la Universidad debido al alto nivel académico necesario para ser aceptados como residentes. Acogí esas palabras con una mezcla extraña de orgullo y añoranza de lo que una institución así hubiera podido ofrecer de ser un Colegio Mayor. Aún así algo del viejo espíritu colegial pervivía en la exquisita selección de vídeos de películas clásicas de la filmoteca y de discos en la Sala de Música. También persistía un grupo de teatro al que me incorporé con gran interés y que tras realizar ensayos durante el primer trimestre hubo de cancelar la representación de *La casa de Bernarda Alba* por indisposición de su director.

A pesar de todo ello, la vida cultural y la variedad social a la que tuve acceso durante los ocho años que residí en el Fray Luis excedió con creces a la que podría haber disfrutado en cualquier otro de los centros que había visitado. De ese primer año recuerdo la excitación de las primeras fiestas, el nerviosismo ante los preparativos, la absoluta incredulidad con la que asistí a la elegante Fiesta de Mayo en el Patio de Escuelas Menores. ¡Qué tremendo lujo pisar las piedras de ese claustro!

En mayo de 1997 los residentes tuvimos el privilegio de acceder a ese patio por las escaleras del Mayor una vez más con motivo de la visita a la Residencia del entonces Príncipe de Asturias, hoy Rey de España, Felipe VI. El acto se planeó con gran cuidado y durante semanas, el Fray fue un hervidero de actividad, con escoltas y policías que iban y venían, reuniones en las que ultimar los preparativos, risas y nervios. Hubo protestas entre los residentes masculinos de pelo largo por la exigencia protocolaria de recogerlo en una coleta y excitación general por cumplir con los requisitos de etiqueta en el vestido. Llegamos al Patio de Escuelas Menores, engalanado para la ocasión, por la puerta que lo comunica con la Sala de Prensa, antiguo Salón Rojo. Recuerdo el sonido de los tacones contra las losas de piedra. Siluetas armadas en el tejado de cada esquina del claustro se recortaban contra el crepúsculo. Desorientación, sorbos de peligrosísima sangría bien aderezada con canela, cortadores de jamón... y de repente, la altísima figura de quien solo podía ser el Príncipe caminando hacia mí, que me había quedado sola en mitad del Patio. Me giré para esconderme tras un grupo de chicas mucho menos tímidas que yo, y allí cobijada pude disfrutar de una amena conversación en la que descubrimos que la astrofísica era la vocación frustrada de la persona para la que se rumoreaba que se había reformado el Fray.

Ese primer año descubrí una nueva familia. Estaba formada por los 90 residentes del Fray Luis, pero también por los miembros del PAS, del comedor y de cafetería. Como en todas las familias había miembros que uno estaba deseando volver a ver, parientes con los que a veces se discutía y primos extravagantes que provocaban sentimientos a caballo entre la admiración y la envidia de su libertad. Pero el sentimiento era de familia, de sentirse identificado y pertenecer a una comunidad.

Agentes que contribuían a tales sentimientos eran las novatadas integradoras, la megafonía —que jugaba un papel fundamental para que aún recordemos el nombre y apellidos de la mayoría de nuestros compañeros, en especial aquellos cuya combinación resultaba más sonora o graciosa—, la búsqueda desesperada de silla los domingos por la noche para ver el episodio de Friends, las merendolas improvisadas en la biblioteca pequeña o en cualquier habitación para reponer fuerzas y seguir estudiando... o acabar por dejarlo todo para el día siguiente tras decidir tomar solo una cerveza... Recuerdo también las clases de aeróbic con Guadalupe Rodríguez Porro en el Bartolo, las tardes compartiendo secretos y música *sotto voce*, las partidas de rol en la sala de música con Jesús Rodríguez Ferreras y Adrián Caraballo, las sesiones de clásicos del cine en la sala de TV con Miguel Ángel Leyte Cidoncha, el conserje, que era como el ángel de la guarda que nos cuidaba y socorría. Siempre tenía una película en la manga que aún no habíamos descubierto, o algún juego divertido que conseguía crear conciliábulo en torno a él y por ejemplo, un Catán, cada madrugada. Era él quien organizaba cada año una porra de los Oscar que Vicente Marcet ganaba año tras año y que reunía a todo el Fray en la sala de TV. Esa misma sala en la que atónita vi en directo como un segundo avión chocaba contra la otra torre y Nueva

York cambiaba para siempre. La misma en la que vi participar a una de mis mejores amigas y compañeras del Fray, María González Mata, en el 50 x 15.

Descubrimos rincones de España y del extranjero yendo a visitar a nuestros amigos y compañeros a casa, o cuando estaban de Erasmus. Llorábamos al separarnos cada Navidad, Semana Santa y verano. Leí y escribí mis últimas cartas y postales para reducir la sensación de ausencia antes de comprar nuestro primer móvil. Éramos una familia. Una familia que a lo largo de ocho años se amplió y se convirtió en mi otra familia, la de los amigos de corazón.

Mis ansias de vida cultural se vieron colmadas cuando una Directora Delegada, Iciar Fernández Marrón, nos propuso participar en la selección de candidatas para formar un grupo de debate que representara a la Universidad de Salamanca en la primera edición de la Liga Universitaria de Debate. Se disputó un debate en el rectorado y se crearon dos grupos, uno casi íntegramente formado por residentes del Fray Luis. Tuve la suerte de participar como oradora dos años. El primero, fuimos cuartofinalistas. El segundo, semifinales. Fuimos tan afortunados como para disputar uno de los debates contra el equipo que finalmente resultó ganador de la LNDU 2001 en el Paraninfo de la universidad.

Ese curso 2000-01 se me propuso como Coordinadora (puesto asimilable a la Jefatura de Estudios) de la Residencia. Los siguientes cuatro años marcaron una nueva etapa de mi vida en esta institución. En 1996, cuando llegué por primera vez al Fray Luis de León era rector de la universidad de Salamanca D. Ignacio Berdugo, directora del Servicio de Residencias, Colegios y Comedores Dña. Esther Martínez Quinteiro y Director Delegado de la R.U. Fray Luis de León D. Pedro Nevado Moreno. Entonces la figura de Jefe de Estudios había dado paso a la de Coordinador, con atribuciones y funciones propias no especificadas, salvo las otorgadas por el Director. Durante mis dos primeros años en el Fray Luis fue coordinador D. Rodrigo Bernaldo de Quirós (1996-98). Mis otros predecesores fueron D. Hipólito Gutiérrez García (1998-99) y D. José Nespereira Jato (1999-2000). Siempre había escuchado decir entre los residentes que nunca habría una directora, y mucho menos una coordinadora en el Fray. Y en el breve espacio de dos años se derribaron ambos mitos. Tras Dña. Iciar Fernández Marrón, fue nombrado Director Delegado Javier Cortázar Estivaliz, a quien agradezco que me mantuviera la confianza para continuar como coordinadora. Javier venía del C.M. Hernán Cortés que por aquellos entonces era el único Colegio Mayor que le quedaba a la Universidad de Salamanca y traía esa visión de colegial y de vida cultural.

Y fue precisamente ese ambiente cultural y una mayor integración en la vida colegial a lo que se aspiró en aquellos años en que con la ayuda de residentes y amigos plenamente involucrados en devolver al Colegio su esplendor se organizaron ciclos de conferencias y otras actividades culturales que hacía mucho no se celebraban. Se organizó un ciclo en torno al Estatuto Vasco que trajo a ponentes de primer orden del PNV, PP y PSOE vascos como Carlos Iturgaiz o Nicolás Redondo Terreros. Con la inestimable ayuda de Alejandro Martín López se cerró otro ciclo sobre arte en la generación de Ouka Lele.

El culmen de esos cuatro años fue la organización y celebración del L Aniversario del Colegio Mayor en 2004. Nunca podremos agradecer suficiente la ayuda de residentes como Alejandro Martín López, Javier Martín Roldán –que me sucedió como Coordinador–, Fernando Iglesias y también del personal del PAS, con Mari Luz a la cabeza y la siempre diligente Paqui siguiendo las instrucciones de

Concha y de Torino para poder reunir a los asistentes, acogerlos y acomodarlos. En esta celebración tuve ocasión de volver al Paraninfo y conocer a muchos antiguos colegiales que han pasado a formar parte de la gran familia del Fray, como Manuel Gutiérrez Tió, José Luis Gómez Pascual o Carlos Sanz Romero. Me gustaría pensar que esta celebración ayudó de algún modo a sentar las bases y sirvió como antesala del inmenso logro obtenido por D. Genís Sastregener Surroca, bajo cuya Dirección el Fray Luis de León volvió a ser un Colegio Mayor.

Pensar en el Fray Luis trae a la cabeza innumerables recuerdos, no es una experiencia homogénea. Hay tantos Fray Luises en mi recuerdo como emociones y etapas vitales experimenté allí. Esta el Fray Luis primero, el de mis novatadas, el de Susana Merino Verdejo, María González Mata y Teresa Alonso Cortés, de Carlota y Vero, Beatriz Vesga y Guillermo López-Anglada. El de los primeros amores y corazones rotos. El de las noches interminables de fiesta. El de otras noches sin dormir estudiando. Está el Fray Luis de mi querida hermana María José, el de Javi y Alejandro. El de mi adorada Olga Vara y el de Javi Ruano –mi asombroso Mr Potter–, el de Álvaro Inglés, el de Hernán Rodríguez Velasco, Olga Campo y la deliciosa Ingrid Riesco. Fue precisamente esa generación (Juan Raigada, Eva González, Juan Ayllón...) la que en el último jueves lectivo de diciembre de 1999, viendo que el Fray Luis estaba casi vacío se unió a instancias de Ángel Cara Maldonado para despedirse del año con su familia de amigos. Con unas gominolas, cava y turrón recibieron el nuevo año en la Plaza Mayor. A estos precursores de la Nochevieja Universitaria se les fueron uniendo colegiales, amigos y otros estudiantes en los años sucesivos. Y lo demás es historia ya. El Fray Luis de Concha y todos los miembros del PAS que facilitaron la vida colegial, Paqui Muriel, Mari Luz, Agustina, Edu, Miguel y, por supuesto Jere y su digno sucesor, Alberto Nieto Recio. Está también el del desencanto y el del reencuentro simbolizado en una bandera del Fray Luis que bordó la abuela de Alejandro. Todos los que han estado, todos los que están y los que seguirán estando. Por vosotros, por mis amigos del alma, a los que ya no están, de los que hace tiempo que no sé, por mi rincón en Salamanca, por mi otra casa, por lo que fuimos y lo que somos, muchas gracias. Como decíamos ayer y como diremos siempre.

Laura Jambrina Alonso fue la primera mujer en ocupar la Jefatura de Estudios en el Colegio. Licenciada en Filología Inglesa, Licenciada en Traducción e Interpretación y hoy dedicada a la docencia en la Escuela Oficial de Idiomas de Zamora.

De como aprendí que el tiempo y la distancia son obstáculos que se pueden vencer

Alejandro MARTÍN LÓPEZ
Colegial desde 2001

SON CERCA DE LAS ONCE DE LA MAÑANA, un grupo de colegiales estamos esperando en el claustro de las Escuelas Mayores a que llegue el Rector y parte del equipo directivo para inaugurar una pequeña exposición que recorre los primeros cincuenta años de vida del Colegio Mayor Fray de León. El panorama es bastante desolador. Gafas de sol y ojeras esconden la primera vez que en muchos años se han reencontrado diferentes generaciones de colegiales en una noche que se hizo mañana. Mientras esperamos observo a un caballero bastante mayor, vestido con un traje suficientemente elegante y demodé, como para entender que para él las modas son cosa del pasado. Es evidente que espera intranquilo la llegada de alguien. Al fin, vuelve una de las esquinas del claustro otro caballero que también peina canas, y que aunque no se mueve con la ligereza de antaño, aprieta el paso para fundirse con él en un abrazo que detiene el tiempo. Cuando aciertan a separarse, con los ojos húmedos, buscan en las arrugas del otro el rostro del que fue su compañero en aquel primer curso de 1954. Desde entonces no se habían vuelto a ver físicamente, aunque si mantenían el contacto epistolar y telefónico. El sentimiento de envidia que sentí en ese momento solo lo superaba el deseo de que cuando se celebre el primer centenario del Colegio, me pueda encontrar con aquellos con los que en ese momento compartía mis años universitarios.

Ser testigo de esta escena es el final de un camino que para mi empezó en septiembre de 2001 cuando llegué por primera vez a la R. U. Fray Luis de León. Fue un camino apasionante, enriquecedor y sobre todo muy divertido que me gustaría compartir con vosotros, compañeros.

A veces, las circunstancias desencadenan situaciones inverosímiles como por ejemplo el origen de mi implicación en la vida colegial. Durante mi primer curso como residente del Fray Luis me dediqué básicamente a descubrir. Descubrir que la carrera que había elegido era muy distinta a lo que había imaginado. A descubrir que la vida nocturna de la ciudad es casi tan educativa como las aulas de su universidad

y que las partidas de trivial interminables en la conserjería del Colegio Mayor se pueden convertir en un sustituto del descanso nocturno si tu compañero de habitación ensaya durante horas con su piano. Como es lógico, con más de ochenta compañeros, también a lo largo de ese curso fui descubriendo con quienes tenía más y menos afinidad.

Pero si hablamos de circunstancias no puedo por menos que recordar las elecciones rectorales de 2002. La ciudad estaba inmersa en los fastos del Año Europeo de la Cultura y un viejo equipo rectoral hacía los últimos esfuerzos por arrancar del electorado universitario otros cuatro años de gobierno. Las previsiones no eran halagüeñas para el Rector y su equipo. En la búsqueda del voto de los estudiantes que vivíamos en los colegios y residencias de la universidad los candidatos mejor situados vinieron a explicarnos su programa de gobierno. Aquello que más que una acción efectiva lo era efectista hacia los estudiantes, se convirtió en el origen de una dinámica que terminaría germinando en un cambio importante para el Colegio Mayor. Alguien tenía que mover las sillas que convertirían el Salón Rojo en auditorio para los candidatos y el equipo de dirección reclutó estibadores entre aquellos a los que se nos daba mejor gastar el tiempo entre la cafetería, el tapete de mus y la *biblioteca pequeña* (reconocido espacio de estudio relajado y perniciosos contubernios en aquella época).

Me gusta pensar que Laura Jambrina, Concha Sánchez y Javier Cortazar –nunca un *indio* del Hernán hizo tanto por el Fray Luis de León–, vieron en ese pequeño grupo de colegiales la posibilidad de recuperar parte de la cultura colegial que se había perdido desde la reforma de los años noventa. Tal vez, porque encontramos en la primitiva organización de conferencias y actos culturales parte del sentimiento de pertenencia que no habíamos encontrado en nuestras respectivas facultades. Tal vez porque nos encantaba la posibilidad de cotillear entre la colección de fotografías y parafernalia colegial antigua que atesoraba Concha en su despacho. Tal vez porque cualquier excusa es buena para dejar el tedio del estudio y apuntarse a un bombardeo. El caso es que ese segundo año tuvimos la oportunidad de escuchar y conocer personalmente a gente tan distinta como Nicolás Redondo Terreros, Carlos Iturzaiz Angulo, José L. Aguirre Gil de Biedna o José M.^a Gil Robles.

El curso terminó con lo que fue el prelude del año del L Aniversario. Por primera vez desde que el Colegio Mayor se había convertido en Residencia Universitaria, los residentes que terminaban la carrera ese junio recibieron una insignia de plata con las armas de Fray Luis de León. Hacía más de una década que la platería no recibía ese encargo. La fiesta de clausura de curso dejó de ser una cita exclusivamente social en la que los residentes podían invitar a sus conocidos a beber sangría en el Patio de Escuelas Menores, para convertirse en un acto académico en el que homenajear a aquellos que terminan sus estudios y recordar todo lo vivido durante ese tiempo entre los muros del Colegio.

Cuando comenzó el siguiente curso nuestro pequeño grupo de compañeros comprendimos que había cambiado la forma que teníamos de entender la vida de colegial y desde el principio comenzamos a desarrollar iniciativas que hicieran más cómoda nuestra vida allí. Pero nuestro horizonte estaba claro: ese curso 2003-2004, se cumplían los cincuenta años de la fundación del Colegio Mayor. El primer reto era actualizar la lista de antiguos colegiales, rastreando su paradero a través de los archivos del Colegio Mayor. Ese archivo estaba repartido en nuestras instalaciones entre el edificio y los almacenes de una empresa de transporte de arte que custodiaba

los fondos bibliográficos y el archivo del Colegio Mayor desde la reforma de los años noventa. Aquella biblioteca que estaba donde hoy está la cafetería había partido «temporalmente» hasta que el edificio volviese a usarse... y nunca volvió.

Hoy en día aquella tarea hubiera sido mucho más sencilla, pero en otoño de 2003 las herramientas de Internet no eran ni de lejos las que tenemos hoy. Desde los primeros alumnos del año 1954, Laura Jambrina, Concha Sánchez, Javier Cortazar, Fernando Iglesias, Javier Martín y quien os habla revisamos todos y cada una de las fichas de los colegiales y residentes durante aquellos cincuenta años, rastreando la forma de ponernos en contacto con ellos. Teléfonos y direcciones postales desaparecidas, compañeros fallecidos, colegiales a los que se les había perdido la pista después de tantos años o concienzudas secretarías que nos impedían acceder a los más ilustres de nuestros compañeros. Pasamos muchas horas en el despacho de Concha a la caza del mayor número de contactos posibles. Vivimos algunas jornadas muy frustrantes en las que no obtuvimos más que negativas o falta de noticias. Otras en cambio, compartimos momentos realmente cómicos, como cuando sonó el teléfono y un joven estudiante de derecho al descolgar recibe el siguiente mensaje de su interlocutor: *hola, bueno días, le llamo desde el Tribunal Supremo, de parte del Magistrado Ledesma...* Ver como la cara de nuestro compañero palidecía por momentos satisfacía horas de búsquedas infructuosas.

Cuanto más se acercaba aquel mayo, la actividad en torno a la organización se hacía más y más frenética. De paso, aprovechamos para recuperar algunos elementos que después de la reforma se habían perdido o habían pasado a un segundo plano. Evidentemente los fondos bibliográficos de los primeros cuarenta años de existencia de la institución. Al fin y al cabo, el estudio es el objeto primordial de nuestro Colegio Mayor. Pero también una colección de fotografía antigua que viajaba no solo por la historia del Fray Luis, sino también por la de la Universidad de Salamanca y la de España. Los cambios de costumbres, de moda y de sociedad quedaban reflejado en lo que luego sería aquella exposición que se inauguraría finalmente durante el Aniversario.

Llegó el fin de semana del L Aniversario en mayo de 2004. Volvía a ondear en la fachada del edificio el León rojo en su bandera blanca, como lo hacía desde la fundación del Colegio. He de decir en este punto, que con la llegada de los viejos colegiales también volvieron ese fin de semana las viejas costumbre canallas. Aquella primera bandera que colocamos para el Aniversario, que por cierto había cosido mi abuela, duró lo mismo que un pastel a la puerta de un colegio; la primera noche tras horas y horas de fiesta en la cafetería, alguien escalo el almohadillado de la fachada e hizo desaparecer la bandera, que terminaría izada en alguno de los hoteles de la ciudad.

Luego vinieron los discursos institucionales, el recuerdo para los que ya no estaban, emociones antiguas, las anécdotas interminables y la semilla de la que años después surgiría la Asociación de Antiguos Colegiales. De lo que vino después no puedo decir mucho. Estábamos tan agotados después de las últimas semanas que creo que muchos de los que habíamos trabajado en la organización solo recordamos escasamente de la cena algunas canciones sobre paellas y como caballeros de edad proveya bailaban como nadadoras de natación sincronizada.

No todo fueron celebraciones, fiestas y actividades culturales. Durante los años que viví en el Colegio Mayor aprendí a amar apasionadamente la carrera universitaria que el primer curso me había desorientado. Descubrí lo que a la postre sería

mi vocación académica. Gasté el tiempo en interminables partidas de *Risk* en la Sala de Música y diarias partidas de Mus en la cafetería. Dilapidé parte de mi herencia, mientras fraguaban una amistad inolvidable con Jere y Alberto en la barra de lo que tiempo atrás también había sido capilla del Mayor. Aprendí que lo mejor de gastar bromas es aprender a encajarlas cuando te vienen de vuelta.

Comenzaba este relato sobre mi paso por el Colegio Mayor rememorando el reencuentro de dos de los colegiales de la primera generación del Fray Luis. Lo recordaba con una mezcla de envidia y deseo a partes iguales. Sin embargo, si miro hacia atrás no puedo quejarme de emociones, porque aun recuerdo como me despedía entre lágrimas de alguno de mis mejores amigos (en este caso del estudiante de derecho que había recibido la llamada del Supremo, convertido en coordinador en aquel momento) y del personal de conserjería como si partiese a la Antártida en una misión mortal. Mi estancia en el Fray Luis de León está ligada a mi vida universitaria, pero también al paso del adolescente que era al intento de adulto que soy. Conforman una parte sustancial de mi paisaje emocional y de mis referencias morales en cuanto a conceptos como la amistad, igualdad y justicia. No por nada su insignia me ha acompañado en mis defensas de Trabajos Fin de Master y Tesis Doctoral, en mi primera clase como profesor en la Universidad, pero también el día de mi boda, que por cierto ofició otra de mis mejores amigas, también colegial. Todo lo bueno, pero también lo menos bueno que aprendí durante los días y las noches que corrí por los pasillos del Fray Luis de León forman parte de quien soy hoy.

Sería desleal con mi vida si dijese que los años en el Fray Luis fueron los mejores de los que he vivido hasta ahora, pero lo que sí puedo decir es que en las situaciones más importantes desde entonces siempre ha habido a mi lado, de una forma u otra, un compañero del Colegio Mayor. Y este es sin duda el mejor legado que he recibido del Fray Luis de León.

Licenciado en Historia por la Universidad de Salamanca y Doctor en Historia por la Universidad de Zaragoza. Arqueólogo.

La Capea

Pedro MURILLO PINILLA
Colegial desde 2008

QUÉ LOCO! Oh, cuán ingrata es a veces la naturaleza del hombre y que fácil tiende al prejuicio, juicios de valor que se desparraman de la boca sin tener certezas. Cervantes le sacó punta a esto, el Quijote no era loco, locos eran los demás. El tiempo pasa y nos muestra la verdad, ansiada perspectiva que hacer ver en la lejanía la totalidad de lo real.

Sería a principios de octubre, el curso estaba empezando, la montaña de libros no parecía tan alta y todavía hacia calor en Salamanca. Todo el que estudió añora estos días, de novatadas y garzonía... la primavera del estudiante. Al salir de la biblioteca un ambiente especial te golpeaba la cara, obligándote a ligar, jugar al mus o pasear, todo era novedad e inquietud, un brindar continuo de sonrisas ebrias de sexo.

Ya lleva tres años en el colegio, era un estudiante malo, siempre intenté ser honrado, cualidad que me terminó dando la segunda carrera que empecé, tenía una habitación para mí, de las grandes, los amigos en el pasillo y la vida profesional en el futuro, pero aun así estaba preocupado.

La noche antes de la capea estaba en mi cuarto dando vueltas en la cama, no podía dormir pensando en mi existencia, tenía una muerte reciente y eso te hace meditar, darte de bruces con la vida y romper la cotidianidad en la que el ser humano suele estar. Hacía poco que mi abuelo había fallecido, viejo aristócrata de ideas clásicas al cual admiré y respeté de pequeño hasta la idolatría. Me contaba historias de toreros, héroe clásico mediterráneo, hombre que hace realidad los sueños que su virilidad imagina... el desprecio por la muerte, en ese acto de libertad que es exponer tu vida por estética. Que forma de cagarse en el médico tan hermosa. Cuando eres hombre, de verdad, nadie del gremio de la salud te puede acojonar, eres consciente de que estas de paso por aquí y que lo único que importa es dejar un buen sabor de boca.

Pensaba esa noche durante horas y horas en mi abuelo, en los meses de verano que pasé entre hospitales. El año anterior, en un partido de fútbol con el Fray Luis me dieron un porrazo y me costó un riñón. Era portero, salté a despejar un balón con los puños y el delantero me clavo la rodilla en el costado, pitaron falta y quedé tendido en el suelo. Le dije a algún compañero que sacase por mí, aguanté en pie casi

todo el partido, recuerdo que me costaba respirar, lo hacía cada tres o cuatro segundos. Pensé que de portero no me hacía falta más, fui algo bruto, quiero suponer que iba en la edad, nunca había tenido una gripe ni pasado por un hospital.

Después del partido me fui a la residencia, quería tumbarme en la cama. Esa noche íbamos a salir, había una fiesta en el piso de unas chicas y tenía ganas. Un amigo enfermero me dio un calmante para el dolor, pretendía que saliese, según su pronóstico a la tercera copa el dolor quedaría en nada, menos mal que el bueno de Manuel me convenció de lo contrario y nos acercamos al hospital. Allí en la sala de espera caí inconsciente, supongo que como un árbol talado. Lo único que recuerdo es sentirme mal y quedarme dormido poco a poco, tras un destello desperté y vi al médico y a mi amigo con cara de pánico, la vitalidad me fue otra vez dada y pase a sentirme bien.

Entré en observación al momento, después me hicieron pruebas y ya tarde me acabaron ingresando toda la noche. A la mañana siguiente me despertó un hombre gordo, feo, joven, coleta en la nuca, camisa de metálica bajo la bata, sonrisa entre granos. Probablemente vino de orígenes humildes y ahora era todo un residente, su abuelo sería supersticioso y él era un hombre de ciencia, del siglo xxi.

—Esto va a molestar un poco, te vamos a meter un catéter de la vejiga al riñón.

—No importa, aquí tenemos uretra ancha.

Me mostró una silla para abrir las piernas, la cosa me hizo gracia, cual parturienta me senté, aparecieron dos enfermeras en practicas de la pontificia y allí estaba yo, con todo al aire y el de metálica enfrente, las dos ayudantes a los lados a cada cual mas guapa. Que bonito lienzo debía ser.

—Como me toque alguna de estas se pone dura y el coletas este no va a poder realizar la operación (Pensaba yo, creo que en bajo).

Apareció el gordo con el estoque, una vara de tres palmos con una cuerda en la punta. ¡Grité! Grité mucho.

Tras unos cuantos meses con el catéter, el jefe de planta me comentó la necesidad de quitar el riñón, lo hizo como cuando llevas el coche al mecánico y te dice que el cigüeñal está roto. En la facultad les enseñan las fases del enfermo: negación, enfado, negociación, depresión, aceptación... Que burda es la psicología que nos trata a todos de la misma manera siendo el ser humano tan único, la razón individual pasa a un segundo plano para que el entorno diga como tienes que ser, como es normal que te sientas. Con que prepotencia actúan las ciencias de la naturaleza en esta época.

Fueron meses difíciles en los que en el Fray Luis me trataron con cariño, como hace una familia. Intuían lo que me pasaba y no hablaban de ello, me conocían y no magreaban el tema. Cuando estuve mal me visitaron en el hospital, me apoyaron en lo poco que sabían pues siempre fui reacio a hablar de los problemas.

Cuando se organizó la capea ya estaba sano, me quedaba de aquello una costura y miedo. Era una fiesta en el campo durante todo el día, con barbacoa y cerveza. Soltaban tres o cuatro vacas como gatos y nos divertíamos, me encantaba. La noche antes no era capaz de dormir pensando en las frases del urólogo...

—Te queda un riñón, es importante que lo conserves, evita las situaciones de riesgo.

Terminé durmiéndome a las 5 de la mañana, cuando me desperté ya serían las 12, estarían por la segunda vaca, me vestí despacio, con la solemnidad de alguien que sabe que la va a liar, mire al espejo y vi la cicatriz, me puse una camiseta negra y unos pantalones vaqueros, vestimenta que me permitía ligar con cualquier tipo de

mujer sin que supiese mi condición e ideas. Necesitaba algo fuerte de beber así que pasé por el supermercado y compre una botella de Chivas para mí solo, con vasos de chupito, ese día no se escatimaba. Solo pensaba en el presente, eterno presente perpetuo. Me monté en el coche y conduje a la plaza de toros de Cuatro Caminos.

Entré en la plaza y vi la vaca, no vi nada más, estaba en una realidad que no era la mía. Me fui corriendo a ella y la salte por encima, ganado resabido la vaca no humilló y saltó también, como un central que va a rematar me golpeó en el muslo y me hizo dar la vuelta en el aire para caer de rodillas, la gente quedo perpleja. ¡Oh que loco! Pero yo no lo sabía, no me importaba, en el mundo solo estábamos los dos, me fui otra vez a su encuentro y la volví a saltar, esta vez salió bien, me puse en pie y la salté por última vez a horcajadas. Cuando terminé toda la plaza coreaba mi nombre, no le di importancia porque aquello parecía que no lo había hecho yo, la faena no era artística precisamente y quizás parecía mas el fruto de un borracho descoordinado aunque todavía no había probado nada de alcohol. Festejé la vida exponiéndola. Después del lance recuerdo poco de la capea, empecé a beber la botella de whisky, me puse un sombrero de paja que lo sentí como una montera, corona de valentía. Todos mis recuerdos se nublan en una nube de abrazos, cobras, y sonrisas.

Cuando te mareas te sientes frio, te vienen nauseas y se nubla la vista, cada vez peor, hasta que descansas en un sueño. Lo que me impresionó fue el despertar, el golpe de vida que te hace estar aquí, presente, lo mismo me pasó esos meses, después de sentirme mal, solo, aturdido, tuve un sueño en el que saltaba una vaca. Al despertar, como cuando lo hice en el hospital sentí la vida de nuevo. Me di cuenta que la muerte está al servicio de los valientes para darle inmortalidad y gloria, se nos da la posibilidad de elegir con libertad como afrontar una situación, y el hecho de hacerlo bien es lo único que de verdad tenemos, es lo que trasciende en este rato en el que estamos aquí. Al terminar la capea me llevaron al Fray Luis y al día siguiente un amigo me acercó a recoger el coche. Después de esa capea soy alguien nuevo.

El Fray Luis fue un campo de juego, en el que pude hacer el idiota cuando tenía edad de hacerlo, conocí a otras personas con un punto de vista que me enriqueció, a estudiantes responsables que me inspiraron con su tenacidad, gente que no lo ha tenido fácil en la vida, becada, sin padres, sin guía, pero con ovarios, con cojones, de los de verdad, sin fantasías, también conocí lo contrario, pero de eso ya ni me acuerdo. Me enamoré de mujeres, hice el idiota por ellas, me defraudaron amigos, creo que al contrario también pasó.

El día que llegue estaba cenando solo, tres veteranos se sentaron conmigo, me arroparon como a uno más siendo nuevo, me di cuenta que no estaba en cualquier sitio. Aprendí a vivir más o menos, cosa que no es fácil. Al igual que el gato aprende a cazar jugando yo aprendí a vivir siendo Fray Luis.

Al sexto año en Salamanca, después de venir de la capea mas polvorienta que pisé, entré en un kebab de la calle varillas con dos amigos, estaba borracho, sucio y hambriento, pasaba por allí una chica que venía de hacer un trabajo. Sería mi abuelo el que me tiraría unas bolitas de inspiración desde el cielo el que me permitió que le sacase el número de teléfono, llevo unos años con ella y... la historia continúa... será que Alonso Quijano no estaba loco, y los locos eran los demás.

Pedro Murillo Pinilla. Filósofo y agricultor : dar en que pensar, dar de que comer.

El recuerdo y la memoria colectiva del CM «Fray Luis de León»

Federico PEDREIRA NORES
Colegial desde 2011

QUIZÁ HAYA UNO ENCONTRADO en el Colegio Mayor «Fray Luis de León» esas vivencias de la primera juventud que, por lo común, están llamadas a dejar en el carácter una marca indeleble para la posteridad, cosa que muchos compañeros suscribirán de buen grado e incluso al pie de la letra. Fueron, sin duda, incontables las peripecias que a este estudiante le tocaron en aquellos años para fortuna de su madurez humana, cívica e intelectual, pero, por su perspectiva (auto) biográfica, apenas despertarían la atención de todos los lectores a quienes va dirigido este libro. De todas las grandes virtudes y de los pecados veniales con que tal institución obsequia a sus alumnos, podrán dar cuenta voces considerablemente más certeras en razón de sus servicios prestados, de su autoridad académica, o de su prurito moralizante.

El propósito de estas líneas es muy otro. A decir verdad, si hay un aspecto que trasciende todo ello para aunar tantas generaciones de antiguos colegiales, no es sino el recuerdo particular y la memoria colectiva que en todos y cada uno ha florecido a lo largo de tantos años legándolo en generosa concordia por medio de la tradición: de lo contrario, difícilmente se concebiría una comunidad tan consciente de sí misma como admirable por su compromiso universitario, máxime entre las numerosas y abundantes promociones que alcanzan desde sus remotos orígenes hasta el rabioso presente, con todas las diferencias personales habidas y por haber en medio. Parece, pues, de justicia reconocer aquí tal mérito, donde reside, a fin y al cabo, la identidad de la casa común de la que todos se enorgullecen y a la que con cierta nostalgia cada cual desearía volver.

* * * * *
* * *

La historia del colegio se ha transmitido siempre entre su gente de los modos más modestos que suele emplear el género humano para conservar en el imaginario colectivo los dichos y los hechos dignos de su memoria. Así mismo ha sido desde el lejano instante de su fundación y poco ha cambiado semejante estado de cosas hasta la fecha, a la espera de que, más pronto que tarde, algún entusiasta de mente preclara se emplee a fondo en componer sus interesantes anales. Consuetudinariamente, tanto la gran historia de la institución, como sus bifurcaciones más insospechadas, se han ido trayendo y llevando entre protagonistas, espectadores y testigos de segunda (tercera, o cuarta) mano en la creación de una *vulgata* que los mejores conocedores al respecto relatan con suma gracia al interlocutor curioso.

Desde luego, todas las noticias que en ese fondo confluyen advierten, en su conjunto, una marcada heterogeneidad a todos los niveles. Su naturaleza abarca desde acontecimientos y personajes ciertamente elevados, cuando no gloriosos, hasta escenas cotidianas de una modestia enternecedora, sin escatimar, ni mucho menos, en mil y una anécdotas trasnochadas y delirantes, pero no por ello menos reveladoras. Las fuentes descansan, por regla general, sobre la *autopsia* o examen visual de los hechos, en la referencia de testimonios autorizados, rara vez, en la consulta razonada de cualquier documento escrito, y, más a menudo de lo deseable, en el mero afán de la fantasía. Una transmisión oral y dispar dio en entremezclarlo todo a voluntad del narrador de ocasión sin que haya manera posible de zanjar intrincados misterios, controversias irresolubles, o discusiones bizantinas. Al final, el pasado del colegio ha terminado dando una especie de *mythistoria* estudiantil en que prácticamente tiene cabida todo y nada, o muy poco, queda por contar: lejos de banalizar su propia historia, su particular ejercicio de la memoria da buena muestra del interés que siempre han tenido los colegiales por mantenerla viva y transmitirla así entre sus compañeros, de cualquier promoción que fuesen, para mayor esplendor de la institución.

Habrà, no obstante, quien simplemente atribuya semejante invento al gusto conatural del hombre por crear y cerrar sus círculos sociales revistiéndolos de una fábula ingeniada al efecto, tal y como se constituyen, al fin y al cabo, las naciones desde tiempo inveterado. Antes al contrario, este principio teórico universal se confirma en este punto improcedente por lo que al «Fray Luis de León» corresponde; y su inoperancia, precisamente, permite además apreciar de nuevo el extraordinario concepto que de la institución y de sí mismos tienen sus alumnos.

Pues bien, contemplando el fenómeno con cierta distancia y desde la debida perspectiva, el buen espectador podrá corroborar la esencia decididamente democrática que encierra la propia creación del recuerdo y de la memoria colectiva. Se trata, en efecto, de una historia coral alejada de todo exceso egocéntrico y, al mismo tiempo, dialógica, pues aun en la más ridícula e irrelevante anécdota del personaje más inusitado, se afirma, se apostilla y se discute hasta llegar a una narración de sincero compromiso, sin dejar de sentir siempre el espíritu de una misma familia unida con vocación fraterna a través de los avatares del tiempo. Tal es también la afición de cada uno a contar y escuchar todo tipo de recuerdos del colegio, que no es raro dar en ocasiones con el falsario de rigor y su relato apócrifo y dejarse llevar con cierto placer por su aviesa imaginación, sabiendo, como bien se sabe, que de su condición, todo y nada lo mismo son: con sólo volver la vista atrás y recordar de algún modo aquellos años, cualquiera que sea el pretexto, es suficiente.

Así descubrieron los colegiales del «Fray Luis de León» la *ironía histórica*, toda una concepción del recuerdo y de la memoria que sublima toda práctica

historiográfica. Ni que decir tiene que sólo las mentes y las sociedades más tolerantes (y, por tanto, las más dichosas) se acaban rindiendo con gran placer a todos sus encantos.

* * * *
* * *

Cada cual tiene, evidentemente, sus propias vivencias a su paso por el colegio mayor; con el transcurso de los años, los individuos y las sociedades se transforman en mayor o menor medida, y, sin embargo, todos nos hemos dado las mismas ideas, querencias y lecciones a través de nuestra historia: y eso sólo es posible gracias a nuestra memoria colectiva. Es por eso por lo que con motivo del VIII Centenario de la Universidad de Salamanca convenía recoger en este volumen unas breves reflexiones sobre la(s) particular(es) historia(s) del Colegio Mayor «Fray Luis de León», con la esperanza de seguir viendo continuada su honda vocación académica y social.

Con todo cariño, sirvan estas palabras de gratitud a todos aquellos han contribuido a su historia y, muy especialmente, a la guardia y custodia que siempre nos obsequia con sus generosos recuerdos. Ojalá su palabra siga dando abundante fruto entre nosotros por siempre: Que así sea.

Decano en su etapa colegial, primer galardonado con el premio de la Asociación de Antiguos Colegiales del Colegio Mayor Fray Luis de León. Grado en Filología Clásica con premio extraordinario y Máster de Investigación en textos de la Antigüedad Clásica por la Universidad de Salamanca.

Carta a un Fray Luis

Ana FERNÁNDEZ PRIETO
Colegial desde 2014

Martes, 18 de septiembre de 2018

Querido lector:

Ahora mismo, sea la hora que sea para ti, para mí es noche cerrada. Me apetecía aprovechar la imperturbable paz de las dos de la madrugada para escribirte esta pequeña carta. Quizá haga tiempo que no hablamos; quizá ni siquiera nos conozcamos. Puede que estemos separados por el enorme océano atlántico, en países diferentes o justo uno al lado del otro disfrutando de la buena compañía en Jere –el nuevo y renovado Alberto– en la Fiesta de Clausura. Sea como sea, tengo la absoluta certeza de que te conozco, te conozco de algo...

Hace no mucho tiempo yo estaba justo ahí, donde tú ya has estado –o quizás estás–, viviendo justo lo que tú has vivido. Tan solo cuatro años atrás hice las maletas y me vine aquí, a la habitación 311 del Colegio Mayor Fray Luis de León. Recuerdo cómo pesaba aquella puerta de hierro de la entrada, el inconfundible color amarillo de las paredes de recepción, el olor del dulce y nuevo hogar, y esa sensación de plenitud y felicidad que se siente al comenzar una nueva etapa.

No sé si a ti te ha pasado, pero a lo largo de estos años me han dicho mil y una veces que la vida universitaria era indudablemente la mejor y que tenía que aprovecharla al máximo. Yo la verdad es que soy mucho del dicho latino *carpe diem memento mori*, y así es como creo que he vivido mi paso por la Universidad de Salamanca. La verdad es que una vez que termina el primer año de carrera te das cuenta de que realmente va a ser una experiencia inolvidable, pero hasta que no acabas el último curso y exprimes todos y cada uno de los días que estás en la inolvidable ciudad de Salamanca, no sabes lo que has tenido. Y estoy segura, querido amigo, de que eso es exactamente lo que te va a pasar, sobre todo si te rodeas de una familia como la del Fray Luis.

Si te soy sincera, lo recuerdo todo: todos y cada uno de los buenos momentos que he vivido en el colegio. A veces llegan en forma de *flashbacks*; otras, tomando una caña y rememorando experiencias con los amigos que he tenido el placer de conocer allí. Recuerdo el día que me instalé en la 311 y la decoré de arriba a abajo a

pesar de que no fuera del todo recomendable (hay que darle las gracias a Paqui por hacer siempre las revisiones con tanto cariño); la primera capea, ese fenómeno tan castellano en el que la vaquilla corre más de lo que te esperas y las cosas pasan (porque a quién se le ocurre ponerse delante de la vaquilla); las horas y horas de películas y series en la sala de televisión; y las primeras amistades, con sus correspondientes primeras veces. También recuerdo los últimos días antes de Navidad, los últimos abrazos y «la última y nos vamos» que acaba a las siete de la mañana desayunando arroz tres delicias con los últimos en llegar de fiesta. Sí, recuerdo la solera.

Durante tres cuartas partes de mi carrera, el Fray ha sido para mí el Alfa y el Omega: donde comenzó todo aquel caluroso septiembre de 2014 y donde cerré una etapa maravillosa de mi vida. Para qué engañarnos: ha sido un placer poder haber compartido no sólo el tiempo y el espacio, sino las ganas, las alegrías y el espíritu, con todos los que estuvieron antes de mí, conmigo y después de mí.

Creo que, si has elegido este Mayor para vivir –y hay que tener claro que es vivir *en, por y para él*– durante la carrera, vas a ser una de las personas más afortunadas del mundo. Fíjate en mí: he vivido el 800 aniversario de la universidad, he visto pasar a tres directores y tres jefes de estudio diferentes, he vivido tres torneos Rector y otros tres intercolegiales, he vivido las elecciones al rectorado, he conocido a gente de un montón de lugares –España, Francia, Reino Unido, Canadá...– y he tenido el privilegio de ser decana durante el curso 2016-2017. Ha sido una época maravillosa y toda en el Fray Luis.

Han sido muchas las vivencias, muchas las personas y muchos los buenos momentos. Todo en grandes cantidades. No obstante, lo mejor de todo no es qué me llevo o en qué cantidad, sino a quién me llevo conmigo. Justo ahora te escribo desde París, donde hace dos días estuve con dos de los mejores amigos que he podido hacer en el Colegio Mayor Fray Luis de León. Este verano he estado de arriba abajo con otra de mis mejores amigas, casualmente también del Colegio. Incluso puedo decirte que algún que otro profesor mío de la carrera estuvo en el Fray Luis.

Efectivamente, sé lo que estás pensando: somos una auténtica plaga. Si estás aquí, vete acostumbrando porque tu mundo va a ser un pañuelo, vas a tener casa en muchos sitios y hogar en muchas personas, vas a vivir la verdadera experiencia universitaria y vas a cerrar esta etapa con ese sabor de boca que deja el chocolate negro: dulce y amargo a la vez. En definitiva, vas a conocer a mucha gente. Pero quiero que sepas que también vas a aprender a conocerte a ti mismo, a saborear cada momento y a disfrutarlo como si fuera el último. Y una vez que termine tu estancia allí, entonces, vas a entender por qué el *carpe diem*.

Todos los que hemos vivido allí sabemos que el Fray Luis de León tiene algo que enhechiza la voluntad de todo aquel que mora en él; algo misterioso, mágico y casi imperceptible que hipnotiza a todos los que por allí hemos pasado. Es algo irresistible, que nos atrae como un fuerte y potente imán estemos donde estemos. Nunca falla. Nunca deja de sonar su melodía en nuestras cabezas; nunca dejan de resonar en nuestra pituitaria las notas de fondo de su perfume. Nunca nos abandona. Esto es lo que el Fray Luis de León es para mí.

Antes de terminar, quiero que sepas una última cosa. Aprovecho ahora que estás surcando las líneas de esta carta para decirte que si algún día me paran por la calle y me preguntan «¿Qué es el Fray Luis para ti?», responderé sin duda que Fray Luis, para mí, eres tú, porque eres quien ha hecho que yo haya crecido, haya visto mundo sin moverme de casa y haya abierto la mente. Tú, que puede que creas que no has

dejado huella en mi vida, lo has hecho y con creces. Tú, que me has regalado muy buenos momentos y alguna que otra resaca emocional. Seas quien seas, estudies ciencias o letras, tengas la edad que tengas, te haya conocido o te vaya a conocer en la próxima fiesta de clausura, quiero que sepas lo importante que eres y serás para mí y que, por más que lo intente, no podré olvidarte nunca.

Quizás cuando leas esto estaré en alguna otra parte del mundo y es posible que no esté aquí para poder tomarnos unas cervezas juntos y arreglar el mundo como solo nosotros, los *frayluises*, sabemos hacerlo; pero sé que nos volveremos a encontrar. Y bueno, si estás leyendo esto y no eres un Fray Luis, creo que ha llegado el momento de que te replantees las cosas y vengas a conocernos y, sobre todo, que vengas para quedarte.

Espero recibir tu respuesta. Esté donde esté, la estaré esperando con los brazos abiertos. Y a ti también.

Un abrazo muy fuerte y... ¡Que viva nuestro Colegio Mayor Fray Luis de León!

Ana Fernández Prieto fue elegida por sus compañeros Decana, durante el curso 2016-2017. Grado en Traducción e Interpretación.

Como contribución al VIII Centenario de la Universidad de Salamanca, desde el Colegio Mayor Fray Luis de León y su Asociación de Antiguos Colegiales se han compilado diversos testimonios de antiguos colegiales de diferentes generaciones, que abarcan desde la apertura del Mayor en 1954 hasta nuestros días.

A través de cada testimonio, los autores comparten con el lector su experiencia vital y la vida universitaria que experimentaron, teniendo en cuenta los diferentes acontecimientos históricos de los que fueron testigos directos como colegiales del Fray Luis de León.



VNIVERSIDAD
D SALAMANCA

CAMPUS DE EXCELENCIA INTERNACIONAL



1218 ~ 2018



COLEGIO MAYOR
FRAY LUIS DE LEÓN

ASOCIACIÓN DE ANTIGUOS COLEGIALES
DEL CMU FRAY LUIS DE LEÓN



ISBN: 978-84-1311-175-9



9 788413 111759